

Una
Alarma
PARA
PECADORES
INCONVERSOS



Joseph Alleine

Prólogo de Richard Baxter

Recomiendo sinceramente su lectura a todos,
especialmente a los ministros

Richard Baxter

Richard Baxter aportó a este libro un valioso escrito: *Epístola al lector no convertido*, que aparece al principio del presente volumen, y es una joya de la predicación del evangelio y del llamado al arrepentimiento. Otros dos autores puritanos contemporáneos a Baxter añadieron al prólogo del libro un ensayo y una epístola valiosísimas para el llamado a la convicción de pecado del pecador. En su conjunto, estas tres epístolas más el tratado de Alleine fueron reimpressos en la forma del presente volumen innumerables veces por su gran valor durante un siglo y medio, y se convirtió en un tratado muy codiciado por los cristianos puritanos. Si bien el libro original de Alleine data del 1672, la presente traducción al español se basa fielmente en la reedición de 1824.

Joseph Alleine fue un ministro inconformista presbiteriano inglés (1634-1668). Richard Baxter dice de él: *Recomiendo sinceramente su lectura a todos, pero especialmente a los ministros... Vivió en perfecta salud todos sus días, a pesar de todos sus trabajos, hasta después de su largo y duro encarcelamiento. No fue el mayor esfuerzo en sus tiempos de libertad lo que le hizo daño, sino su predicación seis, siete u ocho veces por semana, después de ser silenciado... Su trabajo, su vida, su sufrimiento, su muerte no fueron en vano. Las generaciones venideras, que leerán su vida, y leerán su pequeño tratado popular [este libro] y su "Llamado a Arquipo", dirán que no fueron en vano. Y aunque fue cortado en la mitad de su vida y sus labores más largas y escritos más elaborados fueron así impedidos, toma agradecidamente este pequeño pero metódico, cálido y serio tratado; léelo seriamente, y no puede ser más que beneficioso para ti.*

UNA
ALARMA
PARA
PECADORES
INCONVERSOS

POR

JOSEPH ALLEINE

CON

ENSAYO INTRODUCTORIO Y
EPÍSTOLAS AL LECTOR DE
RICHARD BAXTER Y
RICHARD ALLEINE

Derechos de autor (Copyright) 2023 de la traducción al español:

Ernesto Rodríguez Cruz.

Virginia, EE. UU.

Título original en inglés: *An alarm to unconverted sinners*

A menos que se especifique otra cosa, las citas bíblicas son traducciones literales de las palabras del autor, quien citó de su memoria.

Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre y cuando (1) no se cobre más allá de una suma nominal por el costo de la duplicación; (2) esta página con aviso de derechos de autor (copyright) sea incluida. Que este libro sea para la gloria de Dios. Amén.

Tabla de contenido

NOTA DEL TRADUCTOR.....	1
ENSAYO INTRODUCTORIO.....	3
UNA EPÍSTOLA AL LECTOR INCONVERSO: POR RICHARD BAXTER.....	29
UNA EPÍSTOLA AL LECTOR INCONVERSO: POR RICHARD ALLEINE.....	45
INTRODUCCIÓN.....	51
CAPÍTULO 1: Mostrando, en negativo, lo que no es la Conversión y corrigiendo algunos errores al respecto.....	55
CAPÍTULO 2: Mostrando de manera positiva qué es la conversión.....	63
CAPÍTULO 3: De la Necesidad de la Conversión.....	83
CAPÍTULO 4: Señalando las Marcas de los inconversos.....	99
CAPÍTULO 5: Mostrando las miserias de los inconversos.....	109
CAPÍTULO 6: Instrucciones para la conversión.....	125
CAPÍTULO 7: Conteniendo los motivos para la conversión.....	151
CAPÍTULO 8: Conclusión.....	161
CONSEJO PARA LA PIEDAD PERSONAL Y FAMILIAR.....	169
PREGUNTAS DESPERTADORAS PROPUESTAS A LOS INCONVERSOS.....	175
CONSEJOS PARA LOS INCONVERSOS.....	179
CASOS DE CONCIENCIA: CUATRO CASOS PRÁCTICOS DE CONCIENCIA RESUELTOS SATISFACTORIAMENTE.....	193
CASO I: LOS DEBERES SINGULARES DE LOS CRISTIANOS.....	193
CASO II. UN CASO DE CONCIENCIA SOBRE 1 TESALONICENSES 4:1:.....	202
CASO III. UN CASO DE CONCIENCIA BASADO EN LAS PALABRAS DE NUESTRO SALVADOR, JUAN 8:29:.....	210
CASO IV. ¿CUÁLES CANSANCIO Y FALTA DE VOLUNTAD EN LOS DEBERES PUEDEN ESTAR CON LA GRACIA, Y CUÁLES NO?.....	229

NOTA DEL TRADUCTOR

Joseph Alleine fue un ministro inconformista presbiteriano inglés (1634-1668).

El presente libro es una traducción fiel de la publicación de 1824. El libro original fue escrito por el puritano Joseph Alleine, y publicada en 1672, y se volvió a publicar muchas veces por su preciado mensaje. En publicaciones posteriores a 1672 fueron añadidos 3 valiosos escritos al principio del libro, a saber: (1) Un Ensayo introductorio, (2) una Epístola al lector no convertido escrita por Rrichard Baxter, (3) Una epístola al lector no convertido escrita por Richard Alleine (pariente de Joseph Alleine). Estos tres valiosos escritos aparecieron en las reimpresiones del libro hasta 1824, y se incluyen en esta versión al español. En publicaciones al inglés más recientes estos tres escritos fueron eliminados para abreviar el libro, pero aquí no se hace tal cosa, sino que se le presenta al lector lo que llegó a ser el libro completo, en su integridad, incluidos los tres escritos adicionales ya mencionados.

Téngase en cuenta que el contenido de Joseph Alleine comienza después de los tres escritos introductorios mencionados, es decir, a partir de la Introducción (véase la tabla de contenido).

“Conociendo, pues, el temor del Señor,
persuadimos a los hombres”
(2 Corintios 5:11)

E.R. Cruz

UNA ALARMA PARA PECADORES INCONVERSOS

ENSAYO INTRODUCTORIO

Hay dos modos principales de persuadir a los hombres a que se arrepientan y crean en el Evangelio. Uno consiste en presentarles el "amor de Dios", mostrándoles todas las bendiciones que ese amor está dispuesto a otorgar, y ganándolos con su influencia atractiva para que se sometan de corazón y en la práctica a la voluntad divina. El otro consiste en ofrecerles una exposición clara y honesta del "terror del Señor", señalándoles la ira del Todopoderoso contra aquellos que cometen pecado, insistiendo en las terribles consecuencias de seguir siendo "enemigos de Él en su mente y por obras malvadas"; y así, crear en ellos un temor tal que los haga abandonar sus malos caminos y "huir para refugiarse y aferrar la esperanza que se nos ofrece" en el Evangelio.

A este último modo de persuasión hay algunos que le tienen tal aversión que proscriben a toda persona que lo emplea, como alguien que distorsiona la naturaleza de la religión y debilita su influencia. Es un fanático sombrío, cuya imaginación se deleita en reflexionar sobre las imágenes de miseria y desesperación. O es un fanático implacable, que no tiene consideración por el bienestar de sus semejantes, sino que se complace en atormentarlos con alarmas innecesarias acerca de su condición presente y sus perspectivas futuras. O es un aspirante a una popularidad baja, que apela a los sentimientos más vulgares y los prejuicios más estúpidos de la gente común, para provocar su asombro y atraer su admiración. O es un enemigo del buen gusto, que sacrifica todo lo amable en sentimiento y todo lo suave en lenguaje en aras de una pasión por lo oscuro y horroroso. En resumen, prácticamente no hay epíteto de burla o de reprobación que no se le aplique al ministro que emplea el terror del Señor para persuadir a los hombres.

Y aunque la objeción a este modo particular de dirigirse a los pecadores es principalmente defendida por aquellos que no tienen fe en

el cristianismo o no le prestan una seria atención a lo que el cristianismo enseña, también es respaldada y promovida por no pocos que han experimentado el poder de la verdadera piedad y evidentemente están caminando en las sendas de la salvación.

Estamos dispuestos a conceder que está mal estar siempre o con demasiada frecuencia enfocados en el terror del Señor. Concedemos también que hay términos que no son ni bíblicos ni apropiados para utilizar al discutir este tema. Concedemos, además, que puede haber un peligro de herir a mentes débiles y delicadas si no se tiene cuidado de exponerlo con prudencia y colocarlo en su correcta relación. Pero estas concesiones se aplicarán a cualquier otro tema, así como al que tenemos ahora ante nosotros. No es correcto insistir perpetuamente en cualquier tema único, por interesante que sea en sí mismo o por importante que sea su influencia. No hay doctrina dentro del ámbito de la religión que no pueda ser tratada y enfatizada en un lenguaje tan pernicioso como inapropiado e incorrecto.

Y se pueden cometer graves indiscreciones y producir efectos muy perjudiciales mediante ciertas formas de explicar incluso los descubrimientos más agradables y aceptables del Evangelio. Sin embargo, aunque se concediera que las excepciones a las que me he referido fueran peculiares a las afirmaciones más terribles, eso no sería motivo suficiente para que quienes se dedican a exponer el cristianismo se abstengan de mencionar completamente estas afirmaciones o las presenten de manera suave y comprometedora, o las introduzcan de tal manera que indique que son de menor importancia y deben recibir poco respeto. Sostenemos que tienen una importancia inconmensurable; que merecen la consideración más seria; que no sólo deben ser presentadas, sino presentadas sin modificaciones ni disfraces; que deben influir, con la mayor cantidad posible de su carácter y tendencia naturales, en las mentes de aquellos a quienes se les enseña; que las personas que se ofenden por la predicación de tales ministros y descuidan los escritos de tales autores no muestran ni fe, ni sabiduría, ni coherencia; y que persuadir a los hombres mediante el terror del Señor es a la vez un método racional, bíblico, útil y necesario para inculcar el Evangelio y obtener verdaderos conversos y triunfos legítimos para él. Sostenemos todo esto y nos esforzaremos por mantenerlo en lo que sigue de este ensayo. En primer lugar, el terror del Señor constituye una parte obvia y esencial de la verdad divina.

Si la doctrina que la afirma fuera una mera ficción, producto de una imaginación extravagante o invención de un clero interesado, consideraríamos tanto insensato como criminal darle algún lugar en un

discurso serio que tuviera la intención de influir en la creencia o conducta de la humanidad. Si solo fuera una conjetura probable, podríamos mencionarla, ciertamente, y dejarla a su propio peso; pero no nos consideraríamos con derecho a hablar de ella y presionarla, corriendo el riesgo de ofender a aquellos a quienes intentamos edificar. Si fuera solo el resultado de un proceso de razonamiento especulativo, aunque podríamos aprovecharlo en perfecta consistencia con lo que uniformemente se hace en otros asuntos de mucha menos importancia, incluso en ese caso no lo afirmaríamos con dogmatismo ni lo insistiríamos con mucha pertinacia. Pero no se ajusta a ninguna de estas descripciones. Posee, en la opinión de todo aquel que cree en la Biblia, el carácter de una verdad incuestionable. Nadie puede negarlo sin estar preparado para negar cualquier otra afirmación que la revelación contiene, porque ningún lenguaje puede ser más claro o explícito que el lenguaje en el que se afirma y proclama. Es tan clara e indubitadamente la doctrina de las Escrituras que Dios es santo y justo como que es bueno y compasivo, que aborrece a los obradores de iniquidad como que ama a aquellos que le temen y le sirven, que ha ordenado un infierno como que ha preparado un cielo, que en el día del juicio pronunciará una sentencia de condenación sobre los malvados como que pronunciará una sentencia de absolución sobre los justos, que los primeros se alejarán hacia el castigo eterno como que los últimos se alejarán hacia la vida eterna, que la angustia del pecador condenado es absolutamente cierta e inconcebiblemente grande como que la felicidad del santo glorificado descansa en la promesa de una fidelidad inmutable y se burla de todos nuestros esfuerzos por describirla o imaginarla.

Hay algunas cosas en las Escrituras que no se revelan de manera muy clara, y hay otras cosas que parecen ser mencionadas incidentalmente y colocadas en una posición más separada y aislada. Pero esta doctrina del terror del Señor no es ninguna de ellas. Se destaca en una declaración muy clara e inteligible. Nos encontramos con ella en cada paso de nuestro progreso a través del registro sagrado. No hemos avanzado más allá del tercer capítulo del libro de Génesis cuando la vemos encarnada en el hecho de que nuestros primeros padres fueron expulsados del Paraíso y de que la misma "tierra fue maldecida por su causa". Cuando llegamos a la conclusión del Apocalipsis, se nos exige llevarla con nosotros en esa terrible advertencia de que si "quitamos algo de las palabras de este libro de profecía, Dios nos quitará nuestra parte del libro de la vida". Y desde el principio hasta el final de este inspirado volumen, se nos presenta en cada variedad de forma que puede asumir, ya sea en forma de declaración simple, amenaza formal, inflicción real, fraseología literal, representación figurativa, experiencia individual, todo lo que

puede instruir, despertar e impresionar la mente. Y se nos presenta en relación con objetos de la naturaleza más interesante y de la más alta consecuencia para el carácter del Ser Supremo, para la manifestación de su gloria, para su gobierno del universo, para la conducta y los destinos de sus criaturas apóstatas, para los logros de su Hijo unigénito, para el destino de este mundo con todas sus innumerables generaciones, para la inmensa escena de la retribución y la eternidad.

Tanto es así, en resumen, que las Escrituras están impregnadas de ello, de una manera u otra, que si lo excluyéramos de cada página y pasaje en que se menciona, mutilaríamos el registro de nuestra fe en una medida mucho mayor de lo que aquellos que no han examinado el tema estarían dispuestos a suponer, y lo convertiríamos, tanto en apariencia como en realidad, en algo completamente diferente de la revelación que realmente hemos recibido del cielo. Y si este es el caso, seguramente es demasiado pedir a aquellos que enseñan el cristianismo que no anuncien en absoluto el terror del Señor; o que, si tocan ese tema, lo hagan solo de forma ocasional y superficial, y con la menor cantidad posible de elementos que lo vuelvan alarmante para los disolutos y doloroso para los incrédulos. La simple circunstancia de que sea parte de la verdad revelada es suficiente para justificar que lo incluyamos en nuestras enseñanzas. El énfasis que se le da en la Biblia indica que no es solo una realidad, sino una realidad de gran importancia; y que, justamente, debe presentarse sin modificación y sin escrúpulos. Y si, al declarar cualquier porción del consejo de Dios, se permite emplear la misma dicción, o una dicción tan enfática como la que su propia palabra ha expresado, es muy raro que aquellos que están familiarizados con el lenguaje de las Escrituras tengan motivos para quejarse de los maestros del cristianismo por la fuerza y claridad de su discurso al denunciar el terror del Señor.

Pero mientras nos resguardamos detrás de la afirmación de que el terror del Señor constituye una parte obvia y esencial de la verdad divina, tenemos que sostener, en segundo lugar, que es necesario para comprender la naturaleza y apreciar el valor del Evangelio; y que, sin ponerlo plenamente en vista, ni siquiera podríamos atribuir ningún significado definido a los términos que usan los escritores sagrados cuando despliegan su carácter y sus consecuencias. El plan del Evangelio es un plan de liberación. Su propósito es rescatar a los hombres de ciertos males en los que están envueltos como transgresores de la ley divina. Y propone lograr ese propósito mediante un magnífico aparato de medios, que se nos detalla minuciosamente y se nos presenta como igualmente admirables y eficientes. Pero es perfectamente evidente que, hasta que consideremos la naturaleza y el alcance de los males que deben ser

eliminados, no podemos tener una idea correcta de la idoneidad o eficacia de los métodos mediante los cuales se logrará su eliminación. Nosotros mismos no podemos percibirlos, no podemos hacerlos evidentes para otros, y no podemos recomendar con éxito el plan, al que se dice que pertenecen, para la adopción, el respeto o la aquiescencia de aquellos para quienes está destinado. Y aunque pudiéramos demostrar su sabiduría o producir alguna garantía de que está bien calculado para promover el objetivo para el que fue concebido, ¿cómo es posible tener una noción clara e impresionante de su importancia, su necesidad y su valor, a menos que haya alguna concepción adecuada del peligro y la miseria de los que se pretende salvar a sus seguidores?

Supongamos que se expone el Evangelio a aquellos que aún no lo conocen y que se expone de tal manera que se excluya de la exposición todo lo que se refiere al odio de Dios hacia el pecado, su indignación contra los transgresores y las penas con las que visitará la rebelión y la desobediencia; en ese caso, me pregunto, ¿qué significado podrían atribuir a sus principios fundamentales y principales? ¿Qué adecuación podrían percibir en sus disposiciones más importantes? ¿Qué razón poderosa podrían descubrir para la seriedad con la que se dirige al mundo y para la gratitud y alegría que reclama de aquellos a quienes se les comunica? O supongamos que la promulgación esté acompañada de una declaración de los males de los que se los va a liberar, pero que estos males se reduzcan en magnitud y se oculten en frases suaves y ambiguas, de modo que no despierten emociones de alarma; aún así, me pregunto, ¿podrían reconocer alguna justa correspondencia entre el fin que se pretende alcanzar y los medios por los cuales se logrará? ¿Podrían ver algo de necesidad o conveniencia en la encarnación del Hijo de Dios y en todas las vergüenzas y agonías de su cruz? ¿Y podrían estar preparados para contemplar eso y todas las otras operaciones misteriosas a las que el Todopoderoso ha recurrido en la dispensación del Evangelio, con sentimientos de asombro y adoración que se asemejen a los de los Apóstoles que fueron comisionados para enseñarlo .

Pero permitan que el Evangelio se predique y se exponga tal como realmente se encuentra en el registro inspirado; que no se oculte el terror del Señor; que se proclame sin calificaciones ni reservas; que se dé una imagen fiel de la malicia del pecado, de la justicia vengadora de Dios con respecto a él, de la destrucción con la que sus siervos impenitentes serán finalmente abrumados; entonces todos podrán ver que en estos elementos hay algo parecido a una causa adecuada para esa extraordinaria intervención de la Deidad que se desarrolla en las Escrituras; que ofrecen una explicación racional de los designios del Padre Celestial con respecto

a la humillación y sufrimientos de su amado Hijo, de la condescendencia, los esfuerzos y los dones de su Espíritu Santo; que explican plenamente y satisfactoriamente todo el lenguaje fuerte e apasionado con el que el Evangelio habla de la misericordia divina y de la manera en que se ha manifestado, y de las obligaciones que impone a todos aquellos a quienes se les ofrece o que la han experimentado.

Hemos supuesto que el Evangelio se expone sin ninguna declaración clara o contundente del temor del Señor, y apelamos a aquellos que están familiarizados con su plan, para que consideren si, en ese caso, podría ser comprendido o admirado por aquellos que no están previamente familiarizados con él. Pero en realidad, tal suposición no se podría realizar. Desafiamos con confianza a los más hábiles e ingeniosos teólogos metafísicos a que den una exposición del Evangelio que no contenga expresamente, o implique necesariamente, una declaración de los males que profesa abolir. Pueden hablar de muchas cosas que abarca, sin hacer referencia a estos males, y puede que no nos parezca inconsistente; pero la inconsistencia aparecerá de inmediato cuando intenten exponer cualquiera de sus doctrinas peculiares y características. Encontrarán una dificultad insuperable para presentarnos una visión coherente de estas doctrinas, independientemente o separadas de la doctrina de la condición miserable del hombre como pecador y de su condición desesperada como pecador impenitente e incrédulo. Pueden extenderse sobre la bondad de Dios, pero eso no es el Evangelio y no tiene una conexión necesaria con él. El hombre habría experimentado la bondad de Dios tanto como lo hace ahora si hubiera actuado de manera que hiciera innecesario el Evangelio. Su bondad debe ser tema de admiración y alabanza entre todos aquellos seres sin pecado cuyo carácter y circunstancias no se adaptan al Evangelio.

Y después de todo, la bondad de Dios, que se magnifica en el Evangelio, se magnifica debido a la grandeza de los infortunios de los cuales emancipa, así como a la grandeza de los beneficios que otorga a sus objetos. Pueden ilustrar y recomendar los preceptos de la moralidad, pero estos no constituyen el Evangelio. Habrían sido obligatorios en la conciencia y la conducta de la humanidad, aunque nunca se hubiera revelado una dispensación como el Evangelio. Y después de todo, los preceptos de la moralidad, enseñados en el Evangelio, se refuerzan con motivos que hacen referencia a los infortunios de los cuales el Evangelio nos libera y se respaldan con penalidades cuya gravedad el Evangelio más bien aumenta que disminuye. Pueden extenderse sobre la gloria y la bienaventuranza del mundo celestial, pero el cielo no es, al igual que las otras cosas a las que hemos aludido, una bendición distintiva del

Evangelio. Es el lugar al que el hombre estaba destinado si nunca hubiera caído de su inocencia primordial, y el Evangelio no se aplica adecuadamente a un estado de inocencia. Y después de todo, el cielo, tal como se presenta en el Evangelio, es un objeto de esperanza para criaturas culpables que han sido redimidas primero del infierno.

Sus habitantes santificados se regocijan en haber sido "lavados de los pecados" y salvados de la condenación, y aunque el Evangelio promete su felicidad a todos los que creen en el Salvador y obedecen su voluntad, no deja de declarar al mismo tiempo que aquellos que tienen un carácter contrario serán excluidos de sus moradas felices y condenados a un sufrimiento inefable e interminable. En estos y otros casos similares, se pueden presentar muchas cosas del Evangelio como enseñanzas que no enfocan directamente el temor del Señor, aunque, como hemos visto, no es difícil mostrar que incluso estos puntos no pueden ser explicados plenamente y fielmente sin la ayuda de ese argumento. Pero considera el Evangelio como un plan de redención, que es su verdadero y propio carácter; considéralo como un diseño divino para lograr ese objetivo; permite que todos sus hechos, posiciones, mandamientos, promesas, amenazas y bendiciones sean considerados en su conexión genuina con el gran sistema en el que se insertan, ya sea como partes constituyentes o como apéndices útiles; y el temor del Señor, de una forma u otra, se presentará ante tu observación y demandará tu homenaje.

Es eso de lo que hay una intervención divina para librarte: o es eso que se te ruega que aceptes los medios y la oportunidad de escapar; o es eso con lo que se te ayudará a tener una visión justa y comprensiva de los atributos y la administración de Dios; o es eso que debe someter en tu corazón el poder de las propensiones pecaminosas y detener en tu vida el progreso de los hábitos pecaminosos; o es eso que te llevará a la fe en aquel que llevó "el castigo de tu paz", para que por sus heridas puedas ser sanado; o es eso que despertará y alimentará vuestros sentimientos de gratitud por las visitas de la piedad divina en favor de vuestras almas arruinadas; o es eso que te brindará un tema para tu cántico de alabanza cuando, en la tierra de la bienaventuranza celestial, mires atrás los peligros de los que fuiste rescatado y estalles en aleluyas hacia aquel que te salvó de ellos; o es eso que, en el justo juicio de la Omnipotencia, caerá sobre todo aquel que peca y no se arrepiente, que vive en rebelión contra Dios y muere sin fe en el Salvador, que no se deja persuadir por las amenazas del cielo ofendido para apartarse de la iniquidad de sus caminos, y se burla de aquellos mensajeros de la verdad que le advierten de su peligro y le dicen que debe regresar a Dios o que perecerá para siempre.

¿Y cómo podría ser de otra manera? El Evangelio se fundamenta en el principio de la impecable santidad de Dios y su justicia retributiva, y en el hecho de que el hombre, como transgresor de la ley de Dios, se ha vuelto sujeto a su pena; y su objetivo y propósito en su totalidad, como un plan que procede de su Creador, es sacarlo de ese estado de culpa y miseria en el que está sumido, y como un plan propuesto a sí mismo para su aceptación y adopción, persuadirlo a aferrarse a la liberación ofrecida y emplear los medios por los cuales pueda convertirse efectiva y finalmente en suya. Y si esta es una descripción correcta del Evangelio, ¿cómo puede ser predicado fielmente, cómo puede ser plenamente comprendido, cómo puede ser suficientemente valorado y cómo puede ser aceptado de corazón o abrazado con alegría o retenido con firmeza, a menos que aquellos a quienes se dirige hayan sido llevados a ver la hostilidad absoluta e irreconciliable de Dios hacia el pecado, a menos que sean conscientes de su culpa y de la condenación inseparablemente unida a ella, a menos que se les haga conocer y sentir lo "terrible que es caer en las manos del Dios vivo", a menos que no solo reciban al principio, sino que también sigan albergando fuertes impresiones de las terribles consecuencias de la desobediencia, la falta de arrepentimiento y la incredulidad, y a menos que, por lo tanto, en todas nuestras explicaciones y aplicaciones del cristianismo, demos un lugar prominente y una voz fuerte al temor del Señor.

Para juzgar el valor y la eficacia de cualquier receta medicinal, debemos ser informados sobre la naturaleza y los efectos de la enfermedad que se pretende curar, y para que el paciente se vea inducido a seguir la receta, debe estar convencido de que padece la enfermedad, y que a menos que se someta al remedio propuesto, contará con una enfermedad prolongada o una disolución rápida.

Una ciudad de refugio no es más que un nombre vacío, a menos que asociemos con ella la idea de algún peligro que no pueda evitarse de otra manera; las circunstancias y la inminencia del peligro deben ser conocidas para determinar en qué medida el refugio proporcionado es necesario o suficiente; y aquel que es invitado a huir hacia él no encontrará mucho sentido en la invitación, ni ninguna razón para cumplir con ella, a menos que esté convencido de que el peligro existe, que no es menos alarmante de lo que es real, y que sin recurrir de inmediato al lugar de seguridad designado para él, inevitablemente será abrumado y perdido.

De manera similar, es en vano aspirar o esperar una comprensión profunda del plan del Evangelio, o un reconocimiento sincero de su valor, o una ambición ferviente por sus bendiciones, o una sumisión

humilde y práctica a su autoridad, mientras no se haga un esfuerzo adecuado para convencer a los hombres de la repugnancia, la miseria y la tendencia mortal de la enfermedad del pecado, para la cual el Evangelio es el remedio instituido, mientras haya una representación débil o ninguna representación en absoluto de los terribles e incalculables peligros a los que la culpa moral expone a sus víctimas, y de los cuales el Evangelio ha sido ordenado como una ciudad de refugio. Mientras no presentemos con decisión y proclamemos con libertad el terror del Señor, que el Evangelio ha sido revelado compasivamente para apartar al pecador y convertirlo en un instrumento de su conversión a Dios.

Tampoco debe olvidarse que incluso aquellos términos que se emplean al hablar del cristianismo, y cuyo uso nunca se objeta, no tienen significado alguno más que el que derivan del "terror del Señor". El cristianismo se distingue por la misericordia, pero ¿qué es la misericordia? La misericordia es el ejercicio de la bondad hacia aquellos que se encuentran en circunstancias de peligro y miseria. Si eliminamos estas circunstancias o las mantenemos fuera de la vista, privamos a la palabra "misericordia" de su verdadero significado y la volvemos completamente inaplicable al caso del hombre. Pero si su peligro y miseria se reconocen, si se despliegan en toda su certeza y alcance, si se exhiben sin disfraz las consecuencias que seguirán si no se evitan, entonces la misericordia se convierte en una palabra significativa y apropiada, y somos capaces no solo de percibir su significado, sino también en cierta medida de comprender su inmensidad y regocijarnos en sus triunfos, tal como se muestran en el Evangelio.

El cristianismo es un plan de salvación, y la salvación es una palabra que todos repiten con placer y deleite. Pero ¿puede alguien repetirla con entendimiento y con un sentido adecuado de lo que la hace objeto de complacencia o fuente de alegría, si no piensa en el terror del Señor? Es imposible, porque la salvación, independientemente de aquellos males de los cuales consiste principalmente o en su totalidad su liberación, no es más que un sonido al cual no se le atribuye una idea precisa.

Te regocijas en la salvación del Evangelio, pero ¿no es tu regocijo infundado, absurdo y engañoso, a menos que hayas dirigido tu atención a las calamidades de las cuales te rescata? ¿Y no será tu regocijo racional y vibrante en proporción a la claridad y el interés con los que hayas imaginado estas calamidades? Sin duda, así será. Y luego, ¿cuántas veces y con cuánta alegría se emplea el término "Evangelio"! Pero, ¿qué significa este término? Significa buenas nuevas. ¿Y cuáles son estas noticias y en qué aspecto son buenas? Son noticias que nos aseguran la piedad de Dios y su envío de su Hijo al mundo para nuestro beneficio; y

son buenas noticias porque nos dicen que aquellos que creemos en el nombre de Cristo seremos liberados de la culpa que había cerrado las puertas del cielo para nosotros y nos había convertido en hijos de ira y herederos del infierno; y solo podemos darles la bienvenida con gratitud adecuada y recibirlos de manera duradera y sincera al estar profundamente impresionados por la naturaleza tremenda y la duración eterna de ese castigo del cual nos indican nuestra liberación.

Por lo tanto, es conforme al propósito y constitución misma del cristianismo que persuadamos por el terror del Señor. Cualquier prejuicio que se cultive y cualquier oposición que se haga a este modo de persuasión equivale a una acusación de la sabiduría con la cual se ideó y se estableció el esquema cristiano. Y sus ministros no solo pueden reclamar su derecho, sino también argumentar la necesidad que se les impone por la propia naturaleza del sistema del cual son depositarios, de declarar libre, frecuente y fervientemente que no hay miseria como la de haberse "apartado del Dios viviente", que como pecadores los hombres yacen impotentes bajo la carga de su justo desagrado, y que si no se arrepienten, su ira finalmente "vendrá sobre ellos hasta el extremo".

En tercer lugar, cuando utilizamos el terror del Señor para persuadir a los hombres, nos ajustamos a los principios de la naturaleza humana y actuamos exactamente como lo hace cualquier persona que desea salvar a otra de lo que es malo o pernicioso. Nuestra conducta es racional en el mejor y más estricto sentido de esa palabra.

El hombre, en su constitución original, es susceptible de la emoción del miedo. Tiene una aversión instintiva al dolor y al daño de cualquier tipo y en cualquier grado. Por lo tanto, cuando se ve sometido a aflicción, sea cual sea, naturalmente trata de librarse de ella; y cuando se le amenaza con ella, naturalmente trata de apartarla de sí. Es cierto que a menudo persigue con una eagrecia fatal lo que acarrea los mayores daños graves; pero esto solo sucede porque el daño está oculto a su vista, o porque se engaña a sí mismo creyendo que puede evitarse en última instancia. Si se le presenta claramente como algo ligado al camino que está siguiendo y se le convence de que inevitablemente resultará de su perseverancia en ese camino, su miedo se despertará, se alejará de lo que seguramente lo implicará en sufrimiento y detendrá su avance en la carrera que no ve terminación alguna. Es sobre este principio que se basan uniformemente las leyes humanas, en las diversas sanciones que se aplican a la desobediencia y el delito. Es a este principio al que apela más o menos todo sistema de mera moralidad que conocemos, en sus esfuerzos por proteger a los virtuosos de los embates de la tentación y reformar a los viciosos de sus hábitos indignos.

Y es por el mismo principio que nuestras advertencias se regulan cuando, como padres, maestros, vecinos o amigos, advertimos a aquellos en quienes tenemos interés sobre cualquier paso que pueda resultar perjudicial o destructivo para su bienestar. Sabemos que en la naturaleza humana hay una aversión al mal en todas sus formas. Sabemos que cada persona le teme cuando lo ve acercarse. Sabemos que apenas hay un individuo cuya conducta no esté impulsada en gran medida por tales sentimientos. Y sabemos que en los intentos por frenar la maldad de los malvados y preservar la integridad de los buenos, ya sea que estos intentos estén respaldados por la autoridad de un gobernante, por la amabilidad de un amigo o por la prudencia de un sabio, se aborda intencional, perpetua y en cierta medida con éxito, el temor constitucional al mal, que es común tanto a los buenos como a los malos.

Ahora bien, cuando empleamos el terror del Señor para persuadir a los hombres, no hacemos más que lo que se hace universalmente en casos similares. Actuamos de manera precisa de la misma forma en que actúan esas mismas personas que objetan y condenan nuestro modo de proceder. Creemos que los pecadores están bajo la maldición de la ley de Dios, que han quebrantado; creemos que su condición, en este sentido, está llena de peligro y miseria; y creemos que si continúan en el pecado y rechazan el método que la misericordia infinita ha provisto para su redención, su ruina es inevitable y su condenación agravada. Creyendo todo esto como verdadero, se lo declaramos a los pecadores; lo declaramos de manera explícita, lo declaramos repetidamente y con urgencia; y así procuramos despertar en ellos esa aprensión temerosa del sufrimiento que su Creador ha implantado en su naturaleza y que opera a diario y a cada hora con el propósito de producir efectos similares a aquellos a los que aspiramos: persuadirlos a renunciar a lo que les es pernicioso y adoptar los medios mediante los cuales su seguridad puede ser garantizada. Y cuando hacemos tal declaración, no hacemos nada que sea nuevo y sin precedentes en el trato de los seres racionales. No experimentamos en sus mentes nada que alguien pueda alegar como inusual, como ciertas personas alegan que es duro y ofensivo. Simplemente nos adherimos a una práctica que se ha observado en todos los países, en todas las épocas, en todas las comunidades y en todas las circunstancias, desde el principio del mundo hasta ahora. Seguimos la regla prescrita por el gran Creador de nuestra estructura moral, la regla a la que se conforman invariablemente los iletrados y los eruditos, los viejos y los jóvenes, los malvados y los santos, la regla cuya propiedad e influencia son atestiguadas firmemente y sin disputa por la experiencia de toda la humanidad.

Esto, en efecto, no nos justificaría para utilizar el terror del Señor si el terror del Señor fuera solo una mera ilusión. Sin embargo, no debemos considerarnos en disputa con aquellos que niegan la ira del Todopoderoso contra el pecado y el castigo futuro de los pecadores. Su negación de esto es solo una rama de su negación del cristianismo en general. Y en este momento no estamos argumentando a favor de la verdad del cristianismo; damos por sentada la verdad de ese sistema y estamos defendiendo un modo particular de darle pleno efecto a aquellos que lo necesitan. Y dado que hay una pena establecida por la transgresión de los mandamientos de Dios, sostenemos que es racional, así como útil, presentar claramente esa pena ante los pecadores y alarmarlos con la perspectiva de su aplicación.

Tampoco estaríamos justificados en lo que argumentamos si hubiera algo en el terror del Señor, tan diferente de otros males, que lo hiciera inapropiado dirigirse a los temores de los hombres en el primer caso, mientras se permite hacerlo en el último. Pero la única diferencia que podemos percibir está en nuestro lado de la cuestión. El terror del Señor está en el mismo nivel que todos los demás males, en la medida en que ambos contienen algo que los hombres no desean soportar y están ansiosos por evitar y escapar. Y desde este punto de vista simple, hacer un llamado a los temores de los hombres es igualmente racional en ambos casos. Sin embargo, si tal llamado es racional en ambos casos, debe ser al menos un ejercicio más digno de la razón hacer el llamado donde la liberación que se logrará es más importante en su naturaleza y en su resultado. Y seguramente, si es racional causar alarma en sus mentes al advertirles contra la violación de la ley del hombre, quien solo puede "matar el cuerpo y después no tiene más que pueda hacer", debe ser racional, a fortiori, disuadirlos de la iniquidad y la impenitencia como sujetos de ese Dios, quien no solo ha declarado que aborrece a los obreros de iniquidad y que, a menos que se arrepientan, perecerán, sino que es poderoso como justo y "quien, después de haber matado el cuerpo, puede arrojar tanto el alma como el cuerpo al fuego del infierno para siempre".

Tampoco es correcto decir que, cuando hablamos del terror del Señor y nos dirigimos a los temores de los hombres, actuamos de manera inconsistente con el carácter peculiar del evangelio. Estamos lejos de estar insatisfechos con los atributos de paz, amor, consuelo y compasión que se le atribuyen como atributos distintivos, y que constituyen su reclamo imperecedero a nuestro agradecimiento y afecto más sinceros. Nos gloriamos en él como una dispensación de la gracia más abundante; como un aliento del propio espíritu de buena voluntad; como abundante

en consuelo; como fomentador de la esperanza que está llena de inmortalidad; como señalador de las regiones de descanso eterno. Pero no debemos olvidar que el Evangelio se revela a criaturas que deben ser persuadidas a aceptar las bendiciones que ofrece, accediendo a los términos que prescribe; y que aunque no dijera nada sobre la forma en que se debía lograr ese objetivo, nos consideraríamos justificados en presentar el don más grande de Dios a los hijos de los hombres, empleando todos los medios que, según su propia designación, se adaptaran a la estructura de su naturaleza moral y que, en ese sentido, ayudaran a asegurar su aquiescencia y sumisión. Y no debemos olvidar que, aunque hubiera sido nuestro deber, por esta razón, instar al Evangelio para que fuera recibido por los pecadores, tocando su aversión y despertando todos sus temores ante el dolor y la miseria consecuentes a su rechazo, incluso si el Evangelio no nos hubiera indicado que lo hiciéramos, en realidad solo nos estamos conformando al modo de proceder que el mismo Evangelio emplea declarada e incesantemente cuando llama a los hombres a convertirse en lo que propone hacer de ellos: creyentes y penitentes, santos y felices. Y esto, por cierto, lo consideramos como una gran prueba de su origen divino. No tiene nada romántico o utópico ni en los objetivos a los que apunta ni en los métodos que busca emplear para alcanzarlos. Está adaptado al hombre no como lo imaginaría la fantasía, la especulación o las visiones parciales, sino como realmente se sabe y se ve que es, tanto en cuanto a la naturaleza con la que está dotado como a la situación en la que se encuentra. Exhibe el plan que ha sido concebido para su perdón y redención como una criatura pecadora y arruinada. Y no hay un principio original o una sensibilidad de su mente de los cuales no se aproveche para moldearlo en un cristiano, para lograr su salvación y asegurar su felicidad eterna.

Como él tiene un deseo inherente por el bien, se le presenta el bien más deseable que puede disfrutar. Como él siente un aborrecimiento instintivo por el sufrimiento, se le muestra todo lo más doloroso en sus circunstancias y lo más alarmante en sus perspectivas como rebelde contra el Todopoderoso Dios. Y cuando se le derraman las promesas e invitaciones de esa divina misericordia que ha provisto para su recuperación, y así se aplica a una parte de su naturaleza, se aplica con el mismo énfasis a otra parte de su naturaleza, al proclamar las advertencias y amenazas de esa divina venganza que finalmente lo alcanzará si persiste en su apostasía.

Según lo que la revelación cristiana nos enseña sobre este tema, es más que probable que Dios, en el manejo de todas sus criaturas

racionales, reconozca el principio del miedo y emplee los motivos que se corresponden con él. Y, de hecho, donde se posea libertad de elección y conducta, y las circunstancias externas tengan algún peso en la regulación de esa libertad, apenas podemos imaginar que sea de otra manera. Parecería que incluso los seres de más alto orden, de los cuales tenemos alguna indicación, son conscientes de las consecuencias de la rebelión contra su Creador. Estas consecuencias les han sido terriblemente presentadas en la ruina que sufrieron sus compañeros culpables, que fueron desterrados del cielo y se reservan en cadenas de oscuridad para el juicio del gran día. Y no podemos concebir de ninguna manera que el destino miserable de estos ángeles apóstatas no impresione a esos espíritus santos que han mantenido su estado original, con un sentido profundo y conmovedor de los males a los que también serán sometidos si rompen su lealtad hacia su Rey todopoderoso; y que operen, hasta cierto punto, para asegurar ese apego y esa obediencia a él de los cuales derivan todo su honor y felicidad. Pero en cuanto al hombre, es evidente que nunca estuvo en una situación en la que se le mantuviera ignorante del sufrimiento en relación con el pecado, o insensible al temor de padecerlo como consecuencia de merecerlo. Aunque existiendo todavía en toda la incorruptibilidad y pureza de su estado primordial, libre de inclinaciones impías y de pecado actual, con la imagen del Dios inmaculado inmaculada e inmaculada en su alma, incluso entonces, el terror del Señor resonaba en sus oídos; y aunque sin duda estaba obligado a la obediencia por los lazos del amor, al mismo tiempo se le apartaba de la fruta del árbol prohibido con esa terrible denuncia: "El día que de él comieres, ciertamente morirás".

Y como esto se hizo para evitar que el hombre cayera en culpa moral y en la destrucción que merecía, así también el Evangelio de manera más racional, sabia y coherente hace lo mismo en el carácter de una dispensación adecuada para el hombre, que se ha vuelto realmente culpable y se ha destruido a sí mismo; y lo hace con el diseño misericordioso de persuadirlo a aceptar la emancipación de la miseria contra la cual la amenaza original pretendía protegerlo. El terror que se le habló en el paraíso puede ser aún más legítimamente hablado en este pecaminoso desierto. Si fue sabio despertar sus temores sobre un castigo condicional cuando en su corazón y en su vida era perfectamente inocente, no puede sino ser igualmente sabio poner en marcha la misma especie de influencia ahora que ha perdido su inocencia, está bajo la condena y tiene una mente tan endurecida y perversa que indudablemente necesita una aplicación mucho más poderosa y despierta para traerlo de vuelta a Dios de lo que se consideró necesario al principio para mantenerlo en su leal y constante lealtad hasta ahora. Y aquel que

formó la maquinaria del primer pacto también formó la maquinaria del segundo pacto. En ambos, adecuó sus medidas a la naturaleza intelectual y moral que había conferido a la humanidad. Y aquellos que emplean el terror del Señor actúan de acuerdo con los principios más sólidos de la razón, ya que estos no solo han sido reconocidos en la práctica universal del hombre, sino que han sido establecidos por la autoridad y reconocidos en la administración del "único Dios sabio".

En cuarto lugar, tenemos el ejemplo de los maestros inspirados de la religión para justificarnos en recurrir al terror del Señor.

Los Profetas a quienes Dios antiguamente comisionó para llamar a naciones o individuos al arrepentimiento, enfatizaron en gran medida la abominación de Dios hacia el pecado y en los desoladores juicios con los que visitaría a aquellos que persistieran obstinadamente en él. Nunca dudaron en abordar ese tema en todas esas ocasiones; y al presentarlo, nunca parecen haber tenido ninguna duda sobre su importancia y legitimidad, ni ningún temor de ofender o causar daño a aquellos a quienes se les exigía. Por el contrario, lo introdujeron sin escrúpulos; a menudo lo colocaron en la vanguardia de sus mensajes; lo vistieron con el lenguaje más fuerte; lo conectaron con las ilustraciones más impresionantes; y ya sea que los malvados, a quienes intentaron reformar a través de él, escucharan con paciencia o con obstinación, lo dejaron resonando en sus oídos y golpeando sus corazones, con toda su energía nativa y aterradora. Es cierto, hablaron de la misericordia perdonadora de Dios, de su disposición para salvar, de la ternura de esa compasión que sentía por su pueblo ingrato y desobediente; y no dejaron de presentar estos aspectos de una manera que resultara conmovedora y atractiva. Pero en cada comunicación que hicieron a los hombres, los truenos de la indignación divina y las amenazas divinas, ya sea precedieron, siguieron o acompañaron a la "voz apacible y queda" de la misericordia que el cielo les había indicado que comunicaran. Y en todas sus interacciones oficiales con aquellos a quienes se les había designado advertir o instruir, observamos las representaciones más audaces, más categóricas y más profundamente coloreadas de la ira de Dios contra los transgresores impenitentes, tanto en este mundo como en el venidero.

Lo mismo se ve de manera inequívoca en la conducta de los Apóstoles, lo cual es aún más relevante para nuestro propósito. No admitimos, de hecho, que ellos administraran una dispensación sustancialmente diferente de la que fue administrada por los profetas. Fue la misma dispensación que empleó los servicios de unos y otros. Pero para cuando llegó a manos de los primeros, había asumido una forma más suave y tenía un carácter más distintivo de amor impreso en

ella que cuando los últimos fueron ordenados para respaldarla y promulgarla. Y sin embargo, incluso con ellos, el terror del Señor es un tema de frecuente recurrencia, de importancia indispensable, de inculcación sincera e incesante. Estaban ocupados de manera ocupada, encantadora y divina en publicar las buenas nuevas de la salvación, en declarar los propósitos y planes de la gracia salvadora de Dios, en "predicar las inescrutables riquezas de Cristo", en difundir el bálsamo de consolación celestial, en recomendar la caridad que "no piensa el mal", en desplegar las glorias de una inmortalidad bendita. Pero, en medio de todos estos temas reconfortantes y animadores, ¿alguna vez los encontramos olvidándose de insistir en las conciencias de los pecadores con argumentos extraídos de la justicia punitiva de Dios, de los efectos ruinosos de la desobediencia, de la naturaleza, certeza y duración de esa pena que otorga su santo respaldo a la ley que habían quebrantado?

De este tema, aterrador en todas las perspectivas que se le pueda dar y discordante como parece ser con el tenor general de su mensaje, de este tema nunca se olvidan. Nunca lo eluden en su forma más severa y desalentadora. Nunca parecen pensar que sea incompatible con su función como ministros del Dios de amor y del Príncipe de Paz el profundizar en ello. Lo presentan sin el menor intento de suavizar la dureza de su apariencia o de velar alguna de esas características de severidad y temor, que muchos utilizan como pretexto para excluirlo de entre los objetos de su seria contemplación. Lo tratan con fidelidad firme y sin compromisos, presentándolo ante nuestros ojos y presionando nuestra observación, en toda su magnitud verdadera y terrible, revistiéndolo con un lenguaje tan claro y con figuras tan impactantes que, de no ser por la autoridad de la Biblia, nuestro uso de ellos no sería tolerado ni por los amantes del buen gusto ni por los piadosos, y declarando que es un principio en el cual actúan deliberada y sistemáticamente como fieles ministros de la palabra de Dios, que "conociendo el terror del Señor, persuaden a los hombres".

Pero podemos apelar a uno mayor que los profetas o los apóstoles. El terror del Señor fue proclamado por Jesucristo mismo. Fue predicho como aquel "ungido para predicar buenas nuevas a los mansos, para vendar a los quebrantados de corazón y proclamar libertad a los cautivos"; y este amable y entrañable carácter se hizo plenamente real en toda su conducta. Habló consuelo a su pueblo y compasión a sus enemigos; y la tierna misericordia que adornaba su vida activa resplandeció con toda su dulzura y poder en el propósito y las circunstancias de su agonizante muerte. ¿Pero acaso guardó silencio en algún momento respecto a la ira de Dios contra los malvados? ¿Se

abstuvo de dar testimonio de la severidad de la justicia divina y del temor de ser sometidos a su presión? ¿Se reservó advertencias, reprensiones y reconvenciones para la culpa presuntuosa, la impenitencia persistente y la incredulidad endurecida que estaba destinado a presenciar entre los judíos? ¿O, cuando se vio obligado a levantar su voz en tono de alarma, ocultó o atenuó alguna parte de la verdad respecto a la "perdición de los impíos"? ¿Adoptó un estilo y una manera adaptados al refinado gusto de los críticos, a las serias dudas de los filósofos o a los delicados sentimientos de los sentimentalistas? No, sería extraño, en verdad, si aquel que fue enviado para salvar a los pecadores mediante el sacrificio de sí mismo y que, en su ofrenda sacrificial, dio la demostración más enfática que se pueda concebir del aborrecimiento de Dios hacia el pecado y de los terrores de la "segunda muerte", no hubiera dicho nada explícito y contundente sobre estos puntos a la generación impía y obstinada entre quienes habitaba, enseñaba y trabajaba. Esto sería extraño, en verdad, pero esta extraña cosa no sucedió. Nuestro bendito Salvador, a quien no pocas veces se nos presenta como un ejemplo de predicación gracia y bondad, no cesó, desde el comienzo hasta el final de su ministerio terrenal, de dirigirse a los temores y aprensiones del corazón humano. Y al hacerlo, utilizó afirmaciones tan contundentes, figuras tan audaces y términos tan desmesurados como los que han sido empleados por sus apóstoles en el Nuevo Testamento o por sus profetas en el Antiguo.

Es cierto, todos estos mensajeros estaban inspirados; y en muchos aspectos, podían ejercer una libertad que sería inapropiada o imprudente para los maestros ordinarios de la religión. Sin embargo, esta observación no se aplica al caso presente. Cuando decimos que emplearon el terror del Señor para persuadir a los hombres, no nos referimos tanto a su forma de transmitir la verdad, sino a los temas particulares de los que trataban. Y si ellos consideraban que era un deber y una necesidad extenderse sobre esa "ira que ha sido revelada desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres", no puede ser indebido o innecesario que sigamos el mismo camino y que reforcemos la misma doctrina. El Dios cuyo terror proclamamos es el mismo que fue en su época. El Evangelio que predicamos es el mismo. La naturaleza y el corazón del hombre, con los que tenemos que tratar, son los mismos. Todas las circunstancias que pudieron afectar el caso en cualquier período anterior siguen siendo las mismas desde el principio. Y no se puede presentar nada que demuestre que debemos contradecir el ejemplo de Cristo, de sus profetas y de sus apóstoles, que siempre trataron de persuadir a los hombres mediante el terror del Señor; ni que no debemos, como ellos, declarar que Dios "de ninguna manera tendrá por inocente al

culpable", que "los impíos serán precipitados al infierno, todas las naciones que se olvidan de Dios", que "el poder de su ira", al igual que la amplitud de su amor, "sobrepasa nuestro entendimiento", que "indignación y enojo, tribulación y angustia, caerán sobre todo ser humano que hace lo malo", que los hipócritas como los escribas y fariseos, no pueden escapar de la condenación del infierno, que aquellos que no están preparados para el cielo, que son improductivos o que practican la iniquidad, "serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes", que "la ira de Dios permanece sobre aquellos que no creen", que "a menos que los pecadores se arrepientan, todos perecerán", que en el último día los impíos se levantarán para "vergüenza eterna y desprecio", que "no permanecerán en el juicio" ni se mezclarán "en la congregación de los justos", que clamarán a "las montañas y rocas que caigan sobre ellos y los escondan del rostro del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero", que se les pronunciará esa sentencia que los llama malditos, les ordena apartarse de la única fuente de felicidad y los envía al lugar de castigo "preparado para el diablo y sus ángeles", que serán "arrojados a un lago de fuego y azufre" y que "el humo de su tormento subirá por los siglos de los siglos".

Estas declaraciones son, en efecto, de una importancia terrible y pueden hacer temblar el corazón más valiente. Pero son declaraciones que están dictadas por y cargadas de misericordia. Y esta es la quinta consideración que presentamos a favor del método de persuadir a los hombres mediante el terror del Señor.

No son nuestros mejores amigos aquellos que siempre nos hablan de las cosas más agradables y concordantes, y que se abstienen escrupulosamente de lo que resulta ofensivo para nuestros sentimientos. No es prueba de verdadera amabilidad consultar nuestro reposo presente a expensas de nuestra seguridad futura, ocultándonos lo más importante que debemos saber, simplemente para evitar una agitación o molestia temporal, para atender a nuestra falsa delicadeza o a nuestros prejuicios de corto alcance, y al mismo tiempo descuidar lo que puede contribuir a nuestros intereses más elevados y duraderos. Y no indica falta de afecto decir o hacer algo que pueda herir nuestras mentes, en ese momento, con recuerdos dolorosos o anticipaciones angustiantes, cuando esto es necesario para asegurarnos un beneficio invaluable y permanente; o privarnos de lo más querido para nuestros corazones, cuando la privación es para dar lugar a objetos que tienen una reclamación infinitamente mayor sobre nuestro afecto, al ser infinitamente más conducentes a nuestro bienestar y felicidad. Al contrario, es evidente que aquellos que actúan de manera opuesta, ya sea intencionalmente o por error, son

nuestros verdaderos enemigos, y aquellos que actúan de manera opuesta son benefactores para nosotros, de la descripción más genuina e iluminada.

La aplicación de estas observaciones al tema en discusión es obvia. No es con el mero propósito de alarmar a los pecadores, ni es con el propósito degenerado de torturar sus sentimientos, que les presentamos el terror del Señor. Consideraríamos cruel jugar así con su comodidad, como consideraríamos impío jugar así con una parte de la verdad revelada. El objetivo que tenemos en mente es promover su bienestar, lograr su salvación, persuadirlos a que “huyan de la ira venidera” y a que “se vuelvan al refugio seguro, como prisioneros de esperanza”. Teniendo un objetivo tan interesante y valioso en mente, recurrimos a los medios que, con la bendición divina, prometen ser efectivos para alcanzarlo. Y uno de los medios más importantes, según los dictados de la razón, la autoridad de las Escrituras y las lecciones de la experiencia, se encuentra en la fiel exposición de esas tristes y ruinosas consecuencias en las cuales el pecado seguramente involucra a sus devotos impenitentes.

Sería muy fácil para nosotros evitar el tema por completo, o despojarlo de todo lo que lo hace más formidable y amenazador: susurrar palabras suaves al oído del mundano descuidado o del transgresor endurecido, decirles "Paz, paz", cuando no hay paz; disertar sobre las bellezas de la virtud cuando no hacen esfuerzos por escapar de las penas de la impiedad y la maldad; pintarles las alegrías del cielo cuando los vemos apresurándose, con pasos audaces y precipitados, hacia los abismos del infierno; tratar con extrema delicadeza sus conciencias, tan delicadamente que apenas lo sientan, cuando claramente están envueltos en la autosuficiencia, la indiferencia o cubiertos con el adamantio de una infidelidad profliga; hablar tan ligeramente del pecado y tan poco de la tribulación que le espera, como para hacer que estén más que medio satisfechos con su condición espiritual, cuando aún esa condición está llena de culpa y peligro; complacerlos con una "encantadora canción" sobre la bondad de Dios, para alejar todo temor de su desagrado, aunque hayan estado viviendo en desprecio de su bondad y desafío de su desagrado, y no se hayan arrepentido de ello.

Y alimentar en ellos el agradable pero engañoso sueño de que todo está bien con el estado de sus almas, mientras es evidente que no tienen fe vital en el Salvador y están viviendo "sin Dios en el mundo" y son "vasos de ira preparados para destrucción". Sería muy fácil hacer todo esto, y sin duda es un tipo de tratamiento que sería muy aceptado por aquellos que tienen una aversión al uso del terror, y nos procuraría la reputación de mansedumbre y suavidad como ministros del Evangelio.

Pero sin mencionar la falta de fidelidad, sabiduría y coherencia que tal modo de gestión evidenciaría, podemos preguntar legítimamente si no revelaría de manera decisiva una completa falta de esa misericordia que todo ministro del Evangelio debería sentir por los pecadores perdidos a quienes se le llama a dirigirse. Nos preguntamos si, en realidad, la Biblia es verdadera, no sería la crueldad más deliberada y destructiva que podrían sufrir por parte de sus enemigos más amargos. Nos preguntamos si no sería mejor y más seguro para ellos estar lejos de toda instrucción que estar expuestos a la ignorante y equivocada indulgencia de maestros que les untan una pomada halagadora en sus almas y "curan sus heridas tan superficialmente".

¿Cuán diferente actuarías en casos de importancia incalculablemente menor! Si vieras a un hombre caminando descuidadamente hacia el borde de un precipicio, a punto de caerse, ¿permitirías que siguiera adelante hasta que le hubieras pronunciado unas palabras amables sobre la seguridad y la conveniencia de retroceder? ¿O no te impulsaría el instinto de la humanidad a lanzar una nota de alarma, incluso a riesgo de perturbar sus sentimientos, que pudiera detenerlo en un instante y salvarlo de la triste suerte a la que se había acercado tanto? Y cuando vemos a pecadores parados sin pensar y locamente en el precipicio de la culpa, con solo un pequeño paso entre ellos y el abismo del inmenso sufrimiento, ¿podemos dejar de dirigirnos inmediatamente a su horror instintivo ante la destrucción, y hacer que retrocedan del abismo abierto en el cual un momento de demora podría haberlos sumergido, y buscar su seguridad y "trayectoria establecida" en "el camino verdadero y viviente"?

¿Si tuvieras un hijo cuya vida dependiera de la amputación de un miembro, y si se negara a someterse a la operación debido al dolor y la incomodidad que le causaría, considerarías suficiente limitar tus esfuerzos al método de súplica suave y promesa de recompensa? ¿O no le ordenarías sin vacilar su consentimiento inmediato y fortalecerías su vacilante resolución diciéndole claramente sobre su peligro y asegurándole que debe someterse o morir? Y cuando vemos a un ser humano persistiendo en un hábito pecaminoso que amenaza con arruinar su espíritu inmortal, ¿no estamos llamados, por nuestros sentimientos de compasión, a señalarle los efectos fatales de perseverar en su delincuencia y decirle, en el lenguaje de nuestro Salvador, quien parece haber tenido una ilustración similar en mente cuando dijo:

"Si tu mano te es ocasión de pecado, córtala; más te vale entrar manco en la vida, que con las dos manos ir al infierno, al fuego que nunca se apaga, donde el gusano no muere y el fuego no se apaga". Supongamos que al pasar por la casa de tu amigo a altas horas de la medianoche, vieras las llamas estallando con furia, amenazando la destrucción inmediata de todos sus habitantes inconscientes. ¿Cómo procederías? ¿Tocarías suavemente como si no quisieras perturbar su descanso? ¿Pensarías en practicar una gestión delicada y cuidadosa mientras el fuego se extendía por toda la casa y sus habitantes aún no se daban cuenta del desastre inminente? O más bien, ¿no sería tu primer y único esfuerzo despertarlos de su sueño? Y con este propósito, ¿no te importaría cualquier agitación momentánea que pudieran sufrir? ¿No tocarías una y otra vez, cada vez más fuerte, hasta que sus sueños se rompieran y sus ojos se abrieran ante el peligro que los rodeaba?

Y cuando vemos a hombres sepultados en el sueño de la muerte espiritual, viviendo despreocupados en "las tiendas de la maldad", y el fuego de la venganza divina ya encendiéndose, por así decirlo, en sus habitaciones entregadas, ¿la misericordia hacia sus almas nos permitirá perder un momento en intentar rescatarlos de la perdición que se está reuniendo rápidamente a su alrededor? ¿No nos obligará a tronar en sus oídos el terror del Señor, para que se despierten de su letargo y tiemblen ante la visitación de la ira divina que se avecina sobre ellos? ¿No nos obligará su poder a olvidar todas las consideraciones menores y enviar, si es posible, hasta lo más profundo de sus corazones una advertencia tan impactante, para que se levanten, huyan por su vida y busquen refugio en Aquel que solo puede salvarlos de "morar con las llamas devoradoras y acostarse en los fuegos eternos" de la furia de Jehová? Esto es verdadera misericordia, y es la misericordia que ejercemos cuando, en tales circunstancias, empleamos el terror del Señor para persuadir a los hombres. Les recordamos la indignación ardiente que los consumirá si "continúan siendo adversarios" de Dios. Les señalamos la miserable conclusión de ese camino de iniquidad o libertinaje por el que están transitando. Así, apelando a uno de los principios más poderosos e influyentes de su naturaleza, tratamos de detenerlos en su carrera culpable. Les hablamos de misericordia y juicio, y les decimos, en el espíritu de uno y en la perspectiva del otro: "Vuélvanse, vuélvanse; ¿por qué morirán?"

El argumento, entonces, parece ser concluyente a favor de usar el terror del Señor para persuadir a los hombres. Sin embargo, nos dirán, no obstante, que el terror del Señor nunca hará a alguien cristiano, y tampoco lo hará. No conocemos ninguna consideración individual, por

importante y poderosa que sea, que por sí sola pueda hacer a alguien cristiano, y estamos muy lejos de atribuir a la operación del miedo solo, o a cualquier representación, por impactante y terrible que sea, de los efectos del pecado, un resultado tan poderoso y completo como una conversión salvadora a Dios. No creemos que un hombre acuda a un médico ni siga su prescripción si no tiene creencia en la realidad, no siente la malignidad y no tiene aprehensión por las consecuencias de su enfermedad. Y de la misma manera, no creemos que tal creencia, tal sentimiento y tal aprehensión producirán un movimiento cordial hacia el médico o una sumisión a su consejo, a menos que exista una convicción previa de que posee la habilidad suficiente para efectuar una curación, que está dispuesto a ejercerla para ese fin y que una aplicación adecuada tendrá el éxito deseado.

Todo lo que sostenemos en el presente caso es que, de los diferentes medios empleados para persuadir a un pecador a abrazar el Evangelio, ninguno es el menos importante ni el menos eficaz que consiste en afectarlo con el temor de la ira divina y del castigo futuro. Ni siquiera decimos que primero deba ser alarmado por los peligros en los que se encuentra antes de que pueda producirse algún cambio. No limitamos así las operaciones del Espíritu de Dios a ningún plan específico. Sus modos de proceder son diversos, y a veces es una circunstancia y a veces otra la que Él hace efectiva para que un transgresor reflexione seriamente sobre su condición espiritual y se vuelva al Señor. Pero sostenemos que, en el orden natural de las cosas, el pecador debe ser despertado a un sentido de su peligro antes de que pueda ser persuadido a aceptar una oferta de salvación. Y con cualquier propósito que se origine el proceso, en algún momento implica necesariamente que él se ve a sí mismo como un pecador, condenado por Dios y sujeto a los tormentos del infierno; y sin esto, nunca se podrá decir que se haya completado o que esté más allá de la sospecha de ser una mera ilusión de la fantasía o de los sentimientos.

Puede haber sido una conmovedora manifestación del amor de Dios o de la compasión de Cristo lo que originalmente conmovió su corazón y lo llevó a "atender a las cosas que le conciernen a su paz"; pero si se analiza la influencia de estos motivos y se examinan las etapas posteriores de su progreso, se encontrará que el amor de Dios y la compasión de Cristo reunieron una parte grande y esencial de su poder convincente a partir de las miserias de ese estado del cual se esfuerzan por redimirlo; y que cada paso de su aceptación práctica del plan de redención fue avivado por la consideración de las terribles consecuencias del pecado no perdonado, tal como se exhiben en la palabra de Dios, que

por supuesto él tomó como su guía, y en la muerte de Jesús, a la cual, por supuesto, él buscó para su liberación.

No fue el terror lo que convirtió al carcelero de Filipos en creyente, sino que fue el terror el que lo llevó a exclamar: "Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?" Y si no hubiera sido alarmado por los acontecimientos extraordinarios que acababan de suceder, y no se hubiera visto obligado por su alarma a hacer la pregunta, no hay razón para suponer que alguna vez hubiera sido rescatado del estado de indolencia e incredulidad en el que los apóstoles lo encontraron.

Tampoco fueron simplemente los males de su condición los que convirtieron al Hijo Pródigo en un verdadero arrepentido: pero si no hubiera sentido la miseria presente y el temor de futuros sufrimientos, no tenemos motivos para pensar que alguna vez hubiera "vuelto en sí" o recordado, con una mezcla de arrepentimiento y deseo, las comodidades y la seguridad del hogar que había abandonado imprudentemente. Si fue alentado a regresar por lo que sabía de la bondad y compasión de ese padre al que había sido tan ingrato, no cabe duda de que sus pasos hacia el hogar se aceleraron por la vívida recuerdo de lo que sufrió cuando el hambre debilitó su fuerza, y de lo que temió cuando la muerte le acechaba.

Y en el momento delicioso en que se sintió seguro y feliz bajo el techo del afecto paternal, vamos en contra de los dictados de la naturaleza y el propio lenguaje de la narración si no creemos que el sufrimiento y el terror anteriores aumentaron los arrebatos que ahora llenaban su pecho, y que su corazón respondió a todo lo que implicaba la exclamación de su padre exultante: "Este hijo mío estaba perdido y ha sido encontrado; estaba muerto y ha vuelto a la vida".

No se puede negar que algunos pecadores de corazón fuerte, que han resistido todas las denuncias de la ira divina y han permanecido imperturbables semana tras semana, año tras año, bajo el ministerio del terror, finalmente se han rendido a una aplicación más suave y han inclinado su testarudo cuello al yugo de aquel que es manso y humilde. Pero tampoco se puede negar que otros, a quienes se les ha dirigido durante mucho tiempo el mensaje de paz y reconciliación en vano, quienes se han endurecido ante la abundante gracia y parecían volverse más indiferentes cuanto más eran instados y suplicados por las misericordias de Dios, finalmente han sido despertados de su reposo parecido a la muerte por el terror del Señor y obligados a preguntar por el camino de escape, y obligados a aceptar esas ofertas de perdón que anteriormente escucharon con indiferencia o rechazaron con desdén.

Estos casos demuestran que diferentes individuos requieren un tratamiento diferente para ser estimulados de manera efectiva a preocuparse seriamente por su salvación, y por lo tanto, que se deben emplear ambos modos de persuasión. Ambos modos se han utilizado realmente, y es imposible determinar hasta qué punto la influencia del terror ha sido una preparación para la influencia de la misericordia en un caso, o hasta qué punto la influencia de la misericordia ha sido una preparación para la influencia del terror en el otro. No podemos dudar de que fue su operación combinada la que finalmente, por la bendición del Espíritu, llevó al pecador a refugiarse en el santuario del Evangelio, a arrojarle en los brazos del poder redentor y a aferrarse al Salvador designado como su todo para el tiempo y para la eternidad.

Y estamos convencidos de que aquellos maestros de la religión que actúan de manera más sabia, fiel y compasiva, son aquellos que no descuidan ninguno de estos dos instrumentos de persuasión en sus mensajes dirigidos a las conciencias y corazones de los pecadores; aquellos que dicen en un momento "escucha y vivirán vuestras almas" y en otro momento, "toda alma que no escuche a ese profeta será destruida de entre el pueblo"; aquellos que no solo dan la exhortación del apóstol "arrepentíos y convertíos para que vuestros pecados sean borrados", sino también la advertencia de nuestro Señor "si no os arrepentís, todos pereceréis"; aquellos que, al afirmar que "el que cree y es bautizado será salvo", tienen el coraje de añadir "pero el que no crea será condenado"; aquellos que, después de haber insinuado que cuando "el Señor Jesús sea revelado desde el cielo" vendrá "a ser glorificado en sus santos y admirado por todos los que creen", no omiten declarar que también vendrá "en fuego llameante tomando venganza de los que no conocen a Dios y no obedecen el Evangelio".

Pero se puede argumentar que aunque no hay objeción a que el terror del Señor se proclame a los incrédulos y a los pecadores desenfrenados, aunque pueda haber una clara necesidad de hacer sonar una "alarma para los no convertidos", no hay propósito en insistir en este tema en la atención de los cristianos verdaderos y experimentados. Y ciertamente, estos no necesitan que se les insista con el mismo propósito que se pretende con aquellos que todavía están "en el hiel de la amargura y en las ataduras de la maldad". Pero al menos deberían ser tolerantes cuando consideren la lamentable situación de sus semejantes despreocupados y perdidos. No deberían quejarse de que se apliquen medios adecuados de recuperación a las almas que son tan valiosas como las suyas.

Deberían estar contentos de escuchar ocasionalmente lo que el Señor pueda bendecir a otros, como ya lo ha bendecido a ellos, al llevarlos "de

las tinieblas a la luz, y de Satanás a Dios". Y una pequeña consideración puede convencerlos de que incluso puede redundar en su propio beneficio el ser llamados a veces a meditar sobre el terror del Señor. Les mostrará, de manera más clara, el valor de ese Evangelio que les ha revelado el método de liberación de la culpa y la miseria. Les dará una visión más justa y coherente de los atributos de ese Dios a quien se les exige temer y amar. Los llenará de un mayor aprecio por el carácter y una fe más firme en el mérito de ese Salvador por quien se efectuó su liberación, a un costo tan grande de sufrimiento y sangre. Les servirá para mantenerse humildes, al recordarles el abismo del cual han sido extraídos y la roca de la cual han sido tallados, el castigo que merecían y la gracia a la que solo estaban en deuda por el perdón.

Fijará una asociación tan repulsiva con el pecado que lo convertirá cada vez más en un objeto de su odio y rechazo. Dará más calor y más actividad a esa compasión que deben sentir por sus hermanos, que todavía son esclavos del mundo, del pecado y de la muerte, y cuyo caso podrían olvidar o recordar fríamente en medio de sus propios privilegios y su propia seguridad. Y elevará a un tono más alegre y elevado ese himno de gratitud que cantan al Redentor de sus almas, en esta casa de su peregrinaje, y que será cantado con un tono aún más sublime y con un éxtasis aún más santo por todos los santos glorificados en el cielo, a través de las edades eternas.

Así hemos procurado preparar el camino para la lectura imparcial de la poderosa e impresionante obra del Sr. Alleine, "Una Alarma para Pecadores no Convertidos", al vindicar ese modo de persuadir a los hombres al que recurren aquellos que presentan "el terror del Señor". En este intento, confiamos en haber tenido éxito en gran medida. Pero es justo señalar que el Tratado del Sr. Alleine no está totalmente ocupado con su llamado a los temores de los transgresores.

Gran parte de él se dedica a la discusión de temas colaterales como la naturaleza de la conversión, las señales de la conversión, las instrucciones para la conversión, en los que todos están profundamente interesados y de los que todos pueden edificarse con el tratamiento que hace nuestro autor. El volumen también contiene la solución de varios casos prácticos e importantes de conciencia; la solución satisfactoria de los cuales está bien preparada para dar luz y dirección en las dificultades y deberes de la vida cristiana. No pretendemos avalar cada uno de sus sentimientos. A veces hay algo exagerado en sus afirmaciones. Y como no aprobábamos todas sus formas de expresión, hemos procurado eliminar todo lo vulgar y ofensivo en su lenguaje y hacerlo más aceptable para el gusto cultivado, sin disminuir en absoluto la fuerza de sus

expresiones ni diluir la fuerza, energía y fidelidad de sus mensajes a los pecadores.

En conjunto, es la obra de una mente profundamente impresionada por la importancia de su tema, excepcionalmente familiarizada con la doctrina y la fraseología de las Escrituras, más preocupada por afectar el corazón que por complacer el gusto del lector, vigorosa en sus concepciones de la verdad evangélica y en sus poderes de persuasión moral, y bien calculada, con la ayuda de Dios, para "convertir al desobediente a la sabiduría de los justos". Richard Baxter le da un gran testimonio cuando la llama "un nacimiento masculino" y dice que "se enorgullece de recomendarla al mundo". Ha sido muy leída, ha demostrado ser singularmente útil, y esperamos que continúe siendo un instrumento de mucho bien sustancial para la iglesia y para el mundo.

A. T.

Edimburgo, mayo de 1823.

UNA EPÍSTOLA AL LECTOR INCONVERSO: POR RICHARD BAXTER

A todos los ignorantes, carnalmente inclinados e impíos, que aman más el placer que a Dios, y buscan más este mundo que la vida eterna, y viven según la carne y no según el Espíritu, estas llamadas y consejos van dirigidos, con la esperanza de su conversión a Dios y de su salvación. "El que tenga oídos para oír, que oiga".

¡ALMA miserable!

HAY vida, luz y amor en cada verdadero creyente, pero especialmente en cada fiel ministro de Cristo, que les impulsa a anhelar y trabajar por tu salvación. La vida es comunicativa y activa; nos hace conscientes de que la fe no es una fantasía, ni la verdadera religión un juego de teatro, ni nuestras esperanzas de felicidad eterna un sueño. Y así como no deseamos nada más para nosotros mismos que tener más de la vida santa, que tenemos, ay, en tan pequeña medida, ¿qué es lo que deberíamos desear más para los demás? Con el ojo de una fe infalible, aunque débil, vemos el cielo que descuidas y las almas benditas en gloria con Cristo, cuyos compañeros podrías ser para siempre. Vemos a las multitudes de almas en el infierno, que llegaron allí de la misma manera que tú estás yendo, que están excluidas de la gloriosa presencia de Dios y que ahora están entre aquellos demonios que los engañaron, recordando que tuvieron sus "buenas cosas" aquí, y cómo pasaron el día de su visitación y cuán poco valoraron a Dios, a Cristo, al cielo, a la misericordia, mientras la misericordia era una suplicante ferviente por sus corazones; y con nuestros ojos corporales, al mismo tiempo vemos a montones de pobres pecadores viviendo a nuestro alrededor, como si no hubiera Dios, ni Cristo, ni cielo, ni infierno, ni juicio, ni siquiera muerte

que esperar; como si un hombre fuera solo una bestia dominante para gobernar al resto, alimentarse y perecer con ellos.

Y si fuera tu caso, ver lo que las almas hacen en el cielo y en el infierno, y al mismo tiempo ver cómo la mayoría de los hombres viven en la tierra sin fe, descuidada y sin sentido, como si no hubiera tal diferencia en otro mundo, ¿no te parecería una vista lastimosa? Si alguna vez hubieras visto a los cinco hermanos de Dives en la tierra, comiendo, bebiendo, riendo y gozando, vestidos y prosperando diariamente, y al mismo tiempo vieras el alma de su hermano en el infierno, suplicando en vano un poco de alivio y deseando que alguien de entre los muertos fuera a advertirles para que no lleguen a ese lugar de tormento, ¿no te parecería una vista lastimosa? ¿No te habría hecho pensar la compasión: "¿No hay manera de abrir los ojos de estos caballeros? ¿No hay manera de informarles lo que le ha sucedido a su hermano, y dónde está Lázaro, y hacia dónde ellos mismos se dirigen? Nadie los impulsa ni los obliga a ir al infierno, ¿acaso irán allí por sí mismos?

¿Y no hay manera de detenerlos o detenerlos?". ¿Si ustedes mismos vieran lo que nosotros (creyendo en Dios) vemos por fe, y al mismo tiempo contemplaran a los santos en el cielo, a las almas perdidas desesperadas en el infierno y a los pecadores sensuales e insensatos en la tierra, que aún así no se preocupan por esto, seguramente se maravillarían de la estupidez de la humanidad. ¿No dirían: "Oh, qué engañador es el diablo, que puede llevar así a las almas a su propia destrucción! Oh, qué engaño es este mundo transitorio, que puede hacer que los hombres olviden tanto el mundo en el que vivirán para siempre! Oh, qué enemigo es la carne, que arrastra las almas de los hombres lejos de Dios! ¡Qué manicomio es este mundo malvado, donde miles están tan ocupados, trabajando para arruinarse a sí mismos y a otros, y complaciendo al diablo, en contra de su Dios y Salvador, que les daría vida eternamente bendita!

Y así como tenemos una vista como esta, por fe, que nos inspira compasión, también tenemos tanto sabor de la bondad de Dios, de la dulzura de sus caminos y de la felicidad de los creyentes, que necesariamente nos hace desear que ustedes hayan probado alguna vez las mismas delicias; esto convertiría el placer del pecado en repugnancia. Dios sabe que no deseamos nada más para nosotros que la perfección y la eternidad de esta santidad y felicidad que creemos y experimentamos. ¿No deberíamos desear lo mismo para ustedes?

Y, movidos así por la necesaria compasión, le preguntamos a Dios qué quiere que hagamos por su salvación. Y él nos ha dicho en las

Escrituras que la predicación de su evangelio, para darles a conocer claramente la verdad y rogarles con fervor y frecuencia que se aparten de la carne y del mundo y se vuelvan a Dios mediante Jesucristo, es el medio con el cual su gracia está dispuesta a colaborar para su salvación, cuando la resistencia obstinada hace que el Espíritu Santo abandone al pecador y lo deje a sí mismo para seguir sus propios consejos, deseos y voluntad.

Con esta esperanza asumimos el sagrado ministerio y nos entregamos a esta gran y muy importante labor. Conscientes de nuestra propia indignidad, pero también de la necesidad de nuestras almas, no éramos tan necios, al principio de nuestra empresa, como para no saber que debía ser una vida de trabajo, renuncia de uno mismo y paciencia, y que el diablo haría todo lo posible por impedirnos, y que todos sus instrumentos estarían listos para servirle en contra de nuestros esfuerzos y en contra de vuestras almas. Cristo, nuestro Capitán, se salvó mediante una conquista paciente, y de la misma manera debemos salvarnos nosotros y vosotros; y así debéis salvaros bajo Cristo, si es que alguna vez seréis salvos. No fue algo extraño para Pablo que las cadenas y las aflicciones le acompañaran por todas partes; ni consideró su vida preciosa para poder terminar su carrera con gozo y el ministerio que el Señor le había encomendado. No fue algo extraño para él que se le prohibiera predicar a los gentiles para que fueran salvos por aquellos que estaban "llenando la medida de sus pecados" y estaban bajo la "más alta ira de Dios" en la tierra. Demonios y fariseos, y la mayoría de aquellos entre quienes iban, tanto altos como bajos, se oponían a que los Apóstoles predicaran el evangelio, pero ellos no sacrílegamente ni cruelmente rompieron su pacto con Cristo ni desertaron de manera perfidia a las almas de los hombres; al igual que su Señor, por amor a las almas, llamó a Pedro Satanás, quien intentaba tentarlo para salvar su vida en lugar de hacer de ella un sacrificio por nuestros pecados.

¿Qué creéis que nos lleva a asumir un llamado tan contrario a nuestra comodidad e interés carnal? ¿Acaso no conocemos el camino de la comodidad y el honor, la riqueza y el placer, como los demás? ¿Acaso no tenemos carne como los demás? ¿No podríamos estar contentos de que el cáliz del reproche, el desprecio, la calumnia, la pobreza y el trabajo pasara de nosotros, si no fuera por la voluntad de Dios para vuestra salvación? ¿Por qué deberíamos amar el echo de ser los más bajos y ser pisoteados por el maligno orgullo, y ser considerados como el desecho de todas las cosas, y ser representados ante los gobernantes a quienes honramos como cismáticos, desobedientes, turbios, indisciplinados, por cada usurpador de iglesia a quien nos negamos a hacer un dios? ¿Por qué

no dejamos de predicar el evangelio a voluntad de Satanás, quien busca la "eterna condenación de vuestras almas" bajo el pretexto de hacernos sufrir? ¿No es todo esto para que os convirtáis y seáis salvos? Si nos comportamos como locos en esto, es por vosotros. Si las palabras de los ignorantes o los orgullosos nos hubieran persuadido de que vuestras necesidades o peligros son tan insignificantes (o que vuestras otras provisiones y ayudas son suficientes) que nuestros esfuerzos hubieran sido innecesarios para vosotros, Dios sabe que hubiéramos obedecido fácilmente a los "pastores silenciadores" y nos hubiéramos dirigido a alguna otra tierra donde nuestro servicio hubiera sido más necesario. Que la vergüenza sea la recompensa del hipócrita que no considera la salvación de las almas y el placer de Dios como una recompensa suficiente, sin dignidades eclesiásticas, prebendas o riquezas mundanas.

Os he expuesto nuestros motivos, os he explicado nuestra labor y los términos de nuestro compromiso. Ahora Dios y vosotros, pecadores, debéis decirnos cuál será nuestra acogida y nuestro éxito. ¿Seguirá siendo el desprecio y el menosprecio ingrato, el apartar vuestros oídos y vuestros corazones, y decir: "Tenemos algo más en qué ocuparnos"? ¿Seguiréis siendo engañados por este mundo engañoso y pasaréis todos vuestros días preocupándoos por la carne, que pronto se pudrirá en una tumba? ¿Fuisteis creados para un uso no más elevado que este? ¿Acaso no podemos llevaros a pensar seriamente en vuestra condición y a considerar adónde vais? ¿Qué pasa con mirar despiertos al mundo en el que estaréis para siempre, sin siquiera un pensamiento que atraviese el corazón acerca de la gloria eterna, sin una lágrima por vuestras vidas pecaminosas? ¡Oh, Dios no lo permita! No menospreciéis tanto nuestras labores. No menospreciéis a vuestro Dios, vuestro Salvador y vuestras almas. Oh, que no haya más personas profanas entre vosotros, como Esaú, quien "por un bocado vendió su primogenitura".

¡Pobres pecadores! No os hablamos como si estuviéramos en un escenario, con palabras de costumbre, como si hablar fuera nuestro oficio; estamos tan seriamente comprometidos con vosotros como si os viéramos asesinandoos y tratáramos de persuadiros a salvaros. ¿Puede alguien bromear con vosotros, aquel que cree en Dios y que por fe ve adónde vais, lo que perdéis y dónde terminará el juego del pecado? Es poco mejor burlarse de vosotros ahora desde un púlpito o en privado que pararse burlándose de vuestras almas moribundas cuando, en la muerte, exhaláis vuestro último aliento.

¡Ay! Con vergüenza y dolor confesamos que nunca os hablamos de estas cosas con la verdad y la importancia que merecen, ni con la habilidad y sabiduría, el afecto y la fervencia que corresponden a

aquellos que se dedican a salvar almas. Sin embargo, podéis percibir que nos tomamos en serio este asunto, porque Dios así lo hace. ¿Por qué más estudiamos, trabajamos, sufrimos y vivimos? ¿Por qué nos molestamos tanto a nosotros mismos y a vosotros, y enfadamos a aquellos que quisieran hacernos callar? En mi caso personal, debo confesaros libremente, para mi vergüenza, que nunca me vuelvo frío, apático e insensible hacia las almas de los demás hasta que primero me vuelvo demasiado frío y descuidado con la mía (a menos que la debilidad o los estudios especulativos me enfríen, lo cual debo confesar que a menudo sucede). Nunca dejamos de compadeceros hasta que nos vamos pareciendo demasiado a vosotros y a menudo necesitamos compasión nosotros mismos.

Cuando, por la misericordia de mi Señor, la perspectiva del mundo de almas hacia el cual me dirijo tiene alguna poderosa influencia en mí mismo, ¡oh! entonces podría entregarme completamente y gastarme por los demás. Ninguna palabra es demasiado apasionada, ningún esfuerzo es demasiado grande, ningún costo es demasiado alto; las miradas hostiles y la ira de los opositores malignos de la predicación del evangelio de Cristo no significan nada para mí. Pero cuando el mundo de los espíritus desaparece o mi alma se nubla y no recibe las influencias vitales e iluminadoras del cielo, "me enfrió, primero hacia mí mismo y luego hacia los demás".

Venid, entonces, pobres pecadores, y ayudadnos, pues estamos dispuestos en todo momento a ayudaros. Así como primero buscamos la ayuda de Dios, también buscamos la vuestra. Ayudadnos, porque no podemos servirnos en contra de vuestra voluntad, ni salvaros sin vuestro consentimiento y ayuda. Ni siquiera Dios os salvará sin vosotros, ¿cómo lo haremos nosotros? Sabemos que el diablo está en contra de nosotros y hará todo lo posible por obstaculizarnos, al igual que todos sus ministros, sin importar los nombres o títulos con los que se distingan. Pero todo esto no significa nada si vosotros estáis de nuestro lado; quiero decir, si estáis del lado de Cristo y del vuestro propio, y no os oponéis a vosotros mismos. Ni los hombres ni los demonios pueden ayudarnos o impedirnos salvaros, como vosotros mismos podéis hacerlo: "Si Dios y vosotros estáis a nuestro favor, ¿quién estará en contra nuestra?".

¿Y "¿nos ayudaréis?" Dejad de luchar contra Dios y la conciencia; dejad de luchar contra Cristo y su Espíritu; ya no os aliéis más con el mundo y la carne, a los cuales renunciasteis en vuestro bautismo; poned vuestro corazón en el mensaje que traemos; dadle vuestro pensamiento sereno y maduro; examinad las Escrituras y ved si lo que decimos es verdad o no. No os ofrecemos más que lo que hemos elegido

decididamente para nosotros mismos, después de la más seria deliberación que podemos hacer. Muchas veces hemos mirado a nuestro alrededor para saber "cuál es la felicidad del hombre"; y si hubiéramos encontrado algo mejor para nosotros, os lo habríamos ofrecido a vosotros. Si el mundo hubiera satisfecho nuestras necesidades, también habría satisfecho las vuestras, y no os molestaríamos constantemente con el discurso de "otro mundo"; pero estoy seguro de que el mundo no satisfará vuestras necesidades ni os hará felices, y pronto no podréis engañaros más a vosotros mismos con ese pretexto.

Pero si no queréis pensar en estas cosas, si no queréis usar la razón de los hombres, ¡ay! ¿qué podemos hacer para salvar vuestras almas? Oh, tened piedad de ellos, Señor, para que tengan piedad de sí mismos; tened misericordia de ellos, para que tengan algo de misericordia de sí mismos; ayudadles para que puedan ayudarse a sí mismos y a nosotros.

Si rechazáis, ¿no será vuestra pérdida mayor que la nuestra? Si nosotros perdemos nuestro trabajo (lo cual para nosotros no será así), si perdemos nuestras esperanzas de vuestra salvación, ¿qué importa eso en comparación con vuestra eterno alejamiento de la salvación misma? ¿Y qué son nuestros sufrimientos por vuestra causa en comparación con vuestros sufrimientos interminables?

Pero, ¡oh!, lo que parte nuestros corazones es dejaros con más culpa de la que os encontramos; y cuando hemos gastado nuestra vida y trabajo para salvaros, las almas impenitentes deben sufrir un castigo aún mayor por rechazar estos llamados; y será parte de vuestro infierno pensar por siempre cómo locamente rechazasteis nuestro consejo y qué dolores, costos y paciencia se emplearon en intentar salvaros, todo en vano. Así será, necesariamente será así. Cristo dice: "Será más tolerable el juicio para Sodoma y Gomorra que para los que rechacen los llamados de su evangelio". La naturaleza de las cosas y la naturaleza de la justicia ciertamente os indican que así será. ¡Oh, no convertáis vuestras quejas contra Dios en vuestra contra! No nos obliguéis a decir que os invitamos fervientemente al festín celestial y vosotros no quisisteis venir. No nos obliguéis a dar testimonio en contra vuestra: "Señor, habríamos soportado todo nuestro trabajo y sufrimiento mucho más fácilmente si tan solo se hubieran rendido a tu gracia".

Pero fueron ellos mismos quienes quebrantaron nuestros corazones, quienes hicieron perder nuestro trabajo, quienes nos hicieron predicar y rogar en vano: era más fácil predicar sin sustento que sin éxito. Fueron ellos los que fueron peores para nosotros que todos los perseguidores del mundo. ¡Cuántas veces quisimos reunirlos, pero no quisieron, y todavía

siguen sin reunirse! Cuántos ministros santos y fieles he conocido en estos once años pasados que han vivido en una pobreza extrema y necesidad, apenas consiguiendo pan y ropa gracias a la caridad; y sin embargo, si tan solo pudieran haber dicho sinceramente: "Señor, los sermones que predico en privado y en peligro han ganado muchas almas para ti", eso habría aliviado su carga. Pero te digo, pecador insensible e impenitente, niegas a Dios en tu corazón; y tú, que les niegas tu conversión, que era el fin de todos sus esfuerzos, has actuado mucho más cruelmente con ellos que aquellos que negaron pan a los levitas.

Pobres pecadores. Sé que estoy hablando todo esto a aquellos que están "muertos en el pecado", pero es una "muerte que coexiste" con una "vida natural", que tiene una "capacidad de vida espiritual", de lo contrario, no les hablaría más que a una piedra.

Y sé que estáis ciegos para ver, pero es una ceguera que coexiste con una facultad razonable, que es capaz de iluminación espiritual, de lo contrario, no os persuadiría más que a una bestia. Y sé que estáis encadenados por "vuestros propios deseos": vuestras voluntades, vuestro amor, vuestros corazones se han apartado de Dios y están fuertemente hechizados por los sueños y deleites de la carne y el mundo; pero vuestras voluntades no son forzadas a esta cautividad: seguramente esas voluntades pueden ser cambiadas por la gracia de Dios cuando veáis claramente suficientes razones para cambiarlas; de lo contrario, predicaría tanto a "demonios como a almas condenadas" si fuera capaz. Vuestro caso aún no es desesperado; ¡oh, no lo convertiréis en desesperado! Hay justamente la misma esperanza de vuestra salvación que de vuestra conversión y perseverancia, y no más.

Sin ello no hay esperanza; y con ello estás a salvo y no tienes motivo para dudar ni temer. El cielo aún puede ser tuyo si lo deseas. Nada más que tu propia voluntad, al rechazar a Cristo y una vida santa, puede excluirte. ¿Lo harás? ¿El infierno será tu elección propia? ¿Y dirás que no quieres ser salvado?

¡Oh, piensa mejor en lo que haces! Las condiciones de Dios son razonables; sus palabras y caminos son buenos y justos; el "yugo de Cristo es fácil y su carga ligera", y sus mandamientos no son gravosos para nadie, excepto en la medida en que la ceguera y un corazón malvado los hagan así. No tienes verdadera razón para estar renuente: Dios y la conciencia te dirán un día, a ti y a todo el mundo, que no tienes razón para ello. Tan sabiamente podrías pretender razón para atormentarte a ti mismo como argumentar razonamiento en contra de una verdadera conversión a Dios.

Si te estuviera persuadiendo para que no te suicides, no tendría ninguna duda de que serías persuadido; y sin embargo, debo estar sin esperanza cuando te persuado de escapar de una miseria eterna, y de no poner "el mundo y la carne" por encima de tu Salvador y tu Dios, y por encima de una alegría eterna segura. ¡Dios no lo permita!

Lector, considero que es una gran misericordia de Dios que, antes de que mi cabeza descansa en el polvo y vaya a rendir cuenta a mi Juez, tengo esta oportunidad una vez más de suplicarte sinceramente por tu propia salvación.

Te suplico, como alguien que pronto será llamado y no volverá a hablarte hasta que entremos en nuestro estado eterno, que a veces te retires en ti mismo y uses la razón de un ser humano. Mira hacia delante y considera hacia dónde te diriges, mira hacia atrás y reflexiona sobre cómo has vivido y qué has estado haciendo en el mundo hasta ahora; mira dentro de ti y evalúa en qué estado se encuentra tu alma, y si está preparada para entrar en la eternidad. Mira hacia arriba y contempla el glorioso cielo que estás descuidando, y recuerda que tienes a Dios como tu amigo o enemigo eterno, según tu elección y forma de vivir, y que siempre estás en Su presencia. Sí, y mira hacia abajo y piensa dónde están aquellos que mueren sin convertirse. Y cuando hayas reflexionado sobre estas cosas con sobriedad, actúa de acuerdo a lo que Dios y la verdadera razón te indiquen.

¿Es esto una petición irrazonable? Apelo a Dios, a todos los hombres sabios y a tu propia conciencia, cuando finalmente despierte, para que testifiquen si estoy hablando en contra de ti o si todo esto no es para tu bien. Pero si no es verdad y seguro, entonces no prestes atención a mis palabras. Si no hablo el mensaje que Dios ha ordenado a sus ministros que hablen, entonces recházalo con desprecio si así lo deseas. Pero si simplemente, en nombre de Cristo y en Su lugar, te suplico que te reconcilies con Dios, recházalo bajo tu propio riesgo. Y si el ruego de Dios no logra vencer tu pereza, tus deseos carnales, el polvo y las sombras del mundo, recuérdalo cuando, con gritos infructuosos y horror, estés suplicando en vano y sea demasiado tarde.

Yo sé, pobre pecador, que la lujuria y el apetito no tienen razón; pero sé que tú mismo tienes razón, la cual te fue dada para gobernarlos, y que aquel que no quiere ser hombre no puede ser santo ni hombre feliz. Sé que vives en un mundo tentador y malvado, donde las cosas y las personas te obstaculizarán constantemente; pero sé que esto no es más para alguien que, por fe, ve el cielo y el infierno delante de él, que un grano de arena para un reino, o una ráfaga de viento para alguien que

está luchando o huyendo por su vida. ¡Ojalá supieras la diferencia entre lo que el diablo y el pecado te darán si vendes tu alma y el cielo, y lo que Dios ha prometido y jurado darte si te entregas de corazón a Él! Sé que es posible que te encuentres en compañía, al menos entre algunos borrachos y ebrios, que te dirán: "Todo esto es simplemente una precisión molesta y haciendo más alboroto del necesario", pero también sé lo que ese hombre merece, que creará a un necio antes que a su Creador. ¡Pues no puede ser más que un miserable tonto aquel que contradiga y maldiga la palabra de Dios, incluso la palabra de gracia que podría salvar las almas de los hombres!

Y, ¡ay! es posible que escuches a algunos de la tribu de Leví, o más bien de Caín, ridiculizar esta piedad seria como mera hipocresía, fanatismo y autoengaño; como si tuvieras que ser no mejor que los esclavos del diablo, para que no te enorgullezcas al pensar que eres mejor que ellos; es decir, irás con ellos al infierno, para que en el cielo no seas un hipócrita orgulloso, al pensar que eres más feliz que ellos.

Puede ser que te digan que esta conversación de conversión es más adecuada para que la escuchen los paganos e incrédulos que los cristianos y protestantes. Pero te ruego, ante Dios, que respondas las siguientes preguntas, o que consigas que sean respondidas, y luego juzga si son ellos o nosotros quienes intentamos engañarte; y si, como suelen hacer aquellos que hablan en contra del aprendizaje cuando no lo tienen, estos hombres hablan en contra de la conversión y del "Espíritu de Dios" porque ellos mismos carecen de ello.

Pregunta 1: Te ruego que les preguntes si es una opinión puritana o fanática que los hombres de echo morirán, y qué significado tienen toda la pompa, la riqueza y el placer del mundo para un alma que está partiendo. Pregúntales si vivirán en la tierra para siempre y si sus horas de alegría y miradas arrogantes no tendrán fin; y si no es solo la idea de "hipócritas y cismáticos" que su cadáver con seguridad se prudrirá en una "tumba oscura".

Pregunta 2: Pregúntales si no tienen un alma inmortal y una vida más larga por vivir cuando esta termine.

Pregunta 3: Pregúntales si la razón no exige que cada persona piense más seriamente en el lugar o estado donde estará para siempre, en comparación con aquel donde solo estará por un breve tiempo y del cual se está alejando día y noche; y si no es más sabio almacenar nuestro tesoro donde nos quedaremos, en lugar de donde no deberíamos permanecer, sino esperar a ser llamados y nunca más ser vistos en la tierra.

Pregunta 4: Pregúntales si no se supone que debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, alma y fuerzas, y si no es una marca de un malvado impío ser "amante del placer más que de Dios" y amante de este mundo por encima de Él, y si no deberíamos buscar primero el reino de Dios y su justicia, y trabajar más por el alimento que no perece, y esforzarnos por entrar por la puerta estrecha, y dedicar toda diligencia para asegurar nuestro llamado y elección.

Pregunta 5: Pregúntales si alguien podrá ver a Dios sin santidad, y si la mente carnal no es enemistad contra Dios, y si tener la mente puesta en las cosas espirituales no es vida y paz; y si, "si vivís conforme a la carne", no moriréis y seréis condenados, y si "los que andan conforme al Espíritu" no vivirán y serán salvos; y si alguien puede ser de Cristo sin tener su Espíritu.

Pregunta 6: Pregúntales si algún hombre tiene "tesoro en el cielo" si su corazón no está allí; y si esta no es la diferencia entre los impíos y los piadosos: que los primeros hacen de sus vientres su dios y se preocupan por las cosas terrenales, y son enemigos de la cruz de Cristo (aunque tal vez no de su nombre); y los últimos tienen su conversación en el cielo, y al haber resucitado con Cristo, ponen sus afectos en las cosas de arriba, no en las de la tierra, a las cuales están muertos, y su vida está escondida (o fuera de vista) con Cristo en Dios, hasta que Cristo aparezca y entonces ellos aparecerán (incluso abiertamente ante todo el mundo) con Él en gloria.

Pregunta 7: Pregúntales si es creíble o acorde con la palabra y la obra de Dios que Él, quien no da los frutos de la tierra sin el trabajo humano, ni alimenta y viste a las personas sin que ellas mismas lo hagan, los llevará al cielo sin ningún cuidado, deseo o esfuerzo de su parte, cuando les ha dicho que no se preocupen por una cosa y les ha pedido la mayor diligencia en la otra. Sí, pregúntales si estos no son los dos primeros artículos de toda fe y religión: 1. "¿Que Dios existe?" 2. "¿Que Él es el recompensador de quienes le buscan diligentemente?"

Pregunta 8: Pregúntales, sí, pregúntale a tus ojos, tus oídos, tu experiencia diaria en el mundo, si todos o la mayoría de aquellos que se llaman a sí mismos cristianos vivirán de verdad de esta manera para Dios en el Espíritu, y "matarán la carne con sus afectos y concupiscencias, y buscarán primero el reino de Dios y su justicia", amarán a Dios por encima de todo, y atesorarán su corazón en el cielo; o más bien, si la mayoría no serán amantes del mundo y "amantes del placer más que de Dios", y no vivirán según la carne y no se preocuparán principalmente por las cosas de la carne.

Pregunta 9: Pregúntales si el nombre de cristiano salvará a alguno de estos impíos, y si a Dios le agradará más que los hombres mientan y se llamen cristianos cuando en realidad no lo eran. Y si se atreverían a predicar al pueblo que un borracho cristiano, un fornicario cristiano, un opresor cristiano o un mundano cristiano no necesitarán conversión.

Pregunta 10: Pregúntales si ellos mismos no dicen que la hipocresía es una gran agravante de todos los demás pecados. Y si Dios no ha hecho de los hipócritas y los incrédulos estándares en el infierno. Y si tratar de engañar a Dios con una religión falsa hace que esos falsos cristianos sean mejores que los pobres paganos e infieles, o mucho peores. Y si no es un hipócrita aquel que profesa ser cristiano y siervo de Dios cuando no lo es, ni lo será. Y si aquel que "conoce la voluntad de su amo y no la cumple" no recibirá los azotes o castigos más severos.

Pregunta 11: Pregúntales si, en su bautismo, no renunciaron a la carne, al mundo y al diablo, y si no hicieron voto y se entregaron a Dios su Padre, su Salvador y su Santificador. Y si todos o la mayoría de los hombres cumplen con este voto. Y si alguien que ha perjurado y quebrantado su pacto con Dios es más apto para la salvación que alguien que nunca fue bautizado.

Pregunta 12: Pregúntales si la santa naturaleza de Dios no es tan contraria al pecado como para considerar blasfemia decir que él llevará al cielo y al seno de sus deleites eternos a un alma impía y no renovada.

Pregunta 13: Pregúntales entonces, ¿por qué fue que Cristo vino al mundo? ¿Acaso no fue para salvar a su pueblo de sus pecados y destruir las obras del diablo, para purificar un pueblo especial celoso de buenas obras y para traer a las almas extraviadas de vuelta a Dios, siendo "el camino hacia el Padre"? ¿Y acaso Cristo salvará a un alma que no ha sido convertida por él ni purificada de sus pecados? ¿O será que solo tienen la imagen muerta de un Jesús crucificado como su único Salvador, sin querer más de él?

Pregunta 14: Pregúntales por qué creen y fueron bautizados en el Espíritu Santo. ¿Y si un hombre puede entrar en el reino de los cielos sin haber nacido del Espíritu, así como del agua? ¿Y si no se convierte y comienza el mundo como si fuera de nuevo, en una vida nueva, dócil y enseñable, como un niño pequeño? ¿Y acaso no es una verdad cierta que "si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él"?

Pregunta 15: Pregúntales por qué Cristo advirtió tantas veces sobre la naturaleza condenable de la hipocresía de los fariseos, si los cristianos hipócritas pueden ser salvos. ¿Y quiénes eran estos fariseos? Eran los

líderes de la iglesia judía, los rabinos, que buscaban altos cargos, altos diezmos, ceremonias y vestimentas formales, y debían ser reverenciados por todos. Daban un servicio de labios a Dios sin tener el corazón en ello, anulaban sus mandamientos y lo adoraban en vano, "enseñando como doctrinas los mandamientos de hombres". Daban estrictamente el diezmo de la menta y el comino, pero pasaban por alto el amor, la misericordia y la justicia. Adoraban a Dios con abundancia de ceremonias, construían tumbas y embellecían los sepulcros de los santos, mientras mataban y perseguían a aquellos que los imitaban, odiaban a los santos vivos pero honraban a los muertos. Fueron los enemigos más amargos y asesinos de Cristo, alegando que era un blasfemo y un enemigo sedicioso de César y de la paz común, y alguien que hablaba en contra de los templos. Fueron los mayores enemigos de los Apóstoles y silenciadores de aquellos que predicaban el evangelio de Cristo, persiguiendo a aquellos que invocaban su nombre.

Y ¿acaso estos no necesitan conversión porque pueden decir: "Dios es nuestro padre" (cuando el diablo era su padre) y que son descendientes de Abraham? ¿Y acaso "los cristianos hipócritas, los cristianos borrachos, los cristianos fornicarios, los cristianos carnales e incrédulos del mundo" (la contradicción es propia de ustedes), los "cristianos perseguidores, los cristianos de falsos nombres, los cristianos hipócritas" no son igual de malos, y sí incluso peores, ya que abusan de una profesión más excelente?

Pregunta 16: ¿No requiere el estado sagrado del cielo la santidad en todos los que lo poseerán? ¿Puede un alma impía allí ver, amar, alabar y deleitarse en Dios para siempre, y en la santa sociedad y ocupación de los santos? ¿No se parece más a un musulmán que a un cristiano aquel que busca un cielo sensual e impío?

Pregunta 17: ¿Cuál es la diferencia entre la iglesia y el mundo? ¿No es la iglesia una sociedad santa de almas regeneradas? Sí, la iglesia visible son solo aquellos que en el bautismo prometen santidad y la profesan. Mira a estos hipócritas a los ojos y mira si no se ruborizan cuando repiten en el credo: "Creo en el Espíritu Santo, creo en la santa Iglesia Católica y en la comunión de los santos", quienes tendrán "el perdón de los pecados y la vida eterna". Pregúntales si se refieren a adúlteros santos, a mundanos santos, a perjuros santos. Pregúntales si se refieren a una comunión de santos en una taberna, en un teatro, en una casa de juegos o en una comunión de burlas y representaciones teatrales. Si la iglesia es santa, sé santo si quieres ser parte de ella. Y no hagas que los santos y su comunión parezcan odiosos, ya sea por sus debilidades o por su oposición a tus intereses o concepciones carnales.

Pregunta 18: ¿Pregúntales si existe el cielo y el infierno, o no? Si no existen, ¿por qué se hacen llamar cristianos? Si existen, ¿acaso Dios enviará a un hombre al cielo y a otro al infierno, a una diferencia de estado tan vasta, tan asombrosa, si no hay una gran diferencia entre ellos aquí? Si la santidad no diferencia a los cristianos de los demás más que escuchar un sermón o recitar una oración diferencia a alguien de un incrédulo, ¿dónde estaría la justicia de Dios al salvar a unos y condenar a otros? ¿Y en qué sería mejor el cristianismo que la religión de "Antonino, Platón, Sócrates, Séneca, Cicerón, Plutarco" y otros, si no mucho peor? Ve a las calles de Londres y, después de hablar con hombres prudentes y vivos, ve a la tienda del pintor y mira un retrato hermoso; y ve al espejo y observa la apariencia de cada transeúnte reflejada en el cristal, y tendrás algo parecido a la diferencia entre un alma santa y un hipócrita muerto y vestido formalmente.

Pregunta 19: ¿Pregúntales si los reyes y todos los hombres no hacen una diferencia entre un hombre y otro; entre el leal y el pérfido, entre el obediente y el desobediente? ¿Y si ellos mismos no se distinguen entre un amigo y un enemigo; entre alguien que los ama y alguien que los roba, odia o querría matarlos? ¿Y acaso el Dios más santo no hará una diferencia aún mayor entre los justos y los malvados?

Pregunta 20: Pero si están muertos en todos los aspectos, excepto en el interés carnal, pregúntales por qué son predicadores o sacerdotes. Y si la conversión y la santidad son innecesarias, ¿para qué sirven ellos mismos? ¿Y por qué el país debe ser molestado por ellos, pagarles los diezmos y deberles reverencia? Cuando estas veinte preguntas sean respondidas adecuadamente, puedes concluir que puedes ser salvo sin conversión. Pero si, pobre alma, estás completamente convencido y preguntas: "¿Qué debo hacer para convertirme?", que el Señor te haga dispuesto y te salve de la hipocresía, y rápidamente te lo diré en pocas palabras.

1. No dejes de pensar seriamente en estas cosas hasta que tu corazón sea cambiado.

2. Ven a Cristo y acéptalo como tu Salvador, tu maestro, tu rey, y él perdonará todo lo que ha pasado y te salvará.

3. Cree en el amor de Dios, el perdón del pecado y las alegrías eternas del cielo, para que puedas sentir que todos los placeres del mundo son escorias en comparación con la delicia celestial de la fe, la esperanza, el amor santo, la paz de conciencia y la obediencia sincera.

4. "No peques más deliberadamente", pero evita lo que puedas evitar.

5. Aléjate de las tentaciones, las ocasiones de pecado y las malas compañías, y sé compañero de los humildes, los santos, los celestiales y los sinceros.

6. Espera en el Espíritu de Dios en el uso diligente y constante de sus propios medios. Lee, escucha, medita, ora; ora con fervor por esa gracia que te convertirá; espera así, y no esperarás en vano. ¡Ten piedad, oh Señor, y convence a las almas! ¡Que la sangre de Cristo, su doctrina, su ejemplo, su Espíritu, no se pierdan para ellos y ellos se pierdan para siempre! ¡No permitas que el cielo sea como si no fuera cielo para ellos, mientras sueñan y se deleitan con las sombras de este mundo! ¡Y, oh Señor, salva esta tierra de la destrucción mayor que todas nuestras plagas recientes, llamas y divisiones, que nuestros pecados y tus amenazas nos hacen temer! ¡Oh Señor, en ti hemos confiado, nunca quedemos confundidos!

Habiendo así contribuido con mis esfuerzos, en este prólogo, para el fomento del propósito de este "excelente libro", debo decirte, lector, que considero un honor recomendar un nacimiento tan valiente al mundo.

Quién era el autor de este Tratado, cómo predicaba, cómo murió, su vida y sus cartas, impresas recientemente, te lo contarán completamente; y recomiendo sinceramente su lectura a todos, pero especialmente a los ministros, no para decirles por qué se les ha prohibido predicar el evangelio de Cristo y quiénes son los hombres que lo han hecho durante tantos años, sino para decirles qué deberían ser los hombres que sirven a Cristo. Pero no digas: "Se mató a sí mismo con excesivo trabajo, por lo tanto, tomaré precauciones y me tomaré mi descanso". Porque 1. Vivió en perfecta salud todos sus días, a pesar de todos sus trabajos, hasta después de su largo y duro encarcelamiento. 2. No fue el mayor esfuerzo en sus tiempos de libertad lo que le hizo daño, sino su predicación, seis, siete u ocho veces por semana, después de ser silenciado, porque no podía hablar a todas sus personas a la vez. Oh, no hagas un mal uso de un ejemplo tan excelente; no digas, como Judas: "¿Para qué este desperdicio?" Su trabajo, su vida, su sufrimiento, su muerte no fueron en vano. Las generaciones venideras, que leerán su vida, y leerán su pequeño tratado popular y su "Llamado a Arquipo", dirán que no fueron en vano. Y aunque fue cortado en la mitad de su vida y sus labores más largas y escritos más elaborados fueron así impedidos, toma agradecidamente este pequeño pero metódico, cálido y serio tratado; léelo seriamente, y no puede ser más que beneficioso para ti.

Soy alguien que ha explorado libros, ciencias y especulaciones de muchas clases, y te digo seriamente, como alguien que está próximo a

morir, que después de todas mis búsquedas y experiencias, he encontrado que las indagaciones filosóficas sobre las artimañas divinas y la naturaleza de las cosas tienen, entre un gran número de incertidumbres, muchas probabilidades agradables y encantadoras que un alma piadosa puede aprovechar para admirar a Dios y encontrar como una forma lícita de entretenimiento. Sin embargo, en las cuestiones morales que los ateos consideran inciertas, el conocimiento de Dios y nuestro deber, nuestras esperanzas, la doctrina y práctica de la santidad, la templanza, la caridad y la justicia, y la búsqueda diligente y las esperanzas gozosas de la vida eterna, son la verdadera sabiduría, bondad, descanso y consuelo de un alma. No importa cuál sea la justificación, esta es la certeza satisfactoria, el propósito y el embellecimiento que llena nuestras vidas.

He terminado, cuando he intentado eliminar un poco de escándalo que preví que sufriría, donde él y dos de sus amigos, al escribir el prólogo de su vida, mencionan mi nombre de tal manera que no puedo aceptarlo, porque parecería elogiarlo a él por elogiarme a mí.

Confieso que parece mal en mí, pero no tenía el poder sobre las escrituras de otros hombres y, por lo tanto, no me atreví a dejar de hacer lo que le correspondía a él. Si hubiera dirigido sus plumas, habrían tomado un camino intermedio y solo me habrían considerado un siervo muy indigno de Cristo, quien aún anhela ver la paz y la prosperidad de su iglesia; y habría renunciado a sus elogios no merecidos, al igual que otros hombres deberían haber renunciado a sus difamaciones calumniosas. Pero si el lector no resulta perjudicado por ello, le aseguro que el uso que hice de ello fue lamentar que en realidad soy mucho peor de lo que ellos me consideraban; y temer que pueda resultar aún peor de lo que yo mismo percibo, al ver tanto pecado y debilidad en aquellos mejores que yo y mucho más en mí mismo, hasta el punto de que es el sentimiento constante de mi alma que el **ORGULLO DE LA GRANDEZA, SABIDURÍA y BONDAD DE LOS HOMBRES** es la primera parte de la **IMAGEN DEL DIABLO** en el alma humana; y la **OSCURIDAD** es la segunda; y la **MALICIA** la tercera.

RICHARD BAXTER.

UNA ALARMA PARA PECADORES INCONVERSOS

UNA EPÍSTOLA AL LECTOR INCONVERSO: POR RICHARD ALLEINE

LECTOR:

¡Qué bueno sería si no hubiera más personas no convertidas entre nosotros que aquellas a quienes se dirige este mensaje! ¿Cuántas personas no convertidas hay? ¡Pero cuán pocos lectores no convertidos, especialmente de libros como este que tienes delante! Una obra de teatro o una novela se adaptan mejor a los deseos y, por lo tanto, deben tener más atractivo para aquellos con esa mentalidad; lo que alimenta solo el corazón malvado es lo más agradable, no lo que lo cambiará. ¿Existen personas a quienes se dirige este mensaje que no reconocerán que ellos son los mencionados? ¡Y cuán pocas esperanzas hay de que este excelente tratado llegue a su fin con aquellos que no se consideran concernidos en él! ¿No eres tú uno de ellos? ¿Eres un converso o todavía estás en tus pecados? ¿Qué es el pecado? ¿Qué es la conversión? Puede ser que no puedas decirme ni una ni otra cosa y, sin embargo, afirmas ser un convertido. Pero, ¿con qué propósito es probable que el siervo de Dios trate contigo sobre este asunto? Que te mande creer. Tú ya eres un creyente; que te mande arrepentirte y volverte al Señor. Esa obra, dices tú, no hay que hacerla ahora. ¿Qué se puede decir a este hombre que tenga la esperanza de llevarlo por buen camino? Amigo, conócete mejor a ti mismo, o perecerás sin remedio. Puedes orar, pero ¿qué esperanza hay en tu oración? Puedes leer, pero ¿qué esperanza hay en tu lectura? Aun así, sigue leyendo; hay una esperanza, en este libro hay un unguento para los ojos que puede sanar tu ceguera. En este libro hay un espejo que te mostrará tu rostro. ¿Reconoces tu propio rostro cuando lo ves? Observa tu propia imagen en esos rasgos que se describen de una persona no convertida; léelos y considéralos, y luego di si no eres tú esa persona.

Está dispuesto a conocerte a ti mismo y a conocer lo peor de tu situación: no cierres los ojos ante la luz; no te escondas de tu propia alma. ¿Vas a esperar hasta que tu enfermedad sea incurable para conocerla?

Gran parte de nuestro trabajo más arduo terminaría si pudiéramos ver a los pecadores, a quienes somos enviados, convencidos de su pecado. Si pudiéramos abrir los ojos ciegos, habría esperanzas de que pronto resucitaríamos a los muertos.

Pecador, en verdad te encuentras en una situación difícil, ya sea que lo sepas o no; estás entre los muertos y solo hay un paso entre tú y el infierno. Aunque se te diga, no lo creerás; una vez más, te ruego que te acerques al espejo que se te presenta aquí y observes detenidamente si no encuentras en ti las mismas señales de los muertos.

Si hay fracasos en esta primera etapa, si no comprendes tu miseria y tu peligro, se acabaron todas las esperanzas relacionadas contigo. Mientras persista tu autoignorancia, todos los consejos necesarios para alguien en tu situación no te servirán de nada; es poco probable que prosperen contigo. ¿Quién se persuadirá de hacer algo que cree que ya está hecho? ¿Quién seguirá el consejo del médico que no cree estar enfermo? El hombre de Dios puede ahorrarse el esfuerzo de persuadirte a la conversión mientras estés seguro de que ya estás convertido. ¿Quién se tomará la molestia de arrepentirse si concluye que ya se ha arrepentido? ¿Quién se esforzará en el trabajo y los dolores del nuevo nacimiento si está convencido de que ya ha "pasado de la muerte a la vida"?

Pero, amigo, déjame razonar un poco contigo. Estás seguro de que estás bien, pero ¿por qué no te sometes, al menos, a cuestionarlo? ¿No estaré equivocado? Estás peor que loco si piensas que tal pregunta no puede hacerse. ¿No sabes que tu corazón es falso y engañoso? Sin embargo, porque habla bien de ti, ¿no se cuestiona si habla la verdad o no?

Sé lo suficientemente sabio como para concluir: "Puede que esté equivocado", y así sométete a la prueba de si estás equivocado o no.

Y si, al poner a prueba los signos que tienes delante, te das cuenta de que estás engañado y ves que estás envuelto en esa miseria que hasta ahora no sospechabas, la próxima noticia que espero escuchar de ti es: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" ¡Oh, si llegara a eso! Entonces tendrás una respuesta a mano, en los medios que encontrarás prescritos para ti. Y, como probablemente te resulte difícil utilizar esos medios, considera los motivos que siguen, y te ayudarán a aceptar los medios; considera tanto uno como otro; y si no encuentras los medios adecuados y los motivos

poderosos, creo que no te estaré haciendo ningún daño si te digo que aún tienes una mente ciega y un corazón más duro.

Amigo, el asunto del cual este pequeño libro trata contigo es de suma importancia; es un asunto de vida o muerte. Si dices: "Los términos en los cuales se ofrece la vida son difíciles", considera, ¿acaso no es más difícil morir? Es digno de morir aquel que perderá su alma para ahorrar su esfuerzo. Si pudieras descender a las profundidades y ver a esas almas condenadas, que están encadenadas en cadenas eternas de venganza, y les preguntarías: "¿Y ahora qué piensan de los términos en los cuales se les ofreció la vida? ¿Y ahora qué piensan del arrepentimiento, de la obediencia, de la circunspección, de la negación de sí mismos y de la mayor severidad que por el evangelio se les impuso? Si se les concedieran nuevamente los mismos términos para su redención de este lugar de tormento, ¿dirían todavía, términos difíciles! Déjame morir esta muerte para siempre en lugar de vivir tal vida". Si les preguntarías así, a aquellos que han experimentado lo que es ser condenado, ¿qué crees que responderían? ¡Oh, amigo! nunca más te "quejes por las dificultades de la conversión hasta que creas que son peores que el infierno".

Pero no quiero adelantarme más a mi valioso autor.

Ni hay mucha necesidad de que elogies a él o a sus obras: porque al autor mismo puedes conocerlo por un pequeño costo, en esa historia de su vida y muerte que está disponible, sobre la cual solo diré:

"Sic mihi contingat vivere, sicque mori" (Así me ocurra vivir, y así morir); y en cuanto a esta obra suya, cualquier elogio que le dé será necesario solo hasta que la hayas leído por completo: encontrarás en ella un vino que no necesita de una vidriera. Solo diré esto, hasta donde llegue mi credibilidad, que vale mucho la pena que la leas con seriedad. Oh, que puedas escuchar esa voz (existe una voz así desde el cielo, ya sea que la escuches o no), "toma y lee"; lee, amigo, y lee una vez más, lee y comprende, comprende y ora, ora y considera, y consiente a Aquel que por medio de su siervo te llama desde el cielo, "¿Por qué quieres morir? Vuélvete y vive". Oh, permite que esta palabra de instrucción y exhortación abra tus ojos ciegos, te aparte de las tinieblas a la luz, del poder de Satanás a Dios, para que recibas el perdón de los pecados y una herencia entre aquellos que están santificados. Cuando así sea contigo, entonces para

Tu amigo y servidor de tu alma,

RICHARD ALLEINE.

UNA ALARMA PARA PECADORES INCONVERSOS

A partir de aquí comienza el contenido
del libro original escrito por Joseph Alleine

UNA
ALARMA
PARA
PECADORES
INCONVERSOS

UNA ALARMA PARA PECADORES INCONVERSOS

INTRODUCCIÓN

Una invitación sincera a los pecadores para que se vuelvan a Dios en aras de su salvación eterna.

QUERIDOS amados y anhelados, reconozco con gusto que soy deudor de todos ustedes y me preocupo, como deseo ser considerado un buen administrador de la casa de Dios, de dar a cada uno su parte. Pero el médico se preocupa más por aquellos pacientes cuyo caso es más dudoso y peligroso, y las entrañas de un padre se vuelven especialmente hacia su hijo moribundo; el número de almas no convertidas entre ustedes clama por la compasión más sincera y la diligencia apresurada para sacarlas del fuego, y por lo tanto, me dirigiré primero a ellos en estas páginas.

Pero ¿de dónde obtendré mi argumento, o cómo elegiré mis palabras? Señor, ¿con qué puedo ganarlos? ¡Oh, si tan solo pudiera decirlo! Escribiría a través de lágrimas, expresaría cada argumento con llanto, les suplicaría de rodillas, en verdad (si tuviera la capacidad) lo haría. ¡Oh, cuánto agradecería si se dejaran persuadir para arrepentirse y volverse!

¿Cuánto tiempo he sufrido dolores de parto por ustedes? ¿Cuántas veces les he hecho una petición? ¿Cuántas veces he intentado reunirlos? ¿Qué tan insistente he sido con ustedes? Esto es por lo que he orado y estudiado durante muchos años, para poder llevarlos a Dios. ¡Oh, si tan solo pudiera hacerlo! ¿Se dejarán suplicar todavía? ¡Oh, qué hombre tan feliz podrían hacerme si tan solo me escucharan y me permitieran llevarlos a Jesucristo!

Pero, Señor, ¡qué insuficiente soy para esta tarea! He estado suplicando por ti durante muchos años, pero ellos no quisieron acompañarme. ¡Señor, qué tarea me has encomendado! ¡Ay! ¿Con qué puedo atravesar las escamas del Leviatán o hacer que el corazón sienta, siendo duro como una piedra, duro como una piedra de molino? ¿Debo ir

y hablarle a la tumba, esperando que los muertos me obedezcan y salgan? ¿Debo dar vista al ciego? Desde el principio del mundo se ha oído que un hombre abrió los ojos del ciego, pero tú, oh Señor, puedes atravesar las escamas y pinchar el corazón del pecador: Yo solo puedo disparar al azar con el arco, pero tú dirige las flechas entre las junturas de la armadura, mata al pecado y salva el alma del pecador que posa sus ojos en estos esfuerzos.

Pero debo dirigirme a ustedes a quienes he sido enviado; sin embargo, estoy en gran aprieto. ¡Ojalá supiera cómo proceder con ustedes! ¿Renunciaría a cualquier esfuerzo? Dios sabe que ustedes mismos son mis testigos de cómo los he seguido tanto en privado como en público, y he llevado el evangelio a sus puertas, testificándoles la necesidad de un nuevo nacimiento y persuadiéndolos a buscar a tiempo un cambio sólido y completo. Amados, no he actuado en medio de ustedes para servir a mi propio beneficio. Nuestro evangelio no es sí y no. ¿No han escuchado las mismas verdades desde el púlpito, a través de trabajos públicos, cartas privadas e instrucciones personales? Hermanos, estoy igualmente convencido de que la santidad es la mejor opción, que no se puede entrar al cielo sino mediante el nuevo nacimiento, que "sin santidad nunca verán a Dios". ¡Ah, mis amados, refresquen mis entrañas en el Señor! Si hay algún consuelo en Cristo, algún consuelo de amor, algún compañerismo del Espíritu, alguna entraña de misericordia, "llenen mi gozo". Ahora entréguese al Señor. Ahora decídanse a buscarlo. Ahora levanten al Señor Jesús en sus corazones y en sus hogares. Ahora entren y "besen al Hijo" y acepten las ofertas de misericordia, toquen su cetro y vivan; ¿por qué quieren morir? No ruego por mí mismo, sino que anhelo que ustedes sean felices: este es el premio por el que corro y el objetivo que persigo. Mi deseo y oración por ustedes es que sean salvos.

El famoso Licurgo, habiendo instituido leyes estrictas y saludables para su pueblo, les dijo que se veía obligado a emprender un viaje y los hizo comprometerse bajo juramento a observar sus leyes hasta su regreso. Una vez hecho esto, se exilió voluntariamente y nunca regresó, para que, en virtud de su juramento, estuvieran comprometidos a la observancia perpetua de sus leyes. Me gustaría estar contento con la dura condición que él soportó (aunque los amo tiernamente), si así pudiera comprometerlos por completo con el Señor Jesucristo.

Amados, ¿les gustaría alegrar el corazón de su ministro? Entonces, abracen los consejos del Señor a través de mí. Abandonen sus pecados, vuelvan a la oración, establezcan la adoración a Dios en sus familias, manténganse alejados de la corrupción de los tiempos. ¿Qué mayor alegría para un ministro que escuchar que almas han nacido para Cristo a

través de él y "sus hijos caminan en la verdad"? Hermanos, les ruego que permitan una franqueza y libertad amistosas en sus asuntos más profundos. No estoy actuando como un orador para hacer un discurso erudito ante ustedes; estas líneas tienen un mensaje verdaderamente importante, que es convencer, convertir y salvarlos.

Mi labor no es complacerte, sino salvarte; ni mi tarea tiene que ver con tus fantasías, sino con vuestros corazones. Si no tengo vuestros corazones, no tengo nada. Si tuviera que complacer vuestros oídos, yo cantarí una canción diferente; si tuviera que predicarme a mí mismo, seguiría otro rumbo; entonces os contaría un cuento más suave y os hablaría de paz. ¿Cómo puede Amán amar a su Micaías que siempre profetiza el mal sobre él? Pero cuánto mejores son las heridas de un amigo que los halagos de una prostituta, que adula con sus labios hasta que la flecha atraviesa el hígado y acecha la vida preciosa. Si tuviera que calmar a un niño llorando, podría cantarle una canción agradable y arrullarlo para que se duerma; pero cuando el niño ha caído en el fuego, el padre toma otro rumbo; no irá a calmarlo con una canción o un juego. Sé que si no tenemos éxito contigo, estás perdido; si no podemos obtener tu consentimiento para "levantarte y venir", perecerás para siempre: no hay conversión y no hay salvación. Debo obtener tu buena voluntad o dejarte miserable.

Pero aquí surge nuevamente la dificultad de mi labor: "Señor, elige mis piedras de entre la roca"; vengo en el nombre del Señor de los ejércitos, el Dios de los ejércitos de Israel. Salgo, como el joven David, para luchar no contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, y gobernantes de las tinieblas de este mundo. Que el Señor golpee hoy al filisteo, le quite su armadura al hombre fuerte y me permita liberar a los cautivos de su mano. Señor, elige mis palabras, elige mis armas por mí; y cuando ponga mi mano en la bolsa, tome una piedra y la lance con la honda, haz que alcance el blanco y haga que se hunda, no en la frente, sino en el corazón del pecador no convertido, y derribarlo. Me has enviado, como Abraham envió a Eliezer, a buscar una esposa para mi señor, tu hijo, pero mi alma desalentada teme que la mujer no esté dispuesta a seguirme.

Oh Señor Dios de mi señor, te ruego que me concedas éxito en este día, y muestres bondad a mi señor, y envíes a tu ángel delante de mí, y prosperes mi camino, para que pueda encontrar una esposa para tu hijo; que así como tu siervo no descansó hasta reunir a Isaac y Rebeca, así también pueda tener éxito en unir a Cristo y las almas de mi pueblo antes de que nos separemos". Pero ahora me dirijo a ustedes.

UNA ALARMA PARA PECADORES INCONVERSOS

Algunos de ustedes saben a qué me refiero con conversión, y en vano trataré de persuadirlos a algo que no comprenden; por lo tanto, por amor a ustedes, mostraré "qué es esta conversión". Otros albergan esperanzas secretas de misericordia, aunque continúan como están; y para ellos debo mostrar "la necesidad de la conversión". Otros se endurecen con una vana idea de que ya están convertidos, a ellos debo mostrar "las señales del no convertido". Otros, porque no sienten daño, no temen nada y duermen en la parte superior del mástil; a ellos les mostraré "la miseria del no convertido". Otros se quedan quietos porque no ven su camino; a ellos les mostraré "los medios de la conversión". Y, finalmente, para estimular a todos, terminaré con "los motivos para la conversión".

CAPÍTULO 1: Mostrando, en negativo, lo que no es la Conversión y corrigiendo algunos errores al respecto

Permita que los ciegos samaritanos "adoren lo que no saben". Que los paganos atenienses inscriban su altar "al Dios desconocido". Que los astutos papistas elogien a la madre de la destrucción como la madre de la devoción; aquellos que conocen la constitución humana y la naturaleza de la operación del alma racional, no pueden dejar de saber que, dado que la comprensión tiene el dominio en el alma, aquel que quiera trabajar de manera racional debe esforzarse por dejar entrar la luz aquí. Y, por lo tanto, para que no me malinterpreten, les mostraré lo que quiero decir con la conversión a la que los animo a buscar.

Se cuenta la historia de que cuando Júpiter dejó caer las coronas de oro desde el cielo, todas menos una fueron robadas. Por eso, para que no perdieran un objeto de tan gran estima, hicieron otras cinco tan parecidas que, si alguien tuviera la malicia de robarla también, no podrían discernir cuál era la verdadera. Y en verdad, mis amados, el diablo ha hecho muchas falsificaciones de esta conversión y engaña a unos con esto y a otros con aquello; y tiene tal habilidad y artificio en su misterio de engaños, que, si fuera posible, engañaría incluso a los elegidos. Ahora bien, para corregir el error fatal de algunos que creen que están convertidos cuando no lo están, así como para aliviar las preocupaciones y los temores de otros que creen que no están convertidos cuando sí lo están, les mostraré la naturaleza de la conversión, tanto negativamente, o lo que no es, como positivamente, lo que es.

Comenzaremos con lo negativo.

1. No consiste en asumir la profesión del cristianismo. Sin duda, el cristianismo es más que un nombre. Si escuchamos a Pablo, no reside

"en palabra, sino en poder". Si dejar de ser judíos y paganos, y adoptar la profesión cristiana, hubiera sido una verdadera conversión (ya que esto es todo lo que algunos entienden por ello), ¿quién sería mejor cristiano que aquellos de Sardis y Laodicea? Estos eran todos cristianos por profesión y tenían un nombre que vivía, pero debido a que solo tenían un nombre, fueron condenados por Cristo. ¿No hay muchos que mencionan el nombre del Señor Jesús y, sin embargo, "no se apartan de la iniquidad" y "profesan que conocen a Dios, pero con sus obras lo niegan"? ¿Y Dios los recibirá como verdaderos convertidos porque se han vuelto a la religión cristiana? ¿Qué pasa con los convertidos del pecado cuando aún viven en pecado? Es una contradicción evidente. Seguramente, si la lámpara de la profesión fuera suficiente, las vírgenes insensatas nunca habrían sido excluidas. Encontramos no solo a profesores, sino también a predicadores de Cristo y obradores de maravillas, siendo rechazados por ser obradores de maldad.

2. No es ser lavado en el lavacro de la regeneración o ponerse el distintivo de Cristo en el bautismo. Muchos visten el uniforme de Cristo y, sin embargo, nunca se mantienen fieles a sus colores ni siguen a su líder. Ananías y Safira, y Simón el mago fueron bautizados al igual que los demás. ¡Cuánto se equivocan muchos aquí, engañándose y siendo engañados! Sueñan que la gracia efectiva está necesariamente conectada con la administración externa del bautismo (lo cual es revivir la creencia papista de que los sacramentos obran la gracia) y, por lo tanto, cada niño será regenerado, no solo sacramentalmente, sino realmente y de manera adecuada. De ahí que las personas se imaginen que, al ser ya regenerados al ser bautizados, no necesitan ningún cambio adicional.

Pero si esto fuera así, entonces todos los que fueron bautizados en su infancia necesariamente serían salvos, porque la promesa de perdón y salvación se hace a la conversión y regeneración.

Nuestra vocación, santificación (en cuanto a su inicio) o conversión (que son solo diferentes concepciones y expresiones de lo mismo) son solo un eslabón intermedio en la cadena dorada, sujeta a la elección en un extremo y a la glorificación en el otro; "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó." El cordón de plata no puede romperse, ni se puede violar impiamente la conexión entre la santificación y la salvación, entre la gracia y la gloria. Si en verdad hemos nacido de nuevo, es "para una herencia incorruptible, reservada en los cielos" y el poder divino se

compromete a guardarnos para ello. Y si los mismos regenerados pueden perecer al final en sus pecados, no diremos más que "el que es nacido de Dios no peca" (es decir, hasta la muerte), ni que es imposible "engañar incluso a los elegidos".

Y, de hecho, si esto fuera cierto, entonces no necesitaríamos buscar más para ver si nuestros nombres están escritos en el cielo, solo tendríamos que buscar en el registro y ver si fuimos bautizados. En ese caso, mantendría el certificado de mi bautismo como mi mejor prueba para el cielo, y obtendría seguridad de mi estado de gracia cuando el ministro mojara mi rostro con su dedo. Entonces, los hombres harían bien en llevar consigo solo un certificado de su bautismo, firmado por el registrador, cuando murieran (como el filósofo deseaba ser enterrado con el contrato del obispo en su mano, que le había dado por recibir sus limosnas en otro mundo), y al verlo, no habría duda de su admisión al cielo.

En resumen, si no se requiere más para la conversión o regeneración que profesar la religión cristiana o ser bautizado en la infancia, esto estaría en oposición directa a las Escrituras, como Mateo 7:14, y muchas otras: Primero, ya no diremos más "angosta es la puerta y estrecho el camino", porque si todos los bautizados y los que profesan la verdadera religión son salvos, la puerta se ha vuelto extraordinariamente amplia y diremos "ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la vida", porque si esto es verdad, poblados enteros, incluso condados y reinos enteros, podrán entrar sin dificultad; y ya no enseñaremos que el justo se salva con dificultad, ni que es necesario tomar el reino de los cielos con violencia y esforzarse por entrar. Seguramente, si el camino es tan fácil como muchos lo toman, que poco más es necesario que ser regenerado en nuestro bautismo, clamar "Dios ten piedad" y ser absuelto por el ministro al final, es innecesario esforzarnos correr, buscar, llamar y luchar, como la palabra requiere como necesario para la salvación.

En segundo lugar, si esto es cierto, ya no diremos "pocos son los que lo encuentran", más bien diremos "pocos son los que lo pierden": ya no diremos que de los muchos que son "llamados, pocos son los escogidos", y que incluso de los que profesan ser "Israel, solo un remanente será salvo". Si esta doctrina es cierta, ya no diremos más, como los discípulos, "¿quién, entonces, será salvo?", sino más bien, ¿quién, entonces, no será salvo? Entonces, si a alguien se le llama hermano (es decir, cristiano) y es bautizado, aunque sea fornicador, o calumniador, o codicioso, o borracho, heredará el reino de Dios.

Pero el arminiano responderá: aquellos que recibieron la gracia regeneradora en el bautismo, han caído desde entonces y deben ser renovados nuevamente, o de lo contrario no pueden ser salvos. Yo respondo: 1. Existe una conexión infalible entre la regeneración y la salvación, como ya hemos mostrado. 2. Entonces, los hombres deben nacer de nuevo por segunda vez, lo cual es absurdo en sí mismo. ¿Por qué los hombres no podrían nacer dos veces en la naturaleza, así como en la gracia? Pero, 3. Y sobre todo, esto concede, sin embargo, lo que defiendo, que sin importar lo que los hombres hagan o pretendan recibir en el bautismo, si después se descubre que son groseramente ignorantes, profanos, formales, sin el poder de la piedad, deben nacer de nuevo, o de lo contrario serán excluidos del reino de Dios. Entonces, deben tener más que argumentar a favor de su regeneración bautismal.

Bien, en esto todos estamos de acuerdo, que sea más o menos lo que se reciba en el bautismo (si cuando los hombres alcanzan la madurez, son evidentemente no santificados), deben ser renovados nuevamente mediante un cambio profundo y poderoso, o de lo contrario no podrán escapar de la condenación del infierno. Amigos y hermanos, "no se engañen, Dios no puede ser burlado". Ya sea que se trate de su bautismo o cualquier otra cosa que pretendan, les digo, en nombre del Dios viviente, que si alguno de ustedes es una persona sin oración, impura, maliciosa, codiciosa, desenfrenada, burladora o amante de la compañía malvada, en pocas palabras, si no son cristianos santos, estrictos y abnegados, no pueden ser salvos a menos que sean transformados por un trabajo más profundo y renovados nuevamente mediante el arrepentimiento.

Así he mostrado que no es suficiente para evidenciar que una persona es regenerada el hecho de que haya sido bautizada; la gracia efectiva no acompaña necesariamente al bautismo, como algunos han afirmado en vano. Pero debo responder a una objeción antes de continuar.

Objeción. Los sacramentos ciertamente cumplen sus propósitos cuando el hombre no pone algún obstáculo, lo cual no sucede con los infantes.

Solución. Respondo que el propósito del bautismo no es regenerar.

1. Porque de ser así, no habría razón para limitarlo solo a la descendencia de los creyentes; tanto la ley de Dios como la naturaleza de la caridad nos exigen que utilicemos los medios de conversión para todos, en la medida en que tengamos la oportunidad.

Si esto fuera cierto, no habría caridad más grande que tomar a los hijos de turcos y paganos, bautizarlos y enviarlos de inmediato al cielo: como los miserables sanguinarios que hicieron que los pobres protestantes, para salvar sus vidas, juraran que irían a misa y que nunca se apartarían de ella, y luego los mataron de inmediato, diciendo: "Los ahorcaríamos mientras están en buen estado de ánimo".

2. Porque presupone la regeneración y, por lo tanto, no puede tener la intención de conferirla. En todos los casos explícitos en las Escrituras, encontramos que el bautismo supone el arrepentimiento, la fe y la recepción del Espíritu Santo, como se menciona en Hechos 8:37, 2:38 y 10:47, así como en Marcos 16:16. Sería un gran absurdo imaginar que el bautismo fue instituido con un propósito para el cual ninguno de los primeros sujetos era capaz, ya que todos eran adultos y se suponía que tenían fe y arrepentimiento de acuerdo con su profesión, y sus hijos no eran bautizados hasta después de ellos en su debido momento. Si esta doctrina fuera verdadera, el bautismo haría discípulos, pero encontramos que en realidad los designa como tales de antemano. Porque el bautismo, al ser solo un sello del pacto, no puede conferir los beneficios más que de acuerdo con los términos del pacto al que se aplica.

Ahora bien, el pacto es condicional; por lo tanto, los sellos se otorgan de manera condicional. El pacto requiere fe y arrepentimiento como condiciones para los grandes beneficios de "perdón y vida"; y lo que el pacto no otorga sino sobre estas condiciones, el sello tampoco puede hacerlo. Por lo tanto, el bautismo presupone la fe y el arrepentimiento en el sujeto, sin los cuales no puede ni debe transmitir los beneficios salvadores. De lo contrario, el sello estaría transmitiendo contrariamente a los términos del pacto al que está unido.

3. No radica en una justicia moral. Esta no supera "la justicia de los escribas y fariseos" y, por lo tanto, no puede llevarnos al reino de Dios. Pablo, cuando no estaba convertido, "con respecto a la justicia que hay en la ley, era intachable". El autojustificador podría decir: "No soy extorsionador, adúltero, injusto", etc. Debes mostrar algo más que todo esto, o de lo contrario, aunque puedas justificarte a ti mismo, Dios te condenará. No condeno la moralidad, pero te advierto que no te quedes aquí: la piedad incluye la moralidad, al igual que el cristianismo incluye la humanidad y la gracia la razón; pero no debemos dividir las tablas.

4. No consiste en una conformidad externa a las reglas de la piedad. Es demasiado evidente que las personas pueden tener "una forma de piedad, pero negar su poder". Pueden orar mucho, ayunar con frecuencia, escuchar con gusto y ser muy diligentes en el servicio de Dios, incluso de

manera costosa y sacrificada, y aún así ser extraños a la conversión. Deben tener más para justificarse a sí mismos que simplemente asistir a la iglesia, dar limosna y hacer uso de la oración para demostrar que son conversos genuinos.

No hay servicio externo que un hipócrita no pueda realizar, incluso "dar todos sus bienes para alimentar a los pobres y entregar su cuerpo para ser quemado".

5. No radica en la contención de la corrupción mediante la educación, las leyes humanas o la fuerza de las aflicciones que nos aquejan. Es muy común y fácil confundir la educación con la gracia; pero si esto fuera suficiente, ¿quién fue un hombre mejor que Joás? Mientras su tío Joiada vivió, él se mostró muy diligente en el servicio de Dios y lo instó a reparar la casa del Señor. Sin embargo, todo esto fue simplemente el resultado de una buena educación, porque cuando su buen tutor fue apartado, se reveló como un lobo encadenado que cayó en la idolatría.

6. En resumen, no radica en la iluminación o convicción, en un cambio superficial o en una reforma parcial. Un apóstata puede ser un hombre iluminado y un Félix puede temblar bajo convicción, y un Herodes puede enmendar muchas cosas. Hay una diferencia entre tener el pecado alarmado solo por convicciones y tenerlo cautivado y crucificado por la gracia conversora. Muchos, porque han sido atormentados en su conciencia por sus pecados, piensan bien de su condición, confundiendo miserablemente "la convicción con la conversión". Con estos pensamientos, Caín podría haber pasado por un converso, corriendo de un lado a otro por el mundo como un hombre perturbado bajo la ira de una conciencia culpable, hasta que, con edificar y ocuparse en asuntos mundanos, lo hubiera desgastado.

Otros piensan que, porque han dejado sus caminos desenfrenados, se han apartado de la compañía maligna o de algún vicio en particular, y han adoptado sobriedad y civismo, ahora son nada más que verdaderos convertidos, olvidando que hay una gran diferencia entre ser santificado y ser civilizado, y que muchos buscan entrar en el reino de los cielos y "no están lejos de él", y llegan casi al cristianismo, pero al final se quedan cortos. Mientras su conciencia los alarme, muchos orarán, escucharán, leerán y se abstendrán de su pecado deleitable; pero en cuanto el león se queda dormido, vuelven a él. ¿Quiénes fueron más religiosos que los judíos cuando la mano de Dios pesaba sobre ellos? Sin embargo, en cuanto la aflicción pasaba, olvidaban a Dios y mostraban que su religión era solo una farsa. Puede que hayas dejado de lado un pecado molesto que te causa incomodidad y que hayas escapado de las

contaminaciones groseras del mundo, y sin embargo, durante todo ese tiempo, no hayas cambiado tu naturaleza pecaminosa.

Puedes moldear el plomo tosco en la forma y características de un hombre, pero todo el tiempo sigue siendo plomo; de la misma manera, un hombre puede pasar por diversas transformaciones, desde la ignorancia al conocimiento, desde la profanidad a la civilidad, luego a una forma de religión, y todo este tiempo sigue siendo carnal y no regenerado, mientras su naturaleza permanezca sin cambios.

Aplicación. Escuchen entonces, oh pecadores, escuchen como si quisieran vivir, así que vengan y escuchen. ¿Por qué se engañarían tan voluntariamente o construirían sus esperanzas sobre la arena? Sé que será una tarea difícil despojarlos de sus esperanzas. Sin duda les resultará desagradable, y verdaderamente no me agrada a mí tampoco. Me acerco a esto como un cirujano que debe amputar una parte putrefacta de su querido amigo, algo que debe hacer por necesidad, aunque con el corazón afligido, una mirada compasiva y una mano temblorosa. Pero entiéndanme, hermanos; solo estoy derribando la casa en ruinas, que de otra manera caerá rápidamente por sí misma y los enterrará entre los escombros, para luego construirla hermosa, fuerte y firme para siempre. "La esperanza de los impíos perecerá", si Dios es fiel a su palabra.

¿No sería mejor para ti, oh pecador, dejar que la palabra te convenza ahora a tiempo y abandonar tus esperanzas falsas y engañosas, en lugar de que la muerte abra tus ojos demasiado tarde y te encuentres en el infierno sin darte cuenta? Sería un pastor falso e infiel si no les dijera que ustedes, que han construido sus esperanzas sobre fundamentos tan débiles como los mencionados anteriormente, todavía están en sus pecados.

Dejen que su conciencia hable: ¿Qué tienen ustedes que alegar en su defensa? ¿Es que visten el uniforme de Cristo? ¿Que llevan su nombre? ¿Que pertenecen a la iglesia visible? ¿Que tienen conocimiento en los puntos de religión, son civilizados, cumplen con los deberes religiosos, son justos en sus tratos, han tenido inquietud de conciencia por sus pecados? Les digo, de parte del Señor, que estas excusas nunca serán aceptadas en el tribunal de Dios: todo esto, aunque bueno en sí mismo, no les demostrará que están convertidos y, por lo tanto, no será suficiente para su salvación. ¡Oh! Miren a su alrededor y reflexionen sobre su necesidad de convertirse rápidamente y de manera completa. Comiencen a orar, a leer y a examinar sus propios corazones; no descansen hasta que Dios haya hecho una obra completa en ustedes, porque deben ser hombres diferentes, o de lo contrario, serán hombres perdidos.

Pero si todo esto queda corto de la conversión, ¿qué puedo decir del pecador profano? Tal vez apenas preste atención a este discurso, pero si hay alguien así leyéndolo, debe saber, de parte del Señor que lo creó, que está lejos del reino de Dios.

¿Puede alguien ser civilizado y no estar convertido? Entonces, ¿qué pasará con el borracho y el glotón? ¿Puede alguien acompañar a las vírgenes prudentes y, sin embargo, quedar excluido? ¿No será destruido "un compañero de necios" aún más? ¿Puede alguien ser honesto y confiable en sus tratos y aún así no ser justificado por Dios? Entonces, ¿qué será de ti, miserable hombre, cuya conciencia te dice que eres falso en tu comercio y en tus palabras, y obtienes ventaja con una lengua mentirosa? Si los hombres pueden ser iluminados y llevar a cabo deberes sagrados, y sin embargo, perecer por confiar en ellos, ¿qué será de ustedes, familiares miserables, que viven sin Dios en el mundo? ¿Y de ustedes, pecadores desdichados, con quienes Dios apenas tiene lugar en sus pensamientos; que son tan ignorantes que no pueden, o tan descuidados que no quieren orar? ¡Arrepiéntanse y conviértanse! Dejen sus pecados mediante la rectitud; acudan a Cristo en busca de gracia que perdona y renueva; entréguese a Él para caminar en santidad, o de lo contrario nunca verán a Dios. ¡Oh, ojalá tomaran en serio las advertencias de Dios! En Su nombre los exhorto una vez más: "Vuélvanse ante mi reprensión". "Abandonen a los necios y vivan". "Sean sobrios, justos, piadosos". "Laven sus manos, pecadores; purifiquen sus corazones, ustedes de doble ánimo". "Dejen de hacer lo malo, aprendan a hacer el bien". Pero si no lo hacen, tendrán que morir.

CAPÍTULO 2: Mostrando de manera positiva qué es la conversión

No puedo dejarte con los ojos medio abiertos, como aquel que veía "a los hombres como árboles que caminan". La palabra es provechosa para "la doctrina, así como para la reprensión". Y por lo tanto, después de haberte conducido hasta aquí por los escollos y rocas de tantos peligrosos errores, te guiaré finalmente hacia el puerto de la verdad.

La conversión, entonces, en resumen, radica en el cambio completo tanto del corazón como de la vida. Describiré brevemente su naturaleza y sus causas.

1. El autor es el Espíritu de Dios, por lo tanto se le llama "la santificación del Espíritu" y "la renovación del Espíritu Santo", sin excluir a las otras personas de la Trinidad. El apóstol nos enseña a "bendecir al Padre de nuestro Señor Jesucristo, porque nos ha engendrado de nuevo para una esperanza viva". Y se dice que Cristo "da arrepentimiento a Israel" y es llamado el "Padre eterno", y nosotros somos su simiente y "los hijos que Dios le ha dado". Sin embargo, esta obra es atribuida principalmente al Espíritu Santo, y por lo tanto se dice que hemos "nacido del Espíritu". Por lo tanto, es una obra que está más allá del poder humano: "No nacimos de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios". Nunca pienses que puedes convertirte por ti mismo: si alguna vez deseas ser convertido de manera salvadora, debes desesperar de hacerlo en tu propia fuerza. Es una resurrección de entre los muertos, "Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados"; una nueva creación; una obra de absoluta omnipotencia. ¿Están fuera del alcance del poder humano? Si no tienes más de lo que tenías en tu primer nacimiento, una buena naturaleza, un temperamento manso y casto, etc., eres un completo desconocedor de la verdadera conversión: esto es una obra sobrenatural.

2. La causa impulsora puede ser interna o externa.

El impulsor interno es la gracia libre únicamente. "No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia nos salvó, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo". "Según su propia voluntad, él nos hizo nacer". Somos elegidos y llamados a la santificación, no por ella. Dios no encuentra nada en el hombre que lo lleve a voltear su corazón hacia Él, sino que lo lleva a alejarlo de Él. Suficiente para provocar su repugnancia. Nada para provocar su amor. Mira hacia atrás en ti mismo, oh cristiano, mírate "a ti mismo en tu sangre". ¡Oh! Reflexiona sobre tu naturaleza pecaminosa. ¿No aborreces "tus propias vestiduras"? Entonces, ¿cómo podría amarte la santidad y la pureza? "Asómbtrate, oh cielos", ante esto; conmuévete, oh tierra. ¿Quién no debe exclamar "¡gracia, gracia!"? Escucha y sonrojaos, vosotros hijos del Altísimo; oh generación ingrata, que la gracia libre ya no está en vuestras bocas, en vuestros pensamientos, ya no es adorada, admirada ni elogiada por seres como vosotros.

Uno pensaría que no deberíais hacer otra cosa que alabar y admirar a Dios dondequiera que estéis. ¿Cómo podéis olvidar alguna vez tal gracia o pasarla por alto con una mención ligera y esporádica? ¿Qué sino la gracia libre debería mover a Dios a amaros, a menos que la enemistad pudiera hacerlo o la deformidad pudiera hacerlo? ¡Con cuánta devoción levanta Pedro sus manos! "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesús, que según su gran misericordia nos hizo nacer de nuevo". ¡Con qué fervor exalta Pablo la libre misericordia de Dios en esto! "Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo. Por gracia sois salvos".

El impulsor externo es el mérito y la intercesión del bendito Jesús. Él ha "obtenido dones para los rebeldes" y a través de Él es que Dios obra en nosotros lo "que es agradable a sus ojos". Por medio de Él se nos otorgan todas las bendiciones espirituales en las cosas celestiales. Él intercedió por los elegidos que no creían. Todo converso es fruto de sus padecimientos. Él es hecho santificado para nosotros. Se santificó a sí mismo, es decir, se apartó a sí mismo como un sacrificio, para que nosotros pudiéramos ser santificados. Somos "santificados por la ofrenda de su cuerpo", de una vez para siempre.

Entonces, no es otra cosa sino el mérito y la intercesión de Cristo lo que prevalece ante Dios para otorgarnos la gracia de la conversión. Si eres una nueva criatura, sabes a quién le debes eso; a los sufrimientos y oraciones de Cristo. De ahí el afecto natural de un creyente hacia Cristo. Si alguien en el mundo tiene el mismo reclamo sobre tu corazón que Cristo, que lo demuestren. ¿Acaso Satanás se involucra? ¿Acaso el

mundo te corteja? ¿Acaso el pecado solicita tu corazón? Pero, ¿fueron ellos crucificados por ti? Oh cristiano, ama y sirve al Señor mientras tengas existencia. ¿No aman incluso los publicanos a aquellos que los aman a ellos, y muestran amabilidad a quienes son amables con ellos?

3. El instrumento puede ser personal o real.

El instrumento personal es el ministerio. "Os he engendrado en Cristo mediante el evangelio". Los ministros de Cristo son aquellos que son enviados "para abrir los ojos de los hombres y convertirlos a Dios". ¡Oh mundo ingrato, poco sabéis lo que estáis haciendo mientras perseguís a los mensajeros del Señor! Ellos son los encargados (bajo Cristo) de salvaros. ¿A quién habéis ultrajado y blasfemado? ¿Contra quién habéis alzado vuestra voz y "elevado vuestros ojos en contra de él"? "Estos son los siervos del Dios Altísimo que os anuncian el camino de salvación", ¿y así les retribuís? ¡Oh insensatos y necios! Estos son los instrumentos que Dios utiliza para convertirlos y salvaros: ¿y vosotros insultáis a vuestros médicos y echáis por la borda a vuestros pilotos? "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

El instrumento real es la Palabra. Somos engendrados por la palabra de la verdad: esta es la que "ilumina los ojos"; que "convierte el alma" y que "hace sabio para salvación". Esta es la semilla incorruptible por la cual nacemos de nuevo. Si somos lavados, es "por la palabra". Si somos santificados, es "por medio de la verdad". Esta genera fe y nos regenera. "Por su propia voluntad nos engendró por la palabra de verdad".

¡Oh, santos, cómo deberíais amar la Palabra! Porque por ella habéis sido convertidos. ¡Oh, pecadores, cómo deberíais buscar la Palabra! Porque por ella debéis ser convertidos. No hay otro medio ordinario aparte de este. Vosotros que habéis sentido su poder renovador, apreciadla mucho mientras viváis; estad siempre agradecidos por ella; atadla a vuestro cuello; escribidla en vuestra mano; guardadla en vuestro pecho. Cuando vayáis, que os guíe; cuando durmáis, que os proteja; cuando despertéis, que hable con vosotros: decid con el santo David: "Nunca olvidaré tus preceptos, porque por ellos me has dado vida".

Vosotros, que no estáis convertidos, leed la Palabra con diligencia; acudid a ella cuando se predique con poder: llenad los atrios como "la multitud de cojos, ciegos, paralíticos, esperando el movimiento del agua"; orad por la venida del Espíritu en la Palabra; arrodillaos a menudo para escuchar el sermón, y levantaos de tus rodillas después del sermón. La semilla no prospera porque no es regada con oraciones y lágrimas, ni cubierta por la meditación.

4. La causa final es la salvación del hombre y la gloria de Dios. Somos "elegidos por medio de la santificación para salvación", llamados para ser glorificados, pero especialmente "para que Dios sea glorificado", para que mostremos su alabanza y seamos fructíferos en buenas obras. ¡Oh cristiano! No olvides el propósito de tu llamado; "que tu luz brille", que tu lámpara arda; que tus frutos sean buenos y abundantes, y en el momento adecuado; que todos tus planes se alineen con los de Dios, para que él sea "magnificado en ti". ¿Por qué habría de arrepentirse Dios de haberte hecho cristiano, como sucedió en la época del mundo antiguo en la que los hizo hombres? ¿Por qué deberías ser una afrenta en su viñedo por tu falta de fruto? ¿O "un hijo que causa vergüenza", como si fuera "una amargura para tu padre y una amargura para la que te dio a luz?" ¡Oh, que el "vientre te bendiga por haberte dado a luz!"

5. El sujeto es el pecador elegido, y en eso se incluyen todas sus partes y facultades, miembros y mente. Aquellos a quienes Dios predestina, solo a ellos llama. Nadie es atraído a Cristo por su llamado ni viene a él creyendo, sino sus ovejas, aquellos "a quienes el Padre le ha dado". El llamado efectivo va de la mano con la elección eterna. Comienzas por el lugar equivocado si discutes primero acerca de tu elección. Demuestra tu conversión y luego nunca dudes de tu elección; o ¿acaso aún no puedes demostrarlo? Emprende una transformación presente y completa. Sea cual sea el propósito de Dios (que es secreto), estoy seguro de que sus preceptos son claros. ¡Cuán desesperadamente argumentan los rebeldes! Si soy elegido, seré salvo haga lo que haga; si no lo soy, seré condenado haga lo que haga. ¡Perverso pecador! ¿Comenzarás por donde debes terminar? ¿No está la palabra delante de ti? ¿Qué dice? "Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados". "Si mortificáis las obras de la carne, viviréis". Cree y serás salvo. ¿Qué puede ser más claro? No te detengas disputando acerca de tu elección, sino arrepíentete y cree; clama a Dios por la gracia de la conversión. Las cosas reveladas te pertenecen; en ellas ocúpate. Sea cual sea el propósito de Dios, estoy seguro de que sus promesas son verdaderas; sea cual sea el decreto del cielo, estoy seguro de que si me arrepiento y creo, seré salvo, y que si no me arrepiento, seré condenado. ¿No hay aquí una base clara para ti? ¿Y aún así correrás hacia las rocas?

De manera más particular, este cambio de conversión abarca todo el sujeto. Una persona carnal puede tener algunos vestigios de buena moralidad, pero nunca es completamente buena. La conversión no es una reparación del antiguo edificio; sino que lo derriba por completo y erige una nueva estructura. El cristiano sincero es completamente una nueva construcción, desde los cimientos hasta la piedra angular. Es un "hombre

nuevo", una nueva criatura. "Todas las cosas se han hecho nuevas". La conversión es una obra profunda, una obra del corazón. Hace que una persona se encuentre en un mundo nuevo. Abarca a todo el ser humano, a la mente, a los miembros, al movimiento de toda la vida.

1. A lo largo de la mente. Crea un cambio universal en su interior.

En primer lugar, cambia el equilibrio del juicio, de modo que Dios y su gloria pesan más que todos los intereses carnales y mundanos. Abre el ojo de la mente y hace que caigan las escamas de su ignorancia nativa, y "transforma a los hombres de las tinieblas a la luz". Aquel hombre que antes no veía peligro alguno en su condición, ahora se considera perdido y condenado para siempre, a menos que sea renovado por el poder de la gracia. Aquel que antes pensaba que había poco mal en el pecado, ahora llega a verlo como el principal de los males: ve la irracionalidad, la injusticia, la deformidad y la vileza que hay en el pecado; de manera que se espanta de él, lo aborrece, lo teme, lo huye e incluso se desprecia a sí mismo por él. Aquel que no podía ver mucho pecado en sí mismo y no encontraba motivo para confesarse (como se decía de aquel ignorante erudito Bellarmino, que, al parecer, mientras sabía tanto acerca de lo externo, era un miserable desconocido para sí mismo, tanto que cuando tenía que confesarse ante el sacerdote no podía recordar nada que confesar y tuvo que retroceder hasta los pecados de su juventud), digo, aquel que no podía encontrar motivo para confesarse a menos que fueran unos pocos pecados graves y evidentes, ahora el pecado revive en él, ve la maldad de su corazón y la corrupción desesperada y profunda de toda su naturaleza; clama: "impuro, impuro". Señor, purifícame con hisopo, lávame por completo, "crea en mí un corazón nuevo". Se ve a sí mismo "completamente manchado", corrupto tanto en la raíz como en el árbol, escribe "impuro" sobre todas sus partes, facultades y acciones. "Porque sé que en mí (es decir, en mi carne) no habita nada bueno". Descubre los males de los que antes no era consciente y ve la blasfemia, el robo, el asesinato y el adulterio que hay en su corazón, de los cuales antes estaba ignorante. Antes, no veía forma ni hermosura en Cristo, ni belleza que debiera desearlo; pero ahora encuentra el tesoro escondido y está dispuesto a venderlo todo para comprar ese campo. Cristo es la perla que busca; el pecado es el mal que aborrece.

Ahora, según esta nueva luz, el hombre tiene una mentalidad diferente, un juicio diferente al que tenía antes. Ahora Dios es todo para él, no tiene a nadie en el cielo ni en la tierra como Él, realmente lo prefiere por encima de todo el mundo; Su favor es su vida, la luz de Su rostro es más valiosa que el trigo, el vino y el aceite, más valiosa que el bien que antes buscaba y en lo que ponía su corazón. Ahora, que todo el

mundo se coloque a un lado y solo Dios al otro; que el mundo se presente ante el alma (como cuando Satanás intentó tentar a nuestro Salvador) con toda la gloria de sus reinos, sin embargo, el alma no se arrodillará ni la adorará, sino que preferirá a un Cristo desnudo, sí, crucificado y perseguido, antes que a ella; "cuenta todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Jesucristo". No obstante, un hipócrita puede llegar a asentir generosamente que Dios es el bien supremo; sí, los sabios paganos (algunos pocos de ellos) han llegado finalmente a esto; pero hay una diferencia entre el juicio absoluto y comparativo de la comprensión. Ningún hipócrita llega tan lejos como para considerar a Dios como el bien más deseable y adecuado para él, y en consecuencia, conformarse a Él. Esta fue la voz del converso: "El Señor es la porción de mi alma; ¿quién tengo yo en los cielos sino a ti? y fuera de ti nada deseo en la tierra. Dios es el fortaleza de mi corazón y mi porción para siempre". En segundo lugar, cambia la inclinación de la voluntad tanto en los medios como en el fin. 1. "Las intenciones de la voluntad son alteradas". "El deseo de nuestra alma es hacia tu nombre y hacia tu memoria". Ahora el hombre tiene nuevos fines y propósitos; ahora prefiere a Dios por encima de todo, y no desea ni planea nada en todo el mundo más que "que Cristo sea engrandecido en él". Se considera más feliz en esto que en todo lo que la tierra pudiera ofrecer, para poder ser útil a Cristo y glorificarlo en su generación. Este es el objetivo que persigue, que el nombre de Jesús sea grande en el mundo y que todas las gavillas de sus hermanos se inclinen ante su gavilla.

Lector, ¿observas esto y nunca te preguntas si esto es así contigo? Detente por un momento y reflexiona sobre esta gran preocupación.

2. La elección también cambia; de modo que él elige otro camino. Él se decide por Dios como su bienaventuranza y por Cristo como el principal, y la santidad como el medio secundario para llevarlo a Dios. Él escoge a Jesús como su Señor. No se ve simplemente obligado a entrar en Cristo por la tormenta, ni toma a Cristo por pura necesidad; sino que hace la elección libremente. Este compromiso no se realiza en un estado de miedo, como sucede con la conciencia aterrorizada o el pecador moribundo que aparentemente haría cualquier cosa por Cristo, pero solo toma a Cristo en lugar del infierno; sino que resuelve deliberadamente que Cristo es su mejor elección y preferiría tenerlo para elegirlo que todos los bienes de este mundo, si pudiera disfrutarlos mientras los tuviera. Además, elige la santidad como su camino; no se somete a ella por pura necesidad, sino que le gusta y la ama: "He elegido el camino de tus preceptos". Acepta los testimonios de Dios, no como su esclavitud, sino como su herencia; sí, una herencia para siempre. No los considera

una carga, sino una dicha; no son sus cuerdas, sino sus cordiales. "Porque este es el amor a Dios: que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos". No solo soporta, sino que toma sobre sí el yugo de Cristo. Ningún momento le resulta tan dulce, cuando está en sí mismo, como aquel que pasa en los ejercicios de la santidad: estos son tanto su alimento como su elemento, el "deseo de sus ojos" y "la alegría de su corazón". Examina tu conciencia mientras avanzas, para saber si eres esa persona. ¡Oh, hombre dichoso, si este es tu caso! Pero asegúrate de ser minucioso e imparcial en tu búsqueda. En tercer lugar, cambia la dirección de las emociones. Estas fluyen por un nuevo canal: el Jordán ahora retrocede y el agua fluye hacia arriba, en contra de su curso natural. Cristo es su esperanza. Este es su premio. Aquí está su mirada; aquí está su corazón. Está dispuesto a desecharlo todo (como el comerciante en la tormenta, listo para perecer) con tal de mantener esta joya.

El primero de sus deseos no es por el oro, sino por la gracia. Él tiene hambre de ella, la busca como si fuera plata, la busca como si fuera un tesoro escondido: preferiría ser lleno de gracia que ser grande; preferiría ser el hombre más santo de la tierra que el más sabio, el más famoso, el más próspero. Cuando era carnal, decía: ¡Oh, si tan solo fuera estimado y rodeado de riquezas y placeres! ¡Si mis deudas estuvieran pagadas y yo y los míos estuviéramos provistos, entonces sería un hombre feliz! pero ahora el tono ha cambiado. ¡Oh! dice el convertido, si tan solo tuviera mis corrupciones sometidas, si tuviera "tales medidas de gracia, tal comunión con Dios", aunque fuera pobre y despreciado, no me importaría; me consideraría un hombre bendecido. Lector, ¿es este el lenguaje de tu alma? Sus alegrías han cambiado. Se regocija "en los caminos de los testimonios de Dios, tanto como en todas las riquezas". Se deleita en la ley del Señor, en la cual antes tenía poco gusto. No hay alegría comparable a la de pensar en Cristo, en la experiencia de su compañía, en la prosperidad de su pueblo. Sus preocupaciones están completamente alteradas. Una vez estaba centrado en el mundo; cualquier migaja de tiempo libre era suficiente para su alma: ahora, todo lo que clama es: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" Su gran preocupación ahora es asegurar su alma. ¡Oh, cómo te bendeciría si pudieras disipar sus dudas sobre esto!

Sus temores no son tanto por sufrir, sino por pecar. Antes temía perder su patrimonio o su estima, el placer de los amigos, las desaprobaciones de los poderosos; nada le parecía tan terrible como el dolor, la pobreza o la desgracia: ahora, estos son insignificantes en comparación con el deshonor o el desagrado de Dios. ¡Cuán

cautelosamente camina, para no pisar una trampa! Tiene miedo siempre; mira hacia adelante y hacia atrás; tiene los ojos puestos en su corazón y a menudo está vigilante para no ser sorprendido por el pecado. Le duele en el corazón pensar en perder el favor de Dios; esto lo teme como su única ruina.

Ningún pensamiento en el mundo le causa tanto dolor como pensar en separarse de Cristo. Su amor sigue un nuevo curso. Mi amor fue crucificado (dice Ignacio), es decir, mi Cristo. "Este es mi amado", dice la esposa. ¡Cuánto amor derrama Agustín sobre Cristo! "¡Oh eterna bienaventuranza!", etc. No encuentra palabras lo suficientemente dulces: "Déjame verte, oh luz de mis ojos. Ven, oh gozo de mi espíritu. Permíteme contemplarte, oh vida de mi alma. Oh Dios mío, mi vida y toda la gloria de mi alma". Sus penas ahora encuentran una salida nueva. La visión de sus pecados, la vista de un Cristo crucificado, que apenas le afectaba antes, ¡cuánto le conmueven ahora el corazón!

Su odio hierve, su ira arde contra el pecado. No tiene paciencia consigo mismo; se llama tonto y bestia, y piensa que cualquier nombre es demasiado bueno para él cuando su indignación se despierta contra el pecado. "Tan necio era yo, y sin entendimiento; era como una bestia delante de ti". Comunica entonces con tu propio corazón y presta atención a la corriente común y general de tus afectos, ya sea hacia Dios en Cristo por encima de cualquier otra preocupación. En verdad, los movimientos repentinos y fuertes de las pasiones y partes sensibles se encuentran a menudo en los hipócritas, especialmente cuando la inclinación natural los lleva en esa dirección; y, por el contrario, los santificados a menudo carecen de movimientos sensibles de las pasiones cuando la disposición es más lenta, seca y apagada. La gran pregunta es si el juicio y la voluntad están constantemente determinados por Dios por encima de cualquier otro bien, real o aparente; y si las pasiones siguen sinceramente su elección y guía, aunque no sea tan fuerte y sensible como se desearía, no hay duda de que el cambio es salvador.

A lo largo de los miembros. Aquellos que antes eran instrumentos del pecado, ahora se han convertido en los santos recipientes del templo viviente de Cristo. El ojo que antes era un ojo errante, un ojo lujurioso, altivo y codicioso, ahora se dedica (como el de María) a llorar por sus pecados, a contemplar a Dios en sus obras, a leer sus palabras, a buscar objetos de misericordia y oportunidades para su servicio.

El oído que antes estaba abierto al llamado de Satanás y que disfrutaba nada más que de conversaciones inmundas o al menos insensatas y de la risa del necio, ahora está abierto a su disciplina. Dice:

"Habla, Señor, que tu siervo escucha". Clama, con él, "Venga tu palabra, Señor", y espera sus palabras como la lluvia, y las saborea más que el alimento designado, "más que la miel y el panal". La mente, que antes estaba llena de planes mundanos, ahora está llena de otros asuntos y se dedica al estudio de la voluntad de Dios; y el hombre ocupa su mente, no tanto en su ganancia, como en su deber. Los pensamientos y las preocupaciones que llenan su mente son principalmente cómo puede agradar a Dios y evitar el pecado. Su corazón, que antes estaba lleno de afectos terrenales y deseos carnales, ahora se ha convertido en un altar de incienso, donde el fuego del amor divino siempre arde y desde donde el sacrificio diario de oración y alabanza, y el dulce incienso de santos deseos y jaculatorias, ascienden constantemente. La boca se ha convertido en un manantial de vida, su lengua en plata fina y sus labios alimentan a muchos: ahora la sal de la gracia ha sazonado su habla y ha eliminado la corrupción, limpiando la boca de sus palabras maliciosas, adulaciones, jactancias, mentiras, juramentos y difamaciones que antes surgían como destellos del infierno que estaba en el corazón.

La garganta, que antes era "una sepultura abierta", ahora emite el dulce aliento de la oración y el discurso sagrado, y el hombre habla en otra lengua, en el lenguaje de Canaán, y nunca está tan bien como cuando habla de Dios, de Cristo y de los asuntos de otro mundo. Su boca emana sabiduría; su lengua se ha convertido en la trompeta de plata en alabanza a su Creador, su gloria y el "mejor miembro que tiene". Ahora, aquí es donde el hipócrita cojea. Puede hablar como un ángel, pero tiene un ojo codicioso o la ganancia de la injusticia en su mano; o su mano está limpia, pero su corazón está lleno de podredumbre, lleno de preocupaciones no mortificadas. Puede ser que, como la imagen de Nabucodonosor, tenga una cabeza de oro, mucho conocimiento; pero tiene pies de barro, sus afectos son mundanos, su mente está puesta en las cosas terrenales y su camino y caminar son sensuales y carnales; puedes seguirlo en sus escondrijos secretos, y sus huellas se encontrarán en algunos senderos pecaminosos; el trabajo no está completo con él.

En todas las acciones o en la vida y práctica, el hombre nuevo toma un nuevo rumbo. Su "conversación está en el cielo". Tan pronto como Cristo lo llama con su gracia eficaz, se convierte inmediatamente en "seguidor de él". Cuando Dios le ha dado un nuevo corazón y ha escrito su ley en su mente, él camina "en sus estatutos y guarda sus juicios". Aunque el pecado pueda habitar en él (Dios sabe que es un huésped tedioso y no deseado), no tiene "más dominio sobre él". "Da fruto para la santidad". Y aunque cometa muchos errores, la ley de la vida y Jesús son lo que él tiene en cuenta como su ejemplo, y tiene un respeto sincero por

todos los mandamientos de Dios, siendo consciente incluso de los pequeños pecados y los pequeños deberes.

Sus propias enfermedades, que no puede evitar aunque quisiera, son la carga de su alma y son como el polvo en el ojo de un hombre, que aunque sea poco, resulta molesto. (¡Oh hombre! ¿Lees esto y nunca reflexionas sobre tu alma mediante el autoexamen?) El sincero converso no es una persona en la iglesia y otra en casa; no es un santo de rodillas y un estafador en su tienda; no diezma hierbabuena y comino, y descuida la misericordia y el juicio, y los asuntos importantes de la ley; no finge piedad y descuida la moralidad, sino que se aparta de todos sus pecados y guarda todos los estatutos de Dios, aunque no de manera perfecta (excepto en deseo y esfuerzo), pero sinceramente, sin permitirse a sí mismo la transgresión de ninguno.

Ahora se deleita en la palabra, se dedica a la oración, abre su mano si puede y entrega su alma al hambriento. "Rompe con sus pecados mediante la justicia y sus iniquidades mediante la misericordia hacia los pobres", y tiene "buena conciencia, dispuesta en todas las cosas a vivir honestamente" y a mantenerse sin ofender a Dios y al prójimo. Aquí nuevamente encuentras la falta de integridad de muchos profesantes que se consideran buenos cristianos; son parciales en la ley y se conforman con los deberes ligeros y fáciles de la religión, pero no completan la obra. Tal vez los veas exactos en sus palabras, puntuales en sus tratos, pero entonces no se ejercitan en la piedad y en examinarse a sí mismos y gobernar sus corazones, en eso son extraños. Tal vez los encuentres asistiendo regularmente a la iglesia, pero síguelos a sus hogares y allí verás que solo tienen en mente las cosas del mundo; o si se ocupan de los deberes familiares, síguelos a sus aposentos y allí verás que sus almas son descuidadas. Tal vez parezcan religiosos de otra manera, pero no controlan sus lenguas y así "toda su religión es en vano". Tal vez participen en la oración personal y familiar, pero síguelos a sus tiendas y allí los encontrarás dedicados a la mentira o a algún modo encubierto de engaño.

Así es como el hipócrita procede en el curso de su obediencia. Y esto es todo en cuanto al tema de la conversión.

Los términos son ya sea desde los cuales, o hacia los cuales.

Los términos desde los cuales nos apartamos en este proceso de conversión son el pecado, Satanás, el mundo y nuestra propia justicia. Primero, el pecado. Cuando una persona se convierte, está para siempre fuera del pecado; sí, de todo pecado, pero sobre todo de sus propios pecados y especialmente de su pecado dominante. Ahora el pecado es el

blanco de su indignación. Sus pecados despiertan sus penas. Es el pecado el que lo atraviesa y lo hiere; lo siente como una espina en su costado: gime y lucha bajo su peso y no solo de manera formal, sino con un grito sentido: "¡Oh hombre miserable!" No hay carga de la que sea más impaciente que del pecado. Si Dios le diera a elegir, elegiría cualquier aflicción con tal de librarse del pecado. Antes de la conversión, tenía pensamientos ligeros sobre el pecado; lo acariciaba en su pecho, como Urias a su cordero; lo alimentaba y crecía junto a él; comía, por así decirlo, de su propia comida, bebía de su propia copa, y se acurrucaba en su pecho, y era para él como una hija: pero cuando Dios abre sus ojos mediante la conversión, lo arroja lejos con aborrecimiento. Cuando una persona es cambiada verdaderamente, no solo está profundamente convencida del delito, sino también de la contaminación del pecado.

¡Y, oh! ¡Qué ferviente es él con Dios para ser purificado! Se aborrece a sí mismo por sus pecados. Corre hacia Cristo y se arroja a sí mismo en "la fuente para el pecado y la impureza". ¡Si cae, qué revuelo hay para volver a estar limpio! Vuela hacia la palabra, se lava y se esfuerza por purificarse de toda inmundicia tanto de la carne como del espíritu: aborrece su pecado que una vez amó. El converso sincero está sinceramente comprometido contra el pecado; lucha contra él, hace guerra contra él: a menudo es vencido, pero nunca abandonará la causa ni dejará las armas mientras tenga aliento en su cuerpo; nunca dará posesión tranquila; no hará paz; no dará cuartel; caerá sobre él y seguirá perturbándolo con alarmas constantes. Puede perdonar a sus otros enemigos; puede compadecerlos y orar por ellos; pero aquí es implacable, aquí está decidido a vengarse: persigue como si estuviera buscando la vida preciosa; sus ojos no tendrán piedad, su mano no tendrá clemencia, aunque sea una mano derecha o un ojo derecho. Ya sea un pecado lucrativo, deleitoso para su naturaleza, o que le gane estima con amigos carnales, él preferirá renunciar a sus ganancias, ver caer su reputación o marchitarse la flor del placer en su mano, antes que permitirse en cualquier camino conocido de pecado. No concederá indulgencia; no dará tolerancia; odia el pecado dondequiera que lo encuentre y lo mira con desprecio con este saludo no deseado: "¿Te he encontrado, oh mi enemigo?"

Lector, ¿ha estado la conciencia trabajando mientras has estado leyendo estas líneas? ¿Has reflexionado sobre estas cosas en tu corazón? ¿Has buscado en el libro interno para ver si estas cosas son así? Si no lo has hecho, léelo de nuevo y haz que tu conciencia hable, ya sea para confirmar o negar si esto es así contigo. ¿Has crucificado tu carne con sus afectos y deseos? ¿Y no solo has confesado, sino también

abandonado tus pecados, todos los pecados en tus deseos fervientes, y la práctica habitual de cada pecado deliberado y voluntario en tu vida? Si no lo has hecho, todavía no estás convertido. ¿Tu conciencia no te enfrenta mientras lees y te dice que vives en una mentira para tu propio beneficio, que usas el engaño en tu trabajo, que hay alguna forma secreta de libertinaje en la que vives en pecado? Entonces, ¿por qué te engañas a ti mismo? Estás en la hiel de amargura y en el vínculo de la iniquidad. ¿No te dice tu lengua descontrolada, tu vil intemperancia, tu compañía malvada, tu negligencia en la oración, en la lectura y escucha de la palabra, que ahora testifican en tu contra y dicen: "Somos tus obras y te seguiremos"?

O si no te he comprendido correctamente, ¿no te dice el monitor interno que hay una forma o una acción que sabes que es mala, pero que por algún motivo carnal te toleras y estás dispuesto a perdonarte? Si este es tu caso, todavía no has sido regenerado y debes ser cambiado o condenado. En segundo lugar, Satanás. La conversión ata al hombre fuerte, despoja su armadura, echa fuera sus posesiones y "convierte a los hombres del poder de Satanás a Dios". Antes, el diablo no podía invitar al pecador a su compañía pecaminosa, a juegos y deleites pecaminosos, sin que inmediatamente lo siguiera, como un buey al matadero y un necio a la corrección del cepo; como el ave que se apresura hacia la presa y no sabe que es para su vida. Tan pronto como Satanás le pedía que mintiera, inmediatamente lo tenía en su lengua. Tan pronto como Satanás le ofrecía un objeto lujurioso, era picado por la lujuria. El diablo podía hacer más con él que Dios.

Si el diablo dice: "aleja estos deberes familiares", puedes estar seguro de que se realizarán rara vez en su casa. Si el diablo dice: "aleja esta rigidez, esta precisión", se mantendrá alejado de ella. Si le dice: "no hay necesidad de estas obligaciones en privado", pasará los días sin apenas realizarlas. Pero, desde que está convertido, sirve a otro amo y sigue un camino completamente diferente. Va y viene a invitación de Cristo. Satanás puede atrapar su pie en una trampa a veces, pero ya no será un cautivo dispuesto. Él está alerta contra las trampas de Satanás y estudia para conocer sus artimañas. Desconfía mucho de sus planes y es muy cauteloso en todo lo que se le presenta, para que Satanás no tenga algún designio contra él. "Lucha contra principados y potestades", recibe al mensajero de Satanás como los hombres reciben al mensajero de la muerte. Mantiene su mirada fija en su enemigo y vigila en sus deberes, para que Satanás no obtenga ninguna ventaja. En tercer lugar, el mundo. Antes de una fe sólida, un hombre es vencido por el mundo: o se prostra ante el dinero, o idolatra su reputación, o es "amante de los placeres más

que amante de Dios". Aquí está la raíz de la miseria del hombre por la caída: se desvía hacia la criatura en lugar de hacia Dios y le da a la criatura el aprecio, la confianza y el afecto que solo le corresponden a Él.

¡Oh miserable hombre! ¡Qué monstruo deforme te ha hecho el pecado! Dios te creó "poco menor que los ángeles"; el pecado te ha convertido en poco mejor que los demonios. El mundo, que fue creado para servirte, ha llegado a gobernarte, y la engañosa ramera te ha hechizado con sus encantamientos y te ha hecho postrarte y servirla. Pero la gracia convertidora vuelve a poner todo en orden, pone a Dios en el trono y al mundo a sus pies. Cristo en el corazón y el mundo bajo los pies. Así dijo Pablo: "Estoy crucificado con el mundo y el mundo conmigo". Antes de este cambio, todo el clamor era: "¿Quién nos mostrará algún bien mundano?"; pero ahora su lenguaje es: "Señor, alza sobre mí la luz de tu rostro", y que quien quiera tome el trigo y el vino. Antes, su deleite y satisfacción estaban en el mundo; entonces, el cántico era: "alma, descansa, come, bebe y sé feliz; tienes muchos bienes almacenados para muchos años". Pero ahora todo esto se ha marchitado y no hay belleza en ello para que lo deseemos; y él dice con el dulce salmista de Israel.

"El Señor es la porción de mi herencia; las cuerdas me han caído en lugares deleitosos, y tengo una hermosa herencia". Él se bendice a sí mismo y se gloria en Dios. Nada más puede darle satisfacción. Ha escrito "vanidad y aflicción" sobre todas sus posesiones mundanas, y "pérdida y basura" sobre todas las excelencias humanas. Ahora tiene en su mira "vida e inmortalidad". Busca gracia y gloria, y persigue una corona incorruptible. Su corazón está decidido a buscar al Señor. Primero busca "el reino de los cielos y su justicia", y la religión ya no es un asunto secundario para él, sino su principal preocupación. Antes, el mundo tenía el mayor peso en su vida; haría más por ganancias que por piedad, más para complacer a su amigo o a su carne que para complacer al Dios que lo creó; y Dios debía esperar hasta que el mundo fuera atendido primero. Pero ahora todos deben esperar; él odia al padre, a la madre, a la vida y a todo, en comparación con Cristo. Entonces, detente un momento y mira hacia adentro: ¿No te concierne esto de cerca? Pretendes ser de Cristo, pero ¿no te domina el mundo? ¿No encuentras más deleite y satisfacción real en el mundo que en Él? ¿No te sientes mejor cuando el mundo se ajusta a tus deseos y estás rodeado de placeres carnales, que cuando te retiras a orar y meditar en tu lugar de oración, o cuando asistes a la Palabra y el culto de Dios? No hay evidencia más segura de un estado no convertido que tener las cosas del mundo en primer lugar en nuestra mira, amor y estima.

Para el convertido sincero, Cristo tiene la supremacía. ¡Cuán precioso es su nombre para él! ¡Cuán valioso es su favor! El nombre de Jesús está grabado en su corazón y reposa como un "ramillete de mirra entre sus pechos". El honor es solo aire, y la risa es solo locura, y Mamón ha caído como Dagón ante el arca, con las manos y la cabeza destrozadas en el umbral, una vez que Cristo es revelado de manera salvadora. Aquí está la perla de gran precio para el verdadero convertido; aquí está su tesoro; aquí está su esperanza. Esta es su gloria, "Mi amado es mío, y yo soy suyo". ¡Oh! Es más dulce para él poder decir que Cristo es suyo que si pudiera decir que el reino es suyo, que las Indias son suyas. Cuarto, tu propia justicia. Antes de la conversión, el hombre busca cubrirse con sus propias hojas de higuera y hacerse aceptable con sus propias obras. Tiende a confiar en sí mismo y establecer su propia justicia, y cuenta sus fichas como si fueran oro, y no se "somete a la justicia de Dios". Pero la conversión cambia su mente: ahora considera su propia justicia como trapos sucios. Ahora es llevado a la pobreza de espíritu, se queja y se condena a sí mismo, y todo lo que tiene es "pobre, miserable, ciego y desnudo". Ve un mundo de iniquidad en sus cosas sagradas y llama a su justicia antes idolatrada simplemente escoria; y no querría encontrarse a sí mismo ni por mil mundos. Ahora comienza a darle un alto valor a la justicia de Cristo; ve la necesidad de Cristo en cada deber, para justificar su persona y justificar sus acciones; no puede vivir sin él, no puede orar sin él; Cristo debe acompañarlo, o de lo contrario no puede entrar en la presencia de Dios; se apoya en la mano de Cristo y se gloria en la casa de su Dios; se considera a sí mismo como un hombre perdido y deshecho sin él; su vida está escondida en Cristo, como las raíces de un árbol se extienden en la tierra, para obtener estabilidad y nutrición.

Antes, las noticias de Cristo eran algo insípidas y sin sabor; pero ahora, ¡qué dulce es Cristo! Agustín ya no podía disfrutar de su amado Cicerón, a quien antes admiraba tanto, porque no encontraba el nombre de Cristo en sus escritos. Cuán patéticamente exclama: "Oh, dulce, amoroso, amable, querido, precioso, deseado, encantador, hermoso, etc.", todo de una vez, cuando habla de Cristo o se dirige a Él. En resumen, la voz del convertido es como la del mártir: "solo Cristo". Los términos que son ya sea últimos, subordinados o mediadores. El último es Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, a quienes el verdadero convertido toma como su suficiencia y bienaventuranza eterna. Un hombre nunca está verdaderamente santificado hasta que su corazón esté verdaderamente puesto en Dios por encima de todas las cosas, como su porción y bien supremo. Estos son los anhelos naturales del corazón del creyente: "Tú eres mi porción. Mi alma se gloriará en el Señor. Mi esperanza está en Él; solo Él es mi roca y mi salvación; Él es mi defensa; en Dios está mi

salvación y mi gloria; la roca de mi fortaleza, mi refugio está en Dios". ¿Quieres someter a prueba si estás convertido o no? Ahora deja que tu alma y todo lo que hay en ti presten atención. ¿Has tomado a Dios como tu felicidad? ¿Dónde reside el contentamiento de tu corazón? ¿De dónde proviene tu mayor consuelo? Entonces, levanta tus ojos como Abraham hacia el este, oeste, norte y sur, y mira a tu alrededor, ¿qué es lo que desearías tener en el cielo o en la tierra para hacerte feliz? Si Dios te diera a elegir, como lo hizo con Salomón, o te dijera, como Asuero a Ester: "¿Cuál es tu petición y qué es lo que deseas, y se te concederá?" ¿Qué pedirías? Ve a los jardines del placer y recoge todas las flores fragantes de allí. ¿Te satisfarían? Ve a los tesoros de Mamón; supón que puedes llenarte de riquezas a tu antojo.

Ve a las torres, a los trofeos del honor: ¿qué piensas de ser un hombre renombrado y tener un nombre como los grandes hombres de la tierra? ¿Te satisfaría alguno de estos, todos ellos te bastarían y te harían considerarte un hombre feliz? Si es así, entonces seguramente eres carnal y no estás convertido. Si no es así, ve más lejos; adéntrate en las excelencias divinas, en el tesoro de sus misericordias, en el escondite de su poder, en las profundidades insondables de su suficiencia infinita: ¿Esto es lo que más te conviene y te complace? ¿Dices: "Es bueno estar aquí?" "Aquí plantaré mi morada; aquí viviré y moriré?" ¿Dejarías ir al mundo entero antes que esto? Entonces estás bien con Dios, feliz eres, oh hombre; feliz eres por haber nacido: si un Dios puede hacerte feliz, necesariamente debes ser feliz, porque has afirmado que el Señor será tu Dios. ¿Dices a Cristo como él nos dice a nosotros: "Tu Padre será mi Padre, y tu Dios será mi Dios"? Aquí está el punto crucial: un profesante falso nunca encuentra su descanso en Dios, pero la gracia convertidora hace la obra y así cura la fatal miseria de la caída, al apartar el corazón de su ídolo hacia el Dios vivo. Ahora, dice el alma: "Señor, ¿a dónde iré? Tú tienes palabras de vida eterna." Aquí se centra, aquí se establece. ¡Oh! Para él es la entrada al cielo, ver su interés en Dios. Cuando descubre esto, dice: "Vuelve a tu descanso, oh mi alma, porque el Señor te ha tratado generosamente". Y está listo para entonar el cántico de Simeón: "Señor, ahora puedes dejar que tu siervo parta en paz", y dice, como Jacob cuando su viejo corazón se revivió ante las buenas nuevas bienvenidas: "es suficiente". Cuando ve que tiene un Dios en pacto al cual acudir, "este es toda su salvación y todo su deseo". ¿Hombre, es este tu caso? ¿Has experimentado esto? Entonces, "bendito eres del Señor"; Dios ha estado obrando contigo; ha tomado tu corazón mediante el poder de la gracia convertidora, de lo contrario, nunca podrías haber hecho esto.

El término mediato de la conversión es tanto principal como menos principal. El término principal es Cristo, el único "mediador entre Dios y los hombres". Su obra es llevarnos a Dios. Él es "el camino hacia el Padre", la única tabla en la que podemos escapar, la única "puerta por la cual podemos entrar". La conversión lleva al alma a Cristo para aceptarlo como el único medio de vida, como el único camino, "el único nombre dado bajo el cielo". No busca salvación en ningún otro sino en él; ni en ningún otro con él: sino que se entrega completamente a Cristo. Aquí, dice el pecador convencido, "me arriesgaré: y si perezco, perezco: si muero, moriré aquí. Pero, Señor, no permitas que perezca bajo la mirada compasiva de tu misericordia. No me pidas que te abandone o me aleje de seguirte. Aquí me arrojaré; si me matas, no me iré de tu puerta".

Así es como el pobre alma se aventura en Cristo y se adhiere resueltamente a él. Antes de la conversión, el hombre menospreciaba a Cristo, se preocupaba más por su finca, amigos, mercaderías, que por Cristo; pero ahora Cristo es para él su alimento necesario, su pan diario, la vida de su corazón, el soporte de su vida. Su gran objetivo es "que Cristo sea magnificado en él". Su corazón solía decir, como entonces a la esposa, "¿qué tiene tu amado más que otro?". Encontraba más dulzura en su compañía alegre, en juegos pecaminosos, en deleites terrenales, que en Cristo. Consideraba la religión como una fantasía y el hablar de grandes deleites como un sueño vacío: pero ahora para él vivir es Cristo. Desprecia todo lo que consideraba precioso, "por la excelencia del conocimiento de Cristo".

Todo de Cristo es aceptado por el sincero converso: él no solo ama el salario, sino también la obra de Cristo, no solo los beneficios, sino también la carga de Cristo; él acepta los mandamientos de Cristo, sí, incluso la cruz de Cristo. El falso creyente se conforma solo parcialmente con Cristo: todo está bien cuando se trata de la salvación en Cristo, pero no se preocupa por la santificación; está a favor de los privilegios, pero no se apropia de la persona de Cristo; divide los oficios y beneficios de Cristo. Este es un error en los fundamentos. Quien ama la vida, que tenga cuidado aquí; es un error que lleva a la perdición y del cual se les ha advertido con frecuencia, y sin embargo, es muy común. Jesús es un nombre dulce, pero los hombres "no aman al Señor Jesús sinceramente". No lo aceptan como Dios lo ofrece, "para ser Príncipe y Salvador". Dividen lo que Dios ha unido, al Rey y al Sacerdote. Sí, no aceptan la salvación de Cristo como él la desea; la dividen aquí. Todo el mundo busca la salvación del sufrimiento, pero no desean ser salvados del pecado; quieren que se les salve la vida, pero también quieren salvar sus pecados. Incluso muchos dividen aquí; estarían dispuestos a deshacerse

de algunos de sus pecados, pero no pueden abandonar el regazo de Dalila ni divorciarse de la amada Herodías: no pueden ser crueles con el ojo derecho ni renunciar sin excepciones ni limitaciones a la mano derecha. El Señor debe perdonarlos en este asunto.

Oh! Ten cuidado y sé delicado aquí: vuestras almas están en juego. El converso genuino acepta a Cristo por completo y lo toma con todos los propósitos e intenciones. Está dispuesto a tener a Cristo en cualquier condición; está dispuesto a someterse al dominio de Cristo, así como a recibir liberación a través de Cristo. Él dice, al igual que Pablo: "Señor, ¿qué quieres que haga?" Cualquiera cosa, Señor. Envía en blanco a Cristo para que establezca sus propias condiciones. Lo menos principal son las leyes, ordenanzas y caminos de Cristo. El corazón que antes se oponía a ellos y no podía soportar la rigidez de estos vínculos, la severidad de estos caminos, ahora se enamora de ellos y los elige como su norma y guía para siempre.

Observo cuatro cosas que Dios obra en todo converso genuino, en relación con las leyes y caminos de Cristo, mediante las cuales puedes conocer tu estado si eres fiel a vuestras propias almas, por lo tanto, mantén tus ojos en tu corazón mientras avanzas.

1. El juicio es llevado a aprobarlos y suscribirlos como los más justos y razonables. La mente comienza a gustar los caminos de Dios; los prejuicios corruptos que antes estaban en su contra, como algo irrazonable e intolerable, ahora se eliminan. El entendimiento asiente a todos ellos como "santos, justos y buenos". ¡Qué enamorado está David de las excelencias de las leyes de Dios! Cómo se extiende en alabanzas hacia ellas, tanto por sus cualidades inherentes como por sus efectos admirables.

Hay un juicio doble de la comprensión. El juicio absoluto es cuando una persona considera que cierto camino es el mejor en general, pero no para él, o no en las circunstancias actuales. Ahora bien, el juicio de una persona piadosa es a favor de los caminos de Dios, tanto en el juicio absoluto como en el comparativo; considera que son los mejores no solo en general, sino también para él. Él ve las reglas de la religión no solo como tolerables, sino como deseables; sí, más deseables que el oro, el oro refinado; "sí, mucho oro refinado". Sus juicios están firmemente decididos de que es mejor ser santo, que es mejor ser estricto, que en sí mismo es el curso más adecuado, y que es la elección más sabia, racional y deseable para él.

Escucha el juicio del hombre piadoso: "Sé, oh Señor, que tus juicios son rectos; amo tus mandamientos más que el oro, sí, más que el oro fino; considero rectos todos tus preceptos en todas las cosas, y aborrezco todo camino falso". Observa, él aprobaba todo lo que Dios requería y desaprobaba todo lo que él prohibía: "Justos son, oh Señor, y rectos tus juicios. Tus testimonios son justos y muy fieles. Tu palabra es verdadera desde el principio, y cada uno de tus justos juicios permanece para siempre". Observa cómo él se suscribe rápidamente y completamente; declara su asentimiento y consentimiento, y todo lo contenido en ella.

2. El deseo del corazón es conocer toda la mente de Cristo. No desearía tener ningún pecado sin descubrir, ni ignorar ningún deber requerido. Es la respiración natural y ferviente de un corazón santificado: "Señor, si hay algún camino de maldad en mí, revélamelo. Lo que no sé, enséñame; y si he cometido iniquidad, no lo haré más". El insincero es voluntariamente ignorante, no ama acercarse a la luz. Está dispuesto a mantener tal o cual pecado, y por lo tanto, le disgusta reconocerlo como pecado, y no dejará entrar la luz por esa ventana. Ahora bien, el corazón piadoso está dispuesto a conocer la amplitud y extensión completa de la ley de su Creador: "Enséñame, oh Señor, el camino de tus estatutos; y lo guardaré hasta el fin". Recibe con toda aceptación la palabra que lo convence de cualquier deber que no conocía o no tenía en cuenta antes, o que descubre algún pecado que estaba oculto antes.

3. La elección libre y resuelta de la voluntad se determina por los caminos de Cristo, antes que por los placeres del pecado y las prosperidades del mundo. Su consentimiento no es extorsionado por alguna angustia extrema, ni es solo una resolución repentina y apresurada, sino que es deliberado en su propósito y elige libremente. Es cierto que la carne se rebela, pero la parte predominante de su voluntad está a favor de las leyes y el gobierno de Cristo, de modo que no las considera como una carga o un peso, sino como su dicha. Mientras que el no santificado sigue los caminos de Cristo como si estuviera encadenado y con grilletes, el convertido lo hace de forma natural y considera las leyes de Cristo como su libertad. Ama voluntariamente las bellezas de la santidad y tiene esta marca inseparable: "Que preferiría, si pudiera elegir, vivir una vida estricta y santa en lugar de la vida más próspera y floreciente del mundo". "Con Saúl iba un grupo de hombres cuyos corazones Dios había tocado". Cuando Dios toca los corazones de sus elegidos, ellos siguen a Cristo de inmediato, y aunque sean atraídos, corren libremente tras él y se ofrecen voluntariamente al servicio del Señor, buscándolo con todo su deseo. El temor tiene su utilidad, pero no es la principal motivación de un corazón santificado. Cristo no mantiene

a sus súbditos por la fuerza, sino que es el rey de un pueblo dispuesto. A través de su gracia, ellos están resueltos libremente para su servicio y lo hacen por elección, no como esclavos, sino como hijos o esposos, movidos por el amor y una mente leal. En pocas palabras, las leyes de Cristo son el amor, el deseo, el deleite y el estudio continuo del convertido.

4. La inclinación de su camino está dirigida a guardar los estatutos de Dios. Es el cuidado diario de su vida caminar con Dios. Busca cosas grandes, tiene nobles propósitos, aunque no siempre los cumple por completo. Apunta a nada menos que la perfección; lo desea, lo busca, no se conforma con ningún grado de gracia hasta que se libere por completo del pecado y alcance la santidad perfecta. Aquí se puede descubrir la podredumbre del hipócrita. Desea la santidad, como bien se dijo una vez, solo como un puente hacia el cielo, e indaga seriamente cuál es lo mínimo que le servirá, y si puede obtener lo suficiente para llegar al cielo, eso es todo lo que le importa. Pero el convertido sincero desea la santidad por amor a la santidad, no solo por el cielo.

No te conformarías con lo suficiente para salvarte del infierno, sino que deseas el más alto nivel; sin embargo, los deseos no son suficientes. ¿Cuál es tu camino y tu curso? ¿Han cambiado la dirección y el propósito de tu vida? ¿Es la santidad tu deseo y la religión tu ocupación? Si no es así, te falta una conversión sólida. Aplicación: ¿Y es esta, que hemos descrito, la conversión que es absolutamente necesaria para la salvación? Entonces, infórmate de lo siguiente: 1. Estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida. 2. Son pocos los que lo encuentran. 3. Se necesita un poder divino para convertir salvíficamente a un pecador a Jesucristo.

Una vez más, te exhorto, oh hombre que lees esto, a reflexionar sobre ti mismo. ¿Qué dice tu conciencia? ¿No empieza a acusarte? ¿No te causa dolor mientras avanzas? ¿Es este tu juicio, esta tu elección y este tu camino que hemos descrito? Si es así, entonces está bien. Pero, ¿no te condena tu corazón y te dice que estás viviendo en un pecado contra tu conciencia? ¿No te dice que hay tal o cual camino secreto de maldad que deseas mantener? ¿Algún deber en el que no tienes conciencia? ¿No te lleva la conciencia a tu habitación y te dice lo poco frecuentes que son la oración y la lectura allí? ¿No te lleva a tu familia y te muestra la responsabilidad de Dios y las almas de tus hijos y sirvientes que se descuidan allí? ¿No te lleva la conciencia a tu tienda, a tu comercio, y te habla de algún misterio de iniquidad allí? ¿No te lleva al bar y te condena por la compañía licenciosa que mantienes allí, el tiempo precioso que desperdicias allí, por los talentos de Dios que malgastas, por tus juegos y

tus bebidas, etc.? ¿No te lleva la conciencia a tu habitación secreta y te acusa severamente?

¡Oh, conciencia! Haz tu deber: en el nombre del Dios vivo, te ordeno que cumplas con tu deber; atrapa a este pecador, arremete contra él, deténlo, aplica justicia, desengáñalo. ¿Qué? ¿Vas a halagarlo y suavizarlo mientras vive en sus pecados?

¡Despierta, oh conciencia! ¿Qué te pasa, oh dormilón? ¿Qué? ¿No tienes ninguna reprensión en tu boca? ¿Qué? ¿Permitirás que esta alma muera en su negligencia descuidada hacia Dios y la eternidad, y tú guardarás silencio por completo? ¿Qué? ¿Seguirá adelante en sus transgresiones y aún así tendrá paz? ¡Oh! Despiértate y haz tu trabajo. Que el predicador en tu interior hable, clame en voz alta y no se contenga; levanta tu voz como una trompeta; que no se "requiera la sangre de su alma" en tus manos.

CAPÍTULO 3: De la Necesidad de la Conversión

Puede que estés listo para preguntar: ¿Qué significa todo este alboroto? y es posible que te sorprendas de por qué te persigo con tanta insistencia, repitiendo la misma lección en tus oídos: "que te arrepientas y te conviertas". Pero debo decirte, como Rut a Noemí: "no me instes a que te abandone ni a que deje de seguirte". Si fuera una cuestión de indiferencia, nunca me esforzaría tanto: si pudieras ser salvo tal como eres, te dejaría en paz con gusto. Pero ¿no quieres que me preocupe por ti cuando te veo a punto de perecer? ¡Vive el Señor, ante quien estoy! No tengo la menor esperanza de ver uno solo de tus rostros en el cielo, a menos que te conviertas: desespero completamente de tu salvación, a menos que te decidas a volverte completamente y entregarte a Dios en santidad y novedad de vida. ¿No ha dicho Dios: "a menos que nazcas de nuevo, no puedes ver el reino de Dios", y aún así te preguntas por qué tus ministros se esfuerzan tanto en darte a luz? No te parezca extraño que insista en que sigas la senda de la santidad y anhele ver la imagen de Dios en ti. Nadie, ni ahora ni nunca, entrará en el cielo de otra manera que no sea esta. La conversión descrita no es el logro elevado de algunos cristianos avanzados, sino que toda alma que es salvada pasa por este cambio universal.

Fue una expresión del noble romano cuando se apresuraba con trigo hacia la ciudad durante la hambruna, y los marineros renuentes a zarpar en mal tiempo: "Nuestro viaje es más necesario que nuestras vidas". ¿Qué es lo que consideras necesario? ¿Es tu pan necesario? ¿Es tu respiración necesaria? Entonces tu conversión es mucho más necesaria. De hecho, esta es la única cosa necesaria. Tu patrimonio no es necesario; puedes venderlo todo por "la perla de gran precio" y aún así salir ganando con la compra. Tu vida no es necesaria; puedes renunciar a ella por Cristo con infinita ventaja. Tu estima no es necesaria; puedes ser reprochado por el nombre de Cristo y aún así ser feliz; sí, mucho más

feliz en la afrenta que en el reconocimiento. Pero tu conversión es necesaria; tu condenación depende de ello: ¿y no es necesario, en un caso tan importante, que te detengas a considerarlo? De este único punto depende tu éxito o tu ruina por toda la eternidad. Pero mostraré más detalladamente la necesidad de la conversión en cinco aspectos; porque sin esto,

I. Tu existencia es en vano. ¿No es una pena que seas inútil, una carga no provechosa sobre la tierra, una verruga o un tumor en el cuerpo del universo? Así eres mientras estés sin convertirte: porque no puedes cumplir el propósito de tu existencia. ¿No es para el "placer divino que eres y fuiste creado"? ¿No te hizo para sí mismo? ¿Eres un ser humano y tienes razón? Entonces, reflexiona por qué y de dónde viene tu existencia. Observa la obra de Dios en tu cuerpo y pregúntate: ¿con qué fin Dios construyó este edificio? Considera las nobles facultades de tu alma nacida del cielo.

Con el fin de qué Dios otorgó estas excelencias? ¿Fue únicamente para que te complacieras a ti mismo y gratificaras tus sentidos? ¿Envío Dios a los hombres al mundo con un propósito más elevado que el de las golondrinas, solo para recoger unas ramitas y barro, construir sus nidos, criar a sus crías y luego irse? Incluso los paganos podían ver más allá de esto. ¿Estás tan "maravillosa y temerosamente hecho", y aún no piensas en que fue para algún fin noble y glorioso? Oh hombre, pon un poco de razón en su lugar. ¿No es una lástima que un edificio tan magnífico sea construido en vano? Verdaderamente estás en vano, a menos que seas para Dios. Es mejor que no existieras a no ser para Él. ¿Quieres cumplir con tu propósito? Debes arrepentirte y convertirte: sin esto, no tienes ningún propósito; incluso, tienes un propósito malo. Primero, sin propósito. El hombre sin convertir es como un instrumento selecto que tiene cada cuerda rota o desafinada.

El Espíritu del Dios viviente debe repararlo y afinarlo mediante la gracia de la regeneración, y moverlo dulcemente mediante el poder de la gracia actuante, o de lo contrario tus oraciones serán solo tonos discordantes y tus servicios no harán música en los oídos del Santísimo. Todas tus facultades y poderes están tan corrompidos en tu estado natural que, a menos que seas "purificado de obras muertas", no puedes "servir al Dios viviente". Un hombre no santificado no puede realizar la obra de Dios.

1. No tiene habilidad para ello; es completamente inexperto tanto en la obra como en la palabra de justicia. Hay grandes misterios tanto en las prácticas como en los principios de la bondad divina. Ahora bien, los no

regenerados no conocen los "misterios del reino de los cielos". Sería tan absurdo esperar que alguien que nunca aprendió el abecedario pueda leer, o que alguien que nunca ha tocado un instrumento pueda interpretar con habilidad y belleza, como esperar que un hombre natural pueda ofrecerle al Señor un servicio placentero. Primero debe ser enseñado por Dios, enseñado a orar, enseñado a beneficiarse, enseñado a avanzar, de lo contrario, estará completamente perdido.

2. No tiene fuerza para ello. ¡Qué débil es su corazón! Se cansa inmediatamente. El día de reposo, "¡qué cansancio es!" Él está "sin fuerzas", sí, completamente "muerto en el pecado".

3. No tiene interés en ello; no desea el conocimiento de los caminos de Dios, no los conoce y no le importa conocerlos, no sabe, ni querrá entender.

4. No tiene los instrumentos ni los materiales adecuados para ello.

Un hombre puede tanto labrar el mármol sin herramientas, como construir sin materiales, como realizar cualquier servicio aceptable sin las gracias del Espíritu, que son tanto los materiales como los instrumentos en la obra. La limosna no es un servicio a Dios, sino a la vanagloria, si no es ofrecida con la mano del amor divino. ¿Qué es la oración de los labios sin gracia en el corazón, sino el cadáver sin vida? ¿Qué son todas nuestras confesiones, a menos que sean ejercicios de dolor piadoso y arrepentimiento sincero? ¿Qué son nuestras peticiones, a menos que estén animadas en todo momento por deseos santos y fe en los atributos divinos y las promesas? ¿Qué son nuestras alabanzas y acciones de gracias, a menos que provengan del amor a Dios y de una gratitud santa y un sentido de las misericordias de Dios en el corazón? Así que un hombre puede tanto esperar que los árboles hablen, como esperar cualquier servicio santo y aceptable a Dios de parte de los no convertidos.

Cuando el árbol es malo, ¿cómo puede ser bueno su fruto? En segundo lugar, para un mal propósito. El alma no convertida es una verdadera "jaula de aves inmundas", un sepulcro lleno de "corrupción y podredumbre". ¡Oh caso espantoso! ¿Todavía no ves la necesidad de un cambio? ¿No te habría afligido ver los vasos dorados consagrados del templo de Dios convertidos en copas de embriaguez y contaminados con el servicio de los ídolos? ¿No fue tal abominación para los judíos cuando Antíoco colocó la imagen de un cerdo en la entrada del templo? Cuánto más abominable sería entonces haber tenido el propio templo convertido en un establo o un chiquero, y haber tenido el "Santísimo" servido como la casa de Baal. Este es precisamente el caso de los no regenerados: todos

tus miembros se han convertido en "instrumentos de iniquidad", siervos de Satanás, y tu corazón más íntimo en un receptáculo de impureza.

Puedes ver qué tipo de huéspedes hay dentro por lo que sale; porque "del corazón proceden malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, blasfemias", y más. Esto revela la maldad que hay dentro, ¡oh abuso insoportable! ¡Ver un alma nacida del cielo rebajada a tanta vileza! Ver la gloria de la creación de Dios, la obra principal de Dios, el Señor de este mundo inferior, comiendo algarrobas con el pródigo. ¿No fue lamentable ver a aquellos que se alimentaban delicadamente sentados desolados en las calles, y a los preciosos hijos de Sion, comparables a oro fino, considerados como vasijas de barro? ¿Y no es mucho más temible ver al único ser que tiene inmortalidad en este mundo inferior y lleva el sello de Dios "convertido en una vasija que no tiene placer?" ¡Oh, indignidad intolerable! Sería mejor que fueras hecho pedazos mil veces que continuar rebajado a un servicio tan vil.

II. No solo el hombre, sino toda la creación visible, "es en vano sin esto". Amados, Dios ha hecho todas las criaturas visibles en el cielo y en la tierra para el servicio del hombre, y solo el hombre es el portavoz de todos los demás. El hombre es, en el mundo, como la lengua para el cuerpo, que habla por todos los miembros. Las otras criaturas no pueden alabar a su Creador más que a través de señales mudas e indirectas hacia el hombre, para que él hable por ellas. El hombre es, por así decirlo, el sumo sacerdote de la creación de Dios, para "ofrecer el sacrificio de alabanza" por todas sus criaturas compañeras. El Señor Dios espera un tributo de alabanza de todas sus obras. Ahora bien, todas las demás aportan su tributo al hombre y lo pagan a través de él. Por lo tanto, si un hombre es falso, desleal y egoísta, Dios es agraviado por todos y no recibirá ninguna gloria activa de sus obras.

¡Oh, pensamiento terrible pensar en esto! Que Dios debería crear un mundo como este y desplegar en él un poder, una sabiduría y una bondad infinitos, ¡y todo en vano! ¡Y que el hombre al final sea culpable de robarle y privarlo de toda su gloria! ¡Oh, piensa en esto! Mientras estés sin convertir, todos los servicios de las criaturas hacia ti son en vano; tu comida te alimenta en vano; el sol te brinda su luz en vano; las estrellas, que te sirven en su curso con su poderosa aunque oculta influencia, lo hacen en vano; tu ropa te abriga en vano; en resumen, el trabajo incansable y el continuo esfuerzo de toda la creación (en cuanto a ti) son en vano. El servicio de todas las criaturas que trabajan para ti y te brindan su fuerza (con la cual deberías servir a su Creador) es todo un trabajo perdido.

Por eso "toda la creación gime" bajo el abuso de este mundo no santificado, que las pervierte al servicio de sus lujurias, totalmente contrario al propósito mismo de su existencia. III. Sin esto, tu religión es en vano. Todas tus prácticas religiosas serán en vano, ya que no pueden complacer a Dios, que son los verdaderos fines de la religión. Por más especiosos que sean tus servicios, Dios "no se complace en ellos". ¿No es acaso terrible la condición de aquel cuyos sacrificios están contaminados y cuyas oraciones son un aliento de abominación? Muchos, bajo convicciones, piensan que se pondrán a enmendarse y que unas cuantas oraciones y limosnas lo solucionarán todo de nuevo, pero ¡ay, señores! mientras sus corazones permanezcan no santificados, sus deseos no serán aceptados.

¿Qué puntual era Jehú! y sin embargo, todo fue rechazado porque su corazón no era recto. ¿Qué irreprochable era Pablo! y sin embargo, al no estar convertido, todo fue en vano. Los hombres piensan que hacen mucho al asistir al servicio de Dios y están dispuestos a considerarlo como alguien que les debe tanto, cuando en realidad, al estar sus personas no santificadas, sus deberes no pueden ser aceptados. ¡Oh alma! no pienses, cuando tus pecados te persiguen, que unas pocas oraciones y reformar tu camino pacificarán a Dios. Debes comenzar con tu corazón: si no es renovado, no puedes complacer a Dios más que alguien que, habiéndote ofendido inmensamente, te insulta para apaciguarte. Es una gran miseria trabajar en el fuego.

Los poetas no podrían inventar un infierno peor para Sísifo que seguir subiendo la piedra cuesta arriba y que, de repente, vuelva a caer y renueve su trabajo. Dios lo amenaza como el mayor de los juicios temporales, que construyan y no habiten, planten y no cosechen, y que sus labores sean devoradas por extraños. ¿Es tan grande la miseria de perder nuestros trabajos comunes, sembrar en vano y construir en vano? ¡Cuánto más perder nuestros esfuerzos en la religión; orar, escuchar y ayunar en vano! ¡Esto es una ruina y una pérdida eterna! No te engañes; si continúas en tu estado pecaminoso, aunque extiendas tus manos, Dios esconderá sus ojos; "aunque hagas muchas oraciones, él no escuchará". Dios debe ser adorado de acuerdo con el debido orden. Si un siervo hace nuestro trabajo, pero completamente contrario a nuestras órdenes, recibirá más castigo que alabanza. La obra de Dios debe hacerse según la mente de Dios, o él no estará complacido, y esto no puede suceder a menos que se haga con un corazón santo.

IV. Sin esto, tus esperanzas son en vano. "La esperanza del hipócrita perecerá". "El Señor ha rechazado tu confianza". Primero, la esperanza de consuelos aquí es en vano. No solo es necesario para la seguridad,

sino también para el consuelo de tu condición que te conviertas. Sin esto, "no conocerás la paz". Sin el "temor de Dios" no puedes tener el "consuelo del Espíritu Santo". Dios habla paz solo "a su pueblo ya sus santos". Si tienes una paz falsa, persistiendo en tus pecados, no es un mensaje de Dios, y entonces puedes adivinar al autor. El pecado es una enfermedad real, sí, la peor de las enfermedades: es una lepra en la cabeza, la plaga del corazón; es quebrantamiento en los huesos, penetra, hiere, tortura, atormenta. Tan pronto puedes esperar alivio cuando tus trastornos están en pleno apogeo o tus huesos están dislocados, como verdadero consuelo mientras estés en tus pecados.

¡Oh, desdichado hombre, que no puedes tener tranquilidad en este caso, excepto la que proviene de la insensibilidad de la enfermedad! Tendrás al pobre enfermo diciendo, con su debilidad, "está bien", cuando ves la muerte en su rostro; él quiere levantarse y ocuparse de sus asuntos, cuando el próximo paso podría ser hacia su tumba. Los no santificados a menudo no ven nada malo; se creen sanos y no claman por el médico; pero esto muestra el peligro de su situación.

El pecado naturalmente crea trastornos y disturbios en el alma. ¿Qué tempestad y conmoción continua hay en una mente descontenta? ¿Qué mal devorador es la preocupación desmedida? ¿Qué es la pasión sino una fiebre misma en la mente? ¿Qué es la lujuria sino un fuego en el corazón? ¿Qué es la avaricia sino una sed insaciable e insoportable? ¿O qué son la malicia y la envidia sino veneno en el propio corazón? La pereza espiritual no es más que una escorbuto en la mente, y la seguridad carnal es un letargo mortal; ¿y cómo puede tener consuelo verdadero el alma que está bajo tantas enfermedades? Pero la gracia convertidora cura y, por lo tanto, alivia la mente; prepara el alma para una paz estable, duradera e inmortal: "Gran paz tienen los que aman tus mandamientos, y nada los hace tropezar". Son los caminos de la sabiduría los que ofrecen placer y paz.

David encontró infinitamente más placer en la palabra que en todos los deleites de su corte. La conciencia no puede ser verdaderamente pacificada hasta que sea purificada completamente. Maldita sea esa paz que se mantiene en el pecado. Dos tipos de paz son más temibles que todos los problemas del mundo: la paz con el pecado y la paz en el pecado. En segundo lugar, tus esperanzas de salvación en el futuro son en vano; sí, peor que en vano; son extremadamente perjudiciales para Dios y perniciosas para ti mismo. Hay muerte, desesperación y blasfemia en las entrañas de esta esperanza.

1. Hay muerte en ella: tu confianza será arrancada de tus moradas (Dios la eliminará de raíz y en su totalidad); "te llevará al rey de los terrores". Aunque puedas "apoyarte en esta casa, no se sostendrá", sino que resultará ser como un edificio en ruinas que, cuando alguien confía en él, cae sobre su cabeza.

2. Hay desesperación en ella: ¿dónde está la esperanza del hipócrita cuando Dios le arrebatara su alma? Entonces se acaba para siempre su esperanza. En verdad, la esperanza del justo tiene un fin, pero no es un fin destructivo, sino perfectivo; su esperanza culmina en la fruición, mientras que la de los demás termina en la frustración. Los justos deben decir en la muerte: "Está consumado", pero los malvados dirán: "Ha perecido", y en un lamento demasiado triste se quejarán, como lo hizo Job en un error: "¿Dónde está ahora mi esperanza? Él me ha destruido; he desaparecido y mi esperanza ha sido arrancada como un árbol". "El justo tiene esperanza en su muerte". Cuando la naturaleza está muriendo, sus esperanzas están vivas; cuando su cuerpo se debilita, sus esperanzas están floreciendo: su esperanza es una esperanza viva, mientras que la de los demás es una esperanza moribunda, condenatoria y deshacedora del alma. "Cuando un hombre malvado muere, perece su expectativa; y la esperanza de los hombres injustos desaparece".

Será cortada y resultará como la tela de una araña, la cual él teje de sus propias entrañas; pero luego viene la muerte con la escoba y lo derriba todo, y así hay un fin eterno de su confianza en la que confiaba; "porque los ojos de los malvados se desvanecerán, y su esperanza será como el último suspiro". Los hombres malvados se aferran a la esperanza carnal y no serán persuadidos de abandonarla; la aferran firmemente, no la sueltan: sí, pero la muerte les quitará los dedos. Aunque no podamos desengañarlos, la muerte y el juicio lo harán: cuando la muerte clava su dardo en tu hígado, sacará tu alma y tus esperanzas juntas. Los no santificados solo tienen esperanza en esta vida, y por lo tanto son "los más miserables de todos los hombres". Cuando llega la muerte, los lanza al asombroso abismo de la desesperación interminable.

3. Hay blasfemia en ello. Esperar que seremos salvos, a pesar de continuar no convertidos, es esperar que probemos que Dios es un mentiroso. Él te ha dicho que por misericordioso y compasivo que sea, nunca te salvará, sin embargo, si continúas en la ignorancia o en una vida de injusticia. En pocas palabras, te ha dicho que, sin que te conviertas en nuevas criaturas, nada de lo que seas o hagas te será útil para la salvación. Ahora, decir que Dios es misericordioso y que esperamos que nos salve de todos modos, es prácticamente decir: "Esperamos que Dios no haga lo que dice". No debemos poner las atribuciones de Dios en

conflicto; Dios ha resuelto glorificar su misericordia, pero no en perjuicio de la verdad, como el pecador presumido descubrirá en su eterna tristeza.

Objeción. Pero esperamos en Jesucristo; depositamos toda nuestra confianza en Dios, por lo tanto, no dudamos de que seremos salvos. Respuesta. 1. Esto no es esperanza en Cristo, sino en contra de Cristo. Esperar ver el reino de Dios sin haber nacido de nuevo, esperar encontrar vida eterna en el camino amplio, es esperar que Cristo resulte ser un falso profeta. Es la afirmación de David: "Espero en tu palabra". Pero esta esperanza está en contra de la palabra. Muéstrame una palabra de Cristo para tu esperanza, que él te salvará en tu ignorancia o en tu negligencia profana de su servicio, y nunca intentaré socavar tu confianza.

2. Dios rechaza esta esperanza con aborrecimiento.

Aquellos condenados en el profeta seguían en sus pecados, sin embargo (dice el texto) se apoyaban en el Señor, Miqueas 3:11. Dios no tolerará que se le utilice como apoyo en los pecados de los hombres; el Señor rechazó a aquellos pecadores presumidos que continuaban en sus transgresiones y aún "se apoyaban en el Dios de Israel".

3. Si tu esperanza vale algo, te purificará de tus pecados. "Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro". Pero maldita es esa esperanza que fomenta a los hombres en sus pecados.

Objeción. ¿Quieres que desesperemos?

Respuesta. Debes desesperar de llegar al cielo tal como eres, es decir, mientras sigas sin convertirte. Debes desesperar de ver el rostro de Dios sin santidad; pero de ninguna manera debes desesperar de encontrar misericordia mediante un arrepentimiento profundo y una conversión; tampoco debes desesperar de alcanzar el arrepentimiento y la conversión en el uso de los medios de Dios.

V. Sin esto, todo lo que Dios ha hecho y sufrido será en vano para ti, es decir, no te servirá de ninguna manera para la salvación. Muchos argumentan esto como un fundamento suficiente para sus esperanzas, que Cristo murió por los pecadores. Pero debo decirte que Cristo nunca murió para salvar a pecadores impenitentes y no convertidos que continúan así. Un gran teólogo solía preguntar en sus tratos privados con las almas dos preguntas: 1. ¿Qué ha hecho Cristo por ti? 2. ¿Qué ha obrado Cristo en ti? Sin la aplicación del Espíritu en la regeneración, no podemos tener un interés salvador en los beneficios de la redención. Te

digo de parte del Señor, Cristo mismo no puede salvarte si sigues en este estado.

I. Sería en contra de su confianza. El Mediador es el "siervo del Padre", muestra su comisión de parte de él, actúa en su nombre y defiende su mandato para su justificación; y Dios le ha confiado todas las cosas, le ha encomendado su propia gloria y la salvación de los elegidos. En consecuencia, Cristo rinde cuentas a su Padre de ambas partes de su confianza antes de dejar el mundo. Ahora bien, Cristo empañaría por completo la gloria de su Padre, su mayor confianza, si salvara a los hombres en sus pecados, pues esto sería trastornar todos sus planes y atentar contra todos sus atributos. Primero, trastornaría todos sus planes, de los cuales está establecido que los hombres deben ser llevados "a través de la santificación para la salvación". Él los ha "elegido para que sean santos". Son elegidos para el perdón y la vida a través de la santificación.

Si puedes revocar la ley del consejo inmutable de Dios o corromper a aquel a quien el Padre ha sellado para que actúe en contra de su comisión, entonces, y solo entonces, podrías llegar al cielo en esta condición. Esperar que Cristo te salve mientras estás sin convertirte es esperar que Cristo traicione su confianza. Él nunca ha salvado ni salvará a una sola alma, excepto a aquellos que el Padre le ha dado en la elección y ha atraído a él en el llamado efectivo. Asegúrate de que Cristo no salvará a nadie de una manera contraria a la voluntad de su Padre. En segundo lugar, ofrecer violencia a todos sus atributos.

1. A su justicia: pues la justicia de Dios radica en dar a cada uno "según sus obras". Ahora bien, si los hombres siembran para la carne y, sin embargo, "del Espíritu cosechan vida eterna", ¿dónde estaría la gloria de la justicia divina, ya que se le daría al malvado según la obra del justo?

2. A su santidad. Si Dios no solo salvara a los pecadores, sino que los salvara en sus pecados, su santidad pura y estricta sería gravemente desfigurada. Sería ofrecer una violencia extrema a la pureza infinita de la naturaleza divina tener a los pecadores morando con él: "No pueden soportar sus juicios; no pueden soportar su presencia". Si el santo David no toleraba eso ni siquiera en su casa, ¿podemos pensar que Dios lo hará? Si Dios recibiera a los hombres tal como son para la gloria del cielo, el mundo pensaría que Dios no está tan distante del pecado ni lo detesta tanto como se nos dice que lo hace; concluirían que Dios es completamente igual a ellos (como maliciosamente hicieron basándose solo en la paciencia de Dios, Salmo 50:21).

3. A su veracidad: porque Dios ha declarado desde el cielo que "si alguno dice que tendrá paz aunque siga los deseos de su corazón, su ira se encenderá contra él". Que "solo aquellos que confiesen y abandonen sus pecados encontrarán misericordia". Que "los que entren en su monte deben tener manos limpias y corazón puro". ¿Dónde estaría la verdad de Dios si, a pesar de todo esto, llevara a los hombres a la salvación sin conversión? ¡Oh, pecador desesperado, que te atreves a esperar que Cristo haga de su Padre un mentiroso y anule su palabra para salvarte!

4. A su sabiduría: porque esto sería desperdiciar las más preciosas misericordias en aquellos que no las valorarían, ni estarían de ninguna manera adecuados para ellas. En primer lugar, no las valorarían; el pecador no santificado no aprecia la gran salvación de Dios. No valora a Cristo más de lo que el enfermo valora al médico. No aprecia su bálsamo, no valora su cura, pisotea su sangre. Ahora bien, ¿sería sabio obligar al perdón y a la vida a aquellos que no le darían las gracias por ellos? ¿El Dios omnisciente, cuando nos lo ha prohibido, lanzará sus cosas sagradas a los perros y sus perlas a los cerdos, que de alguna manera solo "se volverían y lo despedazarían"? Esto realmente haría que la misericordia fuera despreciada. La sabiduría exige que la vida se dé de una manera adecuada para la honra de Dios y que Dios asegure su propia gloria además de la felicidad del hombre. Sería deshonesto para Dios otorgar sus riquezas más preciosas a aquellos que tienen más placer en sus pecados que en las delicias celestiales que él ofrece. Dios perdería el reconocimiento y la gloria de su gracia si la derrochaba en aquellos que no solo son indignos, sino también reacios. En segundo lugar, ellos no están de ninguna manera adecuados para ellas. La sabiduría divina se ve en adaptar las cosas entre sí, los medios al fin, el objeto a la facultad, la calidad del don a la capacidad del receptor.

Ahora bien, si Cristo llevara al pecador no regenerado al cielo, no encontraría más felicidad allí que un animal al que llevaras a una hermosa habitación, a la compañía de hombres instruidos y a una mesa bien servida; mientras que el pobre animal preferiría pastar con sus compañeros animales. ¡Ay! ¿Qué haría una criatura no santificada en el cielo? No podría encontrar satisfacción allí porque nada le conviene; el lugar no le conviene; estaría completamente fuera de su elemento, como un pez fuera del agua; la compañía no le conviene.

¿Qué comunión tiene la oscuridad con la luz? ¿La corrupción con la perfección? El empleo no le conviene; los himnos del cielo no se ajustan a su boca, no le agradan a su oído. Extiende tu mesa con manjares exquisitos ante un paciente languideciente y será una gran ofensa. ¡Ay! Si el pobre hombre considera que un sermón es largo y dice, en un día de

reposo, "¡qué cansancio es!", ¡cuán miserable pensaría que es estar sometido a eso por toda la eternidad!

5. Para su inmutabilidad, o de lo contrario para su omnisciencia u omnipotencia: porque esto está decretado en el cielo y registrado en el decreto de la corte celestial, que solo "los de corazón puro verán a Dios". Esto está reservado con él y sellado entre sus tesoros.

Ahora bien, si Cristo lleva a alguien al cielo sin haber sido convertido, o bien los llevaría sin el conocimiento de su Padre (y entonces, ¿dónde está su omnisciencia?), o en contra de su voluntad (y entonces, ¿dónde estaría su omnipotencia?), o bien cambiaría su voluntad, y entonces, ¿dónde estaría su inmutabilidad? Pecador, ¿no renunciarás a tu vana esperanza de ser salvo en esta condición? ¿Dirá Bildad: "¿Se abandonará la tierra por ti, o se moverán las rocas de su lugar?" ¿No puedo razonar mucho más así contigo? ¿Se revertirán las leyes del cielo por ti? ¿Se trastornarán los cimientos eternos por ti? ¿Apagará Cristo el ojo de la omnisciencia de su Padre o acortará el brazo de su poder eterno por ti? ¿Se violará la justicia divina por ti o se manchará el resplandor de la gloria de su santidad por ti? ¡Oh, la imposibilidad, la absurdidad, la blasfemia que hay en tal confianza!

Creer que Cristo te salvará alguna vez en esta condición es hacer que tu Salvador se convierta en un pecador y hacer más injusticia a la majestuosidad infinita de lo que todos los malvados en la tierra o los demonios en el infierno han hecho o podrían hacer; ¿y aún así no renunciarás a tal esperanza blasfema? II. En contra de su palabra.

No es necesario decir: "¿Quién subirá al cielo para traer a Cristo desde arriba? ¿O quién descenderá al abismo para traer a Cristo desde lo profundo? La palabra está cerca de nosotros". ¿Estás de acuerdo en que Cristo pondrá fin a la controversia? Escucha entonces sus propias palabras: "Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos". "De cierto os digo que, si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos". "De cierto os digo que el que no nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios". Sólo una palabra, se pensaría que sería suficiente de parte de Cristo, pero ¡cuántas veces y con cuánta insistencia lo repite! "De cierto, de cierto os digo que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios". Sí, él no sólo afirma, sino que también prueba la necesidad del nuevo nacimiento. ¿Y aún así creerás en tu propia confianza presuntuosa, que va en contra de las palabras de Cristo? Él tendría que ir en contra de la ley de su reino y de las reglas de su juicio para salvarte en este estado.

III. En contra de su juramento. Él ha levantado su mano al cielo, ha jurado que aquellos que permanecen en incredulidad y no conocen sus caminos, es decir, aquellos que son ignorantes o desobedientes a ellos, "no entrarán en su reposo". ¿Y aún así no creerás, oh pecador, que él está en serio? ¿Puedes esperar que él viole su juramento por ti? El pacto de gracia está "confirmado por un juramento" y sellado con sangre, pero todo se haría nulo y se encontraría otro camino hacia el cielo si fueras salvo, viviendo y muriendo sin haber sido santificado. Dios ha llegado a sus términos más bajos y finales con el hombre, y ha descendido, hasta donde la honra lo permite, y ha erigido sus pilares con un límite.

Los hombres no pueden ser salvados mientras sean no convertidos, a menos que puedan hacer otro pacto y alterar completamente toda la estructura del evangelio, que fue establecido para siempre con solemnidades tan terribles. ¿Y no estarían ellos locos al esperar que esto suceda?

IV. En contra de su honor. Dios mostrará tanto su amor hacia el pecador como su odio hacia el pecado: por lo tanto, "el que nombra el nombre de Jesús debe apartarse de la iniquidad" y negar toda impiedad; y aquel que tiene esperanza de vida por Cristo debe "purificarse a sí mismo, así como él es puro", de lo contrario, Cristo sería considerado un favorecedor del pecado.

El Señor Jesús desea que todo el mundo sepa que, aunque perdona el pecado, no lo protegerá. Si el santo David dice: "Apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad" y les cierra las puertas, ¿no deberíamos esperar mucho más de la santidad de Cristo? ¿Sería para su honor tener perros en la mesa o alojar a los cerdos con sus hijos, o convertir el seno de Abraham en un nido de víboras?

V. En contra de sus oficios. Dios lo ha "exaltado como Príncipe y Salvador". Actuaría en contra de ambos si salvara a los hombres en sus pecados. Es el oficio de un rey ser "terror para los malhechores y alabanza para los que hacen el bien". "Es ministro de Dios, vengador para ejecutar ira sobre aquel que hace lo malo". Ahora bien, si Cristo favoreciera a los impíos en su continuo pecado y llevara a aquellos que "no quisieron que él reinara sobre ellos" a reinar con él, esto iría en contra de su oficio; él reina para "poner a sus enemigos debajo de sus pies". Si los acogiera en su seno, frustraría el propósito de su poder real: le corresponde a Cristo, como rey, someter los corazones y matar las pasiones de sus elegidos. ¿Qué rey acogería a rebeldes en abierta hostilidad en su corte? ¿Qué sería esto sino traicionar la vida, el reino, el gobierno y todo en conjunto? Si Cristo es un rey, debe tener honor,

homenaje, sumisión, etc. Ahora bien, salvar a los hombres en su enemistad natural sería oscurecer su dignidad, perder su autoridad, menospreciar su gobierno y vender sus derechos adquiridos a cambio de nada.

Además, así como Cristo no sería un Príncipe, tampoco sería un Salvador si hiciera esto; porque su salvación es espiritual. Es llamado Jesús porque salva a su pueblo de sus pecados, por lo que si los salvara en sus pecados, no sería ni Señor ni Jesús. Salvar a los hombres del castigo y no del poder del pecado sería hacer su obra a medias y ser un Salvador imperfecto. Su oficio como liberador es "alejar la impiedad de Jacob". "Ha sido enviado para bendecir a los hombres, apartándolos de sus iniquidades". "Hacer cesar el pecado", por lo que destruiría sus propios propósitos y anularía sus oficios al salvar a los hombres en su estado no convertido.

Aplicación: ¡levántate entonces! ¿Qué pretendes, oh durmiente? ¡Despierta, oh pecador seguro! No sea que seas consumido en tus iniquidades. Di, como los leprosos, "Si nos quedamos aquí, moriremos". En verdad, no es más cierto que ahora estás fuera del infierno, que pronto estarás en él, a menos que te arrepientas y te conviertas. Solo hay una puerta por la que escapar. ¡Levántate, entonces, oh perezoso! Y sacude tus excusas: ¿hasta cuándo dormirás y te cruzarás de brazos para dormir? Existe una necesidad inmutable de cambiar tu condición, a menos que hayas decidido aguantar lo peor de ella y enfrentarte al Todopoderoso. Si amas tu vida, oh hombre, levántate y vete. Me parece ver al Señor Jesús poniendo sus manos misericordiosas con una santa violencia sobre ti; me parece que se comporta como los ángeles con Lot: "Entonces los ángeles apresuraron a Lot, diciendo: Levántate, no sea que perezcas. Y mientras él se demoraba, los hombres tomaron su mano, y la mano de su esposa y las manos de sus dos hijas, siendo misericordioso con él, y lo sacaron y lo dejaron fuera de la ciudad, diciendo: Escapa por tu vida, no mires atrás, ni te detengas en ninguna parte de la llanura; escapa al monte, no sea que perezcas". ¡Oh, qué obstinada sería tu destrucción si te endurecieras en tu estado pecaminoso! Pero ninguno de ustedes puede decir que no ha sido advertido claramente. Sin embargo, me parece que no puedo dejarte así. No es suficiente para mí haber salvado mi propia alma. ¿Qué! ¿Me iré sin cumplir mi misión?

¿Acaso ninguno de vosotros se levantará y me seguirá? ¿He estado hablando todo este tiempo al viento? ¿Hablo a los árboles o las rocas, o a los hombres? ¿A las tumbas o monumentos de los muertos, o a un auditorio vivo? Si sois hombres y no troncos insensibles, deteneos y considerad a dónde estáis yendo. Si tenéis razón y entendimiento como

seres humanos, no os atreváis a correr hacia las llamas y caer al infierno con los ojos abiertos, sino reflexionad y emprended la obra del arrepentimiento. ¿Qué pasa? Dotados de razón, ¿y aún jugáis con la muerte, el infierno y la venganza del Todopoderoso? Oh, mostrad vuestra condición de hombres y dejad que la razón prevalezca en vosotros.

¿Es razonable que contiendan contra el Señor vuestro Creador? ¿Endureceros contra su palabra, como si yaciera en la fuerza de Israel? ¿Es razonable que una criatura dotada de entendimiento pierda, sí, viva totalmente en contra del propósito de su existencia? ¿Es razonable que la única cosa en este mundo que Dios ha hecho capaz de conocer su voluntad y darle gloria viva en ignorancia de su Hacedor y sea inútil para su uso, sí, que se involucre en su contra? "Escucha, oh cielos, y presta oído, oh tierra", y que las criaturas sin sentido juzguen si esto es razonable, que el hombre, a quien Dios ha alimentado y criado, se rebele contra Él. Juzgad por vosotros mismos: ¿es una empresa razonable que espinos y zarzas se enfrenten en batalla contra un fuego devorador? ¿O que un fragmento de arcilla de la tierra luche contra su Hacedor? Diréis: "Esto no es razonable", o ciertamente el ojo de la razón está completamente apagado. Y si esto no es razonable, entonces no hay razón alguna para que "continuéis como estáis", sino que es toda la razón en el mundo "que os volváis de inmediato y os arrepintáis". ¿Qué más puedo decir? Podría gastar mi energía en este argumento.

¡Oh, si tan solo me escucharais! ¡Si tan solo emprendierais de inmediato un nuevo camino! ¿No queréis ser purificados? ¿Cuándo sucederá? ¡Qué! ¿Acaso nadie se dejará persuadir? Lector, ¿podré convencerte a ti al menos? ¿Te sentarás y considerarás el argumento mencionado anteriormente, y lo debatirás para determinar si no es mejor cambiar de rumbo? Ven, y razonemos juntos; ¿es bueno para ti estar aquí? ¿Te sentarás hasta que la marea te arrastre? ¿Es bueno para ti poner a prueba si Dios cumplirá con su palabra y endurecerte en la idea de que todo está bien contigo mientras permanezcas sin santificar? Pero sé que no seréis persuadidos, que la mayoría seguirá como ha sido, y hará como ha hecho. Sé que el borracho volverá a su embriaguez, y el engañador volverá a su engaño, y el licencioso a su libertinaje. ¡Ay! ¡Que debo dejarte donde estabas, en tu ignorancia, o en tu formalidad sin vida y tus devociones rutinarias! Sin embargo, me sentaré y lamentaré mis labores infructuosas y dedicaré algunos suspiros a mis oyentes que perecen.

¡Oh, pecadores distraídos! ¿Cuál será su fin? ¿Qué harán en el día de la visitación? "¿A dónde huirán en busca de ayuda, dónde dejarán su gloria?" ¡Qué poderosamente los ha embrujado el pecado! ¡Qué efectivamente los ha cegado el dios de este mundo! ¡Qué fuerte es la

ilusión! ¡Cuán incircuncisos son sus oídos! ¡Cuán obstinados son sus corazones! Satanás los tiene bajo su dominio, ¡pero cuánto puedo yo llamar y no obtener respuesta! Puedo debatir con ellos año tras año, y me escucharán, y eso es todo; deben y quieren tener sus pecados, diga lo que diga: aunque les diga que hay muerte en la copa, aún la tomarán; aunque les diga que es el camino amplio y conduce a la destrucción, aún continuarán en él; los advierto, pero no puedo ganarlos. A veces pienso que las misericordias de Dios los derretirán y sus invitaciones amorosas los vencerán; pero los encuentro como antes. A veces pienso que el terror del Señor los persuadirá, pero ni siquiera esto lo logrará. Aprobarán la palabra, les gustará el sermón, elogiarán al predicador, pero aún vivirán como antes.

No me niegan, pero tampoco me obedecen. Acudirán a la palabra de Dios y se sentarán ante mí como su pueblo, escucharán mis palabras, pero no las pondrán en práctica. Valorarán y defenderán a los ministros, y para ellos soy como la canción encantadora de alguien con una voz agradable, sin embargo, no puedo hacer que se sometan al yugo de Cristo.

Me aman y estarán dispuestos a decir que harán cualquier cosa por mí; pero, por mi vida, no puedo persuadirlos a abandonar sus pecados, renunciar a su compañía maligna, su intemperancia, sus ganancias injustas, etc. No puedo lograr que establezcan la oración en sus familiares y lugares privados, aunque me prometen, como el hijo desobediente, que dice: "Voy, señor", pero no va. No puedo convencerlos de aprender los principios de la religión, aunque de lo contrario, "morirían sin conocimiento". Les digo su miseria, pero no creen, piensan que todo está bien.

Si les digo específicamente que temo que su estado sea malo por tales razones, me juzgarán como censorioso; o si están un poco despertados en ese momento, rápidamente son adormecidos nuevamente por Satanás y pierden todo sentido. ¡Ay de mis pobres oyentes! ¿Deben perecer finalmente por cientos cuando los ministros desean tanto salvarlos? ¿Qué curso debo tomar con ellos que no haya intentado? "¿Qué debo hacer por la hija de mi pueblo?" "Oh Señor Dios, ayuda. ¡Ay! ¿Los dejaré así? Si no me escuchan, escúchame tú. ¡Oh! que aún puedan vivir en tu presencia. Señor, sálvalos, o de lo contrario perecerán.

Mi corazón se derretiría al ver sus casas en llamas mientras están profundamente dormidos en sus camas; ¿y no se moverá mi alma al verlos caer en la perdición eterna? Señor, ten compasión y sálvalos del

UNA ALARMA PARA PECADORES INCONVERSOS

fuego: despliega tu poder divino y la obra se realizará; pero en cuanto a mí, no puedo prevalecer".

CAPÍTULO 4: Señalando las Marcas de los inconversos

Mientras nos mantengamos en generalidades, se puede esperar poco fruto: es la lucha mano a mano la que causa estragos. David no es despertado por el profeta que se mantiene a distancia en insinuaciones parabólicas; se ve obligado a enfrentarse a él y decirle claramente: "Tú eres el hombre". Pocos negarán en palabras la necesidad de un nuevo nacimiento, pero tienen una confianza autocomplaciente de que ese trabajo no es necesario en este momento. Y debido a que se consideran libres de la hipocresía flagrante que adopta la religión solo como una apariencia para engañar a otros y para cubrir designios malvados, confían en su sinceridad y no sospechan de esa hipocresía más sutil (donde radica el mayor peligro) con la cual un hombre engaña su propia alma.

Pero el engaño del corazón engañoso del hombre es un engaño y una autodestrucción tan insuperable, una enfermedad tan dominante y tan fatal, que no sé si sea mayor la dificultad o el desagrado, o la necesidad del trabajo de desenmascarar en el que ahora me encuentro. ¡Ay de mis oyentes no convertidos! Deben ser desengañados o perdidos. Pero ¿cómo se logrará esto? "Ayuda, oh luz que todo lo escudriña, y que tu ojo discernidor descubra los cimientos podridos del autoengaño, y guíame, oh Señor Dios, como guiaste a los profetas, a los aposentos de las imágenes, y atraviesa el muro de los corazones de los pecadores, y descubre las abominaciones ocultas que acechan en la oscuridad. ¡Oh, envía a tu ángel delante de mí, para abrir las múltiples cerraduras de sus corazones, como hiciste con Pedro, y hacer que hasta las puertas de hierro se abran por sí mismas.

Y así como Jonatán, al probar la miel, sus ojos se iluminaron, concédenos, oh Señor, que cuando las pobres almas engañadas, con las que tengo que lidiar, fijan sus ojos en estas líneas, sus mentes sean iluminadas y sus conciencias convencidas y despertadas, para que

puedan ver con sus ojos, y oír con sus oídos, y ser convertidos, y tú los puedas sanar". Esto debe ser aclarado antes de proceder al descubrimiento, que es absolutamente cierto que los hombres pueden tener una persuasión confiada de que sus corazones y estados son buenos, y sin embargo, ser insinceros.

Observa la verdad misma, que muestra en el caso de Laodicea, que los hombres pueden ser desdichados, miserables, pobres, ciegos y desnudos, y aún no darse cuenta de ello; sí, pueden estar confiados en que "son ricos y están enriquecidos" en gracia. "Hay una generación que es pura a sus propios ojos, pero que no se ha limpiado de su inmundicia". ¿Quién estaba más persuadido de su condición que Pablo, mientras aún permanecía no convertido? Por lo tanto, están miserablemente engañados aquellos que toman una fuerte confianza como evidencia suficiente. Aquellos que no tienen una mejor prueba que una mera persuasión fuerte de que están convertidos, ciertamente aún son extraños a la conversión.

Pero para ser más precisos. Como se dijo a los seguidores del Anticristo, así también aquí; algunos de los no convertidos llevan sus marcas en sus frentes de manera más abierta, y algunos de manera más encubierta en sus manos. El Apóstol enumera a algunos, sobre quienes escribe la sentencia de muerte; como se encuentra en estos catálogos terribles, a los cuales te ruego que prestes atención con toda diligencia. "Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o persona impura, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Que nadie os engañe con palabras vanas: por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia." "Pero los cobardes, incrédulos, abominables, asesinos, fornicarios, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte." "¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os dejéis engañar. Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con hombres, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los difamadores, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios." ¡Ay de aquellos cuyos nombres están escritos en estos registros! Tales personas pueden saber, tan ciertamente como si Dios se lo hubiera dicho desde el cielo, que no están santificados y que es imposible que sean salvados en esta condición. Por lo tanto, hay varios tipos que (sin lugar a dudas) no están convertidos. Llevan sus marcas en sus frentes.

1. Los impuros, estos siempre son contados entre las cabras y tienen sus nombres (todos los que quedan excluidos) en todos los catálogos mencionados anteriormente.

2. Los codiciosos, siempre son estigmatizados como idólatras, y las puertas del reino están cerradas para ellos por su nombre, Efesios 5:5.

3. Los borrachos, no solo aquellos que beben hasta perder la razón, sino también (y sobre todo) aquellos que son demasiado fuertes para el alcohol. El Señor pronuncia maldiciones contra ellos y declara que no tienen herencia en el reino de Dios, Gálatas 5:21.

4. Los mentirosos. El Dios que no puede mentir les ha dicho que no hay lugar para ellos en su reino, no hay entrada en su monte; sino que su porción está con el padre de las mentiras (cuyos hijos son) en el lago de fuego, Apocalipsis 21:8, 27.

5. Los blasfemos. El fin de ellos, sin un arrepentimiento profundo y rápido, es la destrucción rápida y la condenación más cierta e inevitable, Zacarías 5:3.

6. Los difamadores y calumniadores, aquellos que les gusta levantar un reproche contra su prójimo o herirlo secretamente a sus espaldas, Salmo 15:1, 3.

7. Los ladrones, extorsionistas, opresores, los que explotan a los pobres y engañan a sus hermanos cuando están en ventaja. Estos deben saber que Dios "es el vengador de todos estos". ¡Escuchen, oh siervos falsos, ladrones y derrochadores! ¡Escuchen, oh comerciantes engañosos, escuchen su sentencia! Dios ciertamente les cerrará la puerta y convertirá sus tesoros de injusticia en tesoros de ira, y hará que su plata y oro mal adquiridos los atormenten como metal ardiente en sus entrañas, Santiago 5:2, 3.

8. Todos los que viven habitualmente en la negligencia profana del culto a Dios, que no escuchan su palabra, que no invocan su nombre, que restringen la oración delante de Dios, que no se preocupan por sus almas ni por las de su familia, sino que "viven sin Dios en el mundo".

9. Aquellos que frecuentan y aman la compañía, Dios ha declarado que será el destructor de todos ellos y que "nunca entrarán en el monte de su reposo". Salmo 15:4.

10. Burladores de la religión, que se burlan de la conducta precisa y se burlan de los mensajeros y siervos diligentes del Señor, y de su santa profesión, y se divierten con la debilidad y fallos de los creyentes: "Oíd, oh despreciadores", oigan su terrible destino, "Se han preparado juicios para los burladores, y azotes para los insensatos".

Pecador, considera diligentemente si no te encuentras en una de estas categorías; porque si este es tu caso, estás en "el hiel de amargura y en

prisión de maldad": porque todos estos llevan sus marcas en sus frentes y sin duda están excluidos del reino de los cielos.

Y si es así, ¡que el Señor tenga piedad de nuestras pobres congregaciones! ¡Oh, qué pequeño número quedará cuando se excluyan estas diez categorías! Amigos, ¿qué artimaña usáis para mantener vuestra confianza en vuestro buen estado cuando Dios desde el cielo declara en contra vuestra y os pronuncia en un estado de condenación? Razonaría con vosotros como Dios con ellos: "¿Cómo puedes decir: No estoy contaminado?" "Mira el camino en el valle; reconoce lo que has hecho". Hombre, ¿no es tu conciencia testigo de tus trucos engañosos, de tu forma de mentir? ¿No son tus amigos, tu familia, tus vecinos, testigos de tu negligencia profana del culto a Dios, de tus prácticas codiciosas, de tu comportamiento envidioso y malicioso? ¿No pueden señalarte mientras pasas diciendo: ahí va un pródigo jugador; ahí va un Nabal borracho, compañero de malhechores; ahí va un difamador, o un burlador, o una persona licenciosa? Amados, Dios lo ha escrito como con un rayo de sol en el libro por el cual serás juzgado, que estas no son las marcas de sus hijos, y que ninguno de ellos, a menos que sea renovado por la gracia convertidora, escapará jamás de la condenación del infierno.

¡Oh, que aquellos como vosotros pudieran ahora ser persuadidos a arrepentirse y apartarse de todas vuestras transgresiones, o de lo contrario, la iniquidad será vuestra ruina!" ¡Ay, por los pobres pecadores endurecidos! ¿Debo dejaros al final donde estabais? Sin embargo, debéis saber que habéis sido advertidos y que yo estoy libre de vuestra sangre; y, ya sea que los hombres escuchen o se abstengan, dejaré estas Escrituras con ellos, ya sea como rayos para despertarlos o como hierros candentes para endurecerlos en un sentido reprobado. "Dios herirá la cabeza de sus enemigos y el cuero cabelludo velludo de aquel que continúa en sus transgresiones". "El que, siendo reprendido a menudo, endurece su cerviz, será destruido de repente y sin remedio". "Porque llamé y no quisisteis escuchar, extendí mi mano y nadie prestó atención. ¡Me burlaré de vuestra calamidad cuando venga vuestra destrucción como un torbellino!"

Y ahora imagino que muchos comenzarán a bendecirse a sí mismos y pensarán que todo está bien porque no pueden ser manchados con los pecados más graves mencionados anteriormente. Pero debo decirles más, que hay otro tipo de personas no santificadas que no llevan sus marcas en sus frentes, sino más secretamente y ocultamente, en sus manos: estos se engañan frecuentemente a sí mismos y a otros, y se hacen pasar por buenos cristianos cuando en realidad son falsos de corazón.

Muchos "pasan desapercibidos hasta que la muerte y el juicio revelan todo. Esos autoengaños parecen llegar incluso al umbral del cielo con confianza en su admisión, y sin embargo, al final son rechazados. Hermanos amados, os ruego que reflexionéis profundamente y retengáis firmemente esta consideración despertadora: "que multitudes se extravían por causa de algún pecado oculto, que no solo está oculto para los demás, sino, por falta de observar sus propios corazones, incluso para ellos mismos". Un hombre puede estar libre de contaminaciones manifiestas y sin embargo morir al final por la mano fatal de alguna iniquidad no observada; y hay estos doce pecados ocultos, a través de los cuales las almas descienden en masa a las cámaras de la muerte; debéis buscarlos cuidadosamente y tomarlos como señales (dondequiera que se encuentren) que revelan un estado sin gracia y no convertido; y, como amáis vuestras vidas, leed con cuidado, con una santa celosía de vosotros mismos, no sea que seáis las personas involucradas.

1. Ignorancia grosera. ¡Oh, cuántas almas pobres mata este pecado en la oscuridad! -"Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento; porque tú has rechazado el conocimiento, yo te rechazaré también"- mientras creen sinceramente que tienen buenos corazones y están en el camino correcto hacia el cielo. Este es el asesino que despacha a miles de manera silenciosa, cuando (¡pobres corazones!) no sospechan nada y no ven la mano que les hiere.

Descubriréis, sin importar las excusas que tengáis para la ignorancia, que es un mal que destruye el alma: "Porque es un pueblo sin entendimiento; por eso quien los hizo no les tendrá compasión, y quien los formó no les mostrará favor". ¡Ah! ¿No habría entristecido el corazón de alguien ver aquel espectáculo lamentable cuando los "pobres protestantes estaban encerrados, una multitud junta en un granero, y un carnicero vino, con sus inhumanas manos calentadas en sangre humana, y los llevó uno a uno, con los ojos vendados, a un bloque donde los mató (¡pobres inocentes!) uno tras otro, a decenas, en fría sangre? Pero cuánto más deberían sangrar vuestros corazones al pensar en los cientos, en grandes congregaciones, que la ignorancia mata en secreto y guía a ciegas hacia el bloque. Cuidado, no sea éste vuestro caso.

No hagas excusas por la ignorancia; si perdonas ese pecado, debes saber que no te perdonará a ti; ¿acaso un hombre guardaría a un asesino en su seno? 2. Reservas secretas al relacionarse con Cristo. Abandonar todo por Cristo, odiar al padre y a la madre, sí, incluso la propia vida por Él, "esto es difícil de aceptar". Algunos harán mucho, pero no serán de la religión que los arruinará; nunca llegan a entregarse por completo a Cristo, ni a resignarse completamente a Él; ellos quieren el dulce pecado:

no tienen intención de hacerse daño a sí mismos; tienen excepciones secretas para la vida, la libertad o la fortuna.

Muchos toman a Cristo así, sin considerar sus términos de negarse a sí mismos, ni calcular el costo; y este error en el fundamento lo arruina todo y secretamente los destruye para siempre. 3. Formalidad en la religión. Muchos se conforman con lo externo de la religión y con el cumplimiento de los deberes sagrados. Y esto, a menudo, engaña más eficazmente a los hombres y los arruina más seguramente que la maldad abierta; como fue en el caso del fariseo. Oyen, ayunan, rezan, dan limosna y, por lo tanto, no creen más que su situación es buena.

Mientras tanto, confiando en la obra realizada y quedándose cortos en el trabajo del corazón y en el poder interior y los fundamentos de la religión, al final caen en el fuego, después de las esperanzas halagadoras y persuasiones confiadas de que están en el camino correcto hacia el cielo. ¡Oh, caso terrible, cuando la religión de un hombre solo sirve para endurecerlo y engañar y engañar efectivamente a su propia alma!

4. La prevalencia de falsos propósitos en los deberes sagrados. Esto fue la ruina de los fariseos. ¡Cuántas almas pobres son destruidas por esto y caen al infierno antes de discernir su error! Realizan "buenos deberes" y así creen que todo está bien, pero no perciben que están actuando todo el tiempo impulsados por motivos carnales.

Es demasiado cierto que, incluso con los verdaderamente santificados, a menudo se cuelan muchos propósitos carnales; pero son objeto de su odio y humillación, y nunca llegan a ser habitualmente prevalentes en él ni ejercen la mayor influencia. Sin embargo, cuando lo principal que normalmente impulsa a un hombre a cumplir con los deberes religiosos es realmente algún fin carnal, como satisfacer su conciencia, obtener la reputación de ser religioso, "ser visto por los hombres", mostrar sus propios dones y talentos, evitar el reproche de ser una persona profana e irreligiosa, o cosas por el estilo; esto revela un corazón insano. ¡Oh, cristiano! Si quieres evitar el autoengaño, asegúrate de prestar atención no solo a tus acciones, sino también (sí, sobre todo) a tus motivos.

5. Confiar en su propia justicia. Este es un daño que arruina el alma. Cuando los hombres confían en su propia justicia, en realidad rechazan la justicia de Cristo. Amados, necesitan estar atentos por todas partes; porque, no solo sus pecados, sino también sus deberes, pueden arruinarlos. Puede que nunca hayas pensado en esto, pero así es, que un hombre puede fracasar tan ciertamente por su aparente justicia y supuestas gracias como por pecados graves; y eso ocurre cuando un hombre confía en ellas como su justicia delante de Dios, para satisfacer

su justicia, aplacar su ira, obtener su favor y obtener su propio perdón; porque esto es poner a Cristo fuera de su oficio y hacer un salvador de nuestros propios deberes y gracias. ¡Cuidado con esto, oh profesores! Ustedes están muy ocupados en deberes, pero esta mosca arruinará todo el unguento. Cuando hayan hecho lo más y lo mejor, asegúrense de salir de ustedes mismos hacia Cristo; consideren su propia justicia como trapos.

6. Una enemistad secreta contra la rigurosidad de la religión. Muchas personas morales, puntuales en sus devociones formales, tienen una amarga enemistad contra la precisión y odian la vida y el poder de la religión. No les gusta este entusiasmo, ni que la gente haga tanto alboroto en la religión; condenan la rigurosidad de la religión como singularidad, imprudencia y celo intemperante; y para ellos, un predicador vivaz o un cristiano vivaz no es más que un individuo precipitado. Estos hombres no aman la santidad como santidad (porque entonces amarían la más alta santidad) y, por lo tanto, sin duda están podridos en el corazón, sin importar la buena opinión que tengan de sí mismos.

7. Descansar en un cierto nivel de religión.

Cuando tienen lo suficiente para salvarse (según ellos creen), no buscan más y, así, demuestran que carecen de verdadera gracia, que siempre lleva a los hombres a aspirar a una perfección mayor. 8. El amor predominante por el mundo. Este es el seguro indicio de un corazón no santificado. "Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él". Pero qué cerca se oculta este pecado a menudo bajo el bello disfraz de una profesión fervorosa. Sí, ¡qué poder de engaño hay en este pecado, que muchas veces, cuando todos los demás pueden ver la mundanalidad y avaricia de una persona, él mismo no puede verlo, sino que tiene tantos colores, excusas y pretensiones para su afán por el mundo, que ciega sus propios ojos y perece en su autoengaño.

¡Cuántos profesantes hay en los que el mundo tiene más de sus corazones y afectos que Cristo, "que atienden a las cosas terrenales", y así se muestran evidentemente según la carne y están en peligro de terminar en la destrucción! Sin embargo, pregúntales a estos hombres y te dirán con confianza que valoran a Cristo por encima de todo (¡Dios no lo permita de otra manera!) y no ven su propia mundanalidad, por falta de una observación atenta de los movimientos de sus propios corazones. Si tan solo examinaran cuidadosamente, pronto descubrirían que su mayor satisfacción está en el mundo y que su mayor preocupación y esfuerzo principal son obtener y asegurar el mundo, lo cual son indicios seguros de un pecador no convertido.

Que la parte profesante del mundo tenga mucho cuidado de no perecer a manos de este pecado sin ser advertidos. Los hombres pueden ser, y a menudo lo son, apartados de Cristo tan eficazmente por el amor desmedido a los consuelos lícitos como por los caminos más ilícitos. "Pero ellos no hicieron caso; uno se fue a su campo, otro a su negocio".

9. Malicia y envidia reinante contra aquellos que los irrespetan y les hacen daño. ¡Oh! Cuántos, que parecen ser religiosos, recuerdan las ofensas y guardan rencor, y devuelven el mal por el mal, amando vengarse y deseando el mal a aquellos que los perjudican, en directa contradicción con la regla del Evangelio, el ejemplo de Cristo y la naturaleza de Dios. Sin duda, cuando este mal se mantiene hirviendo en el corazón y no es odiado, resistido, mortificado, sino que prevalece habitualmente, esa persona está en la más amarga amargura y en un estado de muerte. Lector, ¿nada de esto te afecta? ¿Estás en ninguno de los rangos mencionados anteriormente? Oh, examínate y pruébete de nuevo; somete solemnemente tu corazón a juicio. ¡Ay de ti si, después de tu profesión, se descubriera que estás bajo el poder de la ignorancia, perdido en la formalidad, ahogado en la mundanalidad, envenenado con la malicia, ensalzado en una opinión de tu propia justicia, fermentado con hipocresía y fines carnales en el servicio de Dios, amargado contra la rectitud! Sería un triste descubrimiento que toda tu religión fuera en vano. Pero debo continuar.

10. Orgullo no muerto. Cuando los hombres aman más el elogio de los hombres que el elogio de Dios, y fijan sus corazones en el reconocimiento, el aplauso y la aprobación de los hombres, es muy cierto que todavía están en sus pecados y son ajenos a la verdadera conversión. Cuando los hombres no ven, ni se quejan, ni gimen bajo el orgullo de sus propios corazones, es señal de que están muertos en el pecado. ¡Oh, cuán secretamente vive y reina este pecado en muchos corazones, y ellos no lo saben, sino que son verdaderos desconocidos para sí mismos!

11. El amor prevalente por el placer. Este es un signo profundo. Cuando los hombres le dan a la carne la libertad que ansía, y la miman y complacen, y no la niegan ni la restringen; cuando su gran deleite está en complacer sus sentidos, sin importar las apariencias que puedan tener de religión, todo es insano. Una vida que busca complacer a la carne no puede ser agradable a Dios. "Los que son de Cristo han crucificado la carne" y se esfuerzan por negarla y someterla, como a su enemigo.

12. Seguridad carnal, o una confianza presumida de que su condición ya es buena. Muchos claman paz y seguridad cuando "la destrucción repentina se acerca a ellos". Esto fue lo que mantuvo a las vírgenes

insensatas durmiendo cuando deberían haber ido al mercado. No percibieron su falta de aceite hasta que el novio llegó; y mientras iban a comprar, la puerta se cerró. ¡Y, oh! ¡Ojalá estas vírgenes insensatas no tuvieran sucesores! ¿Dónde está el lugar, incluso dónde está la casa casi, donde no habitan? Los hombres están dispuestos a alimentar en sí mismos, con fundamentos muy débiles, una esperanza de que su condición es buena, y así no buscan un cambio, y por estos medios perecen en sus pecados.

¿Están en paz? Muéstrenme sobre qué bases se mantiene su paz. ¿Es una paz basada en la Escritura? ¿Pueden mostrar las señales distintivas de un creyente verdadero? ¿Pueden demostrar que tienen algo más que cualquier hipócrita en el mundo jamás haya tenido? Si no pueden, teman más a esta paz que a cualquier aflicción; y sepan que una paz carnal comúnmente se convierte en el enemigo más mortal del alma y, mientras sonrío y habla bonito, la traiciona fatalmente. En este momento, creo oír a mis lectores clamando con los discípulos: "Entonces, ¿quién podrá ser salvo?" Aparten de entre nuestras congregaciones esos diez grupos de profanos por un lado, y además eliminen estos doce tipos de hipócritas cerrados y autoengañadores por el otro, y luego díganme si no será un remanente el que será salvo. ¡Cuán pocos serán las ovejas que quedarán, cuando todos estos sean separados y colocados entre las cabras!

Por mi parte, de todos mis numerosos oyentes, no tengo esperanza de ver a ninguno de ellos en el cielo que se encuentre entre estos veintidós tipos mencionados aquí, a menos que, mediante una conversión sincera, sean llevados a otra condición. Aplicación. Y ahora, conciencia, cumple con tu deber; habla sin reservas y habla directamente a aquel que escucha o lee estas líneas. Si encuentras alguna de estas señales en él, debes declararlo completamente impuro. No pronuncies una mentira, no le hables de paz a aquel a quien Dios no le habla de paz. No permitas que el sentido te soborne o que el amor propio te ciegue. Te convoco desde el tribunal del cielo para que vengas y presentes tu testimonio. Como responderás por ello bajo tu propio riesgo, presenta un informe verídico del estado y la situación de aquel que lee este libro.

¿Conciencia, guardarás silencio por completo en un momento como este? "¡Te conjuro por el Dios viviente a que nos digas la verdad!" ¿Está el hombre convertido o no? ¿Se permite en alguna forma de pecado o no? ¿Ama verdaderamente, complace, valora y se deleita en Dios por encima de todas las demás cosas o no? Vamos, resolvámoslo. ¿Hasta cuándo vivirá esta alma en la incertidumbre? Oh, conciencia, emite tu veredicto.

¿Es este hombre una nueva criatura o no lo es? ¿Ha ocurrido un cambio completo y poderoso en él o no? ¿Cuándo fue el momento o cuáles fueron los medios por los cuales se llevó a cabo este cambio completo del nuevo nacimiento en su alma? Habla, conciencia; o si no puedes decir el momento y el lugar, ¿puedes mostrar evidencia bíblica de que la obra está hecha? ¿Ha abandonado alguna vez las falsas esperanzas y la falsa paz en las que una vez confió? ¿Ha sido profundamente convencido de su pecado y de su condición perdida y desesperada, y se ha entregado completamente a Jesucristo? ¿O todavía lo encuentras bajo el poder de la ignorancia o la profanidad hasta el día de hoy? ¿No has encontrado en él las ganancias de la injusticia? ¿No lo encuentras como un extraño a la oración, un descuidado de la palabra, un amante de este mundo presente? Habla claramente sobre todos los aspectos mencionados anteriormente. ¿Puedes absolver a este hombre de ser alguno de los veintidós tipos descritos aquí? Si se encuentra con alguno de ellos, déjalo de lado: su porción no está con los santos.

Debe ser convertido y hecho una nueva criatura, o de lo contrario no podrá entrar en el reino de Dios. Amados, no sean ustedes mismos sus propios traidores; no engañen sus propios corazones ni se encaminen hacia su propia ruina con una ceguera voluntaria sobre ustedes mismos. Establezcan un tribunal en su propio pecho: unan la palabra y la conciencia, "a la ley y al testimonio". Escuchen lo que la palabra concluye sobre su estado. Oh, sigan buscando hasta que hayan descubierto cómo está el asunto. Equivocarse aquí es perecer. Y tal es la traición del corazón, la sutileza del tentador y "la engañosa maldad del pecado", todos conspiran para halagar y engañar a la pobre alma; y además, es tan común y fácil equivocarse que es mil a uno que serán engañados a menos que sean muy cuidadosos, minuciosos e imparciales en la indagación sobre su condición espiritual.

Oh, por lo tanto, pesen ustedes mismos en la balanza; acérquense al estándar del santuario; lleven su moneda a la piedra de toque. Satanás es el maestro del engaño; puede imitar a la perfección: no hay nada que él no pueda falsificar. No pueden desear ninguna gracia que él no pueda equiparar con un engaño. Sean celosos: no confíen ni siquiera en sus propios corazones. Acudan a Dios para que les examine y les pruebe, "para que los examine y ponga a prueba sus corazones". Si otros medios no son suficientes para llegar a una conclusión, y siguen perdidos, abran sinceramente sus casos a algún ministro piadoso y fiel. No descansen hasta haber dejado fuera de duda el asunto de su bienestar eterno. "Oh, Escudriñador de los corazones, lleva a esta alma a emprender y ayúdala en su búsqueda".

CAPÍTULO 5: Mostrando las miserias de los inconversos

El caso de cada alma no convertida es tan terrible que a veces he pensado que si pudiera convencer a las personas de que aún no han experimentado la regeneración, mi trabajo estaría completo. Pero tristemente experimento que tal espíritu de pereza y letargo posee a los no santificados, que aunque estén convencidos de que aún no están convertidos, a menudo se quedan sentados descuidadamente; y ya sea por indulgencia en los placeres sensuales, o por la prisa de los negocios mundanos, o por las preocupaciones y afectos terrenales, la voz de la conciencia se ahoga y los hombres no van más allá de algunos deseos fríos y propósitos generales de arrepentimiento y enmienda.

Por tanto, es de alta necesidad que no solo convenza a los hombres de que no están convertidos, sino que también me esfuerce por hacerles entender la miserable y temible condición de este estado. Pero aquí me encuentro en un punto muerto al principio. ¿Qué lengua puede contar suficientemente a los herederos del infierno sobre su miseria, a menos que fuera el de Dives en esa llama? ¿Dónde está el escritor experto, cuya pluma pueda describir adecuadamente la miseria de aquellos que están "sin Dios en el mundo"? Esto no se puede hacer completamente a menos que conozcamos el infinito océano de la dicha y perfección que hay en ese Dios, de la cual un estado de pecado excluye a los hombres. "¿Quién conoce", dice Moisés, "el poder de tu ira?" ¿Y cómo puedo contarles a los hombres lo que no sé? Sin embargo, sabemos lo suficiente como para pensar que sacudiría el corazón de aquel hombre que tuviera el menor grado de vida y sentido espiritual.

Pero esta es aún la mayor dificultad, que debo hablarles a aquellos que carecen de sentido. ¡Ay! Esto no es la menor parte de la miseria del hombre, que está muerto, "muerto en transgresiones y pecados". Si

podiera mostrar el paraíso o representar el reino de los cielos tan ventajosamente como el tentador mostró los reinos del mundo y toda su gloria a nuestro Salvador, o si pudiera descubrir el rostro del abismo profundo y devorador de Tofet, con todos sus terrores, y abrir las puertas de la prisión eterna; ¡ay! él no tiene ojos para verlo.

¿Podría yo pintar con precisión las bellezas de la santidad o la gloria del evangelio, o mostrar abiertamente la deformidad más que diabólica del pecado? Él no puede juzgar la hermosura y belleza de lo uno, ni la repugnancia de lo otro, al igual que un ciego no puede distinguir los colores. Está "alienado de la vida de Dios debido a la ignorancia que hay en él", por la ceguera de su corazón. Él ni puede ni sabe "las cosas de Dios, porque han de discernirse espiritualmente". Sus ojos solo pueden ser abiertos salvíficamente por la gracia convertidora. Él es un hijo de la oscuridad, "y camina en tinieblas"; sí, la luz en él es oscuridad.

¿Debería leer su sentencia o hacer resonar en sus oídos la terrible trompeta de los juicios de Dios, que uno pensaría que haría estremecer sus oídos y lo dejaría en un estado similar al de Belsasar, incluso aterrando su semblante, aflojando sus articulaciones y haciéndole chocar las rodillas entre sí? Sin embargo, ¡ay! él no me percibe; no tiene oídos para oír. ¿O debería llamar a las hijas de la música y cantar la canción de Moisés y del Cordero? Aún así, no se conmovió. ¿Debería atraerlo con el sonido alegre y las buenas nuevas del evangelio? ¿Con los llamados dulces y atractivos, las consolaciones y cordiales de las promesas divinas, tan inmensamente grandes y preciosas? No le afectará salvíficamente, a menos que pudiera encontrarle oídos, además de contarle las noticias.

¿Qué debo hacer entonces? ¡Ay! los pecadores muertos son como los ídolos mudos; "tienen boca, pero no hablan; tienen ojos, pero no ven; tienen oídos, pero no oyen; tienen narices, pero no huelen; tienen manos, pero no tocan; tienen pies, pero no caminan; ni emiten sonido por sus gargantas", carecen de sentido y movimiento espiritual. Pero permíteme probar el sentido que aún nos queda y empuñar la espada de la palabra; sí, atacaré con todas mis fuerzas; sí, aunque elija mis flechas del carcaj de Dios y las dirija al corazón, sin embargo, él no lo sentirá, ¿cómo podría hacerlo si ya no siente? Así que, aunque "la ira de Dios permanece sobre él" y el peso montañoso de tantos miles de pecados, él sigue yendo y viniendo como si nada le afectara. En pocas palabras, lleva un alma muerta en un cuerpo vivo. ¿Cómo, entonces, podré acercarme a los objetos miserables con los que tengo que lidiar? ¿Quién hará que el corazón de piedra se compadezca? ¿O hará que el cadáver inerte sienta y se mueva? Ese Dios que es capaz de "hacer que de las piedras nazcan

hijos para Abraham", que "resucita a los muertos" y "derrite las montañas" y "hace brotar agua de las rocas"; ese Dios que le gusta obrar a su manera, más allá de las esperanzas y creencias humanas; ese Dios que llena su iglesia con huesos secos, él es capaz de hacer esto.

Por lo tanto, "inclino mi rodilla ante el Dios Altísimo", y así como nuestro Salvador oró en la sepultura de Lázaro, y la mujer sunamita corrió hacia el hombre de Dios por su hijo muerto, así su ministro afligido te lleva en brazos de la oración a ese Dios en quien se encuentra tu ayuda. "Oh, poderoso Jehová, que obra y nadie puede detenerte, que tienes las llaves de la muerte y del infierno; ten piedad de las almas muertas que yacen aquí sepultadas, y remueve la piedra sepulcral y di, como a Lázaro cuando ya estaba muerto.

Salid. Ilumina esta oscuridad, ¡oh luz inaccesible! y deja que el día brote desde lo alto y visite las regiones oscuras de los muertos, a quienes hablo; porque tú puedes abrir los ojos que la muerte misma ha cerrado; tú, que formaste el oído, puedes restaurar la audición: di a estos oídos, "Efata", y se abrirán. Otorga ojos para ver tus excelencias, un gusto que pueda disfrutar de tu dulzura, un olfato que pueda saborear tu unguento, un sentido que pueda discernir el privilegio de tu favor, la carga de tu ira, el peso intolerable del pecado no perdonado, y da a tus siervos la orden de profetizar sobre los huesos secos, y que los efectos de esta profecía sean como los del profeta, cuando profetizó sobre el valle de huesos secos y los convirtió en un gran ejército viviente." "La mano del Señor estaba sobre mí, y me llevó en el Espíritu del Señor, y me puso en medio del valle lleno de huesos. Me dijo: Profetiza sobre estos huesos, y diles: '¡Oh huesos secos, oíd la palabra del Señor! Así dice el Señor a estos huesos: He aquí, haré entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Pondré tendones sobre vosotros, haré crecer carne sobre vosotros, os cubriré de piel y pondré espíritu en vosotros, y viviréis; y sabréis que yo soy el Señor.'" Así que profeticé como se me había mandado; y mientras profetizaba, hubo un ruido y un temblor, y los huesos se juntaron, hueso con hueso. Y cuando miré, ¡he aquí, los tendones y la carne crecieron sobre ellos, y la piel los cubrió por encima, pero no había espíritu en ellos! Luego me dijo: "Profetiza al viento, profetiza, hijo de hombre, y diles al viento: Así dice el Señor Dios: Ven de los cuatro vientos, oh aliento, y sopla sobre estos muertos, para que vivan." Así que profeticé como me había ordenado, y el aliento vino a ellos, y vivieron y se pusieron de pie, un ejército sumamente grande."

Pero debo continuar, en la medida de mis capacidades, para desvelar ese misterio, que, confieso, ninguna lengua puede desentrañar, ningún

corazón puede comprender suficientemente. Por lo tanto, debes saber que mientras estés no convertido.

I. El Dios Infinito está en contra tuya.

No es una pequeña parte de tu miseria el estar "sin Dios". ¿Cómo corre Micaías clamando tras los danitas, "Han llevado a mis dioses, y qué más tengo?" ¡Oh, qué lamento tan doloroso debes alzar, tú que estás sin Dios, que no puedes reclamarlo sin atrevida usurpación! Puedes decir de Dios, como Siba de David, "No tenemos parte en David, ni herencia en el hijo de Isaí". ¡Qué lamentación tan lastimosa y penetrante la de Saúl en su extremidad! "¡Los filisteos están sobre mí, y Dios se ha apartado de mí!" Pecadores, pero ¿qué haréis en el día de vuestra visitación? ¿A dónde huiréis en busca de ayuda? ¿Dónde dejaréis vuestra gloria? ¿Qué haréis cuando los filisteos estén sobre vosotros; cuando el mundo se despida de vosotros eternamente; cuando debáis despediros de amigos, casas y tierras para siempre? ¿Qué haréis entonces, digo yo, si no tenéis un Dios a quien acudir? ¿Lo invocaréis? ¿Le clamaréis? ¡Ay, no os reconocerá, no os prestará atención, sino que os enviará de vuelta con un "Nunca os conocí"! Aquellos que saben lo que es tener un Dios a quien acudir, un Dios en quien confiar, saben un poco cuán terrible es la miseria de estar sin Dios.

Esto hizo que aquel hombre santo clamara: "Déjame tener un Dios, o nada; déjame conocerle a él y su voluntad, y qué le agrada, y cómo puedo llegar a disfrutar de él, ojalá nunca hubiera tenido entendimiento para saber algo". Pero no solo estás sin Dios, sino que Dios está "en contra tuya". ¡Oh, si Dios pudiera mantenerse neutral, aunque no reconociera ni ayudara al pobre pecador, su caso no sería tan profundamente miserable, aunque Dios entregara al pobre ser a la voluntad de sus enemigos para que hicieran lo peor con él; aunque lo entregara a los torturadores, aún así esto no sería la mitad de temible. Pero Dios se pondrá en contra del pecador; y créelo, "horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo". No hay amigo como él, no hay enemigo como él.

Tanto como el cielo está por encima de la tierra, la omnipotencia por encima de la impotencia, tanto más terrible es caer en manos del Dios vivo que en el poder de los demonios. Dios mismo será tu verdugo; tu destrucción vendrá "de la presencia del Señor". Tofet es profundo y vasto, y la ira del Señor, como un río de azufre, lo enciende.

Si Dios está en contra tuya, ¿quién estará a tu favor? Si un hombre peca contra otro, lo juzgan; pero si un hombre peca contra el Señor, ¿quién intercederá por él? "Tú, solo tú, debes ser temido; ¿quién puede

estar firme delante de ti cuando te enojas?" "¿Qué dios hay que pueda libraros de sus manos?" ¿Acaso el dinero? "Las riquezas no aprovechan en el día de la ira." ¿Acaso los reyes o los guerreros? No, "clamarán a los montes y a las rocas que caigan sobre ellos y los escondan de la presencia de aquel que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero; porque ha llegado el gran día de su ira, ¿y quién podrá sostenerse en pie?" ¡Pecador! Creo que esto debería atravesar como una daga tu corazón, saber que Dios es tu enemigo. ¡Oh! ¿A dónde irás? ¿Dónde te refugiarás? No hay esperanza para ti a menos que abandones tus armas, busques tu perdón y consigas que Cristo sea tu amigo y haga tu paz.

Si no fuera por esto, podrías consumirte en tristeza y desesperación horrible; pero en Cristo hay una posibilidad de misericordia para ti, sí, una oferta de misericordia para ti, para que puedas tener a Dios más a favor tuyo de lo que ahora está en contra tuya; pero si no abandonas tus pecados ni te conviertes verdadera y efectivamente a Dios, la ira de Dios permanece sobre ti, y él se declara enemigo tuyo, como dice el profeta: "Por tanto, así dice el Señor Dios: Yo, yo estoy contra ti".

1. Su rostro está en tu contra, "El rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para eliminar su recuerdo". ¡Ay de aquellos a quienes Dios vuelva su rostro en contra! Cuando simplemente miró al ejército de los egipcios, ¡qué terribles fueron las consecuencias! "Pondré mi rostro en contra de ese hombre y lo convertiré en señal y en proverbio. Lo eliminaré de en medio de mi pueblo, y sabrán que yo soy el Señor".

2. Su corazón está en tu contra. Él aborrece a todos los que practican la iniquidad.

Hombre, ¿no tiembla tu corazón al pensar que eres objeto del odio de Dios? Aunque Moisés y Samuel "estuvieran delante de mí, mi mente no estaría hacia este pueblo: échalos de mi vista". "Mi alma los aborreció y también ellos me aborrecieron".

3. Su mano está en tu contra. Todos sus atributos están en tu contra. Primero, su justicia es como una espada llameante desenvainada en tu contra: "Si afilo mi espada resplandeciente y mi mano se apodera del juicio, rendiré venganza a mis adversarios y recompensaré a los que me odian; y embriagaré mis flechas con sangre". Tanta exactitud tiene la justicia que "de ninguna manera absolverá al culpable". Dios no te absolverá, "no te tendrá por inocente", sino que requerirá toda la deuda personalmente de ti, a menos que puedas reclamar en las Escrituras a Cristo y su satisfacción.

Cuando el pecador iluminado contempla la justicia y ve la balanza en la cual será pesado y la espada con la que será ejecutado, siente un terremoto en su pecho. Pero Satanás mantiene esto fuera de su vista y persuade al alma, mientras puede, de que el Señor está compuesto únicamente de misericordia, y así la adormece en el pecado. La justicia divina es muy estricta; exige satisfacción hasta el último grado. Pronuncia "indignación y ira, tribulación y angustia para todo aquel que hace lo malo". Maldice "a todo aquel que no permanece en todas las cosas escritas en la ley para hacerlas". La justicia de Dios para el pecador no perdonado, que tiene conciencia de su culpa, es más terrible que la vista del juez y el estrado para el ladrón, o de las cadenas y el patíbulo para el asesino culpable. Cuando la justicia se sienta sobre la vida y la muerte, ¡oh, qué obra tan temible hace en el pecador miserable! "Átenlo de pies y manos, y échelo a las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el crujir de dientes". "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno". Esta es la terrible sentencia que pronuncia la justicia.

Entonces, pecador, por esta severa justicia serás juzgado, y, ¡vive Dios!, escucharás esta sentencia de muerte a menos que te arrepientas y te conviertas. En segundo lugar, la santidad de Dios está llena de antipatía hacia ti. No solo está enojado contigo (como puede estarlo con sus propios hijos), sino que tiene un desagrado fijo, arraigado y habitual hacia ti. La naturaleza de Dios es infinitamente contraria al pecado, por lo tanto, no puede evitar odiar a un pecador fuera de Cristo. ¡Oh, qué miseria es estar fuera del favor, sí, bajo el odio de Dios! Ese Dios, que puede fácilmente dejar de lado su naturaleza y dejar de ser Dios, excepto que seas cambiado y renovado por su gracia, para no ser contrario a ti y detestarte.

¡Oh, pecador, cómo te atreves a pensar en el sol brillante y radiante de la pureza, o en las bellezas y la gloria de la santidad que hay en Dios! "Las estrellas no son puras a sus ojos". "Se humilla para contemplar lo que sucede en el cielo". Y ¿no tienes tampoco ningún interés en Cristo, para que él interceda por ti? Creo que deberías clamar, asombrado, junto con los moradores de Bet-semes: "¿Quién podrá estar en pie delante de este Señor Dios?" En tercer lugar, el poder de Dios está en tu contra. La gloria del poder de Dios se manifiesta en la maravillosa confusión y destrucción de aquellos "que no obedecen el evangelio". Él "hará conocer su poder en ellos"; lo poderoso que puede atormentarlos. Con este fin, los levanta, "para hacer conocer su poder". ¡Oh, hombre, eres capaz de hacerte valer ante tu Creador? Pecador, el "poder de la ira de Dios" está en tu contra, y el poder y la ira juntos hacen una obra temible.

Sería mejor que todo el mundo estuviera en armas en tu contra que tener el poder de Dios en tu contra.

No hay escapatoria de sus manos, no se puede romper su prisión. "¿Quién puede resistir al trueno de su poder?" ¡Desdichado aquel que lo comprenda al sentirlo! "Si él contiene con él, no le puede responder ni una de mil. Es sabio de corazón y poderoso en fuerza; ¿quién se ha endurecido contra él y ha prosperado? Él mueve las montañas y no lo saben; las trastorna en su ira; hace temblar la tierra de su lugar y sus columnas se estremecen; manda al sol y no sale, y sella las estrellas. Mira, él arrebató, ¿quién lo detendrá? ¿Quién le dirá: '¿Qué estás haciendo?' Si Dios no retira su ira, los soberbios ayudadores se someten a él". ¿Y eres un oponente adecuado para tal antagonista? ¡Oh, considera esto, tú que olvidas a Dios, no sea que te despedace y no haya quien te libre! Somete a la misericordia, no permitas que el polvo y la paja se enfrenten al Todopoderoso, no pongas zarzas y espinas en batalla, no sea que él pase a través de ellas y las consuma; más bien, aférrate a su fuerza para "hacer la paz con él". "¡Ay del que contiene con su Hacedor!" En cuarto lugar, la "sabiduría de Dios está dispuesta a destruirte. Ha ordenado sus flechas, y preparado instrumentos de muerte, y ha hecho todo listo.

Sus consejos están en tu contra, urdiendo tu destrucción. "El Señor se reirá de él, porque ve que se acerca el día". Él ve cómo caerás poderosamente en un instante; cómo rechinarás los dientes, angustiado y asombrado, cuando te des cuenta de que has caído irremediabilmente en el abismo de la destrucción.

En quinto lugar, la verdad de Dios se levanta en tu contra. Si él es verdadero y fiel, perecerás si continúas. A menos que sea falso en su palabra, morirás a menos que te arrepientas. Aunque no creamos, él permanece fiel: no puede negarse a sí mismo. Es decir, él es fiel a sus amenazas, así como a sus promesas, y mostrará su fidelidad en nuestra confusión si no creemos. Dios te ha dicho, tan claramente como se puede expresar, que "si no te lava, no tendrás parte con él" — que "si vives según la carne, morirás" — que "a menos que te conviertas, no entrarás de ninguna manera en el reino de los cielos"; y él es fiel; no puede negarse a sí mismo. Amado, así como la inmutable fidelidad de Dios en su promesa y juramento brinda a los creyentes un gran consuelo, también provoca una gran consternación y confusión a los incrédulos.

Oh pecador, dime, ¿cómo puedes hacer caso omiso de todas las amenazas de la palabra de Dios que están registradas en tu contra? ¿Crees que son verdad o no? Si no lo crees, eres un infiel miserable, no

un cristiano; por lo tanto, renuncia al nombre y a las esperanzas de un cristiano. Pero si las crees, ¡oh corazón de adamantio que tienes, que puedes pasear tranquilo cuando la verdad y la fidelidad de Dios están comprometidas para destruirte! De modo que, si el Todopoderoso puede hacerlo, seguramente perecerás. ¡Vamos, hombre, todo "libro de Dios" testifica en tu contra, mientras sigas sin santificar: te condena en cada página y es para ti como el rollo de Ezequiel, escrito por dentro y por fuera con "lamentación, duelo y ay". Y todo esto seguramente vendrá sobre ti y te alcanzará, a menos que te arrepientas. "El cielo y la tierra pasarán, pero ni una jota ni un tilde de esta palabra pasará jamás".

Ahora, junta todo esto y dime si el caso de los no convertidos no es lamentablemente miserable. Así como leemos acerca de algunas personas que se habían comprometido con un juramento y una maldición para matar a Pablo, debes saber, oh pecador, para tu terror, que todos los atributos de un Dios infinito están comprometidos en un juramento para destruirte. Oh hombre, ¿qué harás? ¿a dónde huirás? Si la omnisciencia de Dios puede encontrarte, no escaparás; si el Dios verdadero y fiel cumplirá su juramento, perecerás a menos que creas y te arrepientas; si el Todopoderoso tiene el poder para atormentarte, serás completamente miserable en alma y cuerpo por toda la eternidad, a menos que sea evitado por una conversión rápida.

II. La creación entera de Dios está en tu contra. "Toda la creación", dice Pablo, "gime y sufre dolores". Pero, ¿qué es lo que la creación lamenta? Bueno, el abuso temible al que está sujeta, al servir a los deseos lascivos de los hombres no santificados. Y ¿por qué gime la creación? Por la libertad y la liberación de este abuso, porque la "criatura está sujeta muy a su pesar a esta esclavitud". Si las criaturas irracionales e inanimadas tuvieran voz y razón, clamarían bajo este yugo como una esclavitud insoportable, ser abusadas por los impíos en contra de su naturaleza y los fines para los que el gran Creador las hizo.

Es una afirmación de un destacado teólogo: "El licor que bebe el borracho, si tuviera razón como un ser humano para saber cuán vergonzosamente se le abusa y se le arruina, gemiría en la copa en su contra, gemiría en su garganta, en su vientre, en su contra. Y si Dios abriera las bocas de sus criaturas, como hizo con la boca del asno de Balaam, el vestido del hombre orgulloso en su espalda gemiría en su contra. No hay criatura que, si tuviera razón para saber cómo se la abusa hasta que un hombre se convierta, no gemiría en su contra; la tierra gemiría al soportarlo; el aire gemiría al darle respiración; sus casas gemirían al alojarlos; sus camas gemirían al aliviarlos, su comida al nutrirlos, su ropa al cubrirlos, y la criatura gemiría al brindarles cualquier

ayuda y consuelo, siempre y cuando vivan en pecado contra Dios." Hasta aquí él.

Creo que esto debería ser un terror para un alma no convertida, pensar que es una carga para la creación: "¡Córtalo, por qué ocupa espacio en la tierra!" Si las pobres criaturas inanimadas pudieran hablar, le dirían a los impíos, como Moisés a Israel: "¿Debemos sacar agua de la roca para ustedes, rebeldes?" "Tu comida diría: Señor, ¿debo alimentar a un miserable como este y dar mi fuerza para que él te deshonre? El mismo aire diría: Señor, ¿debo darle a este hombre aliento para que levante su lengua contra el cielo, desprecie a tu pueblo y profiera juramentos y blasfemias contra ti? ¡Su pobre bestia diría: Señor, ¿debo llevarlo en su malvado plan?" ¡Oh hombre pecador! La tierra gime bajo su presencia y el infierno gime por él, hasta que la muerte satisfaga a ambos.

Mientras el Señor de los Ejércitos esté en tu contra, asegúrate de que el Ejército del Señor está en tu contra, y todas las criaturas, por así decirlo, se levantan en armas, hasta que, mediante la conversión de un hombre, se resuelva la controversia entre Dios y él, y se establezca un pacto de paz con la criatura por él.

III. El león rugiente tiene todo su poder sobre ti. Estás aferrado a la pata del león que está ávido por devorar; en "el lazo del diablo, cautivo llevado por él a su voluntad". Este es el "espíritu que opera en los hijos de desobediencia". Él es el "gobernante de la oscuridad de este mundo", es decir, de los pecadores ignorantes que viven en tinieblas. Te compadece de los pobres indios que adoran al diablo como su dios, pero poco piensas que es tu propio caso. Sí, es la desgracia común de todos los no santificados, que el diablo es su dios. No es que tengan la intención de rendirle homenaje y adoración; estarán listos para desafiarlo a él y a quien lo mencione; pero mientras tanto, le sirven, van y vienen a su voluntad y viven bajo su gobierno: "Sois siervos de aquel a quien obedecéis". ¡Oh, cuántos entonces serán los verdaderos siervos del diablo, que se consideran a sí mismos como hijos de Dios! No puede ofrecerte un deleite pecaminoso o una oportunidad de ventaja ilegal sin que lo aceptes. Si sugiere una mentira o te incita a vengarte, obedeces fácilmente; si te prohíbe leer o orar, le escuchas, y por lo tanto, eres su siervo. De hecho, él actúa en la oscuridad, y los pecadores no ven quién los incita a actuar, pero todo el tiempo él los guía. Sin duda, el mentiroso no tiene la intención de servir a Satanás, sino de buscar su propio beneficio; sin embargo, es él quien pasa desapercibido y pone la idea en su corazón.

Indudablemente, Judas, cuando vendió a su Maestro por dinero, y los caldeos y sabeos cuando saquearon a Job, no tenían la intención de complacer al diablo, sino de satisfacer su propia sed de codicia; sin embargo, fue él quien los impulsó en su maldad. Los hombres pueden ser esclavos del diablo sin saberlo; incluso pueden complacerse en los pensamientos de una feliz libertad. ¿Todavía estás en la ignorancia y no has pasado de las tinieblas a la luz? Entonces estás bajo el poder de Satanás. ¿Vives en la práctica habitual y deliberada de algún pecado conocido? Reconoce que eres del diablo. ¿Vives en la discordia, la envidia o la malicia? Verdaderamente, él es tu padre. ¡Oh, caso terrible! Aunque Satanás pueda proporcionar a sus esclavos diversos placeres, solo es para engañarlos hacia una perdición eterna. La serpiente viene con la manzana en la boca, ¡oh!, pero, al igual que Eva, no ves el aguijón mortal en su cola.

Aquel que ahora te tienta algún día será tu verdugo. ¡Oh, si pudiera hacerte ver qué mal amo sirves, qué tirano despiadado satisfaces, cuyo placer consiste en ponerte a trabajar para asegurar tu perdición y condenación, y en calentar el horno cada vez más en el cual arderás por millones y millones de siglos! IV. La culpa de todos tus pecados pesa sobre ti como una montaña. Alma desdichada, no lo sientes, pero esto es lo que sella tu miseria sobre ti.

Mientras estés sin convertir, ninguno de tus pecados será borrado, todos están registrados en tu contra. La regeneración y el perdón nunca van separados; los no santificados son indudablemente injustificados e impardonables. Observa a un pecador iluminado, que siente el peso de su propia culpa: ¡oh, qué aterradoras son sus miradas, cuán temerosas son sus quejas! Sus consuelos se convierten en ajeno, y su humedad en sequedad, y el sueño ha huido de sus ojos.

Él es un terror para sí mismo y para todos los que le rodean; está listo para envidiar incluso a las piedras que yacen en la calle, porque son insensibles y no sienten su miseria; y desearía ser un perro en lugar de un hombre, porque entonces la muerte pondría fin a su sufrimiento, pero ahora será solo el comienzo de algo que no tendrá fin. No importa lo poco que le des importancia ahora, algún día encontrarás que la culpa de un pecado no perdonado es una carga pesada.

Esto es una piedra de molino, sobre la cual "cualquiera que caiga, será quebrantado; pero sobre quien caiga, lo desmenuzará en polvo". ¡Qué efecto tuvo en nuestro bendito Salvador! Presionó hasta tal punto que hizo brotar sangre de sus venas y rompió todos sus huesos; y si hizo esto en el árbol verde, ¿qué hará en el seco? ¡Oh! piensa en tu situación a

tiempo. ¿Puedes pensar en esa amenaza sin temblar: "Moriréis en vuestros pecados"? ¡Oh! Sería mejor para ti morir en una mazmorra que morir en tus pecados. Si la muerte, al llevarse todos tus otros consuelos, también se llevara tus pecados, sería algo menos doloroso; pero tus pecados te seguirán cuando tus amigos te abandonen y todas las alegrías mundanas te den la espalda. Tus pecados no morirán contigo, como las demás deudas de un prisionero; sino que irán contigo al juicio, allí serán tus acusadores; y te acompañarán al infierno, allí serán tus verdugos.

¡Oh, el trabajo que estos te causarán! ¡Oh, reflexiona sobre tus deudas a tiempo! ¡Cómo cada uno de los mandamientos de Dios está listo para arrestarte y agarrarte por el cuello por los innumerables lazos que tiene sobre ti! ¿Qué harás entonces cuando todos ellos se levanten en tu contra? Abre los ojos de la conciencia para considerar esto, para que puedas desesperar de ti mismo y ser conducido a Cristo y refugiarte en Él, para "asirte de la esperanza que se te presenta".

V. Tus pasiones desenfadadas te esclavizan miserablemente. Mientras estés no convertido, eres un siervo de pecado; él reina sobre ti y te mantiene bajo su dominio hasta que te encuentres dentro de los lazos del pacto de Dios.

Ahora, no hay otro tirano como el pecado: ¡Oh, la obra vil y terrible en la que involucra a sus siervos! ¿No traspasaría el corazón de un hombre ver un grupo de pobres criaturas trabajando duro y esforzándose, y todas acarreado leña y combustible para su propia quema? Por qué este es el empleo de los esclavos del pecado: incluso mientras se bendicen a sí mismos en sus ganancias injustas, mientras cantan y nadan en el placer, no están sino atesorando ira y venganza para su eterna quema. ¿Quién serviría a tal amo, cuya paga es la muerte?

¡Qué triste espectáculo era el pobre desdichado que estaba poseído por la legión de demonios! ¿No te hubiera entristecido el corazón verlo entre las tumbas cortándose y haciéndose daño? Este es tu caso; así es tu obra; cada golpe es una puñalada en tu corazón. En verdad, la conciencia ahora está dormida, pero cuando la muerte y el juicio te devuelvan el sentido, entonces sentirás el dolor y la angustia furiosa en cada herida.

El pecador convencido es un claro ejemplo de la miserable esclavitud del pecado: la conciencia se abalanza sobre él y le advierte cuál será el fin de estas cosas; sin embargo, es tan esclavo de sus deseos que continúa adelante, aunque vea que será su perdición eterna. Y cuando llega la tentación, rompe las ataduras de todos sus votos y promesas, y se precipita hacia su propia destrucción.

VI. El horno de la venganza eterna se está calentando para ti. El infierno y la perdición abren sus bocas frente a ti, esperando como si estuvieras al borde, a punto de caer en ellas.

Si la ira de los hombres es "como el rugido de un león", "más pesada que la arena", ¡cuál es la ira del Dios infinito! Si el horno ardiente calentado en la furia ígnea de Nabucodonosor, cuando ordenó que se calentara siete veces más, era tan feroz como para quemar incluso a aquellos que se acercaban para arrojar a los niños, ¡qué tan ardiente es ese horno ardiente de la furia del Todopoderoso! Seguramente, esto es setenta veces siete veces más feroz. "¿Puede tu corazón soportarlo, o pueden tus manos ser fuertes en el día en que yo trate contigo?", dice el Señor de los ejércitos. "¿Puedes soportar las llamas eternas? ¿Puedes habitar en el fuego consumidor?" El hombre más paciente que jamás existió maldijo el día en que nació e incluso deseó que la muerte viniera y pusiera fin a su miseria cuando Dios solo dejó salir una pequeña gota de su ira; ¿cómo entonces resistirás cuando Dios derrame todos sus frascos y se enfrente a ti para atormentarte? Cuando la inmortalidad sea tu miseria y morir la muerte de una bestia y ser tragado en el abismo de la aniquilación sea una felicidad que toda la eternidad de deseos y un océano de lágrimas nunca podrán adquirir. Ahora puedes "posponer el día malo" y puedes "reír y ser feliz y olvidar el terror del Señor", pero ¿cómo resistirás o te mantendrás en pie cuando Dios te arroje a una "cama de tormentos" y te haga "acostarte en la aflicción"? cuando "el vino de la ira de Dios, que se derrama sin dilución en la copa de su indignación", sea tu única bebida. En una palabra, cuando el humo de tu tormento ascienda por siempre jamás y no tengas descanso de noche ni de día, ningún descanso en tu conciencia, sino que serás una maldición, un asombro, una maldición y un reproche por siempre jamás. ¡Oh pecador! Detente aquí y considera: si eres un hombre y no un bloque insensible, ¡considera! Reflexiona sobre dónde te encuentras, ¡en el borde mismo de la destrucción!

¡Vive el Señor y vive tu alma!", solo hay un paso entre tú y esto. No sabes, cuando te acuestas, que podrías estar en ello antes de la mañana: no sabes, cuando te levantas, que podrías caer antes de la noche. ¿Te atreves a tomar esto a la ligera? ¿Seguirás en una condición tan terrible como si nada te afectara? Si lo postergas y dices: "Esto no te concierne", vuelve a leer el capítulo anterior y dime la verdad: ¿ninguna de esas señales se encuentra en ti? No cierres los ojos, no te engañes a ti mismo, ve tu miseria mientras aún puedas prevenirla: piensa en lo que es ser un vil desterrado, un recipiente de ira destinado a la destrucción. La ira divina es un fuego feroz, devorador, eterno e inextinguible, y esta será tu

porción a menos que consideres tus caminos y te vuelvas rápidamente al Señor mediante una conversión sincera.

¿Qué corazón no se habría derretido al escuchar los gritos de Spira? ¿Al ver a Chaloner, ese monumento de justicia, consumido hasta los huesos, blasfemando al Dios del cielo, maldiciéndose a sí mismo y gritando continuamente "¡Tortura, tortura, tortura! ¡Oh tortura, tortura!", como si las llamas de la ira ya lo hubieran consumido? ¿Al escuchar a Rogers exclamar: "Tuve un poco de placer, pero ahora debo tener el infierno para siempre", deseando solo esta atenuación, que Dios le permitiera arder para siempre detrás de la espalda de ese fuego, en la tierra, y llegando a su triste conclusión una y otra vez, al final de todo lo que se le decía para ofrecerle alguna esperanza: "¡Debo ir al infierno, debo ir al horno del infierno, por millones y millones de edades!" ¡Oh, si los temores y las previsiones de la ira venidera son tan terribles, tan insoportables, qué será sentirlo!

Pecador, es en vano que te halagues a ti mismo: esto sería engañarte y llevarte al fuego inextinguible. Sabed, por el Dios vivo, que aquí yaceréis; con estas llamas moraréis hasta que la inmortalidad muera y la inmutabilidad cambie; hasta que la eternidad se agote y la omnipotencia ya no pueda torturar, a menos que en serio seas renovado por la gracia santificadora. VII. La Ley descarga todas sus amenazas y maldiciones sobre ti. ¡Oh, cómo truena de manera temible! Sus palabras son como espadas desenvainadas y como las flechas afiladas de los poderosos: exige satisfacción hasta el máximo y clama ¡Justicia! ¡Justicia! Habla de sangre, guerra, heridas y muerte contra ti. Oh, hombre, corre a tu refugio, huye de tus pecados; apresúrate hacia el santuario, la ciudad de refugio, incluso el Señor Jesucristo; escóndete en él, o de lo contrario estás perdido, sin ninguna esperanza de salvación. VIII. El evangelio mismo pronuncia la sentencia de condenación eterna sobre ti. Si continúas en tu estado impenitente y no convertido, debes saber que el evangelio pronuncia una condenación mucho más severa que la que hubiera sido por la transgresión única del primer pacto. ¿No es un caso terrible tener al evangelio mismo llenando su boca de amenazas? "Tener al Señor rugiendo desde el monte Sion en tu contra?" "Escucha el terror del Señor: el que no cree será condenado. A menos que os arrepintáis, todos pereceréis." "Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz." "El que no cree, la ira de Dios permanece sobre él." "Si la palabra hablada por los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió una justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?"

"El que menospreció la ley de Moisés, murió sin misericordia; ¿cuánto mayor castigo creéis que merecerá el que pisoteó al Hijo de Dios?"

Aplicación, ¿Y esto es realmente cierto? ¿Esta es tu miseria? Sí, es tan cierto como que Dios existe. Mejor abre tus ojos y míralo ahora, mientras aún puedes remediarlo, en lugar de cerrarte y endurecerte hasta que, para tu eterno pesar, sientas lo que no quisiste creer. Y si es verdad, ¿qué pretendes, quedarte rezagado y demorarte en un caso como este? ¡Ay de ti, pobre hombre! ¡Qué efectivamente te ha arruinado el pecado y te ha privado y despojado incluso de tu razón para buscar tu bienestar eterno! ¡Qué estupidez y falta de sensibilidad te han sorprendido! ¡Oh, déjame despertar a este durmiente!

¿Eres un alma razonable y sin embargo estás tan embrutecido como para olvidar tu inmortalidad y creer que eres como las bestias que perecen? Teniendo la razón para entender la eternidad del estado futuro, ¿haces poco caso de ser eternamente miserable, lo cual es estar por debajo de las bestias, ya que es peor actuar en contra de la razón que actuar sin ella? ¡Oh, alma desdichada, que eras la gloria del hombre, compañera de los ángeles y la imagen de Dios! ¡Que eras el representante de Dios en el mundo y tenías supremacía sobre las criaturas y dominio sobre las obras de tu Creador! ¿Te has convertido ahora en un esclavo de los sentidos o estás acumulando un poco de tierra refinada que es tan inapropiada para tu naturaleza espiritual e inmortal?

Oh, ¿por qué no piensas en dónde estarás por siempre? La muerte está cerca: "el Juez está incluso a la puerta". Un poco más de tiempo y "el tiempo ya no será". ¿Y te arriesgarás a continuar en un estado en el que, si te alcanza, estarás irremediabilmente miserable?

Entonces, ¡levántate y presta atención a tus asuntos más cercanos! Dime, ¿a dónde te diriges? ¿Qué? ¿Vas a vivir en un curso en el que cada acción es un paso hacia la perdición y no sabes que la próxima noche puedes hacer tu cama en el infierno? ¡Oh, si tuvieras un destello de razón, considera y voltea y escucha a tu verdadero amigo, que te muestra tu miseria presente para que puedas escapar a tiempo y ser eternamente feliz! Escucha lo que dice el Señor: "¿No me temeréis? ¿No temblaréis ante mi presencia?"

¡Oh pecadores, ¿despreciáis "la ira venidera?" Estoy seguro de que llegará un momento en el que no la despreciaréis. ¿Acaso los propios "demonios creen y tiemblan"? ¿Y vosotros, más endurecidos que ellos? ¿Correréis al borde de la roca? ¿Jugaréis en el agujero de la víbora? ¿Pondréis vuestra mano en la guarida del basilisco? ¿Jugaréis con la ira devoradora como si fuera indiferente si la evitáis o la soportáis? ¡Locura

de insensatez! El loco de Salomón, que arroja teas encendidas, flechas y muerte, y dice: "¿No es esto una broma?" No hay nada tan trastornado como el pecador obstinado, que continúa en su estado no convertido sin sentir nada, como si no le pasara nada. El hombre que corre hacia la boca del cañón o arriesga su vida por diversión, es consciente, sobrio y serio en comparación con aquel que sigue en sus transgresiones, porque "extiende su mano contra Dios y se fortalece contra el Todopoderoso. Corre hacia los gruesos remaches de su escudo." ¿Es sabio jugar con la segunda muerte o aventurarse en "el lago que arde con fuego y azufre"? ¿Qué puedo decir? No encuentro ninguna expresión o comparación que pueda describir la terrible locura de un alma que continúa en el pecado.

¡Despierta, despierta, oh pecador! Levántate y huye. Solo hay una puerta por la que puedes escapar, y esa es la estrecha puerta de la conversión y el nuevo nacimiento. A menos que te vuelvas sinceramente de todos tus pecados, vengas a Jesucristo y lo tomes como el Señor tu justicia, y camines en él en santidad y novedad de vida, te lo aseguro por la vida del Señor, no es más cierto que ahora estás fuera del infierno que lo será que sin falta estarás en él en pocos días o noches. Oh, pon tu corazón en considerar tu caso. ¿No merece tu eterna miseria o bienestar un poco de atención? Vuelve a mirar las miserias de los no convertidos.

Si el Señor no ha hablado a través de mí, no me prestes atención; pero si estas palabras son realmente la palabra de Dios que declara toda esta miseria sobre ti, ¿en qué situación te encuentras? ¿Es propio de alguien que tiene sus facultades vivir en tal condición y no hacer todo lo posible para evitar su completa ruina? Oh, hombre, "¿quién te ha hechizado?" En los asuntos de esta vida presente, eres lo suficientemente sabio como para prever tus negocios, anticipar tu peligro y evitar tu desgracia, pero en asuntos de consecuencia eterna eres negligente e indiferente, como si no te afectaran en gran medida. ¿Acaso no significa nada para ti tener todos los atributos de Dios en tu contra? ¿Puedes estar bien sin su favor? ¿Puedes escapar de sus manos o soportar su venganza? ¿No escuchas a la creación gimiendo debajo de ti y al infierno gimiendo por ti, y aun así piensas que tu situación es "suficientemente buena"? ¿Desprecias todos los terrores de la ley, todas sus maldiciones y truenos? ¿Te ríes del infierno y la destrucción, o puedes beber la copa envenenada de la furia del Todopoderoso como si fuera solo una poción común? "Ciñe ahora tus lomos como un hombre, porque yo te preguntaré y tú me responderás". ¿Eres un Leviatán tal que las escamas de tu orgullo te impidan afrontar a tu Creador? ¿Estimas las flechas de Dios como paja y los instrumentos de la muerte como madera podrida? ¿Eres el jefe de todos los hijos del orgullo, al punto de considerar sus dardos como paja y reírte del temblor

de su lanza? ¿Eres como el caballo que patea en el valle y se regocija en su fuerza, que sale a encontrarse con los hombres armados? ¿Te burlas del miedo y no te asustas ni te alejas de la espada de Dios cuando su carcaj tiembla contra ti, la lanza reluciente y el escudo? Bueno, si las amenazas y llamados de la palabra no te asustan ni te despiertan, estoy seguro de que la muerte y el juicio lo harán. ¿Qué harás cuando el Señor se levante contra ti, caiga sobre ti en su furia y sientas lo que lees? Si, cuando los enemigos de Daniel fueron arrojados al foso de los leones, tanto ellos como sus esposas e hijos, los leones se apoderaron de ellos y les rompieron todos los huesos antes de que tocaran el fondo del foso, ¿qué se hará contigo cuando caigas en las manos del Dios viviente?

¡Oh! No contiendas entonces con Dios. "Arrepiéntete y conviértete", así nada de esto vendrá sobre ti. "Buscad al Señor mientras pueda ser hallado, llamadle en tanto que está cerca. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase a Jehová, y tendrá de él misericordia, al Dios nuestro, que será amplio en perdonar".

CAPÍTULO 6: Instrucciones para la conversión

Antes de que leas estas instrucciones, te aconsejo, sí, te insto, delante de Dios y sus santos ángeles, que te comprometas a seguirlas, hasta donde tu conciencia esté convencida de su conformidad con la Palabra de Dios y tu situación, y que pidas su ayuda y bendición para que tengan éxito. Y así como yo he "buscado al Señor" y consultado sus oráculos para saber qué consejo darte, tú debes recibirlos con ese temor, reverencia y propósito de obediencia que la Palabra del Dios viviente requiere. Ahora, presta atención: "Aplica tu corazón a todo lo que hoy te testifico; porque no es cosa vana para ti, sino es tu vida". Este es el propósito de todo lo que se ha dicho hasta ahora, llevarte a emprender el camino de la conversión y hacer uso de los medios que Dios ha provisto para tu restauración. No quisiera causarte molestias ni "atormentarte antes de tiempo" con los pensamientos angustiantes de tu miseria eterna, sino más bien para ayudarte a escapar de ella. Si estuvieras atrapado en tu miseria actual sin remedio, sería casi un acto de misericordia dejarte en paz, para que puedas disfrutar de la pequeña y pobre comodidad de la que eres capaz en este mundo; pero aún puedes ser feliz si no rechazas deliberadamente los medios de tu recuperación. Mira, te tengo la puerta abierta; levántate, emprende tu vuelo. Te presento el camino de la vida; camina en él y "vivirás y no morirás". Me duele pensar que podrías ser tu propio asesino y arrojarte al abismo cuando Dios y el hombre te gritan, como Pedro en otro caso a su Maestro: "Sálvate a ti mismo".

Una noble virgen, que asistía a la corte de España, fue violada cruelmente por el rey; y como consecuencia de esto, incitando al duque, su padre, a vengarse, este llamó a los moros para que le ayudaran. Cuando llevaron a cabo su plan, devastaron y saquearon miserablemente el país; lo cual afectó profundamente a esta virgen, quien se encerró en una torre de la casa de su padre y llamó a su padre y madre para que salieran, y lamentándoles su desdicha, el hecho de que ella hubiera

causado tanta miseria y desolación en el país para satisfacer su venganza, les dijo que había decidido vengarse de sí misma. Su padre y madre le rogaron que se apiadara de sí misma y de ellos, pero nada logró persuadirla, así que se despidió de ellos, se lanzó desde las almenas y así pereció ante sus ojos. Así es la destrucción voluntaria de los impíos.

El Dios que los creó les suplica, les grita, como Pablo al carcelero atormentado, a punto de quitarse la vida: "No te hagas ningún daño". Los ministros de Cristo les advierten, les siguen y desearían traerlos de vuelta; pero, ¡ay! ninguna explicación o súplica tendrá éxito, y los hombres se precipitarán hacia la perdición mientras incluso la compasión misma los contempla. ¿Qué puedo decir? ¿No entristecería a alguien con un mínimo de humanidad si, en medio de una plaga desenfrenada, tuviera una receta que, como bien dijo alguien, curaría infaliblemente a todo el país y recuperaría a los pacientes más desahuciados, y sin embargo, sus amigos y vecinos mueren a cientos a su alrededor porque no la usan? Hombres y hermanos, aunque llevéis los síntomas claros de la muerte en vuestros rostros, tengo una receta que os curará a todos, y lo hará infaliblemente.

Sigue estas instrucciones, y si no alcanzas el cielo, estaré dispuesto a perderlo. Escucha, entonces, oh pecador, y, si alguna vez deseas convertirte y ser salvo, abraza el siguiente consejo.

Directiva 1: Acepta como una verdad indudable que es imposible que puedas llegar al cielo en tu estado no convertido.

¿Acaso alguien más que Cristo puede salvarte? Y él te dice que nunca lo hará a menos que te regeneres y te conviertas. ¿No es él quien tiene las llaves del cielo? ¿Y puedes entrar sin su permiso? Lo cual debes hacer si alguna vez llegas allí en tu condición natural, sin una renovación completa y profunda.

Directiva 2: Trabaja por obtener una visión completa y un sentido vivo y profundo de tus pecados. Hasta que los hombres estén cansados y cargados, y apuñalados en el corazón y completamente enfermos del pecado, no vendrán a Cristo, en su camino, en busca de alivio y cura, ni preguntarán seriamente: "¿Qué debemos hacer?" Deben considerarse a sí mismos como hombres muertos antes de acudir a Cristo, para que puedan tener vida. Por lo tanto, trabaja por poner todos tus pecados en orden delante de ti; nunca tengas miedo de mirarlos, sino deja que tu Espíritu haga una búsqueda diligente. Investiga en tu corazón y en tu vida; realiza un examen exhaustivo de ti mismo y de todos tus caminos, para que puedas hacer un descubrimiento completo; y llama en ayuda del Espíritu de Dios en la conciencia de tu propia incapacidad para esto, porque es su

trabajo propio convencer del pecado. Expón todo ante la faz de tu conciencia.

No dejes de luchar con Dios y con tu propia alma hasta que clame, bajo la conciencia de tus pecados, como el carcelero iluminado: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" Con este propósito, medita en la multitud de tus pecados.

El corazón de David desfalleció cuando pensó en esto, y consideró que tenía más pecados que cabellos. Esto lo llevó a clamar por la multitud de las tiernas misericordias de Dios. Mira hacia atrás: ¿dónde hubo algún lugar, cuál fue el momento en el que no pecaste? Mira hacia adentro: ¿qué parte o poder puedes encontrar en el alma o en el cuerpo que no esté envenenado por el pecado? Examina los pecados de tu naturaleza, los pecados de tu vida. Recuerda tus omisiones, comisiones; los pecados de tus pensamientos, palabras y acciones; los pecados de tu juventud y los pecados de tus años, etc. No seas como un desesperado bancarota que teme mirar sus libros. Lee cuidadosamente los registros de la conciencia. Estos libros serán abiertos tarde o temprano.

Medita en las agravantes de tus pecados, ya que son los grandes enemigos del Dios de tu vida y de la vida de tu alma: en pocas palabras, son los enemigos públicos de toda la humanidad. ¡Cómo David, Esdras, Daniel y el buen levita agravaron sus pecados, considerando el perjuicio que causaban a Dios, su oposición a sus buenas y justas leyes, las misericordias y advertencias contra las cuales fueron cometidos! ¡Oh, el trabajo que el pecado ha causado en el mundo! Este es el enemigo que ha traído la muerte, ha robado y esclavizado al hombre, ha preparado el infierno. Este es el enemigo que ha sembrado la disensión entre el hombre y las criaturas, entre el hombre y el hombre, sí, entre el hombre y sí mismo, enfrentando la parte sensible contra la racional, la voluntad contra el juicio, la afectividad contra la conciencia; sí, lo peor de todo, entre Dios y el hombre, haciendo al pecador caído odioso ante Dios y odiador de Dios.

¡Oh, hombre! ¿Cómo puedes tomar tan a la ligera el pecado? Este es el traidor que crucificó al Hijo de Dios, que lo vendió, que se burló de él, que lo azotó, que escupió en su rostro, que clavó sus manos, que traspasó su costado, que oprimió su alma, que destrozó su cuerpo, que no se detuvo hasta que lo había atado, condenado, clavado, crucificado y expuesto a una vergüenza pública. Este es ese veneno mortal, tan poderoso en su acción, que una sola gota de él, derramada en la raíz de la humanidad, ha corrompido, arruinado, envenenado y destruido a toda su raza de una vez.

Este es el verdugo sangriento que ha matado a los profetas, quemado a los mártires, asesinado a todos los apóstoles, a todos los patriarcas, a todos los reyes y potentados; que ha destruido ciudades, devorado imperios y engullido naciones enteras. Cualquiera que haya sido el arma utilizada, el pecado es el que llevó a cabo la ejecución. ¿Todavía crees que es una cosa insignificante? Estudia la naturaleza del pecado hasta que tu corazón se incline a temerlo y aborrecerlo, y medita en las agravantes de tus pecados particulares, cómo has pecado contra todas las advertencias de Dios, contra tus propias oraciones, contra las misericordias, contra la corrección, contra la luz más clara, contra el amor más libre, contra tus propias resoluciones, contra promesas, votos, pactos y una mejor obediencia, etc.

Carga tu corazón con estas cosas, hasta que se sonroje de vergüenza y sea despojado de toda buena opinión de sí mismo. "Medita en el merecimiento del pecado." Clama al cielo; llama a la venganza. Sus merecidos salarios son la muerte y la condenación; trae la maldición de Dios sobre el alma y el cuerpo. La palabra o el pensamiento más pequeño de pecado te somete a la ira infinita de Dios Todopoderoso. ¡Oh, qué carga de ira, qué peso de maldiciones, qué tesoro de venganza han merecido todos tus numerosos pecados entonces! Júzgate a ti mismo, para que el Señor no te juzgue a ti. "Medita en la deformidad y contaminación del pecado." Es como la misma imagen y semejanza del diablo dibujada en el alma.

No hay plaga ni lepra tan repugnante como el pecado, por el cual te vuelves más desagradable para la pureza y santidad de la naturaleza gloriosa de Dios que el objeto más vil, compuesto de todo lo que es odioso para todos tus sentidos, puede ser para ti. Eres contrario a la pureza y perfección de la santidad divina hasta que seas purificado por la sangre de Jesús y el poder de la gracia renovadora. Sobre todos los demás pecados, fija el ojo de la consideración en estos dos:

1. El pecado de tu naturaleza. Es de poco propósito cortar las ramas mientras la raíz de la corrupción original permanezca intocada. En vano los hombres lavan los arroyos cuando la fuente sigue fluyendo y los vuelve a llenar. Permítele al hacha de tu arrepentimiento, al igual que a David, llegar a la raíz del pecado. Estudia qué tan profunda, qué tan cercana y qué tan permanente es tu contaminación natural, qué tan universal es, hasta que clames, con el mismo sentimiento de Pablo, sobre tu cuerpo como muerto. El corazón nunca está verdaderamente quebrantado hasta que esté completamente convencido de la enormidad del pecado original. Aquí fija tus pensamientos; esto es lo que te hace retroceder en todo lo bueno, pienso a todo lo malo. Esto derrama

ceguera, orgullo, prejuicio, incredulidad en tu mente; enemistad, inconstancia, obstinación en tu voluntad; calores y frialdades desordenados en tus afectos; insensibilidad, entumecimiento, infidelidad en tu conciencia; resbaladizos en tu memoria; y en pocas palabras, ha desordenado cada rueda del alma y la ha convertido, de una morada de santidad, en un verdadero infierno de iniquidad.

Esto es lo que ha manchado, corrompido, pervertido todos tus miembros y los ha convertido en armas de injusticia y siervos del pecado; ha llenado la cabeza de diseños carnales y corruptos; la mano de prácticas pecaminosas; los ojos de vagabundeo y lascivia, la lengua de veneno mortal; ha abierto el oído a cuentos, adulaciones y comunicaciones impuras, y los ha cerrado a las instrucciones de vida; y ha convertido tu corazón en una verdadera fábrica y forja de pecado, de modo que emana su maldad sin cesar, de manera natural, libre e incansable, como una fuente que derrama sus aguas, o el mar embravecido que arroja lodo y suciedad. ¿Y aún estarás enamorado de ti mismo y nos hablarás sobre tu buen corazón? Oh, nunca dejes de meditar sobre la contagiosa desesperación de la corrupción original, hasta que, como Efraín, te lamentes, y con profundo dolor y vergüenza te golpees el pecho, como el publicano; y, como Job, te aborrezcas a ti mismo y te arrepientas en polvo y cenizas.

2. El mal particular al que estás más inclinado. Descubre todas sus agravantes, aplica en tu corazón todas las amenazas de Dios contra él: el arrepentimiento lleva consigo a todo el rebaño, pero especialmente clava la flecha en el pecado amado y lo señala por encima de los demás para derribarlo. ¡Oh! Trabaja para hacer este pecado odioso para tu alma, duplica tu vigilancia y resoluciones contra él, porque deshonra más a Dios y te pone en peligro.

Directiva 3. Esfuerzate por afectar profundamente tu corazón con un sentido de tu miseria presente. Lee una y otra vez el capítulo anterior y llévalo del libro a tu corazón.

Recuerda, cuando te acuestes, que, por lo que sabes, puedes despertar en llamas, y cuando te levantes, que la próxima noche puedes hacer tu cama en el infierno.

¿Es justo vivir en un estado tan temible, tambaleándose al borde del abismo sin fondo y vivir a merced de cualquier enfermedad? Supongamos que ves a un desgraciado condenado colgando sobre el horno ardiente y llameante de Nabucodonosor por nada más que un hilo delgado que está a punto de romperse en cualquier momento, ¿tu corazón no se estremecería por tal persona?

Pues bien, tú eres esa persona; este es tu caso mismo, oh hombre que lees esto, ¡si aún no estás convertido!

¿Qué sucedería si el hilo de tu vida se rompiera (no sabes, pero podría ser la próxima noche, incluso el próximo momento)? ¿Dónde estarías entonces? ¿Hacia dónde caerías? Verdaderamente, al romperse este hilo, caerías en el lago que arde con fuego y azufre, si mueres en tu estado actual. ¿Tu alma no tiembla mientras lees esto? ¿No se empapan las lágrimas en el papel y tu corazón late en tu pecho? ¿No comienzas a golpear tu pecho y a considerar la necesidad de un cambio? ¡Oh! ¿De qué está hecho tu corazón? ¿Has perdido no solo todo respeto hacia Dios, sino también cualquier amor y compasión hacia ti mismo? Estudia tu miseria hasta que tu corazón clame por Cristo tan fervientemente como un hombre que se está ahogando clama por un bote, o como un herido clama por un cirujano.

Los hombres deben llegar a ver el peligro y sentir el dolor de sus llagas y enfermedades mortales, o de lo contrario Cristo no será para ellos un médico de ningún valor. Entonces el homicida se apresura a la ciudad de refugio cuando es perseguido por el vengador de sangre. Los hombres deben ser incluso forzados a salir de sí mismos, o de lo contrario no vendrán a Cristo. Fue la angustia y la extrema necesidad lo que hizo que el hijo pródigo pensara en regresar. Mientras Laodicea piense que es rica, que ha aumentado en bienes y que no necesita nada, hay poca esperanza. Ella debe estar profundamente convencida de su miseria, ceguera, pobreza, desnudez, antes de acudir a Cristo por su oro, vestiduras y colirio. Por lo tanto, mantén los ojos de tu conciencia abiertos, amplifica tu miseria tanto como sea posible; no huyas de su vista por temor a que te llene de terror. La percepción de tu miseria es como la supuración de la herida, que es necesaria para la cura. Es mejor temer los tormentos que te esperan ahora que sentirlos en el futuro.

Directiva IV. Establéclo en tu corazón que estás bajo una incapacidad eterna para recuperarte a ti mismo. Nunca pienses que tu oración, lectura, escucha, confesión o enmienda podrán sanarte; estos deben ser atendidos, pero estás perdido si descansas en ellos. Eres un hombre perdido si esperas escapar por cualquier otro medio que no sea Jesucristo. Debes desaprender de ti mismo y renunciar a tu propia sabiduría, tu propia justicia, tu propia fuerza, y confiarte completamente en Cristo, como un hombre que nada se lanza al agua, o de lo contrario no podrás escapar. Mientras los hombres confíen en sí mismos, establezcan su propia justicia y tengan confianza en la carne, no vendrán a Cristo de manera salvadora. Debes saber que tus ganancias son pérdida

y basura, tu fuerza es debilidad, tu justicia son harapos, antes de que haya un cierre efectivo entre Cristo y tú.

¿Puede un cuerpo sin vida quitarse sus mortajas y desatar las ataduras de la muerte? Entonces podrías recuperarte a ti mismo, que estás muerto en transgresiones y pecados, y bajo la imposibilidad de servir aceptablemente a tu Creador en esta condición. Por lo tanto, cuando vayas a orar o meditar, o hacer cualquiera de los deberes a los que se te dirige aquí, sal de ti mismo; invoca la ayuda del Espíritu, como desesperado por hacer cualquier cosa que sea agradable a Dios en tu propia fuerza: sin embargo, no descuides tu deber, sino permanece en el estanque y espera en el camino del Espíritu. Mientras el eunuco estaba leyendo, entonces el Espíritu Santo envió a Felipe a él.

Cuando los discípulos estaban orando, cuando Cornelio y sus amigos estaban escuchando, entonces el Espíritu Santo descendió sobre ellos y los llenó a todos. Esfuérzate por entregarte a Cristo; esfuérzate por orar; esfuérzate por meditar; esfuérzate cien y cien veces; intenta hacerlo lo mejor que puedas; y mientras te esfuerzas en el camino de tu deber, el Espíritu del Señor vendrá sobre ti y te ayudará a hacer lo que por ti mismo eres completamente incapaz de realizar.

Directiva V. Renuncia por completo a todos tus pecados. Si te entregas a la práctica de cualquier pecado, estás perdido. En vano esperas la vida por medio de Cristo, a menos que te apartes de la iniquidad. Abandona tus pecados, o de lo contrario no podrás encontrar misericordia.

No puedes casarte con Cristo a menos que te divorcies del pecado. Abandona al traidor, o no podrás tener paz en el cielo. Debes separarte de tus pecados o de tu alma: si permites un solo pecado, aunque sea pequeño, uno secreto, aunque puedas alegar necesidad y tener cien excusas y justificaciones para ello, la vida de tu alma pagará por la vida de ese pecado. ¿Y no será comprado a un alto precio?

¡Oh pecador! escucha y considera: si estás dispuesto a separarte de tus pecados, Dios te dará a su Cristo. ¿No es este un intercambio justo? Te testifico en este día que, si pereces, no es porque no se haya provisto un Salvador ni se te haya ofrecido vida, sino porque has preferido, al igual que los judíos, al asesino antes que a tu Salvador, al pecado antes que a Cristo, "y amaste más las tinieblas que la luz". Examina tu corazón, por lo tanto, con velas, como los judíos revisaban sus casas en busca de levadura antes de la Pascua. Trabaja por descubrir tus pecados; entra en tu lugar secreto y considera: ¿en qué mal he vivido? ¿Qué deber he descuidado hacia Dios? ¿En qué pecado he vivido contra mi hermano? Y

ahora, clava las flechas en el corazón de tu pecado, como Joab hizo con Absalón. No te quedes contemplando tus pecados ni rodando el bocado debajo de tu lengua, sino recházalos con temor y repugnancia. ¡Ay! ¿Qué harán tus pecados por ti, para que te aferres a ellos? Te halagarán, pero te arruinarán, te envenenarán mientras te complacen y armarán la justicia y la ira del Dios infinito en tu contra. ¡Mira la horca que han preparado para ti! Oh, trátalos como Hamán y ejecuta sobre ellos lo que ellos hubieran hecho contigo. Deséchalos, crucifícalos y permite que solo Cristo sea tu Señor.

Directiva VI. Haz una elección solemne de Dios como tu porción y bienaventuranza. Con toda la devoción y veneración posible, proclama al Señor como tu Dios: pon el mundo, con toda su gloria, pintura y elegancia, con todos sus placeres y promociones, en un lado; y pon a Dios, con todas sus infinitas excelencias y perfecciones, en el otro; y asegúrate de hacer tu elección deliberadamente. Encuentra tu descanso en Dios. Siéntate bajo su sombra. Que sus promesas y perfecciones inclinen la balanza en contra de todo el mundo. Establécelo en tu corazón, que el Señor es una porción totalmente suficiente, que no puedes ser miserable mientras tengas a Dios para vivir. Tómalo como tu escudo y recompensa sumamente grande.

Dios solo es más que todo el mundo; contentate con él. Deja que otros busquen los ascensos y la gloria del mundo; coloca tu felicidad en su favor y en la luz de su rostro. ¡Pobre pecador! te has alejado de Dios y has atraído su poder y su ira en tu contra; sin embargo, debes saber que, por su gracia abundante, él se ofrece a ser tu Dios nuevamente en Cristo. ¿Qué dices? ¿Quieres tener al Señor como tu Dios? Bueno, toma este consejo y lo tendrás; acércate a él por medio de su Cristo, renuncia a los ídolos de tus propios placeres, ganancias y reputación; permite que sean destituidos de su trono y que el interés de Dios sea supremo en tu corazón. Acéptalo como Dios, como el principal en tus afectos, valoraciones e intenciones; porque él no tolerará que nadie esté por encima de él. En pocas palabras, debes aceptarlo en todas sus "relaciones personales" y en todas sus "perfecciones esenciales". Primero, en todas sus relaciones personales, Dios Padre debe ser tenido como tu padre. ¡Oh, acércate a él como el hijo pródigo! "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco ser llamado tu hijo; pero ya que, por tu maravillosa misericordia, te has complacido en aceptarme como hijo, solemnemente te tomo como mi padre, me encomiendo a tu cuidado, confío en tu providencia y deposito mi carga en ti.

Dependo de tu provisión y me someto a tus correcciones, confío bajo la sombra de tus alas, me escondo en tus cámaras y vuelo a tu nombre.

Renuncio a toda confianza en mí mismo; deposito mi confianza en ti; pongo mis preocupaciones en tus manos; seré para ti y no para otro". Además, Dios el Hijo debe ser aceptado como tu Salvador, tu Redentor y tu Justicia. Debe ser aceptado como el único camino hacia el Padre y el único medio de vida. Por lo tanto, despoja el vestido de tu cautividad, ponte el traje de bodas y ve y únete a ti mismo con Cristo. "Señor, soy tuyo y todo lo que tengo, mi cuerpo, alma y bienes. Envío un documento de divorcio a mis otros amantes; entrego mi corazón a ti; seré tuyo sin reservas, tuyo eternamente. Pondré tu nombre en todo lo que tengo y lo usaré solo como tus bienes, durante tu permiso, entregándolo todo a ti: No tendré otro rey que tú para que reine sobre mí. Otros señores han tenido dominio sobre mí, pero ahora solo mencionaré tu nombre y ahora hago un juramento de lealtad a ti, prometiendo servirte y temerte por encima de todos los competidores. Niego mi propia justicia y renuncio a ser perdonado y salvo por mis propias obras o gracias, y confío únicamente en tu sacrificio suficiente y en tu intercesión por el perdón, la vida y la aceptación ante Dios. Te tomo como mi único guía e instructor, resolviendo ser dirigido por ti y esperar tu consejo". Por último, Dios el Espíritu debe ser aceptado como tu santificador, tu defensor, tu consejero, tu consolador, el maestro de tu ignorancia, el pago y la garantía de tu herencia. "Despierta, oh viento del norte, y ven, oh viento del sur, y sopla sobre mi jardín". "Ven, Espíritu del Altísimo, aquí descansa para siempre; habita aquí y descansa aquí. Mira, te entrego la posesión completa; te envío las llaves de mi corazón para que todo esté a tu disposición, para que puedas poner tus bienes, tu gracia, en cada habitación: Te entrego el uso de todo a ti, para que cada facultad y cada miembro sean tu instrumento para obrar justicia y hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos". En segundo lugar, en todas sus perfecciones esenciales.

Considera cómo el Señor se ha revelado a ti en su palabra. ¿Lo tomarás como tal Dios? Oh pecador, aquí está la noticia más bendita que jamás haya llegado a los hijos de los hombres: "el Señor será tu Dios, si te unes a él en sus excelencias". ¿Quieres tener al Dios misericordioso, bondadoso y perdonador de pecados como tu Dios? "Oh sí", dice el pecador, "de lo contrario estoy perdido". Pero el Padre te dice: Soy el Dios santo y que aborrece el pecado; si quieres ser reconocido como uno de mi pueblo, debes ser santo, santo de corazón, santo de vida; debes desechar todas tus iniquidades, aunque sean tan cercanas, tan naturales, tan necesarias para mantener tu interés mundano. A menos que te enfrentes al pecado, no puedo ser tu Dios. "Expulsa la levadura, aparta el mal de tus acciones, deja de hacer el mal, aprende a hacer el bien"; de lo contrario, no puedo tener nada que ver contigo. Expulsa a mis enemigos,

o no habrá paz conmigo. ¿Qué responde tu corazón? "Señor, deseo tenerte como tal Dios; deseo ser santo como tú eres santo y participar de tu santidad. Te amo, no solo por tu bondad y misericordia, sino por tu santidad y pureza. Tomo tu santidad como mi felicidad. Oh, sé para mí una fuente de santidad. Pon en mí el sello y el reflejo de tu santidad; con gratitud renunciaré a todos mis pecados por tu mandato. Abandonaré de inmediato mis pecados voluntarios y lucharé contra todos mis pecados por mi debilidad, que no puedo eliminar aunque quisiera. Los detesto y oraré en contra de ellos, y nunca les daré descanso tranquilo en mi alma". Amados, aquellos de ustedes que así acepten al Señor como su Dios lo tendrán. Además, él te dice: "Soy el Dios todopoderoso". ¿Pondrás todo a mis pies y lo entregarás a mi disposición y me tomarás como tu única porción? ¿Reconocerás y honrarás mi suficiencia absoluta? ¿Me tomarás como tu felicidad y tesoro, tu esperanza y dicha? Soy un sol y un escudo, todo en uno; ¿me tendrás como tu todo? Ahora, ¿qué dices sobre esto? ¿Te cuesta cambiar tu felicidad terrenal por una porción en Dios? Y aunque te alegraría tener a Dios y al mundo también, ¿no puedes pensar en tenerlo a él y nada más que a él, sino que preferirías conformarte con la tierra de abajo si Dios te permitiera mantenerla tanto como quisieras? Esto es un pecado temible.

Pero ahora, si estás dispuesto a venderlo todo por la perla de gran precio, si tu corazón responde: "Señor, no deseo otra porción sino a ti; que se lleven el trigo, el vino y el aceite, quien quiera, con tal de tener la luz de tu rostro: elijo que seas mi felicidad; me aventuro y confío plenamente en ti; pongo mis esperanzas en ti; encuentro mi descanso en ti. Permíteme escucharte decir: 'Soy tu Dios, tu salvación, y tengo suficiente, todo lo que desees; no estableceré condiciones contigo excepto por ti mismo. Permíteme tenerte seguro; permíteme poder reclamar y ver mi título en ti; y en cuanto a otras cosas, las dejo en tus manos. Dame más o menos, cualquier cosa o nada, estaré satisfecho en mi Dios'. Acéptalo de esta manera, y él será tuyo.

Una vez más, él te dice: "Soy el Señor soberano: si me quieres como tu Dios, debes darme la supremacía. No seré un subordinado; no debes ponerme en segundo lugar después del pecado o cualquier interés mundano. Si quieres ser mi pueblo, debo tener el dominio sobre ti; no debes vivir a tu propio placer. ¿Aceptarás mi yugo? ¿Te someterás a mi gobierno? ¿Te someterás a mi disciplina, a mi palabra, a mi vara?" Pecador, ¿qué respondes a esto? "Señor, prefiero estar bajo tu mando que vivir a mi propia voluntad; prefiero que se haga tu voluntad en lugar de la mía. Apruebo y consiento tus leyes, y considero un privilegio estar sujeto a ellas. Acepto y me someto con gusto a tu gobierno y disciplina."

Y aunque la carne se rebele y a menudo rompa sus límites, he decidido no aceptar a ningún otro Señor excepto a ti. Acepto de buena gana el juramento de tu supremacía, y te reconozco como mi soberano legítimo, y me comprometo a rendir tributo de adoración, obediencia, amor y servicio a ti todos los días de mi vida, y vivir para ti hasta el final de mis días". Esta es una aceptación correcta de Dios. En resumen, él te dice: "Soy el Dios verdadero y fiel. Si me aceptas como tu Dios, debes estar dispuesto a confiar en mí. ¿Te aventurarás basándote en mi palabra, dependerás de mi fidelidad y aceptarás mi compromiso como tu seguridad? ¿Estarás contento de seguirme en la pobreza, el oprobio y la aflicción aquí, y esperar hasta el próximo mundo por tu promoción? ¿Estarás dispuesto a trabajar y sufrir, y esperar tus recompensas hasta la resurrección de los justos? El vientre de mi promesa no dará fruto de inmediato; ¿tendrás la paciencia de esperar? Ahora, amados, ¿qué dicen ustedes al respecto? ¿Aceptarán a este Dios como su Dios? ¿Estarán dispuestos a vivir por fe y confiar en Él por una felicidad invisible, un cielo invisible, una gloria invisible?

¿Sus corazones responden: 'Señor, nos aventuraremos en ti, nos comprometemos contigo; conocemos a quien hemos confiado; estamos dispuestos a aceptar tu palabra; preferiremos tus promesas por encima de nuestras posesiones y las esperanzas del cielo por encima de todos los placeres terrenales; esperaremos tu tiempo, lo que quieras aquí, con tal de tener tu promesa fiel para el cielo en el futuro'? Si realmente y después de una reflexión sincera, puedes aceptar a Dios de esta manera, él será tuyo. Así, en una verdadera conversión a Dios, debe haber un acercamiento a él que sea adecuado a sus excelencias. Pero cuando los hombres aceptan su misericordia pero aún aman el pecado, aborrecen la santidad y la pureza, o lo toman como su benefactor pero no como su soberano, o como su protector pero no como su porción; eso no es una conversión completa y auténtica.

Directiva VII. Acepta al Señor Jesús en todos sus oficios, con todas sus inconveniencias, como tuyo. Bajo estas condiciones, Cristo puede ser obtenido. Pecador, te has arruinado a ti mismo y estás sumido en la miseria más lamentable, de la cual nunca podrás escapar, pero Jesucristo es capaz y está dispuesto a ayudarte, y él se ofrece libremente a ti. Aunque tus pecados sean numerosos, grandes o de larga duración, serás perdonado y salvado con absoluta certeza si no desprecias miserablemente la oferta que en nombre de Dios se te hace aquí. El Señor Jesús te llama a mirar hacia él y ser salvado, a "venir a él, y él de ninguna manera te rechazará". Sí, él es un pretendiente para ti y te ruega que te reconcilies. Él clama en las calles, llama a tu puerta, te corteja

para que lo aceptes y vivas con él; si mueres, es porque no quisiste acudir a él para obtener vida.

Ahora, acepta a un Cristo ofrecido, y estarás bien para siempre; ahora, da tu consentimiento a él, y se hará el compromiso; todo el mundo no puede impedirlo. No te alejes por tu indignidad. Te digo que nada en el mundo puede arruinarte, excepto tu falta de voluntad.

Habla, ¿deseas hacer el compromiso? ¿Quieres que Cristo en todas sus relaciones sea tuyo, tu rey, tu sacerdote, tu profeta? ¿Lo aceptarás con todas sus inconveniencias? ¿Pondrás todo a sus pies? ¿Estarás dispuesto a correr todos los riesgos con él? ¿Aceptarás tu suerte con él, dondequiera que te lleve? ¿"Negarás a ti mismo, tomarás tu cruz y lo seguirás"? ¿Estás decidido, de manera consciente, libre y deliberada, a aferrarte a él en todos los tiempos y condiciones? Si es así, mi alma por la tuya, nunca perecerás, sino que has pasado de la muerte a la vida. Aquí radica el punto principal de tu salvación, que te encuentres en un pacto cerrado con Jesucristo. Por lo tanto, si te amas a ti mismo, asegúrate de ser fiel a Dios y a tu alma en esto.

Directiva VIII. Rinde todos tus poderes y facultades, y todo tu interés para que sean de él. "Se entregaron a sí mismos al Señor". Presenta tu cuerpo como un sacrificio vivo. El Señor no busca tus posesiones, sino a ti; por lo tanto, entrega tu cuerpo, con todos sus miembros, a él; y tu alma, con todos sus poderes, para que él sea glorificado en tu cuerpo y en tu espíritu, que le pertenecen. En un cierre adecuado con Cristo, todas tus facultades se entregan a él. Tu juicio declara: "Señor, eres digno de toda aceptación, el principal entre diez mil. Dichoso el hombre que te encuentra. Todas las cosas deseables no se pueden comparar contigo". La comprensión deja de lado sus razonamientos y objeciones corruptas, y sus prejuicios contra Cristo y sus caminos. Ya no hay duda, y se inclina por Cristo en contra del mundo entero. Concluye que es "bueno estar aquí", y ve un tesoro tan valioso en este campo, un valor en esta perla, que lo vale todo. "¡Oh! Aquí está el premio más rico que jamás se le haya ofrecido a un hombre, aquí está el remedio más soberano que la misericordia haya preparado; él es digno de mi estima, digno de mi elección, digno de mi amor, digno de ser abrazado, adorado, admirado por siempre jamás. Apruebo sus términos: sus condiciones son justas y razonables, llenas de equidad y misericordia". Una vez más, la voluntad se rinde: ya no vacila ni desea, sino que está decididamente determinada: "Señor, tu amor me ha vencido, me has conquistado, y tendrás todo de mí: Ven, Señor; a ti me abro libremente, consiento en ser salvado a tu manera. Tendrás cualquier

cosa; incluso todo, siempre y cuando te tenga a ti". La memoria se entrega a Cristo."

Señor, aquí hay un almacén para ti; deposita en él el tesoro; déjame ser un depósito de tu verdad, tus promesas, tus providencias". La conciencia se une: "Señor, siempre estaré de tu lado; seré tu fiel registro; advertiré cuando el pecador sea tentado y castigaré cuando tú estés ofendido; daré testimonio por ti, y juzgaré por ti, y guiaré por tus caminos, y nunca permitiré que el pecado tenga tranquilidad en esta alma". Los afectos también se entregan a Cristo: ¡Oh! dice el amor, "Estoy enfermo por ti. ¡Oh! dice el deseo, aquí está la satisfacción que buscaba; aquí está el anhelo de las naciones; aquí está el pan para mí y el bálsamo para mí; todo lo que quiero". El temor se inclina con reverencia y veneración. "Bienvenido, Señor; a ti pagaré mi homenaje; tu palabra y tu vara comandarán mis movimientos; te reverenciaré y adoraré; ante ti me postraré y te adoraré". La tristeza también se presenta: "Señor, tu desagrado y tu deshonor, las calamidades de tu pueblo y mis propias iniquidades, serán lo que me hará llorar. Lamentaré cuando te ofendas; lloraré cuando tu causa sea herida". La ira también se une a Cristo: "Señor, nada me enfurece más que mi necedad contra ti, que debería estar tan embotado y embrujado como para escuchar las adulaciones del pecado y las tentaciones de Satanás contra ti". El odio también se pondrá del lado de Cristo: "Protesto enemistad mortal con tus enemigos, que nunca seré amigo de tus adversarios: juro una disputa inmortal con cada pecado; no daré cuartel; no haré paz". Así es como todos tus poderes se entregan a Jesucristo. Además, debes entregarle todo tu interés. Si hay algo que te guardas para ti mismo de Cristo, será tu perdición. A menos que renuncies a todo, en preparación y resolución de tu corazón, no puedes ser su discípulo. Debes odiar al padre y a la madre, sí, y también tu propia vida, en comparación con él y en la medida en que compita con él. En pocas palabras, debes darte a ti mismo y todo lo que tienes, sin reservas, o de lo contrario no podrás tener parte en él.

Directiva IX. Elige las leyes de Cristo como la regla de tus palabras, pensamientos y acciones. Esta es la elección del verdadero converso. Pero recuerda estas tres reglas: 1. Debes elegir las todas: no se puede llegar al cielo con una obediencia parcial. Lee el Salmo 119:6, 128, 160. Ezequiel 18:21. Nadie debe pensar que es suficiente conformarse con la parte barata y fácil de la religión, y dejar de lado los deberes que son costosos, que requieren negarse a uno mismo y que van en contra de los intereses de la carne; debes tomarlo todo o nada. Un converso sincero, aunque tenga más conciencia de los pecados más graves y los deberes más importantes, también tiene una verdadera conciencia de los pecados

pequeños y de todos los deberes. Para todos los momentos, para la prosperidad y la adversidad. Un verdadero converso está decidido en su camino; se mantendrá en su elección y no se dejará llevar por la corriente y se unirá a la religión de la época. "Me he aferrado a tus testimonios; he inclinado mi corazón a cumplir tus estatutos siempre, hasta el fin. Tus testimonios he tomado como herencia para siempre. Tendré en cuenta tus estatutos continuamente". Esto debe hacerse de manera deliberada y con entendimiento. El hijo desobediente dijo: "Voy, señor", pero no fue. ¿Qué prometieron tan bien? "Todo lo que el Señor nuestro Dios te hable, lo haremos". Y es probable que hablaban en serio, pero cuando llegó el momento de la prueba, se descubrió que no tenían un corazón para hacer lo que habían prometido. Si quieres ser sincero en aceptar las leyes y los caminos de Cristo, primero "estudia el significado, la amplitud y la extensión de ellos". Recuerda que son espirituales; alcanzan incluso los pensamientos y las inclinaciones del corazón, por lo que, si quieres caminar según esta regla, incluso tus pensamientos y movimientos internos deben estar bajo control. Además, son muy estrictos y requieren negarse a uno mismo, completamente contrarios a las inclinaciones naturales de tu ser; debes tomar la puerta estrecha, el camino angosto y estar dispuesto a limitar la libertad que la carne desea. En pocas palabras, son muy amplios, porque "tus mandamientos son sumamente amplios".

2. No te conformes con generalidades (hay mucho engaño en eso), sino que enfoca tu corazón en los mandamientos particulares de Cristo.

Aquellas personas judías en tiempos del profeta parecían tan resueltas como cualquier otra en el mundo, y llamaban a Dios como testigo de que lo que decían era lo que realmente querían hacer, pero se mantenían en generalidades. Cuando el mandato de Dios contradecía sus inclinaciones, no obedecían, Jeremías 42:1-6 en comparación con el capítulo 43:2. Toma el Catecismo Mayor de la Asamblea y lee su excelente y conciso comentario de los Mandamientos, y pon tu corazón en ello. ¿Estás resuelto, en la fortaleza de Cristo, a comprometerte con la práctica consciente de cada deber que encuentres requerido allí, y a oponerte a cada pecado que encuentres prohibido? Este es el camino para ser hallado en los estatutos de Dios, para que nunca te avergüences. Observa los deberes especiales que tu corazón más rechaza y los pecados especiales a los que está más inclinado, y verifica si estás verdaderamente resuelto a cumplir con uno y abandonar el otro. ¿Qué dices acerca de tu pecado más arraigado, tu pecado lucrativo? ¿Qué dices acerca de los deberes costosos, peligrosos y que desagradan a la carne? Si vacilas aquí y no te resuelves, por la gracia de Dios, a crucificar la carne, estás en un estado de falta de integridad.

Directiva X. Que todo esto se lleve a cabo en un solemne pacto entre Dios y tu alma. Para ayudarte en ello, sigue estas pocas indicaciones. Primero, reserva un tiempo, más de una vez, para pasar a solas delante del Señor: 1. Buscando con fervor su asistencia especial y su aceptación bondadosa de ti. 2. Considerando claramente todos los términos o condiciones del pacto expresados en la siguiente forma propuesta. 3. Examinando tu corazón para ver si estás sinceramente dispuesto a abandonar todos tus pecados y a entregarte, cuerpo y alma, a Dios y a su servicio, para servirle en santidad y justicia todos los días de tu vida. Segundo, prepara tu espíritu en el estado más serio posible, adecuado para una transacción de tanta importancia. Tercero, aférrate al pacto de Dios y confía en su promesa de otorgar gracia y fortaleza, para que puedas cumplir tu promesa. No confíes en tu propia fuerza ni en la fuerza de tus propias resoluciones, sino aférrate a su fortaleza. Cuarto, resuélvete a ser fiel: después de haber comprometido tu corazón, abierto tu boca y suscrito con tu mano ante el Señor, resuélvete en su fortaleza a no retroceder nunca. Por último, estando así preparado, en algún momento conveniente reservado para ese propósito, comienza la obra y de la manera más solemne posible, como si el Señor estuviera presente visiblemente ante tus ojos, arrodíllate y extiende tus manos hacia el cielo, abre tu corazón al Señor, con estas palabras o similares: "¡Oh Dios temible! Por la pasión de tu amado Hijo, te ruego que aceptes a tu 'pobre Pródigo', que ahora se postra a tu puerta.

He caído lejos de ti debido a mi iniquidad y, por naturaleza, soy un hijo de la muerte, y mil veces más hijo del infierno por mi práctica malvada. Pero de tu gracia infinita, has prometido gracia para mí en los términos de Cristo, si tan solo me vuelvo a ti con todo mi corazón. Por lo tanto, en base a los términos de tu evangelio, ahora me acerco a ti y, arrojando mis armas, me someto a tu misericordia". Y, porque requieres, como condición de mi paz contigo, que renuncie a mis ídolos y esté en enemistad con todos tus enemigos, con los cuales reconozco que me he aliado perversamente contra ti, aquí, desde lo más profundo de mi corazón, los renuncio a todos, comprometiéndome en este pacto contigo, a no permitirme a mí mismo en ningún pecado conocido, sino a usar concienzudamente todos los medios que, según espero, has prescrito para la muerte y destrucción total de todas mis corrupciones. Y, considerando que anteriormente he dejado salir desordenada e idólatramente mis afectos hacia el mundo, ahora entrego mi corazón a ti, quien lo ha creado, protestando humildemente ante tu gloriosa Majestad que es la firme resolución de mi corazón, y que deseo sinceramente tu gracia para que, cuando me lo llames, pueda practicar esta resolución con tu ayuda, abandonando todo lo que es querido para mí en este mundo en lugar de

apartarme de ti y seguir los caminos del pecado. Vigilaré contra todas las tentaciones, ya sean de prosperidad o adversidad, para que no aparten mi corazón de ti. También te suplico que me ayudes contra las tentaciones de Satanás, a cuyas malvadas sugerencias resuelvo, por tu gracia, nunca someterme como siervo.

Y debido a que mi propia justicia es como trapos sucios, renuncio a toda confianza en ella y reconozco que, por mí mismo, soy una criatura desesperada, indefensa y perdida, sin justicia ni fuerza. Y dado que Tú, de tu misericordia infinita, me has ofrecido de manera más graciosa ser aceptado nuevamente por Dios a través de Cristo, si yo te aceptara, invoco al cielo y a la tierra como testigos en este día, para declarar solemnemente que te reconozco como el Señor mi Dios; y con toda la reverencia posible, inclinando el cuello de mi alma bajo los pies de tu Majestad sagrada, te elijo a Ti, Señor Jehová, Padre, Hijo y Espíritu Santo, como mi porción y bien supremo; y así me entrego a mí mismo, cuerpo y alma, a tu servicio, prometiendo y jurando servirte en santidad y justicia todos los días de mi vida. Y puesto que has designado al Señor Jesucristo como el único medio para acercarme a Ti, aquí, de rodillas en mi alma, lo acepto como el único, nuevo y vivo camino por el cual los pecadores pueden tener acceso a Ti; y por medio de este pacto matrimonial me uno solemnemente a Él.

Oh bendito Jesús, vengo a Ti, pobre, miserable, ciego y desnudo; un pecador muy contaminado, un malhechor culpable y condenado, indigno incluso de lavar los pies de los siervos de mi Señor, y mucho menos de casarme solemnemente con el Rey de la Gloria. Pero dado que tu amor es inigualable, aquí, con todo mi poder, te acepto y te tomo como mi cabeza y esposo, para todas las épocas y condiciones, amarte, honrarte y obedecerte por encima de todos los demás, y esto hasta la muerte. Te abrazo en todos tus oficios, renuncio al pecado y a Satanás, y prometo, por tu gracia, vivir para ti y contigo en todos los aspectos de mi vida. El último es Dios el Padre, Hijo y Espíritu Santo, quien debe ser aceptado de esta manera.

Los términos mediados pueden ser principales o menos principales. El principal es Cristo el Mediador, quien debe ser así abrazado. Renuncio a mi propia dignidad y te reconozco como el Señor, mi justicia; renuncio a mi propia sabiduría y te tomo como mi único guía; renuncio a mi propia voluntad y acepto tu voluntad como mi ley. Y puesto que me has dicho que debo sufrir si quiero reinar, aquí hago un pacto contigo para aceptar mi suerte como venga contigo, y con tu gracia ayudándome, afrontar todos los riesgos contigo, suponiendo sinceramente que ni la vida ni la muerte nos separarán. Y como has tenido la bondad de darme tus santas

leyes como el principal principio de mi vida y el camino por el cual debo caminar hacia tu reino, aquí pongo voluntariamente mi cuello bajo tu yugo, y suscribiendo todas tus leyes como santas, justas y buenas, las tomo solemnemente como la regla de mis pensamientos, palabras y acciones, prometiendo que aunque mi carne se oponga y se rebele, me esforzaré por ordenar y gobernar toda mi vida según tu dirección y no me permitiré descuidar ninguna cosa que sé que es mi deber. Solo (debido a la fragilidad de mi carne) soy propenso a cometer muchos errores, por lo cual me atrevo a declarar humildemente que las fallas no permitidas, contrarias al firme propósito y resolución de mi corazón, no invalidarán este pacto, ya que así lo has dicho. Ahora, Dios Todopoderoso, escudriñador de los corazones, sabes que hago este pacto contigo en este día, sin ninguna falsedad o reserva conocida, te ruego que si descubres alguna imperfección o falsedad en él, me lo hagas saber y me ayudes a hacerlo correctamente.

Y ahora, gloria sea a ti, oh Dios Padre, a quien me atreveré, de este día en adelante, a considerar como mi Dios y Padre, que hayas encontrado tal camino para la restauración de pecadores perdidos. Gloria sea a ti, oh Dios Hijo, quien me has amado y lavado de mis pecados con tu propia sangre, y ahora eres mi Salvador y Redentor. Gloria sea a ti, oh Dios Espíritu Santo, quien, con tu poder omnipotente, has transformado mi corazón del pecado a Dios. ¡Oh temible Jehová! Señor Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora te has convertido en mi amigo del pacto, y yo, por tu infinita gracia, me he convertido en tu siervo del pacto. Amén, así sea. Y que el pacto que he hecho en la tierra sea ratificado en el cielo.

CONSEJO

Te aconsejo que hagas este pacto, no solo en tu corazón, sino también en palabra; no solo en palabra, sino también en acción; y que, con toda reverencia posible, presentes la escritura del pacto ante el Señor, como si se la estuvieras presentando como tu acto y documento. Y cuando hayas hecho esto, pon tu firma en él, guárdalo como un memorial de las solemnes transacciones que han ocurrido entre Dios y tú, para que puedas recurrir a él en momentos de duda y tentación.

Directiva XI. Presta atención a no demorar tu conversión y comienza a convertirte de manera rápida y decidida: "Me apresuré y no me detuve". Recuerda y tiembla ante el triste ejemplo de las vírgenes necias, que no llegaron hasta que "la puerta de la misericordia fue cerrada", y de un convencido Félix, que pospuso a Pablo para otro momento, y nunca encontramos que tuviera otro momento así. ¡Oh, ven mientras se te llama

hoy, no sea que te endurezcas por la engañosa seducción del pecado, no sea que el día de la gracia se acabe y las cosas que te traerían paz estén "escondidas a tus ojos". Ahora la misericordia te está invitando: ahora Cristo está esperando ser misericordioso contigo, y el Espíritu de Dios está luchando contigo: ahora los ministros están llamando: ahora la conciencia se está agitando: ahora Cristo está disponible para que lo tomes. ¡Oh, aprovecha las ofertas de gracia: oh, ahora o nunca! Si desprecias esta oferta, Dios puede jurar, en su ira, que no probarás de su banquete.

Directiva XII. Atiende conscientemente a la "puerta", como el medio designado para tu conversión.

Atiende, digo, no de forma rutinaria, sino conscientemente; con el deseo, el propósito, la esperanza y la expectativa de que puedas ser convertido por medio de ello. Cada sermón que escuches, acércate con este pensamiento: "¡Oh, espero que Dios se manifieste ahora: espero que este día sea el momento, que este sea el hombre por medio del cual Dios me traerá de regreso a casa". Cuando te acerques a las ordenanzas, eleva así tu corazón a Dios: "Señor, que este sea el día de reposo, que esta sea la ocasión por la cual pueda recibir gracia renovadora: Oh, que se diga que en este día alguien nació para ti". Objeción. Dirás: "He sido oyente de la palabra durante mucho tiempo, y sin embargo, no ha tenido un efecto en mi conversión". Respuesta. Sí, pero no has asistido de esta manera considerándola como un medio de tu conversión, ni con este propósito, ni orando y esperando el feliz efecto de ella.

Directiva XIII. Acompaña al Espíritu cuando comience a obrar en tu corazón. Cuando él te lleva a la convicción, no la reprimas, sino únete a él y ruega al Señor que lleve esa convicción hasta la conversión. "No apagues al Espíritu"; no entres en conflicto con él, no lo resistas. Ten cuidado de silenciar las convicciones con malas compañías o asuntos mundanos.

Cuando te enfrentes a angustias debido al pecado y a temores acerca de tu estado eterno, pídele a Dios que nunca te abandone hasta que haya purificado por completo tu corazón del pecado y lo haya entregado a Jesucristo. Dile: "Trabaja en mí de manera directa, Señor; no dejes la obra a medias. Si notas que no estoy lo suficientemente herido, que no estoy lo suficientemente angustiado, profundiza mi herida, Señor. Oh, llega hasta lo más profundo de mi corrupción y limpia la mancha de mis pecados". De esta manera, entrégate por completo a la obra del Espíritu.

Directiva XIV. Dedicarte al uso constante y diligente de la oración seria y ferviente. Aquel que descuida la oración es un pecador profano e

impío. Aquel que no es constante en la oración no es más que un hipócrita, a menos que la omisión sea contraria a su curso ordinario debido a alguna tentación instantánea. Una de las primeras manifestaciones de la conversión es el hábito de la oración en las personas. Por lo tanto, dedícate a este deber; que nunca pase un día en el que no reserves algún tiempo, por la mañana y por la noche, para la oración solemne y seria en secreto. Reúne también a tu familia diariamente y con regularidad para adorar a Dios contigo. ¡Ay de ti si te encuentras entre los familiares que no invocan el nombre de Dios! Pero las devociones frías y sin vida no llegarán ni a la mitad del camino hacia el cielo. Sé ferviente e insistente; la importunidad dará resultado, pero sin violencia, no se tomará el reino de los cielos. Debes esforzarte por entrar, luchar con lágrimas y súplicas, como Jacob, si deseas obtener la bendición.

Estás perdido para siempre sin la gracia, por lo tanto, debes ponerte en marcha y decidir no negarte a ti mismo. Aquel hombre que está firmemente decidido en esta resolución: "Bueno, debo tener gracia, o nunca me rendiré hasta que la tenga; nunca dejaré de buscar, esperar y luchar con Dios y mi propio corazón hasta que Él me renueve por el poder de Su gracia". Este hombre está en el camino más probable para obtener la gracia.

Objeción: Pero Dios no escucha a los pecadores, sus oraciones son una abominación. Respuesta: Hay que hacer una distinción entre los pecadores.

1. Hay "pecadores resueltos"; a estos Dios aborrece sus oraciones.
2. Hay "pecadores arrepentidos"; a estos Dios saldrá al encuentro y se encontrará con misericordia, aunque todavía estén lejos.

Aunque las oraciones de los no santificados no pueden tener una aceptación completa, Dios ha hecho mucho a petición de ellos, como en la humillación de Ahab y el ayuno de Nínive. Seguramente puedes llegar tan lejos como ellos, aunque no tengas gracia; ¿y cómo sabes si puedes tener éxito en tu petición, como ellos lo tuvieron en la suya? Además, ¿no es mucho más probable que Él te conceda a ti que a ellos, ya que pides en el nombre de Cristo y no por bendiciones temporales, sino por cosas que le complacen mucho más, es decir, "Cristo, gracia, perdón, para que puedas ser justificado, santificado, renovado y capacitado para servirle?" Recurre a estas Escrituras que alientan el alma: Proverbios 2:1-6, Lucas 11:9-13, Proverbios 8:34-35.

¿No es un gran consuelo que Él te llame? ¿No te insta a utilizar los medios, y piensas que Él se burlará de ti? Sin duda, Él no te abandonará si no te abandonas a ti mismo. Oh, ora y no te desmayes. Una persona de gran importancia, después de haber ofendido al Duque de Buckingham, el gran favorito del rey, fue admitida en su presencia después de esperar mucho tiempo, se postró a sus pies diciendo: "He resuelto no levantarme más hasta obtener el favor de Su Gracia". Con esa actitud, logró conmoverlo.

Con una resolución similar, arrodíllate ante los pies de Dios; es por tu vida, por lo tanto, síguelo y no te rindas; resuelve que no te conformarás con mercedes comunes. ¿Qué importa si Dios no te responde de inmediato? ¿Acaso la gracia no vale la pena esperar? Toca y espera, y sin duda, antes o después, vendrá la misericordia. Y ahora tienes el mismo estímulo para buscar y esperar que los santos que están en la gloria una vez tuvieron; ellos estuvieron en tu misma situación. ¿Y si les ha ido tan bien, no irás a la misma puerta y esperarás a tu Dios siguiendo el mismo camino?

Directiva XV. Abandona a tus malas compañías y evita las ocasiones de pecado. Nunca te apartarás del pecado a menos que evites y renuncies a las tentaciones del pecado. No espero tu conversión del pecado a menos que llegues a un punto de negación de ti mismo, de rechazar las ocasiones. Si te limitas a jugar con el anzuelo, a acercarte al abismo y a jugar y entrometerte con la trampa, tu alma seguramente será atrapada. Cuando Dios, en su providencia, expone a los hombres a la tentación de manera inevitable y las ocasiones son tales que no podemos evitar, podemos esperar una asistencia especial en el uso de sus medios; pero cuando tentamos a Dios al correr hacia el peligro, Él no se comprometerá a sostenernos cuando seamos tentados. Y de todas las tentaciones, una de las más fatales y perniciosas es la mala compañía. ¡Cuántos comienzos prometedores han sido sofocados por ella!

¡Oh, las almas, las propiedades, las familias, las ciudades que han sido arruinadas por ellos! ¡Cuántos pobres pecadores han sido iluminados y convencidos, estando a punto de escapar de la trampa del diablo, e incluso habiendo escapado de ella, pero la compañía malvada los ha arrastrado al final y los ha convertido en hijos del infierno siete veces más! En pocas palabras, no tengo esperanzas en ti a menos que te alejes de tus malas compañías. Cristo te habla como les habló a ellos en otra situación: "Si me buscas a mí, deja que estos se vayan". Tu vida está en juego: abandónalos, o de lo contrario no podrás vivir. ¿Serás peor que el asno de Balaam, corriendo cuando ves al Señor con una espada desenvainada en el camino? Que esta sentencia esté escrita en letras

mayúsculas en tu conciencia: "Un compañero de necios será destruido". El Señor lo ha dicho, ¿quién lo puede revertir?

¿Y correrás hacia la destrucción cuando Dios mismo te advierte? Si Dios alguna vez cambia tu corazón, se manifestará en el cambio de tus compañías. ¡Oh, teme y huye del abismo por el cual tantas almas han sido tragadas por la perdición! Será difícil para ti escapar. Tus compañeros se burlarán de tu religión y tratarán de llenarte de prejuicios contra la rectitud, ridiculizándola y privándote de consuelo; te halagarán y te seducirán, pero recuerda las advertencias del Espíritu Santo: "Hijo mío, si los pecadores te incitan, no consientas; si te dicen: 'ven con nosotros, compartamos el botín, echemos suerte todos juntos', no sigas por el camino con ellos, aléjate de ellos y sigue adelante. Porque sus caminos llevan a la oscuridad y no saben en qué tropiezan. Ellos acechan su propia sangre, acechan sus propias vidas en secreto". Mi alma se conmueve al ver cuántos de mis oyentes están a punto de perecer, ellos y sus hogares, por esta terrible maldición, incluso frecuentando esos lugares y compañías que los arrastran al pecado.

Una vez más, te exhorto, al igual que Moisés hizo con Israel: "Y habló a la congregación, diciendo: por favor, apartaos de las tiendas de estos hombres malvados". ¡Huye de ellos como si tuvieran llagas de peste corriendo en sus frentes! Y si no logras escapar, te engañarán hasta la perdición y serán tu ruina eterna.

Directiva XVI. Por último, aparta un día para humillar tu alma en secreto, mediante el ayuno y la oración, para generar un sentido de tus pecados y miserias en tu corazón. Lee la Exposición de los Mandamientos de la Asamblea y anota los deberes omitidos y los pecados cometidos por ti contra cada mandamiento, así elaborarás una lista de tus pecados y, con vergüenza y dolor, preséntalos ante el Señor. Y si tu corazón está verdaderamente dispuesto a aceptar los términos, únete solemnemente al Señor en ese pacto establecido en la Décima Directiva, y que el Señor te conceda misericordia a sus ojos. Así te he dicho lo que debes hacer para ser salvo. ¿No obedecerás la voz del Señor? ¿No te levantarás y te pondrás a trabajar? Oh hombre, ¿qué respuesta darás, qué excusa tendrás, si pereces finalmente por pura obstinación, cuando has conocido el camino de la vida?

No temo que fracases, si tu propia ociosidad no acaba por destruirte, al descuidar el uso de los medios que aquí se prescriben tan claramente. ¡Despierta, oh perezoso, y emprende tu tarea! ¡Pon manos a la obra y el Señor estará contigo.

Un breve soliloquio para un pecador no regenerado. ¡Ay! ¡Miserable hombre que soy! ¡En qué condición me he puesto por el pecado! Oh, veo que mi corazón solo me ha engañado todo este tiempo, halagándome con la idea de que mi condición era buena. Veo, veo que soy solo un hombre perdido y arruinado, eternamente perdido, a menos que el Señor me saque de esta condición. ¡Mis pecados! ¡Mis pecados! Señor, ¡qué impuro y contaminado soy! ¡Oh, qué profundidad de pecado hay en este corazón mío, que me he engañado a mí mismo pensando que era un buen corazón! Señor, ¡qué corrupción universal hay en todas mis partes, facultades, acciones! Todas las imaginaciones de los pensamientos de mi corazón son solo maldad continuamente. Estoy incapacitado, averso y enemistado con todo lo que es bueno, y propenso a todo lo que es malo.

¡Y oh! ¡Los innumerables pensamientos, palabras y acciones pecaminosas que han surgido en mi corazón! ¡Oh, la carga de culpa que hay en mi alma! Mi cabeza está llena, mi corazón está lleno, mi mente y mis miembros están llenos de pecado. ¡Mis pecados! ¡Cómo me miran fijamente! ¡Cómo testifican en mi contra! ¡Ay de mí! Cada mandamiento me acusa, mucho más que diez mil talentos, sí, diez mil veces diez mil.

¡Qué infinita es entonces la suma de todas mis deudas! ¡Ay de mí! Pues mis deudas son infinitas, y mis pecados se han multiplicado; son agravios contra una Majestad infinita; y si aquel que comete traición contra un simple mortal merece la muerte, ¿qué no he merecido yo, que he alzado tantas veces mi mano contra el cielo y he atacado la corona y la dignidad del Todopoderoso? ¡Oh, mis pecados, mis pecados! ¡Mira, se acerca una tropa! ¡Multitudes, multitudes! No se puede contar sus ejércitos. Innumerables males me rodean, mis iniquidades se han apoderado de mí; se han organizado en formación contra mí. Señor, ¡cómo estoy rodeado! ¡Cuántos son los que se levantan contra mí! Me han rodeado por detrás y por delante; han tomado posesión de todas mis facultades y han fortificado mi desdichada alma como una guarnición contra el Dios que me creó.

Y son tan poderosos como numerosos. Las arenas son muchas, pero no son grandes. Las montañas son grandes, pero no son muchas. Pero, ¡ay de mí! Mis pecados son tantos como las arenas y tan poderosos como las montañas; su peso es mayor que su número. Sería mejor que las rocas y las montañas cayeran sobre mí que la carga aplastante e insostenible de mis propios pecados. Señor, estoy cargado de peso; que la misericordia ayude, o estaré perdido. Descarga de mí esta carga pesada, que me hunde. ¡Señor, o seré aplastado sin esperanza y debo ser arrastrado al infierno! Si mi dolor se pesara en su totalidad y los pecados se pusieran en la balanza juntos, serían más pesados que las arenas del mar; por eso

mis palabras se desvanecen. ¡Oh Señor, conoces mis múltiples transgresiones y mis pecados poderosos!

¡Ah, mi alma! ¡Ay, mi gloria! ¿A dónde has sido humillada? Una vez la gloria de la creación y la imagen expresa de Dios, ahora te has vuelto corrupta y pecadora. ¡Oh, qué obra ha hecho el pecado contigo! Serás llamada abandonada, y el nombre con el que te llamarán es Icabod, o "¿Dónde está la gloria?" ¡Cómo has descendido poderosamente! Mi belleza se ha convertido en deformidad y mi gloria en vergüenza. Señor, ¡qué leproso repugnante soy! ¡Y cuán aborrecible debo ser para el Dios santísimo, cuyos ojos no pueden contemplar la iniquidad! ¡Y qué miseria me han traído mis pecados!

Señor, ¿en qué situación me encuentro! Vendido bajo el pecado, excluido del favor de Dios, maldito por el Señor, maldito en mi cuerpo, maldito en mi alma, maldito en mi nombre, en mi patrimonio, en mis relaciones y en todo lo que tengo. Mis pecados no están perdonados y mi alma está a un paso de la muerte. ¡Ay! ¿Qué haré? ¿A dónde iré? ¿Hacia dónde debo mirar? Dios me mira desde arriba con desagrado, el infierno se abre para mí debajo, la conciencia me golpea desde dentro, las tentaciones y peligros me rodean desde fuera.

¡Oh! ¿A dónde huiré? ¿Qué lugar puede ocultarme de la omnisciencia? ¿Qué poder puede protegerme de la omnipotencia? ¿Qué pretendes, oh alma mía, al seguir así? ¿Has hecho un pacto con el infierno? ¿Has hecho un pacto con la muerte? ¿Amas tu miseria? ¿Es bueno para ti estar aquí? ¡Ay! ¿Qué haré? ¿Debo seguir en mis caminos pecaminosos? Entonces, mi fin será la destrucción segura. ¿Debo quedarme más tiempo en este estado miserable? No, si me quedo aquí moriré. ¿Y entonces? ¿No hay ayuda, no hay esperanza? Ninguna, excepto si me vuelvo. ¿Pero hay algún remedio para tanta miseria lamentable? ¿Algún perdón después de tanta iniquidad provocadora? Sí, tan seguro como el juramento de Dios es verdadero, tendré perdón y misericordia todavía, si en este mismo momento, de manera sincera y sin reservas, me vuelvo a él a través de Cristo.

Entonces te doy gracias, de rodillas en el alma, oh Jehová misericordioso, porque tu paciencia ha esperado por mí hasta ahora; porque si me hubieras llevado en este estado, habría perecido para siempre. Y ahora adoro tu gracia y acepto las ofertas de tu misericordia. Renuncio a todos mis pecados y me propongo, por tu gracia, luchar contra ellos y seguirte en santidad y justicia todos los días de mi vida.

¿Quién soy yo, Señor, para reclamarte algo o tener alguna parte o porción en ti? Sin embargo, ya que extiendes el cetro dorado, me atrevo a acercarme y tocar. Desesperar sería despreciar tu misericordia, y alejarme cuando me invitas a venir sería al mismo tiempo perjudicarme y rebelarme contra ti bajo el pretexto de humildad. Por eso doblo mi alma ante ti y con toda posible gratitud te acepto como mío y me entrego a ti como tuyo. Serás soberano sobre mí, "mi Rey y mi Dios". Te sentarás en el trono y todos mis poderes se inclinarán ante ti; vendrán y te adorarán ante tus pies. Tú serás mi porción, oh Señor, y en ti encontraré descanso.

Tú llamas por mi corazón: ¡Ojalá fuera de alguna manera digno de tu aceptación! Soy indigno, oh Señor, eternamente indigno de ser tuyo; pero, ya que así lo quieres, libremente entrego mi corazón a ti, tómalo, es tuyo. ¡Ojalá fuera mejor! Pero, Señor, lo pongo en tus manos, que solo puedes mejorarlo. Moldéalo según tu propio corazón; hazlo santo, humilde, celestial, suave, tierno, flexible; y escribe tu ley en él. "Ven, Señor Jesús, ven pronto". Entra triunfalmente; llévame contigo para siempre. Me entrego a ti; vengo a ti como el único camino al Padre, como el único mediador, el medio ordenado para acercarme a Dios. Me he destruido a mí mismo, pero en ti está mi ayuda: "¡Sálvame, Señor, o de lo contrario perezcó!" Nunca el salario fue más merecido para el siervo, nunca la moneda fue más merecida para el trabajador, que la muerte y el infierno (mi justo salario) me son debidos por mis pecados. Pero huyo a tus méritos; confío solo en el valor y la virtud de tu sacrificio, y en la eficacia de tu intercesión. Me someto a tu enseñanza; elijo tu gobierno. "¡Abranse, puertas eternas, para que entre el Rey de la Gloria!" Oh Espíritu del Altísimo, el Consolador y Santificador de tus elegidos, entra con toda tu gloriosa comitiva, con todos tus cortesanos, tus frutos y gracias; permíteme ser tu morada; solo puedo darte lo que ya te pertenece: pero aquí, como la pobre viuda, arrojo mis dos pequeñas monedas, mi alma y mi cuerpo, en tu tesoro, entregándolos plenamente a ti, para que los santifiques, para que sean tus siervos.

Ellos serán tus pacientes; tú cura su enfermedad. Ellos serán tus agentes; tú gobierna sus acciones. Por demasiado tiempo he servido al mundo; por demasiado tiempo he escuchado a Satanás. Pero ahora renuncio a todos ellos y seré gobernado por tus dictados y direcciones, y guiado por tu consejo. ¡Oh, bendita Trinidad! ¡Oh, gloriosa Unidad! Me entrego a ti; recíbeme; escribe tu nombre, oh Señor, sobre mí y sobre todo lo que tengo, como tus bienes propios. Pon tu marca sobre mí, sobre cada miembro de mi cuerpo y en cada facultad de mi alma. He elegido tus preceptos; guardaré tu ley en mi mente y buscaré escribir conforme a

ella. Según esta regla, resuelvo, por tu gracia, caminar; según esta ley, será gobernado todo mi ser, y aunque no puedo guardar perfectamente ninguno de tus mandamientos, no permitiré transgredir ninguno. Sé que mi carne se resistirá, pero resuelvo, en el poder de tu gracia, aferrarme a ti y a tus caminos santos, sin importar el costo. Estoy seguro de que no saldré perdiendo contigo, por lo tanto, estaré satisfecho con el reproche, las dificultades y las adversidades aquí, y "me negaré a mí mismo, tomaré mi cruz y te seguiré". Señor Jesús, tu yugo es fácil, tu cruz es bienvenida; al ser el camino hacia ti, dejo de lado toda esperanza de felicidad mundana; estaré contento de esperar hasta que venga a ti. Permíteme ser pobre, humilde y despreciado aquí, con tal de que se me permita vivir y reinar contigo en el futuro. Señor, tienes mi corazón y mi mano en este acuerdo; que sea como las leyes de los medos y los persas, nunca para ser revertido. En esto permaneceré; en esta resolución, por tu gracia, viviré y moriré; "He jurado y cumpliré que guardaré tus justos juicios". He dado mi consentimiento libre; he hecho mi elección eterna. Señor Jesús, confirma el contrato. Amén.

UNA ALARMA PARA PECADORES INCONVERSOS

CAPÍTULO 7: Conteniendo los motivos para la conversión

Aunque lo que se ha dicho hasta ahora sobre la "necesidad de conversión" y las "miserias de los no convertidos" podría ser suficiente para inducir a cualquier mente reflexiva a decidir una vuelta o conversión inmediata hacia Dios; sin embargo, sabiendo cuán obstinado y difícil de tratar es el corazón humano por naturaleza, he considerado necesario añadir, a los medios de conversión y las instrucciones para un pacto con Dios y Cristo, algunos motivos para persuadirte a ello. Señor, no me falles ahora, en mis últimos intentos. Si alguna alma ha llegado hasta aquí y aún no ha sido conmovida, ahora, Señor, aférrate a ella y haz tu obra; toma su corazón, véncelo, persuádele hasta que diga que te ha concedido la victoria, porque Tú eres más fuerte que él. Señor, ¿me hiciste pescador de hombres y he trabajado todo este tiempo sin atrapar nada? ¡Ay, que he gastado mis fuerzas en vano! Y ahora lanzo mi última red. Señor Jesús, permanece en la orilla y guía cómo y dónde debo extender mi red; y permite que encierre con argumentos las almas que busco, para que no puedan escapar. ¡Ahora, Señor, por una multitud de almas! ¡Ahora, por una gran captura! Oh Señor Dios, acuérdate de mí, te lo ruego, y fortaléceme esta vez, ¡oh Dios!

Pero me dirijo a ustedes.

Hombres y hermanos, el cielo y la tierra les llaman; sí, el infierno mismo predica la doctrina del arrepentimiento para ustedes; los ángeles de las iglesias trabajan por ustedes; los ángeles del cielo esperan por ustedes, esperan por su arrepentimiento y su vuelta a Dios. En verdad, si tan solo te acercaras, la multitud celestial entonarían sus himnos y cantarían "Gloria a Dios en las alturas"; las estrellas de la mañana cantarían juntas, y todos los hijos de Dios se regocijarían y celebrarían esta nueva creación como lo hicieron con la primera. Tu arrepentimiento haría, por así decirlo, una fiesta en el cielo, y los espíritus gloriosos se alegrarían de

que haya un nuevo hermano añadido a su sociedad, otro heredero nacido para el Señor, y el hijo perdido recibido sano y salvo. Las lágrimas del verdadero penitente son verdaderamente el vino que deleita tanto a Dios como al hombre.

Si es poco que hombres y ángeles se regocijen con tu conversión, debes saber que Dios mismo se regocijaría sobre ti, incluso con cánticos, y descansaría en su amor. Nunca Jacob lloró con tanta alegría sobre el cuello de su José como tu Padre celestial se regocijaría sobre ti al acercarte a Él. Observa la historia del hijo pródigo. Me parece ver cómo el padre anciano deja de lado su estatus y olvida sus años; ¡observa cómo corre! ¡Oh, la prisa que hace la misericordia!

El pecador no se mueve ni la mitad de rápido. Me parece ver cómo sus entrañas se conmueven, cómo sus compasiones se agitan. ¡Qué aguda es la visión del amor! La misericordia lo divisa desde lejos; olvida sus caminos derrochadores, su rebelión antinatural, su ingrato desagradecimiento (ni una palabra de esto), pero lo recibe con brazos abiertos, lo abraza alrededor de su cuello, besa sus labios que merecen ser despreciados, los labios que se unieron a prostitutas; llama al becerro cebado, la mejor túnica, el anillo, los zapatos, el mejor banquete en el almacén del cielo, el mejor atuendo en el guardarropa del cielo. Sí, la alegría no puede contenerse en su propio pecho. Otros deben ser llamados a participar: los amigos deben reunirse y celebrar; los ángeles deben esperar, pero el hijo pródigo debe ser colocado en la mesa, bajo el ala de su padre; él es la alegría del banquete, él es el dulce objeto del deleite de su padre.

Los amigos simpatizan, pero nadie conoce la felicidad que el padre experimenta en su hijo recién nacido, a quien ha recibido de entre los muertos. Me parece oír la música y la danza a lo lejos. ¡Oh, la melodía de los coristas celestiales! No puedo aprender la canción, pero me parece escuchar el estribillo, al cual todo el coro armonioso se une dulcemente de común acuerdo; porque así se entona en la mesa del cielo: "Porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado". No necesito explicar más la parábola: Dios es el padre, Cristo es el banquete, su justicia es la túnica, su gracia son los ornamentos, ministros, santos, ángeles son los amigos y siervos, y tú, que estás leyendo (si te arrepientes sinceramente y te vuelves), eres el pródigo bienvenido, el feliz ejemplo de esta gracia y bendito objeto de esta alegría y amor.

¡Oh, roca! ¡Oh, adamantino! ¿Aún no te mueves? ¿Todavía no estás resuelto a volverte de inmediato y a aceptar la misericordia? Te probaré

una vez más: Si alguien te fuera enviado desde los muertos, ¿te convencerías? Escucha entonces la voz de los muertos clamando a ti para que te arrepientas: "Te ruego que envíes a alguien a la casa de mi padre (tengo cinco hermanos) para que les testifique, no sea que ellos también vengan a este lugar de tormento. Si alguien fuera a ellos desde los muertos, se arrepentirán". Escucha, oh hombre, tus predecesores en la impenitencia te predicán desde las llamas infernales que te arrepientas.

Oh, mira hacia el abismo sin fondo. ¿Ves cómo el humo de sus tormentos se eleva por siempre jamás? ¿Qué piensas de esas cadenas de oscuridad, esos instrumentos de crueldad? ¿Ves cómo el gusano roe, cómo el fuego arde? ¿Qué dirás de ese abismo de perdición? ¿Tomarás tu morada allí? ¡Oh, escuchas las maldiciones y blasfemias, los llantos y gemidos; cómo lamentan sus locuras y maldicen su día? ¿Cómo rechinan sus dientes? ¡Qué profundos son sus gemidos! ¡Cuán inconcebibles son sus miserias! Si los gritos de Coré, Datán y Abiram fueron tan terribles (cuando la tierra se abrió y los tragó a ellos y a todo lo que les pertenecía) que todo Israel huyó al oírlos, ¡oh, cuán espantoso sería el grito si Dios quitara la cubierta de la boca del infierno y dejara que el clamor de los condenados se elevara con todos sus terrores entre los hijos de los hombres! Y de todos sus gemidos y miserias, este es el énfasis y la carga punzante y mortal: "por siempre, por siempre". Por vida de Dios, que hizo tu alma, estás a solo unas pocas horas de distancia de todo esto, a menos que "te arrepientas y te conviertas".

¡Oh! Estoy completamente perdido y absorbido por la abundancia de los argumentos que podría presentar. Si hay algún punto de sabiduría en todo el mundo, es arrepentirse y venir. Si hay algo justo, algo razonable, esto lo es. Si hay algo en el mundo que pueda llamarse locura y necedad, y algo que pueda considerarse insensato, absurdo, irrazonable, es "continuar en tu estado no convertido". Permíteme rogarte, como si no quisieras destruirte a ti mismo deliberadamente, que te sientes y consideres, además de lo que se ha dicho, estos motivos que siguen, y deja que la conciencia hable, si no es razón que "te arrepientas y te vuelvas".

1. El Dios que te creó te invita con gran gracia. En primer lugar, Su naturaleza dulce y misericordiosa te invita, ¡oh, la bondad de Dios, sus entrañas compasivas, sus tiernas misericordias! Son infinitamente superiores a nuestros pensamientos, más altas que el cielo, ¿qué podemos hacer? Más profundas que el infierno, ¿qué podemos conocer? "Es lleno de compasión y de gracia, lento para la ira y grande en misericordia". Este es un gran argumento para persuadir a los pecadores a venir, "vuélvanse al Señor su Dios, porque él es clemente y compasivo, lento

para la ira y grande en misericordia, y se arrepiente del mal". Si Dios no se arrepintiera del mal, sería un desaliento para nosotros, una razón por la que no deberíamos arrepentirnos.

Si no hubiera esperanza de misericordia, no sería sorprendente que los rebeldes se mantuvieran firmes; pero nunca antes los súbditos tuvieron un príncipe tan lleno de gracia, compasión, paciencia y clemencia como tú tienes: "¿Quién es Dios como tú, que perdona la iniquidad?" ¡Oh, pecadores! Observen qué Dios tienen ante ustedes: si tan solo se vuelven, él también se volverá y tendrá compasión de ustedes; someterá sus iniquidades y arrojará todos sus pecados a las profundidades del mar. "Vuélvase a mí", dice el Señor de los ejércitos, "y yo volveré a ustedes". Los pecadores no fallan en tener pensamientos demasiado elevados sobre las misericordias de Dios, sino en que:

1. Pasan por alto su justicia.

2. Se prometen a sí mismos misericordia al margen del camino de Dios: su misericordia está más allá de toda imaginación: grandes misericordias, múltiples misericordias, tiernas misericordias, seguras misericordias, misericordias eternas; y todo es tuyo si tan solo te vuelves. ¿Estás dispuesto a acercarte? Mira, el Señor ha dejado de lado su terror, ha erigido un trono de gracia y sostiene el cetro de oro; toca y vive. ¿Acaso un hombre misericordioso mataría a su enemigo cuando está postrado a sus pies, reconociendo su error, suplicando perdón y ofreciéndose a entrar en un pacto de paz? Mucho menos lo hará el Dios misericordioso. Estudia su nombre, Éxodo 34:7. Lee la experiencia, Nehemías 9:17. En segundo lugar, su llamado y promesas alientan tu alma y te invitan. ¡Ah, qué pretendiente tan ferviente es la misericordia para ti! ¡Cuán amorosamente, cuán instantáneamente te llama! ¡Con cuánta pasión te seduce! "Vuélvete, oh Israel apóstata", dice el Señor, "y no haré caer mi ira sobre ti; porque soy misericordioso, dice el Señor, y no guardaré ira para siempre. Solo reconoce tu iniquidad.

Vuélvase, oh hijos desviados, dice el Señor; porque estoy unido a ustedes en matrimonio. Vuélvase y sanaré su apostasía. Has jugado la ramera con muchos amantes, pero regresa a mí, dice el Señor. "Vivo yo, dice el Señor Dios, que no me complazco en la muerte del impío, sino en que se aparte de su camino y viva. Vuélvase, vuélvase de sus malos caminos; ¿por qué morirán, oh casa de Israel?" "Si el impío se aparta de todos los pecados que ha cometido, guarda todos mis estatutos y practica el derecho y la justicia, ciertamente vivirá, no morirá. Ninguna de las transgresiones que ha cometido le serán recordadas; por su justicia que

ha practicado vivirá. Arrepiéntanse y apártense de todas sus transgresiones, para que la iniquidad no sea su ruina.

Deshazte de todas tus transgresiones y crea en ti un corazón limpio y un espíritu nuevo. ¿Por qué quieres morir, oh casa de Israel? Porque no me complazco en la muerte de aquel que muere, dice el Señor Dios. Por lo tanto, conviértanse y vivan." ¡Oh, palabras tiernas y llenas de gracia! ¡La voz de un Dios y no de un hombre! Esto no es propio de los hombres, que el soberano ofendido suplique a los traidores ofensores. ¡Oh, cómo te sigue y aboga contigo la misericordia! ¿Todavía no se ha quebrantado tu corazón? ¡Oh, que hoy escucharas su voz!

2. Las puertas del cielo se abren para ti, las puertas eternas se abren de par en par para ti, y se te concede una entrada abundante al reino de los cielos. Cristo ahora te dice, como ella a su esposo: "Levántate y toma posesión", 1 Reyes 21:15. Contempla la gloria del otro mundo, tal como se muestra en el mapa del evangelio; sube al Pisga de las promesas y levanta tus ojos hacia el norte, el sur, el este y el oeste, y contempla la tierra buena que está más allá del Jordán, y aquella montaña hermosa. Mira el Paraíso de Dios, regado con los arroyos de la gloria.

Levántate y camina por la tierra, a lo largo y a lo ancho, porque la tierra que ves, el Señor te la dará para siempre, si tan solo te arrepientes. Permíteme decirte, como Pablo a Agripa, "¿Crees en los profetas?" Si verdaderamente crees, solo observa las cosas gloriosas que se hablan de la ciudad de Dios y reconoce que todo esto se te ofrece en el nombre de Dios. Tan cierto como que Dios es veraz, será eternamente tuyo si te vuelves completamente.

He aquí la ciudad de oro puro y transparente, cuyos cimientos están adornados con toda clase de piedras preciosas, cuyas puertas son perlas, cuya luz es gloria, cuyo templo es Dios; ¿crees en esto? Si lo crees, ¿no estás peor que perturbado, que no tomarás posesión cuando las puertas se te abren de par en par y se te invita a entrar? ¡Oh, hijos de necedad, rechazaréis el reino? Mira, el Señor te lleva al monte, te muestra el reino de los cielos y toda su gloria, y te dice: "Todo esto te daré si te postras y me adoras"; si te sometes a la misericordia, aceptas a mi Hijo y me sirves con justicia y santidad. ¡Oh, insensatos y tardos de corazón para creer!

¿Buscaréis y serviréis al mundo y descuidaréis la gloria eterna? ¿Qué? ¿No entraréis en el Paraíso cuando la espada llameante, que una vez se puso para manteneros fuera, ahora se utiliza para impulsaros a entrar? Pero diréis: Soy despiadado al pensar que sois infieles e incrédulos.

Entonces, ¿qué debo pensar? O bien sois incrédulos desesperados que no lo creen, o estáis perturbados, sabiendo y creyendo la excelencia y eternidad de esta gloria, y sin embargo, la descuidáis de forma tan temerosa.

Seguramente, o no tienes fe o no tienes razón, y casi diría que tu conciencia te lo dirá antes de dejarte. Solo atiende a lo que se te ofrece: ¡Oh, bendito reino; un "reino de gloria", un "reino de justicia", un "reino de paz" y un "reino eterno". Aquí habitarás, aquí reinarás para siempre, y el Señor te sentará en un trono de gloria y con su propia mano colocará la diadema real sobre tu cabeza; te dará una corona, no de espinas, porque no habrá pecado ni sufrimiento allí, no de oro, sino una "corona de vida", una "corona de justicia", una "corona de gloria"; sí, "te vestirás de gloria como un manto" y "brillarás como el sol en el firmamento, en la gloria de tu Padre". En resumen, serás hecho semejante a los "ángeles de Dios" y "verás su rostro en justicia". Mira ahora y dime, ¿crees todavía? Si no, la conciencia debe declararte incrédulo, porque es la "palabra de Dios" misma la que hablo.

Pero si dices que crees, déjame ahora conocer tu resolución. ¿Abrazarás esto como tu felicidad? ¿Renunciarás a tus ganancias pecaminosas, a tus placeres prohibidos? ¿Pisotearás la estima del mundo, taparás tus oídos a sus halagos y te apartarás de sus abrazos? ¿Te contentarás con el oprobio y la pobreza si se encuentran en el camino hacia el cielo y seguirás al Señor con humilde renuncia de ti mismo en una vida mortificada? Si es así, todo es tuyo y para siempre.

¿Y no se te ofrece justamente? ¿No es una lástima que alguien deba ser condenado porque insiste en seguir adelante y perecer, cuando todo esto puede ser obtenido fácilmente? ¿Aceptarás la palabra de Dios y te librarás de tu aferramiento al mundo, y te librarás de tus pecados y te aferrarás a la vida eterna? Si no lo haces, deja que tu conciencia te diga si no estás distraído o hechizado, al descuidar una elección tan feliz, mediante la cual podrías ser hecho para siempre.

3. Dios te concederá privilegios inefables en el presente. Aunque la plenitud de tu bienaventuranza se pospondrá hasta el futuro, Dios no te dará cosas pequeñas de antemano. Él te redimirá de tu esclavitud. La serpiente herirá tu talón, pero tú herirás su cabeza. Él te libraré de este mundo malvado. La prosperidad no te destruirá; la adversidad no separará entre él y tú. Él te rescatará del poder de la tumba y convertirá al rey de los terrores en un mensajero de paz para ti.

Él quitará la maldición de la cruz y hará que la aflicción sea el crisol que purifica el metal. Te salvará del arresto de la ley y convertirá la

maldición en una bendición para ti. Él tiene las llaves del infierno y de la muerte, y cierra para que nadie abra; y cerrará su boca como una vez hizo con los leones, para que no seas herido por la segunda muerte. Pero no solo te salvará de la miseria, sino que te instalará en prerrogativas inefables. Él se entregará a ti; será tu amigo y tu padre.

Él será un sol y un escudo para ti. En pocas palabras, él será un Dios para ti. ¿Qué más se puede decir? ¿Qué puedes esperar que un Dios haga por ti y sea para ti? Eso es lo que él será, eso es lo que hará. Aquella que se casa con un príncipe espera que él haga por ella como un príncipe, para que pueda vivir en un estado adecuado y tener una dote acorde. Aquel que tiene a un rey como padre o amigo espera que él haga por él como un rey. ¡Ay! Los reyes y monarcas de la tierra, que están tan por encima de ti, no son más que mariposas pintadas entre el resto de su especie. Como él supera infinitamente en gloria y poder a su polvo brillante, así también, más allá de toda proporción, superará en hacer por sus favoritos todo lo que los príncipes pueden hacer por los suyos.

Él te "dará gracia y gloria, y no negará ningún bien." Te tomará como sus hijos e hijas, te hará heredero de sus promesas y establecerá su pacto eterno contigo. Te justificará de todo lo que la ley, la conciencia y Satanás te acusen. Te dará acceso libre a su presencia, aceptará tu persona y recibirá tus oraciones. Permanecerá en ti, te convertirá en el hombre de sus secretos y mantendrá una comunión constante y amistosa contigo. Su oído estará abierto, su puerta abierta, su almacén abierto, en todo momento para ti. Sus bendiciones reposarán sobre ti y hará que tus enemigos te sirvan, y trabajará "todas las cosas para tu bien".

4. Los términos de misericordia se han acercado lo más posible a ti. Dios se ha inclinado hacia los pecadores tanto como puede con honor. No quiere ser considerado autor del pecado ni manchar la gloria de su santidad, ¿y a dónde podría llegar más bajo si no hiciera esto? Ha rebajado los términos imposibles del primer pacto. No impone nada irrazonable o imposible como condición de vida para ti. Según los términos del primer pacto, había dos cosas que debías hacer:

1. "Satisfacer completamente las demandas de la justicia por ofensas pasadas.

2. Cumplir personalmente, de manera perfecta y perpetua, toda la ley en el futuro." Ambas cosas nos resultan imposibles. Pero mira la generosa rebaja de Dios en ambas. No insiste en la satisfacción; está

dispuesto a quitar al fiador (y uno que él mismo ha provisto) lo que podría haber exigido de ti. Declara haber recibido un rescate y solo espera que aceptes a su Hijo, y "él será justicia y redención para ti". Y en cuanto a la obediencia futura, aquí está dispuesto a ceder ante tu debilidad y omitir la rigurosidad.

No insiste en la perfección como condición de vida, aunque sigue insistiendo en ello como su derecho, pero está dispuesto a aceptar sinceridad. Aunque no puedas pagar la deuda completa, te aceptará según lo que tienes y considerará tu disposición de hacer y tu propósito de cumplir. Y si vienes a él en su Cristo, y te esfuerzas por complacerlo y lo conviertes en el objetivo principal de tu cuidado, él te aprobará y recompensará, aunque el recipiente esté dañado en tus manos.

¡Oh! Considera la condescendencia de tu Creador; permíteme decirte, como el siervo de Naamán le dijo a él: "Padre mío, si el profeta te hubiera mandado hacer alguna cosa grande, ¿no lo habrías hecho? ¡Cuánto más cuando él te dice: lávate y sé limpio!" Si Dios te hubiera exigido algo terrible, algo severo y riguroso, para escapar de una condenación eterna, ¿no lo habrías hecho? Supongamos que hubiera sido pasar todos tus días en dolor en algún desierto aullador, o consumirte de hambre, o "ofrecer el fruto de tu cuerpo por el pecado de tu alma", ¿no habrías aceptado agradecidamente la redención eterna, aunque esas hubieran sido las condiciones? Más aún, si Dios te hubiera dicho que sufrirías en el fuego durante millones de eras, o que serías atormentado en el infierno durante tanto tiempo, ¿no lo habrías aceptado con alegría? ¡Ay! Todo esto no es ni siquiera un grano de arena en el reloj de la eternidad.

Si tu Creador ofendido te hubiera torturado solo por un año en el potro, y luego te hubiera ordenado venir y abandonar tus pecados, aceptar a Cristo y servirlo algunos años en la autonegación, o quedarte en ese estado por siempre jamás, ¿crees que habrías dudado en aceptar la oferta y discutir los términos, y habrías estado indeciso sobre si debías aceptar la propuesta? Oh pecador, regresa y vive; ¿por qué deberías morir cuando la vida se encuentra al alcance, cuando la misericordia parece estar en deuda contigo (por así decirlo) para ser salvado? Si realmente pudieras decir: "Señor, te conocí como un hombre duro", tendrías alguna pequeña excusa; pero cuando el Dios del cielo se ha inclinado tan bajo y se ha condescendido tanto, si ahora te alejas, ¿quién intercederá por ti?

Objección: A pesar de todas estas rebajas, no soy capaz de cumplir estas condiciones (en sí mismas tan fáciles) de fe, arrepentimiento y

obediencia sincera, al igual que no soy capaz de satisfacer y cumplir la ley. Respuesta: Estas puedes cumplirlas mediante la gracia de Dios que te capacita, mientras que las otras son naturalmente imposibles en este estado, incluso para los mismos creyentes. Pero que la siguiente consideración sirva como una respuesta más completa.

¿Acaso eres impotente? Dios ofrece gracia para capacitarte. "Extendí mi mano y nadie prestó atención". ¿Qué importa si estás sumergido en el abismo de la miseria del cual no puedes salir? Cristo te ofrece ayuda para salir: extiende su mano hacia ti y, si pereces, es porque rechazas su ayuda. "He aquí, estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él". ¿Qué importa si eres pobre, miserable, ciego y desnudo? Cristo ofrece una cura para tu ceguera, un ropaje para tu desnudez, un remedio para tu pobreza; te ofrece su justicia, su gracia. "Te aconsejo que de mí compres oro refinado por el fuego para que seas rico, y vestiduras blancas para que te vistas, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio para que veas". ¿Dices que la condición es imposible porque no tienes con qué comprar?

Debes saber que esta compra es "sin dinero y sin precio". Esta compra se realiza mediante la súplica y la búsqueda con diligencia y constancia en el uso de los medios de Dios. Dios te ordena que lo conozcas y lo temas. ¿Dices: sí, pero mi mente está cegada y mi corazón está endurecido, temiendo a Dios? Yo te respondo que Dios ofrece iluminar tu mente y enseñarte este temor, que se presenta como una opción para ti. "Porque aborrecieron el conocimiento y no escogieron el temor del Señor". Por lo tanto, si los hombres viven en la ignorancia y la lejanía del Señor, es porque "no quieren entender ni desean el conocimiento de sus caminos". "Si clamas a la inteligencia, si procuras la sabiduría como a la plata, entonces entenderás el temor del Señor y hallarás el conocimiento de Dios". ¿No es aquí una oferta justa? "Volveos a mi reprensión; he aquí, derramaré mi espíritu sobre vosotros". Aunque por ti mismo no puedas hacer nada, puedes hacerlo todo a través del Espíritu que te capacita, y él te ofrece asistencia.

Dios te insta a "lavarte y purificarte". Dices que eres incapaz, al igual que "el leopardo de lavar sus manchas". Pero el Señor ofrece purificarte; por lo tanto, si sigues siendo impuro, es debido a tu propia obstinación. "Te he purificado, pero no te has purificado tú". "Oh Jerusalén, ¿no te dejarás limpiar? ¿Cuándo será?" Dios espera a que te dejes limpiar, a que te rindas a sus movimientos, aceptes sus ofertas y le permitas hacer por ti y en ti lo que no puedes hacer por ti mismo.

No sabes cuánto hará Dios por ti si eres insistente y perseverante con él. Aunque Dios no se ha comprometido, mediante una promesa expresa, a darles gracia a los hombres malvados en el uso diligente de los medios, les ha dado abundante estímulo para esperarla de él si la buscan con fervor en su camino. Su naturaleza más compasiva es un estímulo abundante.

Si un hombre rico y sumamente generoso te ve en la miseria y te invita a su puerta, ¿no esperarías con confianza encontrar algún alivio al llegar? No eres capaz de creer ni arrepentirte: Dios te indica que utilices ciertos medios para obtener fe y arrepentimiento; ¿no demuestra esto que Dios te concederá esto si lo buscas diligentemente en la oración, la meditación, la lectura, la escucha, el examen de conciencia y los demás medios que Él ha establecido? De lo contrario, Dios solo estaría burlándose de sus pobres criaturas al someterlas a estos esfuerzos de negación de sí mismas y luego, cuando han pasado por dificultades y han continuado esperando en Él por gracia, negarles finalmente lo que necesitan.

Sin duda, si un hombre de buen carácter no haría esto, mucho menos lo hará el Dios más misericordioso y lleno de gracia. Tenía la intención de agregar muchos otros argumentos, pero estos se han vuelto extensos bajo mis manos; y espero que el lector juicioso valore más su peso que su número.

CAPÍTULO 8: Conclusión

Y ahora, hermanos míos, háganme saber sus intenciones: ¿van a ir y morir? ¿O se comprometerán con una conversión completa y rápida, y se aferrarán a la vida eterna? ¿Cuánto tiempo seguirán detenidos en Sodoma? "¿Cuánto tiempo cojearán entre dos opiniones?" ¿Todavía no han decidido si Cristo o Barrabás, si la dicha o el tormento, si la tierra de Cabul o el Paraíso de Dios, son la mejor elección? ¿Es un asunto discutible si el río Abana o el río Farfar de Damasco son mejores que todos los ríos del Edén, o si el vil río del pecado es preferible al agua de vida, clara como el cristal, que sale del trono de Dios y del Cordero? ¿Puede el mundo en serio hacer por ustedes lo que Cristo puede hacer? ¿Permanecerá con ustedes por la eternidad? ¿Les acompañarán los placeres, la tierra, los títulos, los tesoros? Si no es así, ¿no necesitarían buscar algo que lo haga? ¿Qué pretenden con su indecisión? ¿Debo llevarlos finalmente solo hasta Agripa? casi persuadidos: bueno, están perdidos para siempre si se quedan aquí; es igual de malo no serlo en absoluto, que no ser completamente cristianos. Están a medio camino de abandonar su vida negligente anterior y de comenzar un camino estricto y santo; desearían ser como algunos otros y poder hacer lo que ellos pueden hacer. ¿Cuánto tiempo se quedarán en deseos inútiles y propósitos infructuosos? ¿Cuándo llegarán a una determinación firme y completa? ¿No ven cómo Satanás los engaña, tentándolos a retrasarse? ¿Cuánto tiempo los ha arrastrado por el camino de la perdición! ¿Cuántos años llevan con la intención de enmendarse? ¿Qué pasaría si Dios los hubiera llevado antes!

Bien, no me evadas con una respuesta dilatoria: no me hables del futuro; necesito tu consentimiento inmediato. Si no estás resuelto ahora, mientras el Señor te trata y te corteja, mucho menos lo estarás en el futuro, cuando estas impresiones se desvanezcan y te endurezcas por la engañosa influencia del pecado. ¿Me darás tu mano? ¿Abrirás la puerta y darás al Señor Jesús posesión plena y pronta? ¿Pondrás tu nombre en este

pacto? ¿Lo firmarás? ¿Qué resuelves? Si aún estás con tus demoras, mi trabajo habrá sido en vano y todo parecerá no haber servido para nada. Me gustaría mucho que ahora arriesgaras todo. Ven, echa tu suerte, haz tu elección. "Ahora es el tiempo aceptable, ahora es el día de salvación: hoy, si oyes su voz". ¿Por qué no podría ser este el día a partir del cual puedas marcar tu felicidad? ¿Por qué te aventurarías un día más en esta peligrosa y temible condición? ¿Qué pasaría si esta noche Dios requiriera tu alma? ¡Oh, si tan solo conocieras, en este día tuyo, las cosas que traen paz, antes de que sean ocultadas a tus ojos! Este es tu día, y solo es un día. Otros han tenido su día y han recibido su destino, y ahora tú has sido llevado al escenario de este mundo, aquí para actuar tu parte por toda la eternidad. Recuerda, ahora estás bajo tu "buena conducta" para siempre; si no haces una elección sabia ahora, estás perdido para siempre. Observa cuál es tu elección actual; así será tu condición eterna. ¿Y es verdad de verdad? ¿La vida y la muerte están a tu elección? Sí, es tan cierto como la verdad misma. Entonces, ¿qué impide que seas feliz? Nada lo impide ni puede impedirlo, excepto tu propia negligencia o rechazo voluntario.

Fue el pasaje del eunuco hacia Felipe: "Mira, aquí hay agua; ¿qué impide que sea bautizado?" Mira, puedo decirte, mira, aquí está Cristo, aquí está la misericordia, el perdón, la vida; ¿qué impide que seas perdonado y salvo? Uno de los mártires, mientras oraba en la hoguera, tenía su perdón colocado junto a él en una caja, que de hecho rechazó mercedadamente debido a condiciones indignas; pero aquí las condiciones son más honorables y fáciles.

¡Oh, pecador! ¿Perecerás teniendo tu perdón junto a ti? Entonces, simplemente da tu consentimiento a Cristo, renuncia a tus pecados, niega a ti mismo, toma el yugo y la cruz, y obtendrás la victoria; Cristo es tuyo; el perdón, la paz, la vida, la bienaventuranza, todo es tuyo: ¿y no es esta una oferta que vale la pena aceptar? ¿Por qué dudas o discutes dubitativamente sobre el asunto? ¿No está fuera de discusión si Dios es mejor que el pecado, y la gloria mejor que la vanidad? ¿Por qué abandonarías tu propia misericordia y pecarías contra tu propia vida? ¿Cuándo sacudirás tu pereza y dejarás de lado tus excusas? "No te jactes del mañana; no sabes dónde podrías pasar esta noche".

Amados, ahora el Espíritu Santo lucha contigo; él no siempre luchará. ¿No has sentido tu corazón calentado por la palabra, y has estado casi persuadido de abandonar tus pecados y acercarte a Dios? ¿No has sentido algunas buenas inspiraciones en tu mente, donde has sido advertido de tu peligro y te han dicho en qué terminará tu curso descuidado? Puede que seas como el joven Samuel, que cuando el Señor llamó una y otra vez, no conocía la voz del Señor, pero estas inspiraciones son las ofertas,

llamados y luchas del Espíritu: ¡Oh, aprovecha la marea y reconoce el día de tu visitación.

Ahora el Señor Jesús extiende sus brazos ampliamente para recibirte; él te suplica a través de nosotros. ¡Qué conmovedor, qué derretido, qué compasivo, qué lleno de compasión es su llamado! La iglesia se llena de éxtasis al escuchar su voz, la voz de mi amado. ¡Oh! ¿Vas a hacer oídos sordos a su voz? ¿No es la voz que rompe los cedros y hace saltar las montañas como becerros? ¿Que sacude el desierto y divide las llamas del fuego? No es el trueno del Sinaí, sino una voz suave y tranquila; no es la voz del monte Ebal, una voz de maldición y terror, sino la voz del monte Gerizim, la voz de bendición y buenas nuevas de cosas buenas; no es la voz de la trompeta ni la voz de la guerra, sino un mensaje de paz del Rey de la Paz.

Me parece que debería ser contigo como con la esposa; "Mi alma desfalleció cuando él habló". Puedo decirte, oh pecador, como Marta a su hermana: "El Maestro ha venido y te llama". Oh, ahora, como María, levántate rápidamente y acércate a él. ¡Qué dulces son sus invitaciones! Él clama en medio de la multitud: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba". ¡Cuán libre es él! No excluye a nadie: "Cualquiera que quiera, que venga y tome del agua de vida gratuitamente". "El que es simple, que se desvíe aquí. Ven, come de mi pan, bebe del vino que he mezclado. Abandona lo insensato y vive". "Ven a mí, toma mi yugo sobre ti y aprende de mí, y hallarás descanso para tu alma". "Al que viene a mí, de ninguna manera lo echaré fuera". ¡Cómo se lamenta por el que obstinadamente se niega! "Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste!" "Aquí me tienes, aquí me tienes; he extendido mis manos todo el día a un pueblo rebelde". ¡Oh! Déjense persuadir ahora, al fin, de arrojarse en los brazos del amor.

Mirad, oh hijos de los hombres, el Señor Jesús ha abierto de par en par la prisión y ahora se acerca a vosotros, como en su momento los magistrados se acercaron a ellos. Hechos 16:39. y os ruega que salgáis.

Si fuera desde un palacio o un paraíso de donde Cristo os llamara, no sería sorprendente si no estuvierais dispuestos; ¡y sin embargo, cuán fácilmente fue engañado Adán de allí! Pero es desde vuestra prisión. Señores, desde vuestras cadenas, desde el calabozo, desde las tinieblas os llama, ¿y aún así no vendréis? Él os llama a la libertad, ¿y aún así no escucharéis? Su yugo es fácil, sus leyes son libertad, su servicio es libertad; y, cualesquiera prejuicios que tengáis contra sus caminos, si se puede creer en un Dios, los encontraréis todos placer y paz, y saborearéis

dulzura y gozo inefable, y encontraréis un deleite y felicidad infinitos en ellos. Mirad, me duele dejaros; no sé cómo abandonaros. ¿Qué! ¿Os dejaré tal como os encontré al final? ¿Habéis leído hasta ahora y no habéis resuelto abandonar de inmediato todos vuestros pecados y aceptar a Jesucristo? ¡Ay! ¿Qué diré? ¿Qué haré? ¿Rechazaréis todas mis súplicas? ¿He corrido en vano? ¿He utilizado tantos argumentos y he gastado tanto tiempo para persuadiros y al final os quedaréis en decepción? Pero no es tan importante que me rechacéis; estáis menospreciando al Dios que os creó; estáis rechazando las entrañas y las súplicas de un Salvador y seréis hallados resistiendo al Espíritu Santo si ahora no os dejáis persuadir a arrepentiros y convertirnos.

Bueno, aunque os he llamado durante mucho tiempo y habéis rechazado, todavía levantaré mi voz una vez más como una trompeta y clamaré desde los lugares más altos de la ciudad, antes de concluir. Una vez más llamaré a los pecadores indiferentes, para que, si es posible, pueda despertarlos: "¡Oh tierra, tierra, tierra, oye la palabra del Señor!" A menos que estéis decididos a morir, prestad vuestros oídos a los últimos llamamientos de la misericordia.

Mirad, en nombre de Dios, os hago una proclamación abierta: "Escuchadme, oh hijos; escuchad la instrucción y sed sabios, y no la rechazéis". "¡Eh, todo aquel que tiene sed, venid a las aguas, y el que no tiene dinero, venid, comprad y comed! Venid, comprad vino y leche sin dinero y sin precio. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Escuchadme atentamente, y comed lo que es bueno, y deleitaos en abundancia. Inclinaid vuestro oído, y acercaos a mí; escuchad, y vuestra alma vivirá; y haré con vosotros un pacto eterno, las misericordias fieles de David". ¡Eh, todo aquel que esté enfermo de cualquier enfermedad, o esté poseído por un espíritu maligno, ya sea de orgullo, ira, lujuria o codicia, venid al médico, traed a vuestros enfermos; mirad, aquí está aquel que "sana toda enfermedad y toda dolencia entre el pueblo"!

¡Eh, todo aquel que esté angustiado por la culpa, reúneos en torno a Cristo, y él será vuestro Capitán; él será vuestra protección contra los arrestos de la ley, os salvará de la mano de la justicia! Mirad, él es un santuario abierto para vosotros; es un refugio conocido. Apartaos de vuestros pecados y acercaos a él, no sea que el vengador de sangre os atrape, no sea que la ira devoradora os alcance.

¡Eh, todo aquel que esté angustiado por la culpa, reúneos en torno a Cristo, y él será vuestro Capitán; él será vuestra protección contra los arrestos de la ley, os salvará de la mano de la justicia! Mirad, él es un

santuario abierto para vosotros; es un refugio conocido. Apartaos de vuestros pecados y acercaos a él, no sea que el vengador de sangre os atrape, no sea que la ira devoradora os alcance.

¡Eh, todo pecador ignorante, ven y compra colirio para los ojos, para que puedas ver! Deja de lado tus excusas; estarás perdido para siempre si continúas en este estado. Pero acepta a Cristo como tu profeta, y él será luz para ti. Clama a él por conocimiento, estudia su palabra, esfuérate por comprender los principios de la religión, humíllate ante él, y él te enseñará su camino y te hará sabio para la salvación. Pero si no quieres seguirlo en el uso diligente de sus medios, y te sientas sin hacer nada porque solo tienes un talento, él te condenará como un siervo malvado y perezoso.

¡Eh, todo pecador profano, ven y vive: regresa al Señor y él tendrá misericordia de ti; déjate persuadir!

¡Oh, regresa, ven! Tú, que has llenado tu boca de juramentos y maldiciones, todos tus pecados y blasfemias serán perdonados si te vuelves completamente hacia Cristo y entras en él.

Aunque estés tan impuro como "Magdalena, deja de lado tus prostituciones de tu vista y tus adulterios de entre tus pechos", y entrégate a Cristo como un vaso de santidad, solo para su uso; entonces, "aunque tus pecados sean como escarlata, serán blancos como la nieve; aunque sean rojos como el carmesí, serán como blanca lana". ¡Escucha, oh bebedores! "¿Hasta cuándo estarán ebrios? Dejen de beber vino." Entrégate a Cristo para vivir sobriamente, justamente y piadosamente; abraza su justicia; acepta su gobierno; y aunque hayas sido vil, él te lavará.

¡Escucha, oh compañeros malvados, cuyo deleite está en una sociedad vana y malvada, para pasar el tiempo en alegría carnal con ellos! Acoge el llamado de la sabiduría y elige a ella y a sus caminos, y vivirás.

¡Escucha, oh burladores, escucha la palabra del Señor! Aunque te burles de la piedad y de sus seguidores, aunque hayas despreciado a Cristo y sus caminos, aún te llama para reunirte bajo las alas de su misericordia. En pocas palabras, aunque te encuentres entre los peores de los rebeldes, aún, mediante tu conversión completa, "serás lavado, serás justificado, serás santificado en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios". ¡Eh, cada profesor formal! Eres solo un cristiano tibio y te conformas con la forma de piedad. Deja de dividirte y cojear; sé un cristiano comprometido y muestra celo y arrepentimiento; y

entonces, aunque hayas sido una ofensa para Cristo, serás la alegría de su corazón.

Y ahora, atestigua que se te ha ofrecido misericordia: "Hago llamar al cielo y a la tierra como testigos contra ti hoy, que he puesto delante de ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición; por tanto, escoge la vida, para que vivas". Solo puedo suplicar y advertirte; no puedo obligarte a ser feliz; si pudiera, lo haría. ¿Qué respuesta me enviarás a mi Maestro? Permíteme hablarte como el siervo de Abraham les habló a ellos: "Y ahora, si queréis hacer bien y ser leales con mi Maestro, decidme". ¡Oh, qué respuesta tan feliz como la que dio Rebeca! "Y ellos dijeron".

Llamaremos a la joven y preguntaremos de su boca"; y llamaron a Rebeca y le dijeron: "¿Irás con este hombre?" Y ella respondió: "Sí, iré". ¡Ojalá tuviera esto de parte de ustedes! ¿Por qué sería yo su acusador, yo que anhelo su salvación? ¿Por qué se convierten las suplicas apasionadas y las súplicas de misericordia en el terrible agravio de su obstinación y en añadidura a su miseria? Juzguen por ustedes mismos: ¿No creen que su condenación será doblemente terrible si continúan en sus pecados después de todos los esfuerzos por hacerlos recapacitar? ¡Sin duda será más tolerable para Tiro y Sidón, sí, para Sodoma y Gomorra, en el día del juicio, que para ustedes!

Amados, si tienen compasión por sus almas que perecen, acepten las ofertas actuales de misericordia. Si el Dios que los creó tiene alguna autoridad sobre ustedes, obedezcan su mandato y entren. Si no desprecian la gracia y no quieren cerrar las puertas de la misericordia contra ustedes mismos, arrepíentanse y conviértanse; no permitan que el cielo les esté abierto en vano; no permitan que el Señor Jesús les invite a comprar sin dinero y sin precio en vano; no permitan que sus ministros y su Espíritu luchen con ustedes en vano y los dejen ahora finalmente sin persuadir, no sea que se pronuncie la sentencia en su contra: "Los fuelles están quemadas, el plomo se ha consumido en el fuego; el fundidor se ha derretido en vano; serán llamados plata desechada, porque el Señor los ha rechazado". Padre de los espíritus, toma en tus manos el corazón que es demasiado duro para mi debilidad. No termines tú, aunque yo haya terminado.

Una palabra de tu poder eficaz hará la obra. Oh tú, que tienes la llave de David, que abres y nadie cierra, abre este corazón como abriste el de Lidia, y permite que el Rey de la Gloria entre y haga de esta alma su cautiva; no permitas que el tentador lo endurezca con demoras; que no se mueva de este lugar, ni aparte sus ojos de estas palabras, hasta que decida abandonar sus pecados y aceptar la vida en tus términos de

renuncia de sí mismo. En tu nombre, oh Señor Dios, salí a realizar estas labores; en tu nombre las concluyo. Que no se pierda todo el tiempo que han costado, que no sean horas perdidas; que no sean en vano todos los pensamientos del corazón y todos los esfuerzos que se han hecho en relación a ellos. Señor, pon tu mano en el corazón de este lector y envía tu Espíritu, como hiciste una vez con Felipe, para que se una al carro del etíope mientras él leía la palabra. Y aunque yo nunca lo sepa mientras viva, te ruego, oh Señor Dios, que se encuentre en aquel día que algunas almas se convirtieron por medio de estos esfuerzos; y que algunos puedan levantarse y decir que por medio de estas persuasiones fueron ganados para ti. Amén, Amén. Que el que lee diga Amén.

UNA ALARMA PARA PECADORES INCONVERSOS

CONSEJO PARA LA PIEDAD PERSONAL Y FAMILIAR

Amados, desespero de llevarlos a la salvación sin la santificación, o de poseerlos en la felicidad sin persuadirlos a la santidad. Dios sabe que no tengo la menor esperanza de ver a ninguno de ustedes en el cielo, a menos que se conviertan y sean santificados, y dediquen sus vidas a la piedad. Les ruego que estudien la piedad personal y la piedad familiar.

I. Piedad Personal. Que sea su principal preocupación establecer a Cristo en sus corazones; asegúrense de que todos sus intereses mundanos se sometan a Él, y que estén completamente y sin reservas dedicados a Él. Si consciente y deliberadamente albergan cualquier pecado, están perdidos. Asegúrense sinceramente de tomar la ley de Cristo como la regla de sus palabras, pensamientos y acciones, y sometan todo su ser, miembros y mentes, fielmente a Él. Si no tienen un verdadero respeto por todos los mandamientos de Dios, su corazón no está sano. ¡Estudien obtener la imagen y el sello de Cristo dentro de ustedes!

Comiencen con sus corazones; de lo contrario, están construyendo sin ningún fundamento. Luchen por experimentar un cambio salvador en su interior, o de lo contrario, todas las acciones externas no tendrán ningún propósito; y luego esfuércense por manifestar el poder de la piedad en la vida. Que la piedad sea su primer y principal objetivo: es el punto más alto de justicia dar a Dios lo que le corresponde. Asegúrense de que ninguno de ustedes sea una persona sin oración, porque eso es una clara señal de que no tienen a Cristo ni a la gracia, o que son completamente ajenos al temor de Dios.

No permitas que tus Biblias acumulen polvo. Asegúrate de tener un trato diario con la Palabra. Aquel hombre nunca puede reclamar la

bienaventuranza cuyo deleite no está en la ley del Señor. Que la meditación y la autoexaminación sean tu ejercicio diario. Pero la piedad sin caridad es solo la mitad del cristianismo, o más bien una hipocresía impía. No podemos dividir las tablas; por lo tanto, asegúrate de actuar con justicia, amar la misericordia y que la equidad y la caridad sean el hilo conductor en todas tus relaciones. Sé moderado en todas las cosas y que la castidad y la sobriedad sean tus compañeras inseparables. Que la verdad y la pureza, la seriedad y la modestia, la serenidad y la gravedad sean los constantes adornos de tu discurso.

Que la paciencia y la humildad, la sencillez y la sinceridad, brillen en todas las partes de tus conversaciones. Asegúrate de olvidar y perdonar las ofensas, y devolverlas con amabilidad, como quisieras ser encontrado como hijos del Altísimo. Sé compasivo en tus juicios y haz la interpretación más favorable de las acciones de tus hermanos que su comportamiento razonablemente permita. Sé lento en prometer y puntual en cumplir. Que la mansedumbre y la inocencia, la afabilidad, la flexibilidad y la sencillez, recomienden tus conversaciones a todos los hombres.

Que ninguno de tus seres queridos carezca del amor y lealtad, la reverencia y el deber, la ternura, el cuidado y la vigilancia que sus respectivas posiciones y capacidades requieren. Esto es una piedad íntegra. Os exhorto ante el Dios Altísimo a que ninguno de vosotros sea hallado blasfemo, mentiroso, amante de malas compañías, burlón, malicioso, codicioso, bebedor, glotón, injusto en sus tratos, impuro en su conducta, rencilloso, ladrón, difamador o maldiciente; porque os anuncio en nombre del Dios vivo que la destrucción y la condenación son el final de todos aquellos que así actúan.

II. Piedad familiar. Aquel que ha establecido a Cristo en su corazón, se asegurará de esforzarse por establecerlo también en su hogar. Que cada familia entre vosotros sea una iglesia cristiana, cada hogar una casa de oración. Que cada jefe de familia diga con Josué: "Yo y mi casa serviremos al Señor" y resuelva, como David, "Andaré en mi casa con integridad de corazón". Permíteme enfatizar algunos deberes generales. En primer lugar, que la religión esté presente en tu familiare, no como algo secundario (que se tiene en cuenta en el tiempo libre, cuando el mundo te lo permita), sino como el asunto constante de la casa.

Dedícales tus oraciones tan fielmente como sus comidas. ¿Acaso hay alguno de tus familiares que no tenga tiempo para comer? ¡Desdichado hombre! ¿No puedes encontrar tiempo para orar? En segundo lugar, afirma en tu corazón que tu alma está ligada a las almas de tu familia. Te

han sido encomendadas, y si se pierden por tu negligencia, te serán requeridas. Amigos, si no lo haces, sabrás que el cuidado de las almas es una carga pesada y que la sangre de las almas es una culpa grave. Oh hombre, ¿tienes una responsabilidad sobre las almas y aún no te esfuerzas por ellas, para que su sangre no sea hallada en tus vestiduras? ¿Harás más por las almas inmortales que por las bestias que perecen? ¿Qué haces por tus hijos y sirvientes? Les provees comida y bebida adecuadas a su naturaleza, ¿y no haces lo mismo por tus bestias? Les das medicinas y los cuidas cuando están enfermos, ¿y no haces lo mismo por tus bestias? De manera más particular,

1. Que la solemne lectura de la Palabra y el canto de salmos sean tus ejercicios familiares. Observa a Cristo cantando con su familia (es decir, sus discípulos) en Mateo 26:30.

2. Que cada persona de tus familiares sea llamada debidamente a rendir cuentas de su aprovechamiento de la Palabra escuchada o leída, de la misma manera que se hace con tus propios asuntos. Este es un deber de consecuencia inimaginable y sería el medio para que aquellos bajo tu cuidado recuerden y aprovechen lo que reciben. Observa el ejemplo de Cristo al llamar a cuentas a su familia en Mateo 16:11, 13, 15.

3. A menudo examina el estado espiritual de las almas a tu cargo (en esto debes seguir el ejemplo de Cristo, Mateo 13:10, 36, 51; Marcos 4:10, 11). Investiga su condición, enfatiza mucho la pecaminosidad y la miseria de su estado natural, y la necesidad de regeneración y conversión para su salvación. Admónestelos seriamente por sus pecados, anima sus comienzos, síguelos con empeño y no les des paz hasta que veas en ellos un cambio salvador. Este es un deber de gran trascendencia, pero temo que sea muy descuidado. ¿Acaso la conciencia no te dice: "Tú eres el hombre"?

4. Asegúrate de la estricta santificación del día de reposo por parte de todos los miembros de tu hogar. Muchas familias pobres tienen poco tiempo aparte para ello.

Mejora tus días de reposo con la misma diligencia, trabajando por conocimiento y realizando la obra de tu Creador, como lo haces en los demás días al hacer tu propio trabajo, y no dudo que podrás progresar. 5. Que se ofrezca diariamente en todos tus familiares el sacrificio de oración solemne, tanto por la mañana como por la noche. ¡Cuidado de no encontrarte entre los familiares que no invocan el nombre de Dios! ¿Por qué habría ira del Señor sobre tus familiares? ¡Oh miserables familiares, sin Dios en el mundo, que carecen de oraciones familiares! ¿Cómo oras con toda oración y súplica si no lo haces con la oración familiar? No

digas: "No tengo tiempo". ¿Acaso no tienes todo el tiempo a tu disposición para servir a Dios y salvar tu alma, y aun así no puedes encontrar tiempo para esto? Encuentra un corazón dispuesto, y yo encontraré tiempo. Sacrifica de tus comidas y sueño en lugar de quedarte sin oración.

No digas: "Mi trabajo no lo permite". Este es el negocio más importante, salvarte a ti mismo y las almas encomendadas a ti. En pocas palabras, la bendición de todo se obtiene mediante la oración, ¿y qué es tu negocio sin la bendición de Dios? No digas: "No soy capaz". Utiliza el talento que tienes y Dios lo aumentará. Puedes obtener ayuda hasta que seas capaz por ti mismo. Pero si no hay otro remedio, debes unirte con tu vecino capaz; Dios presta especial atención a la oración conjunta, por lo tanto, debes aprovechar las ventajas familiares para llevarla a cabo. 6. Anima a cada persona de tus familiares a la oración privada. Observa si la llevan a cabo. Si necesitan ayuda con una fórmula, proporciónales hasta que sean capaces de hacerlo sin ella.

Oriéntalos sobre cómo orar, recordándoles sus pecados, necesidades y misericordias, los materiales de la oración. Esta fue la práctica de Juan y Jesús, Lucas 11:1, 2, y otros. 7. Establece la enseñanza del catecismo en tu familia, al menos una vez por semana. ¿No tienes temor del mandato del Todopoderoso de "enseñar diligentemente estas cosas a tus hijos, y hablar de ellas cuando estés en tu casa?" y de guiarlos por el camino en el que deben andar". ¿No ha mandado Dios a Abraham que "enseñe a sus hijos y a los de su casa", y que tenía muchos "servidores instruidos", y le ha dado una promesa basada en ello, y tú no quieres tener parte ni en el elogio ni en la promesa? ¿No ha honrado Cristo la enseñanza del catecismo con su presencia, y tú no quieres reconocerla en tu práctica? No digas que son descuidados y no quieren aprender.

¿Para qué tienes autoridad, si no es para usarla en favor de Dios y del bien de sus almas? Los llamarás y los obligarás a hacer tu trabajo; ¿y no deberías al menos ser igualmente celoso en impulsarlos a hacer la obra de Dios? No digas que son lentos y no son capaces. Si son lentos, Dios te exige más esfuerzo y paciencia; pero, ¿aunque sean tan lentos, no les enseñarás a trabajar? ¿Son capaces de los misterios de tu oficio y no son capaces de los principios básicos de la religión? Bueno, si quieres ver el crecimiento de la religión, la cura de la ignorancia, el remedio de la profanidad, la caída del error, cumple mi alegría cumpliendo con este deber.

¿Responderás a los llamados de la Providencia divina? ¿Quisieras evitar calamidades inminentes o prevenir las que ya están presentes?

¿Quisieras establecer viveros para la iglesia de Dios? ¿Quisieras que Dios construyera tus hogares y bendijera tus posesiones? ¿Quisieras que tus hijos te bendijeran? Oh, entonces establece la piedad en tu familia, si deseas ser bendecido o ser una bendición. Que tu corazón y tu hogar sean los templos del Dios vivo, en los cuales se realice con constancia y reverencia su adoración (siguiendo todas las direcciones antes mencionadas). "El que después de haber sido reprendido muchas veces persiste en su rebeldía, será destruido de repente, sin remedio".

UNA ALARMA PARA PECADORES INCONVERSOS

PREGUNTAS DESPERTADORAS PROPUESTAS A LOS INCONVERSOS

Para abarcar el caso de cada persona, hablaré algo a los no convertidos y algo a los convertidos. Para los no convertidos, hay seis preguntas que les aconsejaría que hagan a sus almas.

Pregunta I. ¿En qué estado entró mi alma en el mundo? ¿No fue en estado de muerte? ¿Un estado de ira? Amigos, despierten y reflexionen dónde están y a dónde se dirigen. Mientras estén en su estado natural, no convertidos, incrédulos, todos sus pecados no están perdonados y la ira de Dios permanece sobre ustedes. Supongan que ven a una pobre criatura colgando sobre un horno ardiente de fuego, sostenida por nada más que un hilo delgado a punto de romperse en cualquier momento, ¿no les dolería el corazón por esa persona? Amigos, ese es su caso. Cuelgan sobre el abismo de la perdición sostenidos solo por el delgado hilo de la vida, que no saben si se romperá al siguiente momento, ¿y entonces dónde estarán? ¿Es este un caso en el que puedan seguir contentos y sin pensar?

Pregunta II. ¿En qué condición se encuentra mi alma ahora? ¿He sido cambiado y renovado por la conversión o no? Conciencia, habla, ¿ha sido este hombre, esta mujer, completamente cambiado y renovado, tanto en el corazón como en la vida? ¿Dónde están tus pruebas? ¿Puedes mostrar las marcas del Señor Jesús en tu alma? Que tu conciencia responda.

¿Cuál fue el lugar? ¿Cuáles fueron los medios? ¿Cuándo fue el momento en que tu alma fue completamente renovada? Al menos, si no

puedes mostrar el tiempo, lugar o medios, ¿puedes demostrar la realidad? ¿Puedes decir con él: "Una cosa sé, que aunque era ciego, ahora veo"? Amigos, no se engañen: les digo que, sin importar quiénes sean y lo que hagan, nada les servirá para la salvación a menos que sean nuevas criaturas.

Pregunta III. ¿Y si perdiera mi alma? Esto es muy posible. Sí, es el caso de la mayoría; hay muy pocos, muy pocos hijos de los hombres que escapan sanos al cielo. Amigos, cuidado con su peligro y teman que, aunque se les haya prometido entrar en el descanso, alguno de ustedes finalmente se quede sin él.

Supongamos que un hombre tuviera que viajar a través de un bosque o desierto peligroso, teniendo solo una joya en todo el mundo, en la cual está su vida entera; y viera a algunos pararse a un lado y a otros al otro lado; y escuchara a un grupo en este lugar y otro en aquel, clamando bajo las manos de unos crueles ladrones. ¡Oh, con qué temor iría este viajero, temiendo perder su joya y ser robado de todo de una vez! Bueno, tú eres ese hombre; este viajero eres tú mismo; esta joya es tu alma; este desierto o bosque es este mundo. Debes viajar a través de numerosos pecados, legiones de demonios, un mundo entero de tentaciones. Estos son los ladrones que acechan tu alma; y si todo lo que ellos pueden hacer puede impedirte entrar al cielo, nunca llegarás allí.

¡Oh! ¿Y si tu orgullo, tu mundanalidad, tus demoras y trivialidades en la religión al final traicionan tu alma en manos de los ladrones? Otras pérdidas pueden ser reparadas, pero si una vez se pierde tu alma, se pierde a Cristo: el cielo, todo, se pierde para siempre.

Pregunta IV. ¿Qué hago por mi alma? ¿Qué! ¿Tengo un alma, un alma inmortal, por la cual cuidar y no me preocupo más por ella, ni dedico más tiempo ni esfuerzo, ni más pensamientos sobre ella?

Cuando Augusto, el Emperador, vio a las mujeres extranjeras llevar monos y otras criaturas extrañas en brazos por las calles, preguntó: "¿Qué? ¿Las mujeres en estos países no tienen hijos?" Así se podría decir de muchos de nosotros, que estamos ocupados desde temprano hasta tarde con nuestros asuntos mundanos, pero dejamos descuidada la preocupación por la religión. ¿Qué? ¿Estos hombres no tienen almas? ¿Cómo es posible, hombre, que tengas un alma y sin embargo hagas tan poco en tu rincón privado, tan poco en tu familia, día tras día, por ella? ¿Qué pretendes, oh dormilón? Levántate, clama a tu Dios para que no perezcas. ¿Qué sucederá con tu alma si la miras solo con esta actitud negligente?

Pregunta V. ¿Y si Dios exigiera tu alma esta noche? ¿Dónde te encontraría la muerte? Hubo alguien que se prometía muchos días y años alegres, como es probable que tú también lo hagas, pero esa misma noche Dios llamó por su alma. Amigos, ¿están en sus posiciones correctas? ¿Están preparados para morir? ¡Oh! No oséis vivir, en tal caso, en un camino en el cual no estáis preparados para morir.

Pregunta VI. ¿Qué caso tan feliz sería si tan solo hubiera asegurado mi alma? ¡Oh! Si eso estuviera hecho, ¡cómo podrías vivir dulcemente! Entonces podrías comer tu pan y beber tu vino con un corazón alegre, al saber que Dios te acepta a ti y a tus obras. Entonces podrías acostarte en paz, levantarte en paz, salir y regresar en paz.

Entonces podrías enfrentar a la muerte, podrías enfrentar a los peligros, sí, podrías enfrentar a los demonios sin temor. ¡Oh, amigos! Si hay alguna oficina de seguros para almas en todo el mundo, uno pensaría que deberían buscarla. Y esto es todo acerca de las preguntas, que aunque son útiles para todos, fueron destinadas principalmente a las almas no convertidas e impenitentes.

UNA ALARMA PARA PECADORES INCONVERSOS

CONSEJOS PARA LOS INCONVERSOS

Consejo I. Esfuérzate por obtener lo máximo de estas oportunidades peligrosas para que puedas recuperar todo lo que has invertido. ¡Qué lástima sería si al final sufrieras profundamente por tu asistencia consciente a Dios en estas temporadas, y cuando te encuentres en prisión o destierro, descubras que no has obtenido lo suficiente para sostenerte!

Consejo II. No valores el dinero únicamente por cómo satisface a tu carne, sino por cómo se relaciona con la eternidad y cómo puede contribuir a la gloria de tu Creador. Dios ha preservado nuestras libertades y ha restaurado las mías. Pero, ¿de qué sirve todo esto? A menos que aprovechemos nuestras libertades para la eternidad, ¿qué ventaja tenemos sobre aquellos que están en prisión si este es el único beneficio que obtenemos, un poco más de satisfacción para la carne? El número colocado junto a la cifra tiene un gran significado, pero si se coloca solo, no significa nada en absoluto. Estos consuelos terrenales, separados de su relación con Dios y la eternidad, no tienen valor, pero en función de estos fines, tienen mucho significado.

Tenemos comodidad y abundancia cuando muchos otros sufren dolor y pobreza; y tenemos una gran ventaja sobre ellos si somos sabios al aprovechar nuestra salud, al ahorrar para los días de enfermedad y prepararnos para la eternidad, y servir al Señor con más diligencia, alegría y gozo en la abundancia de todas las cosas. Pero si todo lo que obtenemos es que nuestros cuerpos estén un poco más cómodos y nuestros paladares se deleiten un poco más, ¿qué provecho obtenemos de nuestra salud y nuestras posesiones? Si aquellos que están enfermos o son pobres aman al Señor tanto como nosotros y le sirven tanto como nosotros, tienen la ventaja sobre nosotros; y sería mejor para nosotros ser pobres y enfermos, como ellos lo son.

Consejo III. No te conformes con posibilidades de alcanzar el cielo, sino trabaja por certezas. Amado, la certeza puede ser alcanzada, de lo contrario, el consejo de Dios de asegurar nuestro llamado y elección sería en vano; de lo contrario, la experiencia de los santos sería una ilusión, quienes nos dicen que saben que han pasado de la muerte a la vida; de lo contrario, el poder de la autorreflexión sería inútil y el espíritu que está en el hombre no conocería las cosas del hombre.

Ahora, si se puede tener certeza, ¿no harías todo lo posible por obtenerla y buscar en cada rincón para encontrarla? Amigos, ahora, si alguna vez, necesitan esforzarse para obtener seguridad. Estamos en una miserable incertidumbre en cuanto a todos los placeres externos; no sabemos cuándo se nos pueda exigir renunciar a todo. Cristianos, ¿qué significa esto? ¿Se conformarán con no tener nada seguro? ¿No establecerán su condición eterna ahora que están tan inestables en cuanto a su situación externa? ¿Qué harán en el día de la visitación, cuando la adversidad los abrume, si no tienen la certeza de que Dios los recibirá? Hace temblar el corazón pensar en enfrentar una tentación tan temible como renunciar a todo por Cristo, y aún no estar seguros de Él.

Oh hombre, ¿qué ventaja tendrá ahora el tentador sobre ti cuando sugiera: "¿Serás tan tonto como para dejarlo todo de golpe? ¡Ves que el cielo no es seguro, Cristo no es seguro! Por lo tanto, aférrate al mundo mientras lo tengas y conserva lo que tienes seguro!" Amados, qué desprecio tan temeroso hacia Dios, el cielo, la gloria y todas las promesas se refleja en esto, que pueden conformarse con incertidumbres acerca de si son suyos o no. ¡Cuántos de ustedes no saben si van al cielo o al infierno! ¡Y qué descuido desesperado muestra esto al continuar semana tras semana en tal situación! Algunas esperanzas tienes de que te irá bien; pero no me satisfagas con esperanzas. Nunca te conformes hasta que puedas decir no solo "espero ser salvo", sino "sé que he pasado de la muerte a la vida"; "sé que cuando esta morada terrenal se disuelva, tengo un edificio no hecho por manos", etc.

Consejo IV. No te conformes con poseer la gracia, sino esfuéstrate por crecer en ella. No pienses que todo está hecho cuando has obtenido evidencia de gracia, sino que lucha arduamente por el crecimiento.

Aquella persona que no desea y busca la perfección, nunca ha alcanzado la sinceridad. El que verdaderamente desea la gracia, no la desea únicamente como un puente hacia el cielo y por tanto busca solo lo necesario para cubrir sus necesidades hasta allí; sino que la desea por sí misma y por lo tanto anhela alcanzar su plenitud. Aquella persona que solo desea la gracia por el bien del cielo y se pregunta cuál es el mínimo

nivel de gracia necesario para alcanzar el cielo (con lo cual quiere decir simplemente ser salvado de la miseria) con la intención de conformarse con eso y no desear más, esa persona está podrida en su corazón.

Cristianos, el Señor espera de ustedes que no sean bebés ni enanos espirituales; Él espera, especialmente ahora, que hagan progreso. ¿Qué hacen más ahora que antes? Permítanme recomendarles el estudio de Pablo en Filipenses 3:12, y siguientes. Es señal de un espíritu bajo y mezquino conformarnos con cosas pequeñas en la religión.

Consejo V. Trabajen para que la santidad se convierta en su naturaleza y la religión en su ocupación principal. Entonces habrán alcanzado algo verdadero en la religión cuando la obra de Dios se convierta en su actividad natural y amada, en su alimento y bebida, en su trabajo y recompensa: cuando su lengua y corazón hablen naturalmente de Dios, así como los demás hablan del mundo. Esto puede lograrse con cuidado y oración constantes. Hermanos, que la obra de Dios se haga a través de ustedes, no como algo secundario, sino como su ocupación más importante. Busquen primero el reino de Dios; y así, sea lo que sea que hagan, podrán dar cuenta de sí mismos como lo hizo nuestro Salvador cuando le preguntaron, que están ocupados con los asuntos de su Padre.

Consejo VI. No limiten la religión a sus rodillas, sino mantengan un progreso constante de santidad a lo largo de todo su camino. Hermanos, es una desgracia para la religión que los cristianos sean tan diferentes a sí mismos, excepto cuando están en actos sagrados.

Esto hiera a la religión en lo más profundo cuando se dice de los profesores: "Estos hombres, en verdad, orarán como ángeles, pero, por lo que podemos ver, son tan irritables y sensibles como cualquier otro hombre, y son tan duros en sus tratos y hacen tan poco caso de sus palabras como los demás". Amados, no piensen que la religión se basa únicamente, o principalmente, en orar, escuchar o leer; porque deben ser religiosos en todo momento.

Señores, saquen su religión de sus armarios y llévenla a su vida diaria; no permitan que haya una vida de santidad solo en el exterior, sino que la santidad se entrelace en todas sus conversaciones. Aquí radica la excelencia y la dificultad de la religión; cuando tienen las tentaciones de la intemperancia ante ustedes, entonces sujetar firmemente las riendas y negar a su carne; cuando tienen provocaciones delante de ustedes, entonces contener sus pasiones y controlar sus miembros desenfrenados; cuando tienen tratos con otros, entonces proceder según la regla de oro de la equidad y la caridad, hacer a los demás como (su conciencia les dice) desearían que les hicieran en

circunstancias similares; cuando son llamados por sus diversas relaciones, entonces comportarse con ternura y amor, con reverencia y obediencia, con cortesía, condescendencia y amabilidad, de acuerdo a lo que corresponda a sus diferentes roles. En esto, digo yo, radica la excelencia de la religión.

Consejo VII. Caminen siempre con su objetivo en mente. Es cierto que, según la similitud común, el viajero no piensa en el final de su viaje en cada paso, ni necesita hacerlo; sin embargo, no hay viajero que no piense en ello al iniciar su viaje. Hermanos, no hay nada que impida que, con oración y vigilancia, puedan lograr esto, que en cada acción solemne tengan a Dios como su objetivo principal.

Impongan esto como su regla diaria para caminar, nunca acostarse sin estos pensamientos: "Bien, utilizaré mi cama como un mandamiento de Dios, para mi descanso natural, para que un siervo suyo esté preparado para su obra". Nunca levantarse sin estos pensamientos: "Iniciaré este día en el nombre del Señor y mi objetivo será complacerlo en todo momento". Nunca comenzar nuestras labores sin pensar así: "Me dedicaré a mi trabajo en obediencia a Dios, porque es su voluntad que camine con él en mi lugar y posición". Nunca sentarse a la mesa sin pensar: "Ahora comeré y beberé, no solo para alimentar mi cuerpo, sino para fortalecer a un siervo de Cristo Jesús, para que tenga fuerzas para su servicio". Impónganse esto a ustedes mismos y examinen por la noche cómo lo han cumplido, y corrijan cualquier deficiencia que encuentren. Una vez aprendan esto, habrán alcanzado algo y tendrán la evidencia indudable de su sinceridad, y conocerán la experiencia de ese bendito misterio de caminar con Dios.

Consejo VIII. Sean y hagan más de lo ordinario en sus familias y en sus lugares de oración, ahora que hay deficiencia en las ordenanzas públicas.

1. En sus lugares de oración. Asegúrense de que sus conciencias puedan dar testimonio de que, bajo las providencias extraordinarias de Dios, hacen más que nunca: en respuesta a esto, es posible que hayan orado dos veces al día; ¿por qué no hacer, en momentos como estos, una visita más al cielo, representando ante Dios las calamidades de su iglesia? Por tanto, deben asegurarse de que ahora se debe hacer algo más que antes; de lo contrario, Dios se sentirá gravemente menospreciado y considerará que su iglesia ha sido abandonada de manera inaceptable si no mostramos más fervor ahora.

Sé más que nunca en la autoexaminación; Dios espera que, cuando nos prueba, nos examinemos a nosotros mismos con diligencia. Y aquí

permítame preguntarte a tu conciencia: ¿Cómo estás cuidando tus reglas para el examen diario? ¿Te examinas a ti mismo conforme a ellas día tras día? ¡Ay, lamentable negligencia! ¿Qué sucede? ¿Has dado tu aprobación y cumplido tu promesa, y aún así en un día como este olvidas tanto tu deber? Dios espera de ti que, al verlo enojado, te acerques a él con temor ferviente, circunspección tierna, vigilancia santa y autonegación, y que camines delante de él; de lo contrario, aumentarás enormemente su indignación cuando vea que menosprecias su ira.

2. En tu familia. Cristiano, ahora el Señor te llama fuertemente a poner tu casa en orden.

Observa lo que está mal en ellas y esfuerzate por eliminar aquello que pueda ser una provocación. Te aconsejo tres cosas con respecto a tu familia:

En primer lugar, que establezcas el ejercicio solemne de la catequesis semanalmente en tu hogar. Me parece que no debería haber duda de que, en cada familia piadosa, existe un cuidado por la catequesis. Pero cuando los encargados solo la imponen de manera general a sus familias y ocasionalmente rinden cuentas, veo que se hace poco progreso. Por lo tanto, te ruego que lo conviertas en un ejercicio solemne y constante, y que exijas a tus hijos y sirvientes que te den un informe semanal de lo que han aprendido de los principios de la religión, como lo harían con cualquier otro asunto propio. ¡Oh, el increíble beneficio que vendría rápidamente de esto, si pudiera persuadir y lograr que mis oyentes accedan a esta simple solicitud!

En segundo lugar, debes indagar frecuentemente acerca de su estado espiritual. Síguelos de cerca y no les des paz hasta que veas que se preocupan seriamente por las cosas espirituales y las buscan. Anímalos a la oración secreta. Proporcionales ayuda hasta que sean capaces de prescindir de ella. Menciónales con frecuencia la necesidad de la regeneración y conversión, y su naturaleza. Recuérdales su terrible miseria y estado no regenerado. Amados, es tristemente evidente que, como se manejan ahora en algunos lugares, hay poca obra de conversión que se pueda hacer.

¡Oh, gobernantes de familias! Si tan solo cumplieran con su deber en sus respectivos lugares, no dudo de que muchas almas pronto nacerían para Cristo, incluso en un día como este. En tercer lugar, pídeles cuentas de su progreso en cada oportunidad. Si hay un sermón o un capítulo leído, pídeles que den cuenta de ello. Así nuestro Salvador, cuando los discípulos (su familia) estaban en privado, les preguntaba si entendían y se beneficiaban de lo que habían escuchado en público.

Consejo IX. No te desanimes por las dificultades actuales de la religión, más bien regocíjate en la oportunidad de mostrar tu amor y lealtad a tu Señor. No pienses que Dios te ha tratado duramente ahora que tu religión está a punto de costarte algo, y luego pienses en retroceder para preservar tu seguridad. Si amas al Señor Jesús, deberías alegrarte y estar sumamente contento en la oportunidad de demostrarlo. Hermanos, ¿cuánto te ha costado tu religión hasta ahora? Entonces, por vergüenza, no permitas que tu retroceso y retirada le digan al mundo que no tienes suficiente amor por Cristo como para comprometerte a correr algún riesgo por él. ¿Realmente amas al Señor? Oh, entonces alégrate y regocíjate en gran manera; porque nunca antes tuviste una oportunidad como esta en toda tu vida para mostrar tu amor, porque nunca antes se te ha llamado a aventurarte tanto por él y su servicio como ahora. Ahora resuelve que si la religión te hará vil, tú te harás aún más vil, y deja que tu celo y resolución por Dios se incrementen y se intensifiquen debido a esta oportunidad.

CORDIALES SACRAMENTALES PARA LOS CONVERTIDOS. AHORA QUERIDOS HERMANOS AMADOS

Este sacramento sagrado está designado como una ordenanza de sellado entre Cristo y tú. Los pactos están hechos, los términos están acordados en ambos lados; Dios está dispuesto a ser tuyo en todos los sentidos, tu refugio, tu descanso y tu guía. Mientras Cristo lo tenga, nunca te faltará; y lo que Dios es para él, eso él, en tu orden, será para ti.

Tú, nuevamente, por gracia, estás dispuesto a ser suyo: suyo a su manera y en sus propios términos; dispuesto a servirle; dispuesto a ser desposado con él y a ser mandado por él, a usar sus remedios, a seguir sus consejos y a contentarte en él como tu bienaventuranza: así todos están de acuerdo; los artículos están redactados; los pactos tanto por parte de Dios como por la tuya, están listos para ser escritos; y aquí puedes llegar a poner fin a toda controversia pasada y vender y suscribir mutuamente. ¡Oh encuentro feliz y bendito! Cristianos, no olviden su misión; recuerden dónde están y para qué han venido; y sepan que están en la transacción más solemne que jamás haya ocurrido entre el Creador y la criatura. Es la admirable condescendencia de Dios que él se unirá a nosotros y entrará en un pacto con nosotros, para bendecirnos y recompensarnos; y debido a que nuestra fe es débil, él ha traído a su fiador, el Señor Jesucristo, quien es un fiador tanto de su parte como de la nuestra, para cumplir sus promesas. Y ha traído los signos y garantías visibles mediante los cuales todo será firmemente aprobado y ratificado ante tus ojos. ¡Este es el nuevo testamento en mi sangre, escrito con mi sangre, ratificado con mi sangre! ¡Oh, señores, esto es lo que Dios les

está ofreciendo aquí con su propia mano en este día! ¡El nuevo testamento en la sangre de Cristo! Cristianos, preparen sus oídos y aviven su fe, y ahora crean y escuchen algunos de los benditos artículos de ese pacto que Dios aquí firma y sella para ustedes. Solo mencionaré nueve, que les aconsejo que guarden cerca de sus corazones mientras tengan un día para vivir, y encontrarán que la virtud de estos tónicos es fuerte y efectiva en todas las condiciones.

Artículo I. Cumpliré para ustedes el lugar de todas las relaciones, seré un padre para ustedes, y ustedes serán mis hijos e hijas. Todo lo que los hijos pueden esperar de un padre, eso es lo que pueden esperar de mí. Les proporcionaré alimento, no se preocupen, sé que tienen necesidad de todas estas cosas. Serán vestidos con prendas de mi guardarropa y llevarán mi uniforme. Y cuando necesiten corrección, la realizaré con misericordia, y descubrirán que, así como un hombre castiga a su hijo, así el Señor su Dios los corrige.

Seré un esposo para ustedes y los desposaré conmigo para siempre. No tendrán que temer, su Hacedor es así: les daré mi amor escogido, les daré mi corazón.

Seré un Señor y Soberano para ustedes: el Señor es su Juez, el Señor es su Legislador, el Señor es su Rey. No teman la injusticia de los hombres: yo juzgaré su causa, defenderé sus derechos; no serán juzgados ni condenados por el juicio de los hombres; aunque ellos maldigan, yo bendeciré; aunque ellos condenen, yo justificaré. ¿Quién acusará cuando yo declare inocente? ¿Quién les imputará algo cuando yo los absuelva? Cuando sean sometidos a juicio por su vida para que se decida su estado eterno, verán a su amigo, a su Padre, en el estrado; y seguramente estarán en el juicio y serán encontrados a la derecha, entre las ovejas, y escucharán al Rey decir: "Vengan, benditos míos".

Seré un Pastor para ustedes: no teman el mal, porque estoy con ustedes. No les faltará nada, porque los alimentaré. No vagarán para perderse, porque los restauraré. Los haré reposar en verdes prados y los guiaré junto a aguas tranquilas. Si mis oficiales son negligentes, lo haré yo mismo. En cuanto a ustedes, oh mi rebaño, así dice el Señor Dios: Yo juzgaré entre ganado y ganado, apacientaré a mi rebaño, dice el Señor Dios, y los haré reposar; buscaré lo que estaba perdido y traeré de vuelta lo que fue dispersado, vendaré lo que estaba roto y fortaleceré lo que está enfermo.

Pero destruiré a los gordos y a los fuertes, y los alimentaré con justicia. Seré un Médico para ustedes, sanaré sus desviaciones y curaré todas sus enfermedades; no teman; nunca ha perecido un alma que se ha

dejado en mis manos y solo ha seguido mi prescripción. Bueno, este es uno de los artículos que Dios sella aquí, que él será para ustedes en lugar de todas las relaciones. Silencio, incredulidad contenciosa. Me parece escuchar tus susurros, que esto es demasiado bueno para ser verdad; que sería presunción contar con todo esto. ¿Qué? ¿Podrán aquellos que dirán a la corrupción: "Tú eres mi padre", decir también al Dios incorruptible: "Tú eres mi Padre"? ¿Podrán aquellos que dirán al gusano: "Tú eres mi madre y mi hermana", decir a los ángeles de luz: "Ustedes son mis compañeros de servicio", y al Rey de gloria: "Tú eres mi hermano y mi pariente"? ¿Se unirá la Majestad a la miseria, y la comida de los gusanos se casará con la inmortalidad y la vida? ¿Cómo pueden ser estas cosas? No, pero oh corazón de incredulidad, ¿quién eres tú para responderle a Dios? ¿Discutes con tu Creador bajo el pretexto astuto de humildad y pones en duda su veracidad? ¿No es esta su palabra, su promesa, su pacto? ¿Y no está aquí su sello? Entonces, ¿por qué dudas, oh tú de poca fe?

Artículo II. Que te otorgará todas las perfecciones divinas: "Seré tu Dios". Dios se entrega a sí mismo, y da a su Hijo a ustedes: "Te daré como pacto para el pueblo". Este es el triunfo de la iglesia: "A nosotros nos ha nacido un Hijo". Y él les da su Espíritu: "Les dará otro Consolador". Y los creyentes reconocen la recepción: "Hemos recibido el Espíritu que es de Dios". Así que ven que todas las personas de la Deidad se les entregan, al igual que todas las perfecciones de la Deidad; y así el pacto dice: "Yo soy el Dios Todopoderoso, o el Dios totalmente suficiente; camina delante de mí y sé íntegro".

Estos son los términos entre Dios y un creyente: "Sé recto delante de mí, y yo seré totalmente suficiente para ti". La total suficiencia de Dios abarca todas sus perfecciones. La verdad sin poder, o el poder sin sabiduría, ambos sin bondad, no serían total suficiencia. La total suficiencia abarca todo lo que está en Dios (si podemos hablar de la esencia más simple de Dios según la limitada capacidad de nuestro entendimiento), sí, comprende infinitamente más de lo que se puede decir o pensar. Ahora bien, este es el pacto de gracia que Dios establece contigo en este día, que él será un Dios totalmente suficiente para ti.

Cristianos, fortalezcan su fe, ahora apropien y apliquen las promesas, ahora crean de manera fuerte y firme; y creer les llenará de gozo inefable y lleno de gloria. No me sorprende si tu fe es puesta a prueba, en un misterio tan grande y elevado, acercarse a la Majestad infinita, y considerar y decir sin resistencia "tú eres mío, y todo lo que tienes" - esto no es algo fácil.

Pero no debes atreverte a dudarlo. ¿Puedes cuestionar a aquel que es la verdad? ¿Puede mentir la fortaleza de Israel, o engañarte en su palabra? Pero el alma está lista para responder, ¡Oh! ¡La cosa es demasiado elevada y grande para que yo pueda presumir y creer! y está lista, como Pedro asombrado, para exclamar: "Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador". Pero ¿por qué tiembla tu mano, y te desfallece el corazón, y tus pies, como los de Pedro al caminar sobre el agua, comienzan a hundirse? ¿En qué te detienes? ¿Es en la verdad de las promesas?

Pero, dice él, alma temblorosa, pero seguro de que tanto nunca puede pertenecer a mí, tan pecador; temo que no sea mío. ¿Qué dice entonces la promesa? Solo sé recto. ¿Qué importa si tienes cien fallas, pero tu corazón es recto? La inclinación de tu corazón es principalmente para Dios y la santidad; haces conciencia de todo pecado, tanto pequeño como grande, tanto secreto como público, y no te permites deliberadamente en ninguno. En la disposición firme de tu corazón, prefieres complacer a Dios y valoras su favor y comunión por encima de todo bien terrenal, por lo tanto, eres recto: estas señales son infalibles. ¿Qué? ¿Objetas tus fallas? ¿Estás bajo un pacto de obras? ¿Crees que Dios ahora exige perfección? El pacto es claro: Dios defiende la rectitud, y Dios ha obrado en ti esa condición que él te requiere.

¿Qué puede ser más claro? ¿Permitirás que el diablo y la incredulidad te arrebaten la bendición de tus manos, cuando Dios te dice que es tuya? ¿Serás contra ti mismo y rechazarás tu propia paz cuando Dios ha venido a sellarte hasta el día de la redención? Esto es lo que el Señor aquí te sella, que él será un Dios totalmente suficiente para ti. ¡Oh, cree y sé agradecido, y regocíjate en tu propia bienaventuranza! ¡Oh, almas felices, muy felices, a quienes el Dios viviente así firma, sella y les asigna todas sus infinitas perfecciones como su posesión eterna!

Artículo III. Que él te liberará de todas tus deudas. Este es el pacto: "Seré misericordioso con sus injusticias, y de sus pecados e iniquidades no me acordaré más. Aunque vuestros pecados sean como el carmesí, serán blancos como la nieve.

¿Crees esto? Acércate, amado cristiano, acércate con fe y aquí verás al Señor borrando todas tus deudas, eliminando el documento escrito en tu contra, declarando que ha recibido un rescate y que está satisfecho, contento y pagado. ¡Oh, hombre afortunado que dejarás todos tus pecados atrás! Esto es precisamente lo que el fiel Dios te sella aquí. Tu perdón está escrito con su sangre más sagrada, que aquí se derrama para

el perdón de los pecados; de manera que puedas triunfar con el Apóstol, "¿Quién es el que condena? Cristo murió por nosotros".

Artículo IV. Que él te salvará de todos tus enemigos. No de la batalla, sino de la derrota: la victoria será segura siempre y cuando Dios esté comprometido. Así es como el pacto se revela inicialmente, que la simiente de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente, aunque esta le hiera en el talón. Por la simiente de la mujer no solo se entiende a Cristo, sino a todos los creyentes. Por la serpiente no solo se entiende a Satanás, sino a todo su partido, el mundo impío perseguidor, que son sus hijos, y a todas nuestras lujurias tiránicas, que son sus obras. Al herir nuestro talón, se entiende que nos molesta y nos hiere, pero no mortalmente. Al aplastar su cabeza, se entiende la victoria total y final que obtendremos con certeza sobre él y su partido al final.

Cristianos, ¿qué deberíamos temer? ¿La muerte? El pacto sellado aquí te otorga la muerte como un legado; y he aquí, trae la cabeza de tu enemigo conquistado en una bandeja. La muerte es tuya; ¡oh bendito y agradecido presente! El pacto te asegura que Dios aplastará pronto a Satanás bajo tus pies. ¿El mundo? Ten buen ánimo, Cristo ha vencido al mundo. ¿El infierno? No hay condenación para los que están en Cristo Jesús. ¿El pecado? En verdad, esto debe ser temido, pero con un temor vigilante y cauteloso, no con un temor desmayado y desalentador. El pecado no tendrá dominio sobre vosotros.

Cristianos, aquí tienes apoyo para tu fe. ¿Qué? ¿Estas santas promesas no te conmueven en absoluto, o tienen poco sabor o gusto para ti? ¿Qué? ¿El Dios Todopoderoso te lo da, bajo su propia mano, que eres un hombre libre, y tú le das poca importancia? ¿Él te da su protección y tú la guardas como un papel inútil que no significa mucho? ¡Oh, señores! Cuando vuestros corazones estén listos para desfallecer por causa de los hijos de Anac que están en el camino; cuando veáis al rey de los terrores acechando, y un mundo impío armado con ira en tu contra, lleno de malicia, y los ladrones y conspiradores en tu propio ser esperando su oportunidad para traicionarlo todo; aún así, no os desaniméis.

Estos eran suficientes, de hecho, para hacer que el corazón de un hombre reflexivo se derritiera y muriera dentro de él; ¡pero ese pacto de gracia proporciona un alivio tan amplio contra todo! ¡Oh, recuerda siempre el pacto! Recuerda lo que ha ocurrido este día entre el Dios viviente y tu alma. ¡Vigila, oh cristiano, y mantente firme! Compórtate como un hombre. La victoria es segura. ¿Quién no pelearía con valentía si tiene la seguridad de la victoria?

Artículo V. Que él será tu amigo en todas las circunstancias. Será un amigo fiel en cada cambio y transformará todas las cosas en tu bien. Y cuando estés listo para decir incrédulamente, como Jacob: "Todas estas cosas están en mi contra", él te consolará incluso en el desierto. Estará contigo en el fuego y en el agua. Será fortaleza para el pobre, fortaleza para el necesitado en su angustia; refugio de la tormenta y sombra del calor, cuando el soplo del terrible sea como una tormenta contra el muro. Amado, aquí el Señor ha venido a sellar todas estas promesas para ti. ¡Oh, vete a casa y bendícete en la dulce seguridad de tu estado! Dios te ha prometido que, sin importar la condición en la que te encuentres, recibirás ayuda y apoyo de él, disfrutarás de su presencia contigo y verás su mano, en todos tus problemas, convirtiendo todo dulcemente para lo mejor.

Ve y vive como un creyente; no tengas miedo de los sufrimientos, sino demuestra que crees lo que Dios ha prometido, que la aflicción no te dañará. La próxima vez que te encuentres con alguna dificultad, recuerda la promesa que Dios te ha dado este día y espera en él con fe por el feliz resultado y desenlace de cada prueba que te acontezca.

Artículo VI. Que él se hará cargo de todas tus preocupaciones. "No os afanéis por nada, porque él cuida de vosotros. No os preocupéis por lo que habéis de comer o beber, ni estéis angustiados en vuestra mente; más bien, buscad el reino de Dios y todas estas cosas os serán añadidas." Ven a esta santa ordenanza en cualquier angustia o problema: me parece que deberías salir de ella como Ana, y tu rostro ya no estará triste. "Dios contará tus cabellos y se asegurará de que nada se pierda. Él cuidará de tus nombres y hará resplandecer tu justicia como la luz.

Él cuidará de tus bienes, dará alimento a aquellos que le temen y siempre recordará su pacto: de tu descendencia, porque él será Dios para ellos y transmitirá la bendición a través de ellos". Ordena que tus viudas y tus huérfanos sean puestos bajo su cuidado. Por pacto, él se encargará de sus preocupaciones: no necesitas estar ansioso; él es tierno contigo, incluso cuando parece que más te descuida, como la hermana de Moisés que observaba secretamente desde detrás de la vegetación y deseaba ver qué le sucedía al niño, aunque para los que lo encontraron, parecía expuesto a la hambruna y la muerte entre los juncos.

Artículo VII. Que él te dará, o él mismo será para ti, en lugar de todo consuelo. Él será sol y escudo, y dará gracia y gloria, y no retendrá ningún bien de aquellos que caminan rectamente. ¡Oh, el tesoro que hay en estas palabras: "Yo soy tu escudo y tu gran recompensa. Me encargaré tanto de tu protección como de tu provisión: cuando el mal te ataque,

seré un escudo para ti; cuando falte algo bueno, seré un suministro; tendrás hijos, o seré mejor para ti que diez hijos; tendrás riquezas, o seré tu tesoro; tendrás amigos, si es lo mejor para ti, o de lo contrario seré tu consolador en tu soledad, tu consejero en tu angustia; mis secretos, mis oídos y mis puertas siempre estarán abiertos para ti.

Recibirá cien veces más en esta vida: aunque no tenga las cosas mismas, tendrá todo esto y más que todo en mí; seré casa, amigo y padre para él, todo en uno". Si tuvieras cien velas encendidas en la habitación y apagaras cada una de ellas y abrieras la ventana para dejar entrar el sol, esto sería mejor que las cien luces que se apagaron; así también, aunque te pidieran que renunciaras a todo, solo sería como dejar que la cisterna se vacíe y abrir la fuente.

Artículo VIII. Que él te mantendrá todos tus días en su servicio. "Él será tu guía hasta la muerte". Cristiano, mientras tengas un día para vivir, Dios estará contigo: "Nunca te dejará ni te desampará. Ciertamente, la bondad y la misericordia te seguirán todos los días de tu vida, y el Señor nunca se apartará de ti para hacerte bien". ¡Oh, feliz pacto que el Señor te sella!

Artículo IX. Que cuando alcances la madurez, él te dará el reino. Dios le dice al creyente aquí: el reino es tuyo; todo lo que se promete en el pacto se sella en el sacramento. Es el buen placer de tu Padre darte el reino. He designado un reino para ti. Observa la promesa llena de un reino; no es nada menos que una corona, un reino, lo que se te entrega aquí. Un noble fue a una tierra lejana para recibir un reino para sí mismo y luego regresar: este es el asunto por el que has venido aquí, para recibir para ti un reino y luego regresar.

¡Oh! Me parece que deberías olvidar el suelo por el que caminas mientras regresas a casa, pensando en lo que has recibido aquí. Me parece que deberías salir como Hamán del banquete, alegre y con un corazón contento. Amigos, ¿saben lo que están haciendo? Bueno, el Señor, a través de estos signos, les da el reino, como un hombre que, al entregarles un terrón de tierra o una llave, les da posesión de una casa o una tierra. Hermanos, ¿alguna vez han leído acerca del reino de gozo, de la corona de vida, de las vestiduras de justicia, del trono de gloria? Aquí, Dios les concede todo esto. Les digo, amigos, estas no son palabras vacías ni fábulas ingeniosamente inventadas; el Dios Todopoderoso ha venido aquí para certificarles la realidad de sus promesas: tan seguro como ahora están sentados en sus asientos, pronto se sentarán en sus tronos; tan seguro como ahora están revestidos de carne, así de seguro estarán revestidos de gloria.

¿Estás seguro de que estás ahora en la tierra? Tan seguro como pronto estarás en el cielo: el Señor te destina solo por muy poco tiempo en esta región inferior; habitarás arriba: donde está Cristo, allí estarás también; tan seguro como ahora ves a un Cristo crucificado, así de seguro verás a un Cristo glorificado. El Señor Jesús anticipa su sentencia aquí y llama a sus invitados. Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino; toma los escritos, sostén los sellos, aquí están las transmisiones del reino; la donación es segura y completa, inalterable, irrevocable.

Cristianos, ¿creéis? Si lo hacéis, me parece que deberíais estar arrebatados; me parece que deberíais estar llenos de gozo inefable y de gloria. ¿Pero titubeáis ante la promesa debido a la incredulidad? ¿Decís: "¡Oh, es demasiado y muy grande!"? ¿Por qué, cómo puede ser esto? ¿Qué, es demasiado grande para que Dios lo cumpla? No te atreves a pensar así. Pero es demasiado grande para que yo lo cuente.

Pero hombre, ¿no llevas en ti la marca del Señor Jesús? ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? ¿No valora tu corazón a Cristo por encima de todo el mundo? ¿No has hecho una elección deliberada de él como tu cabeza y esposo? ¿No has celebrado un contrato solemne con él para ser suyo en todo momento y en todas las condiciones, y amarlo, honrarlo y obedecerlo por encima de todos los demás hasta tu muerte? ¿Y tu corazón no se mantiene firme en todas sus elecciones? ¿No lo has tomado a él, con su yugo y con su cruz? ¿Y no buscas primero el reino de Dios y su justicia en tu práctica? ¿Y no has elegido el camino del reino? ¿No estás enamorado de la santidad y deseas la gracia más que el oro? ¿No prefieres una vida espiritual santa antes que toda la grandeza del mundo y los placeres de la carne? Y todo esto, ¿no solo por un momento o un destello, sino en la disposición y estructura fija de tu corazón? Seguramente estarías equivocando a Dios y a ti mismo si niegas que es así contigo.

Estas son las marcas seguras del Señor Jesús sobre ti. No temas, estas no pueden engañarte; evidencian que has nacido de Dios, que eres un hijo y, por lo tanto, un heredero, y por lo tanto puedes reclamar la herencia. Entonces, querido cristiano, ten buen ánimo, ¿por qué dudarías? Tienes la marca de la oveja, y por lo tanto tu porción estará a la diestra y tu sentencia entre los benditos. Bien, entonces, recibe este sacramento sagrado como la garantía de todo esto. Ve a casa y repasa todas estas benditas promesas y cuéntalas como tuyas.

No las leas (como a menudo lo has hecho antes) como si no te concernieran. Recuerda lo que Dios ha prometido aquí, bajo su mano y sello, para ti, y no dejes que todo quede atrás cuando te vayas de aquí,

sino que el recuerdo, el dulce fruto de ellas, permanezca contigo mientras tengas un día para vivir. Nunca olvides lo que el Señor ha hablado a tu alma aquí: haz más de las promesas que nunca antes en tu vida; bendícete en ellas; recuerda cómo el Señor te entregó las promesas; cómo selló varios artículos para ti; cómo roció la sangre sobre el libro del pacto y te lo entregó, y dijo: "este es el nuevo testamento en mi sangre".

¡Oh! vive de ahora en adelante una vida de alegría y fe, como alguien que está elevado por encima del mundo; no vivas al ritmo antiguo y aburrido; compórtate como un creyente; y, en pocas palabras, camina como alguien que realmente considera como verdad todo lo que el Señor Jesús te ha hablado en este día. Que lo que el Apóstol dijo sea el cierre de todo: "Así que, amados, teniendo estas promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios".

CASOS DE CONCIENCIA: CUATRO CASOS PRÁCTICOS DE CONCIENCIA RESUELTOS SATISFACTORIAMENTE

CASO I: LOS DEBERES SINGULARES DE LOS CRISTIANOS

Un caso de conciencia sobre Mateo 5:47. "¿Qué hacéis de más los demás?"

Pregunta 1. ¿En qué deberían ser singulares los cristianos en su obediencia? ¿Qué pueden y deben hacer más que los demás? Respuesta: Tomemos en consideración estas dieciséis reglas que contienen el carácter y alcance de un cristiano.

Regla I. Amar sinceramente a aquellos que te desprecian, y desear y buscar el bien de aquellos que te odian y tratan de hacerte daño. Esto es lo que se enfatiza en el texto. "Si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen lo mismo también los publicanos?" Amar a aquellos que nos respetan y valoran es algo que todos pueden hacer; pero amar a aquellos que piensan poco de nosotros y tienen prejuicios y malos pensamientos contra nosotros, y hablar bien de aquellos que hablan mal de nosotros, como el espiritual y amable Calvino, "que Lutero me llame perro o diablo, yo diré de él, no obstante, que es un preciado siervo de Cristo Jesús": esto es hacer más que los demás.

Así también el mártir Cranmer, de quien se decía: "Hazle un desagrado al Obispo de Canterbury y siempre lo tendrás como tu amigo".

De esta manera, aquel hombre santo, en sus palabras de despedida tan lamentadas, dijo: "Nunca he tenido mayor placer en toda mi vida que olvidar y perdonar las ofensas, y mostrar amabilidad a aquellos que buscaron hacerme mal". Procura mantener buenos pensamientos acerca de aquellos que te han ofendido y perjudicado, y menospreciado, y (si la causa lo permite), no digas más que cosas buenas de ellos, y piensa en qué actos amables puedes mostrarles. Ora por ellos; les deseas lo mejor; así serás hijo de tu Padre que está en los cielos.

Regla II. Nadar contra la corriente de la multitud. El pez muerto nada con la corriente, pero el que está vivo nada contra ella.

Muchos se convertirán en judíos cuando les convenga en el mundo; cuando la religión esté de moda, todos estarán en ella. Pero resistir en contra de la corriente de los tiempos, y ser fervientemente piadoso en todos tus caminos cuando la corriente va en contra de ello, resistirla y estar decidido, como lo hizo David, a ser aún más vil, esto es ser y hacer más que los demás. Los samaritanos querrán ser judíos cuando Alejandro los favorezca y los ayude; pero cuando Antíoco se enfurezca y los persiga violentamente (como en la época de los Macabeos), entonces ellos no querrán ser de la misma descendencia, sino que pretenderán ser de otra estirpe (lo cual, por cierto, fue la razón del odio mortal posterior entre los judíos y ellos). Pero ser singular en tu buena elección y resoluciones, como Josué, aunque todos voten en tu contra de común acuerdo, y, como Noé, ser perfecto en nuestras generaciones, aunque estén llenas de adulterio, y caminar con Dios cuando toda carne haya corrompido su camino y siga un rumbo contrario; esto es hacer más que los demás. Así, los tres jóvenes, o más bien tres campeones, que no temieron el desprecio de la multitud, ni las miradas amenazadoras de los poderosos, ni el cargo de singularidad, pero cuando todos los príncipes, gobernadores, capitanes, consejeros, sheriffs, y todo el pueblo, naciones e idiomas se postraron y adoraron, ellos se mantuvieron firmes y no se sometieron al pecado.

Regla III. Prestar más atención a lo que está más oculto. El ojo de un cristiano está puesto principalmente en las cosas menos visibles: primero en su corazón; en esto supera la justicia de los fariseos, cuya gran preocupación era mantener todo limpio y presentable a la vista, pero no miraban más allá. Haz una gran conciencia de tu comportamiento en secreto, y pon tu principal guardia en tu corazón, esto alcanzará más de lo que otros pueden lograr. Esto era lo que preocupaba a Pablo, mantener su conciencia limpia e inmaculada, y la preocupación de Job de que, aunque todo el mundo lo reprochara, él no pusiera un reproche en la boca

de su conciencia, y la preocupación de David de que su corazón estuviera limpio.

2. En la esperanza en esto: Otros miran a las cosas visibles, las cosas tangibles; pero el verdadero creyente pone sus ojos en sus esperanzas, camina por fe, no por vista, y vive una vida completamente diferente a cualquier otra en el mundo; vivir en las esperanzas del cielo difiere de vivir en los placeres, ganancias y honores del mundo.

Regla IV. Ser misericordioso con las faltas de los demás y muy severo con las nuestras. El noble romano Cato podía perdonar más fácilmente a cualquier persona que a sí mismo. Exagerar nuestros propios males, tener una excusa lista para las faltas de nuestro hermano, censurarnos libremente y cubrir a nuestro hermano con el manto por detrás; esto es hacer más que los demás.

El hipócrita es un censor en el exterior; es como el ojo que puede ver cualquier cosa, pero no a sí mismo; puede discernir una mota en el ojo de su hermano, pero no una viga en el suyo propio. El siervo de Dios reprende a los demás con mansedumbre, pero se enoja fácil y amargamente consigo mismo.

Regla V. Sufrir en lugar de pecar. Esta fue la elección de Moisés, pero la del hipócrita es completamente contraria; él elige la iniquidad en lugar de la aflicción. Ir tan lejos con Cristo como nuestro camino nos lleve juntos no es hacer más de lo que puede alcanzar un profesante insincero; la prueba está cuando los intereses de Cristo y los nuestros se cruzan y debemos descuidar nuestro deber o nuestra seguridad y ventaja. El famoso mártir bajo el gobierno de Juliano no quiso dar ni medio penique para la construcción del templo del ídolo, aunque el emperador le ofreció la vida en esos términos. El piadoso sumo sacerdote Eleazar, cuando los nobles le persuadieron a comer alimentos prohibidos bajo el pretexto de carne de cerdo, y ellos querían convencer al rey Antíoco de que había comido carne de cerdo, prefería morir antes que manchar su profesión con la apariencia del mal. Cuando a un hombre se le presenta la miseria y tiene una puerta de salvación abierta si tan solo pecara y aún así no la acepta, como aquellos dignos mencionados en el martirologio de Pablo, esto es hacer más que los demás.

Regla VI. Regocijarse en las pérdidas por Cristo y gloriarse en la cruz. Cuando otros se desaniman ante las noticias de dificultades, como aquel discípulo adelantado y aparentemente resuelto; o se ofenderán tan pronto como el sol de la persecución se levante; cuando nos complazca en las debilidades y tribulaciones, y nos regocijemos de ser considerados

dignos de sufrir vergüenza por el nombre de Cristo, esto es hacer más que los demás.

Cuando los siervos de Dios no solo soporten pacientemente y triunfalmente las cruces que hieren el corazón de otros, y se deshagan de la víbora sin sufrir daño alguno; cuando Pablo y Silas canten en la cárcel, y los mártires resueltos abracen las hogueras y besen el poste; cuando el valiente piloto diga de su prisión: "En el juicio del mundo estamos en el infierno, pero encuentro en ella la dulce consolación del cielo", y el santo Bradford declare: "Mi prisión me es más dulce que cualquier salón, que cualquier placer que he tenido en toda mi vida"; esto realmente es superar a los demás.

Regla VII. Ser bueno aunque seamos difamados por nuestro trabajo. Un fariseo hará los deberes que le ganen el aplauso de los hombres; pero tomar a cargo deberes despreciados, deberes que causen desgracia, y, como David, ser religioso aunque ello le haga vil; esto es hacer más que los demás. El filósofo podía decir: "Es verdaderamente noble que un hombre haga el bien cuando sabe que sufrirá por ello". Abrazar la religión cuando todos la abandonan; levantarse solo, como Lutero, por la verdad, cuando todo el mundo se ha perdido siguiendo a la prostituta; tener la mano en contra de todos los hombres y estar a favor de Cristo, como Atanasio, contra todo el universo; esto realmente es hacer algo singular.

Regla VIII. Apoyar el interés de Dios cuando está en decadencia. Unirnos al pueblo del Señor cuando está más débil; adoptar su causa, como Moisés, cuando estaban en profunda aflicción. Reconocer valientemente que somos parte de ellos cuando esta forma de vida es atacada en todas partes, esto es caminar en sentido contrario al curso de este mundo.

Regla IX. Ser más cruel con el pecado que naturalmente es más querido. El hipócrita oculta su bocado dulce bajo su lengua; perdona, por así decirlo, al más gordo del ganado; dice que el Señor perdona a su siervo en este asunto; pero cuando un hombre se despoja de su mano derecha, saca su ojo derecho, trata a su Absalón como lo hizo Joab cuando tomó tres dardos y los clavó en su corazón, esto es hacer más que los demás. El cristiano sincero se enfurece más con el pecado de su temperamento; contra esto dirige las flechas de todas sus oraciones.

Lo mantiene alejado de su iniquidad; conduce a todo el rebaño del pecado delante de él, pero especialmente apunta y selecciona esto para derribarlo.

Regla X. Vivir de las promesas divinas, cuando otros viven de sus posesiones. Otros se preocupan solo por lo que está en sus manos; para ellos, las palabras son solo viento; no pueden vivir de ellas; las promesas les son como un páramo estéril o pechos secos. Pero cuando hacemos de las promesas nuestra herencia, el bastón de nuestra vida, la vida de nuestros corazones; cuando las promesas son el cordial al que recurrimos en todos nuestros desmayos; y mientras otros esperan en su riqueza, nuestra esperanza está en la palabra; esto es hacer más que los demás.

Regla XI. Amar y elegir lo mejor, lo que más se opone a la carne. La regla del hombre piadoso es tomar el lado de la negación de sí mismo, siempre y cuando esté seguro de que es seguro. Mientras otros se esfuerzan por complacerse a sí mismos, él se controla a sí mismo. La vida de los demás es complacer a la carne, la suya es una vida de negación de sí mismo. La alegría de los demás está en poder satisfacerse a sí mismos; la suya está en poder vencerse a sí mismo.

Regla XII. Ser más fervoroso en aquello que menos concierne al propio yo. Pablo es manso como un cordero ante las injurias personales, pero ¡cómo se enciende su espíritu cuando Dios es deshonrado! Un hombre de entendimiento es de espíritu tranquilo, es decir, en lo que le concierne personalmente; pero Moisés, el manso, se calienta de indignación al ver el becerro.

Regla XIII. Hacer una verdadera conciencia del menor pecado, pero tener la conciencia más despierta ante los pecados más grandes. En uno de estos puntos, el hipócrita se mostrará negligente. Tal vez huya de los pecados evidentes y se sobresalte ante los pecados groseros y descarados, pero de los pequeños pecados hace poca conciencia; los permite y los pasa por alto.

O bien, será muy escrupuloso con las cosas pequeñas; escrupulará por recoger espigas en el día de reposo o por sanar a los enfermos, y se ahogará en el mosquito, mientras en otras cosas se tragará un camello y devorará las casas de las viudas. El sincero no se permite ningún pecado; se aflige, se lamenta y clama fervientemente incluso por sus debilidades, pero teme más lo que Dios aborrece.

Regla XIV. No permitirse descuidar ningún deber, sino reservar el celo para los deberes de mayor importancia. Diezmar la hierbabuena y el comino, y descuidar la justicia, la misericordia y la fe; ser celoso de las ceremonias humanas y las tradiciones de los hombres, y pasar por alto los asuntos más importantes de la ley, es el estilo del verdadero fariseo. Observar ambas tablas; unir dulcemente la moralidad y la piedad; ser cumplido con los hombres, pero no descuidado con Dios; dar a César lo

que es de César, pero primero dar a Dios lo que es de Dios; esto es hacer más que los demás. El cristiano sincero respeta todos los mandamientos de Dios; camina en todos sus estatutos: está con Dios en todo momento, pero es más celoso en aquellas cosas que están cerca del corazón de la religión.

Regla XV. Amar a aquellos que te reprochan. En esto, David hace más que Ahab. Observa sus disposiciones contrarias, 1 Reyes 22:8, Salmo 141:5.

Regla XVI. Sujetar todo tu interés mundano a la gloria de tu Creador y realizar deberes santos con fines santos; mientras otros realizan sus mejores acciones con objetivos carnales, tú debes hacer tus acciones comunes y civiles con objetivos celestiales.

Pregunto: ¿Cómo podemos saber si estamos y hacemos más que aquellos que no son sinceros?

Responderé a esta pregunta planteándote ocho preguntas, rogándote que te retires a un examen solemne y estricto, y que tu conciencia dé una respuesta clara a estas pocas interrogantes; y eso resolverá el caso.

Pregunta 1. Cuando otros eligen y seleccionan, ¿tienes respeto por todos los mandamientos de Dios? El hipócrita puede tener mucho respeto por las comodidades, pero tiene poco respeto por los mandamientos de la religión: se preocupa mucho por los privilegios y promesas, pero poco por los preceptos y deberes. Es parcial en la ley; solo toma aquí y allá donde le gusta, y donde Dios ordena, separa su interés, o al menos, no presiona demasiado fuerte sobre la carne. El cristiano sincero pone todos los mandamientos de Dios ante él; considera su copia completa y diseña y estudia sinceramente una conformidad total: no tiene escondrijos premeditados, ni vacila entre el Señor y Baal, ni sirve a dos señores; no teme al Señor y sirve a otros dioses, ni divide su servicio entre Dios y las riquezas, sino que busca la uniformidad y está completamente dedicado al servicio y al temor de Dios. Tiene una buena conciencia, dispuesta en todas las cosas a vivir honestamente, y en verdad, aunque no perfectamente, abandona todos sus pecados y cumple todos los estatutos de Dios que conoce. Permíteme entonces hacerte dos preguntas: 1) Cuando otros dividen las tablas, ¿las unes armoniosamente en tu práctica? El hipócrita puede ser justo y recto con los hombres; pero síguelo a su hogar o a su lugar privado, y encontrarás poco de Dios; su familia es descuidada, su alma es descuidada.

O, puede ser que sea un hombre diligente en los deberes hacia la primera tabla, pero encontrarás que es negligente en la segunda. Puede

hacer muchas y largas oraciones, ¡pero no tiene escrúpulos en devorar las casas de las viudas! Es un gran simulador de piedad, pero al mismo tiempo descuida el juicio y la misericordia. El sincero une todas estas cosas. Es tan cuidadoso de la justicia con los hombres, que al mismo tiempo no descuidará la primera y principal parte de la justicia, es decir, dar a Dios lo que le corresponde. Él practica la justicia, ama la misericordia y camina humildemente con Dios. Camina sobriamente en lo que respecta a sí mismo, rectamente hacia su prójimo y piadosamente hacia su Creador. No es uno de aquellos que solo son buenos de rodillas, sino que lo encontrarás consciente en todo lugar; tendrás templanza en su mesa, castidad y modestia en su comportamiento, gracia y verdad en sus palabras, caridad en sus acciones, fidelidad en su confianza, justicia en sus tratos.

No solo parece ser religioso, sino que refrena su lengua; no es solo un buen cristiano, sino también un buen vecino; no solo es un buen hombre, sino también un buen esposo, un buen amo, un hijo obediente, un siervo diligente y fiel, un buen súbdito. En pocas palabras, hace gran conciencia de cumplir los deberes de sus relaciones con los demás. 2) Cuando otros se quedan en lo externo, ¿te preocupas por la parte espiritual de cada mandamiento y pones principal atención en lo interno y vital de la religión? ¿No solo haces conciencia de cumplir los deberes, sino que te preocupas por el modo de realizarlos y los fines por los cuales los realizas? ¿No solo haces conciencia de los pecados públicos, sino también de los pecados secretos? ¿Abundas, sobre todo, en los deberes secretos? ¿Vigilas tu corazón y haces conciencia no solo de los actos evidentes de pecado, sino incluso de los pensamientos, inclinaciones y deseos pecaminosos? ¿Y te entristeces incluso por tus debilidades y la disposición corrupta de tu naturaleza, que no puedes evitar aunque lo desees?

Pregunta 2. Cuando otros tienen reservas al acercarse a Cristo, ¿te entregas por completo a él? ¿Has tomado a Cristo, no de manera precipitada, sino deliberada y comprendiendo plenamente, sentándote primero y calculando el costo? ¿No tienes reservas secretas para tu comodidad, seguridad, posición o algún pecado querido y estimado? ¿Has aceptado a Cristo como el Señor de tu justicia, después de una seria consideración, para todos los cambios de tiempos y condiciones; para correr todos los riesgos con él y aceptar tu destino con él, caiga como caiga?

Pregunta 3. Cuando otros se contentan con una religión superficial, ¿haces de la religión tu negocio? ¿No pospones a Dios cuando tienes ocupaciones mundanas y lo sirves solo cuando tienes tiempo libre?

¿Acaso debe Dios esperar mientras el mundo es el primero en ser servido? ¿Y no es tu alma lo menos importante para ti, relegada a algunos fragmentos de tu tiempo? ¿Es la religión tu oficio y tu conversación en el cielo? ¿Caminas con Dios o solo tienes encuentros ocasionales con él? Cuando terminas tus oraciones, ¿termina también tu religión hasta que vuelvas a orar? ¿O llevas a cabo un diseño de religión durante todo tu camino? ¿Tienes la religión tejida en tu corazón y en tu vida? ¿En tus conversaciones, ocupaciones y en tu hogar? ¿Buscas primero el reino de Dios y su justicia? ¿Es la principal preocupación de tu vida que Dios sea servido y que tu alma sea salvada? ¿Es esto lo único necesario para ti, lo que principalmente tienes en mente y te preocupa más? ¿Dicen tus propios corazones, como dijo David, "una sola cosa he pedido al Señor; esto buscaré"?

Pregunta 4. Cuando otros buscan las recompensas de la religión, ¿tú buscas la obra? ¿Puedes decir, como David, "He elegido tus preceptos"? ¿Tu corazón se ofrece libremente en esta elección? ¿Preferirías ser santo que lo contrario, si pudieras elegir? ¿Preferirías ser siervo de Dios y vivir bajo su mandato en lugar de tus propios deseos? ¿Consideras las leyes de Cristo como tu herencia, o más bien las consideras como una carga? ¿Eliges no solo las recompensas de la justicia, sino también los caminos de la justicia? ¿Son los mandamientos de Dios tu deleite? ¿Y las horas más dulces de tu vida son aquellas que pasas con él? ¿Disfrutas más cuando estás más cerca de Dios? ¿Es su servicio tu mayor consuelo? ¿Es su voluntad tu alimento y bebida, excepto cuando estás en momentos de tentación o desolación? ¿Utilizas los deberes sagrados solo como las personas usan la medicina cuando están incómodas, cuando la conciencia te azota y las aflicciones te lastiman, como si conjuraras a las terribles furias o para aplacar a Dios para que no te haga daño? ¿O los usas como tu pan diario y el bastón mismo de tu vida y medio de tus consuelos?

Pregunta

Pregunta 5. Cuando otros buscan una religión barata y fácil, ¿tú buscas la negación de ti mismo? Cuando otros buscan la religión que les sirva mejor, ¿tú buscas la que mejor sirva a Dios? Cuando otros son tacaños y procuran ahorrar en todo lo posible, y estudian cómo pueden salvar más costos en su camino hacia el cielo, ¿tú tienes un espíritu generoso para decidir no servir al Señor con lo que no cuesta nada? ¿Es tu estilo de religión tal que pone a prueba tu carne y cruza y controla sus deseos? ¿O te gusta satisfacerla y darle lo que anhela, y permites que siga su propio camino? ¿No tienes enemigo que temer más que a ti mismo? ¿Lo mimas y complaces, y haces provisiones para él, o te mantienes en oración y vigilancia contra él, y te afliges por sus infelices debilidades en

tus acciones, y preferirías más que todo el mundo que este enemigo estuviera bajo tus pies?

Pregunta 6. Cuando otros se conforman con tener solo la cantidad necesaria de religión, ¿tú buscas la plenitud de la religión? Como bien observa alguien, el hipócrita está muy interesado en saber cuál es el nivel más bajo que un hombre puede tener y aún así ir al cielo, y si pudiera encontrar eso, no buscaría más. Pero el cristiano sincero, aunque esté satisfecho de que su estado es seguro, no se conforma con ningún logro en la gracia, sino que avanza y se esfuerza, si fuera posible, por alcanzar la resurrección de los muertos. Aquel que no "desea, planifica y se esfuerza por la perfección, aún no ha alcanzado la sinceridad". Un verdadero creyente desea la santidad "por amor a la santidad" y, por lo tanto, se empeña en "perfeccionar la santidad". Otros lo desean solo por el bienestar en el cielo y, por lo tanto, solo buscan la santidad en la medida en que soporte su carga hacia el cielo; de lo contrario, podrían justamente no buscar más santidad: simplemente les sirve a su propósito. El creyente verdadero tiene una naturaleza santa, y por lo tanto la santidad es su elemento y su ocupación natural; y necesita desear la santidad en su plenitud, porque toda naturaleza aspira a la perfección en su tipo. El piadoso no desea la santidad porque sea el camino al cielo, sino que ama más el cielo por el camino santo que conduce a él y por la perfecta santidad que hay allí.

Pregunta 7. Cuando otros buscan únicamente la salvación en Cristo, ¿tú también buscas verdaderamente la santificación por Cristo? ¿Aceptas a Cristo tal como Dios te lo ofrece, con todos sus oficios y beneficios, para ser tanto príncipe como Salvador, para darte tanto el arrepentimiento como el perdón de los pecados? ¿Deseas el dominio de Cristo, así como la liberación por Cristo? ¿Te sometes a su carga, así como a sus beneficios? ¿Consideras sus leyes como tu libertad? ¿Su gobierno no como tu esclavitud, sino como tu privilegio? ¿Su servicio como tu libertad? ¿Sigues los caminos de Cristo como si estuvieras encadenado? ¿O corres con amplitud de corazón, deleite o voluntad genuina?

Pregunta 8. Cuando otros hacen de sí mismos su fin último, ¿tú pones a Dios por encima de todo como tu fin más elevado? El hipócrita realiza las mismas acciones que el piadoso, pero con diferentes motivaciones; come para sí mismo, ayuna para sí mismo y ora con nada más que motivaciones egoístas, y por lo tanto es rechazado. Ahora bien, tu gran propósito en toda tu vida es glorificar a Dios y disfrutar de Él. ¿Consideras esto como tu único negocio y bienaventuranza? ¿Haces que otros asuntos se sometan a esto, que otros intereses cedan ante esto? ¿Tu

alma anhelan esto por encima de todo "bien mundano", para que Cristo sea magnificado en ti? ¿Consideras tu nombre y tu estado como pérdida en comparación con Cristo? Si tu conciencia responde de manera cómoda y clara a estas preguntas, ve en paz; ¡eres bendecido por el Señor! Dios es tu amigo, el cielo es tu herencia, las promesas son tu porción. Cristo es tuyo: todo es tuyo, porque aquel que tiene estas cosas nunca será movido.

CASO II. UN CASO DE CONCIENCIA SOBRE 1 TESALONICENSES 4:1:

"Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús que, según el modo en que aprendisteis de nosotros cómo debéis andar y agradecer a Dios, así abundéis más y más".

Pregunta: ¿Qué puede y debe hacer un cristiano para agradecer a Dios?

Respuesta: Para agradecer a Dios, se requiere algo en cuanto a tu persona o tus circunstancias, y algo en cuanto a tus acciones y actuaciones.

I. En cuanto a tu persona o tus circunstancias, en general es necesario que estés en un estado de reconciliación con Dios. Si deseas andar dignamente delante del Señor para agradecerlo en todo, primero debes ser amigo de Él; ¿cómo pueden dos andar juntos si no están de acuerdo? Resuelve la controversia entre Dios y tú, y entonces podrás caminar en paz con Él, como Levi. Trabaja por restaurar la relación, eliminar la enemistad y eliminar el desagrado divino. Hasta que obtengas tu perdón y hagas las paces, nada de lo que hagas agradará a Dios; estará enojado contigo y enojado con tus oraciones.

¿Qué mensaje tan contundente para los pecadores impertinentes en Malaquías 1:10. Dios no puede tomar placer en sus personas; "No me complazco en vosotros, dice Jehová de los ejércitos", ni en ninguna de sus obras; "ni aceptaré ofrenda de vuestra mano". Él declara que su alma no se deleita en ellos y les dice que son para Él como un recipiente en el que no hay placer. Es la expresión modesta de ese recipiente en el cual la naturaleza se vacía. Entra, entonces, y toca el cetro de oro; sométete a la misericordia; besa al Hijo; entrégate a Cristo; acepta la paz que se te ofrece en la palabra de reconciliación, y entonces Dios será tu amigo.

Más específicamente, para estar en un estado de reconciliación y así tener la capacidad de agradecer a Dios, debes seguir estas instrucciones.

1. Abandona todo pecado. Es tu iniquidad la que separa entre ti y tu Dios. Si deseas agradar a Dios, abandona todo pecado; arráncalo, deséchalo de ti: si atesoras iniquidad en tu corazón, Dios no te escuchará ni te tendrá en cuenta. Si te complaces en la injusticia, el Señor no se complace en ti; Él no es un Dios que se complace en la maldad; el mal no morará con Él; los necios no estarán delante de su vista; Él aborrece a todos los que practican la iniquidad.

Asegúrate de abandonar todo pecado que conozcas; no dejes ni un Agag, ni un ojo derecho, ni una Herodías; porque entonces Dios no te perdonará: dale a la predilecta de tu corazón un certificado de divorcio; dile al ídolo que se marche. Dios no mirará a ese hombre que parece agradable mientras abraza cualquier pecado. El Dios celoso no tolerará verte abrazando con deleite ningún pecado; no lo soportará, verte sonriendo ante cualquier pecado; te considera un traidor a su corona si acoges voluntariamente a su enemigo.

Aunque seas muy diligente en el servicio de Dios y le presentes multitudes de sacrificios y muchas oraciones, Él no se complacerá con nada, sino que ocultará su rostro y tamará sus oídos mientras sigas sosteniendo tus iniquidades en tus manos. Dios no tratará amistosamente con aquellos que no aparten la maldad de sus acciones. Oh, examina tus manos, tu corazón, tu casa, tu tienda, tu oficio, tu profesión y mira si hay algún camino de maldad en el que te encuentres.

No puedes tener paz con Dios ni puede Él complacerse en ti hasta que esto sea removido: deshazte, por lo tanto, del viejo hombre con sus obras. 2. Viste al Señor Jesucristo. Primero, el manto rojo de su justicia para la justificación. El Señor nunca te mirará con buenos ojos ni te dará buenas palabras sino en Cristo: Él es un fuego vengador y consumidor fuera de Cristo; pero ponte sus ropas y Él estará satisfecho. Enoc tenía este testimonio de que agradaba a Dios, pero Cristo tenía mucho más, que Dios estaba complacido con los pecadores en y por Él.

Fuera con estas harapos y con estas hojas de higuera: ¿cómo puede el alma justa de Dios sino aborreceros mientras estén vestidos con las ropas sucias de vuestra propia justicia? No te atrevas a acercarte a Dios sino con Cristo en tus brazos; no te aproximes a Él sino con la vestidura de tu hermano mayor, no sea que te llesves la maldición. Las vestiduras sucias de Josué deben ser quitadas y las vestiduras de Cristo puestas, de lo contrario no hay forma de mantenerse delante de los ojos resplandecientes y ardientes de la santidad infinita. Viste al Señor Jesús en la fe; es decir, acéptalo en todos sus oficios, con todas sus

incomodidades, y entrégate a Él, y esto te dará derecho a sus méritos y justicia: sin esto, nada valdrá.

Si tu cabeza fuese aguas y tus ojos un manantial de lágrimas; si desgastaras tu lengua con orar; si lloraras un océano y te lavaras en él, nada de eso podría quitar ni una mancha: nada puede ser aceptado mientras estés fuera de Cristo; por lo tanto, en primer lugar, acércate a Él. Dios no aceptará ningún don que no provenga de su altar. En segundo lugar, el manto blanco de su gracia de santificación. Tú, que estás en la carne (es decir, no renovado, no santificado), "no puedes agradar a Dios". No pienses nunca en solucionar el problema mediante un poco de "mejora y reforma" de actos particulares: tu corazón debe ser renovado; tu condición debe cambiar por completo, o Dios no puede estar complacido.

El árbol debe ser bueno, la fuente debe ser sanada, de lo contrario, el arroyo será salado y el fruto agrio. Si Cristo es formado en ti, es decir, si llevas su imagen en su gracia, Dios te amará. La similitud es el fundamento del amor: la semejanza y adecuación de naturaleza son los imanes de la afecto. Dios no puede dejar de amar su propia semejanza. ¿Deseas tener su favor? ¿Deseas ser su deleite? Entonces, conforme a su voluntad, esfuérzate por ser como Él, purifícate como Él es puro. "El Señor justo ama la justicia"; Él desea "verdad en lo íntimo" y se complace infinitamente en las gracias de su pueblo.

Estos son el nardo, las especias, el lecho de lirios y los ungüentos dulces con los que Cristo se deleita tanto. Estos son el Nardo y azafrán, la caña aromática y la canela, los árboles de incienso, la mirra y los áloes, las cadenas del cuello y las perlas preciosas, con las que Él se arrebatada y elogia de manera superlativa. Esta es la vestimenta bordada y el oro de Ofir, con los que la reina se presenta ante su esposo real. Por lo tanto, "como escogidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de bondad". "Despojaos de toda ira, enojo, malicia y palabras obscenas, y revestíos del nuevo hombre".

En particular, permíteme recomendarles algunas gracias especiales con las que Dios se complace maravillosamente: si realmente deseas agradar a Dios, adquiere estas cualidades:

1. Revístanse de humildad. Esta es una prenda que deben ponerse, de lo contrario no serán aceptados ni salvados. Aquí está el atuendo con el que deben acudir a Dios: deben "servirle con humildad de mente". Deben humillarse para caminar con Él. La humildad es una vestimenta sencilla pero hermosa.

Esta gracia honra eminentemente a Dios, y por lo tanto, Dios otorga un honor peculiar y manifiesta un deleite especial en ella. De todos los hombres en el mundo, este es el hombre al que Dios mirará, incluso al que es pobre y de espíritu contrito, al que tiembla ante su palabra. Aunque Él es el Altísimo y Sublime, que habita en la eternidad y cuyo nombre es Santo (por lo cual el alma temblorosa concluye que seguramente tal Majestad temible no puede sino despreciarlo, que tal pureza que odia el pecado no puede sino aborrecerlo), sin embargo, Dios dejará de lado su Majestad y soportará la impureza del hombre, y se dignará tener una comunión y habitación familiar y constante con su pobre polvo cuando está contrito a sus pies y postrado en humildad.

Si quieres ser aceptado por Dios, ven, como los siervos de Ben-abad al rey de Israel, con una soga alrededor de tu cuello y ceniza sobre tu cabeza. Piensa humildemente de ti mismo y Dios te honrará. Colócate en el lugar más bajo y Dios te elevará; sé pequeño a tus propios ojos y serás grande ante los suyos. Un corazón orgulloso y una mirada altiva son, ante Dios, los primeros hijos de la abominación.

Siempre que desees que Dios esté complacido contigo, desagrada profundamente de ti mismo: si te detestas profundamente a ti mismo, Dios te amará; si te aborreces a ti mismo, Dios se deleitará en ti. Enójate contigo mismo y el Todopoderoso apartará su ira de ti; condena a ti mismo y Dios te absolverá; no minimices en absoluto tus pecados ni te justifiques. Piensa lo peor de ti mismo y permite que los demás piensen humildemente de ti, y ama sinceramente a aquellos que te desprecian.

Esta es la actitud con la que Dios está complacido: pronuncia sentencia sobre ti mismo y Dios te absolverá; colócate a sus pies y Él te elevará al trono. En segundo lugar, trabaja por la sinceridad. Esta no es una gracia distinta de las demás, sin embargo, por el bien de la enseñanza, hablo de ella de manera distinta. La rectitud es lo que Dios busca y por lo que hace pactos.

La rectitud hace que todas nuestras personas y acciones sean aceptables ante Dios. Aquellos que son íntegros en su camino son el deleite de Dios. Para ellos están todas las promesas de paz, salvación, perdón, preservación y bienaventuranza. En pocas palabras, no hay ningún bien que Dios retendrá de aquellos que caminan rectamente. Este fue el elogio a Noé, que fue íntegro en su generación; esto fue lo que hizo destacar a Job de tal manera que Dios lo ensalza y hace alarde de él, su singular sinceridad e integridad de corazón. Esfuérzate por ser íntegro. Asegúrate de que la inclinación principal de tu corazón sea complacer a

Dios y honrarlo; que el interés de Dios esté en primer lugar contigo; que Él tenga la parte principal en ti; y que el ojo del alma se dirija principalmente hacia Él, porque en esta sinceridad consiste tu estado principal. Pon gran cuidado en tu corazón; aquí está la gran tarea de un cristiano.

El Señor no ve como ve el hombre; el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira el corazón: por lo tanto, asegúrate de prestar atención. Que tu mirada esté principalmente donde la mirada de Dios está: Él no se preocupa tanto por lo que haces, sino por el corazón con el que lo haces. Ve y haz lo mismo; sin embargo, no te conformes con ser íntegro en cuanto a tus posesiones, sino esfuérate por demostrarte íntegro ante Dios en tus acciones particulares.

Realiza tanto acciones comunes como espirituales con fines santos: gran parte de tu vida se pierde por falta de esto. Por todo lo que se hace por Dios, por su gracia, Él mismo se considera nuestro deudor; pero lo que se hace sin un objetivo más elevado que uno mismo se pierde en nuestro balance.

En tercer lugar, adopta un espíritu de celo y actividad. ¡Qué maravillosamente complacido está Dios con el celo de Finees! ¡Qué gran aprobación manifiesta de él! ¡Qué atención le presta! Está tan complacido con la apariencia fervorosa de Finees que aparta su desagrado de toda la congregación de Israel y pasa por alto su provocación escarlata contra Él. Por el contrario, no hay nada que desagrada más a Dios que la negligencia, la apatía y la indiferencia en la religión. El agua tibia no ofende más al estómago que el creyente tibio a Dios; por lo tanto, Él vomitará a tal persona de su boca.

Cristianos, ¿dónde está vuestro celo por el Señor de los Ejércitos? Los redimidos de Cristo deben ser "celosos de buenas obras". "No seáis perezosos en lo que requiere diligencia; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor, con diligencia, de día y de noche, por la esperanza de la promesa". No solo hagan lo que es correcto ante los ojos del Señor, sino háganlo con todo su corazón. El Señor ama a un siervo dispuesto. Actívense por el Señor. Sean seguidores de Cristo, quien iba y venía haciendo el bien. Todo cristiano debería ser una bendición común, un bien público. Esto es ser hijos de vuestro Padre que está en el cielo, quien es "bueno para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras"; y asegúrate de que el padre ama más al hijo que más se le parece. Un espíritu privado y estrecho es un espíritu bajo y mezquino, indigno de un cristiano.

Un espíritu católico y comunicativo está lleno de grandes deseos y grandes planes; un corazón amplio que se concentra "en hacer el bien", cuyo fuego, aunque siempre arde con mayor intensidad en su interior, brotará de su pecho y provocará a otros; cuyo amor no se limita a un grupo, sino que con alegría y gratitud reconoce a Cristo dondequiera que lo vea. Este espíritu católico, digo, es la gloria de la religión, la bendición de la iglesia y la delicia de Dios.

Cuarto, una fe viva. Esta es una preciosa gracia a los ojos de Dios; glorifica a Dios y, por lo tanto, Él se complace en ella. Por fe, Enoc obtuvo ese testimonio de que agradó a Dios. Si quieres andar de manera que agrade a Dios, debes andar por fe. Los cristianos deben mirar a las cosas invisibles; no deben vivir al ritmo común.

Cristo debe ser su vida y aliento, su oración y sus promesas, su pan diario. Por fe, los ancianos obtuvieron ese buen testimonio. Fue la fe la que impresionó tanto a Jesús en el centurión, y por eso lo elogió como único en su clase. Esto fue lo que le ganó un elogio y una aprobación tan singulares de parte de nuestro Salvador a la mujer cananea, incluso su fe victoriosa. "Me has robado el corazón, hermana mía, esposa mía; me has robado el corazón con uno de tus ojos", es decir, con tu fe. Vive en el poder de la fe y así le complacerás de corazón; dale gloria creyendo.

Que la vida que vives en la carne sea por la fe en el Hijo de Dios. Como bien se dice, la fe es el ombligo de la moralidad. Vive por fe en la prosperidad. Aunque tengas el mundo a tu alrededor, no permitas que esté por encima de ti; manténlo a tus pies; úsalo como tu siervo; dedícate mucho a contemplar la gloria y la eternidad; compra como si no poseyeras nada; alégrate como si no te alegraras; ama como si no amaras; usa este mundo sin abusar de él: es solo una apariencia, no una sustancia, y está pasando. Úsalo, por lo tanto, con afectos mortificados y demuestra la sinceridad de tu fe venciendo tu deseo desordenado y tus preocupaciones por las cosas de este mundo.

Vive por fe en la adversidad; llora como si no lloraras, soporta la cruz y desprecia la vergüenza, mirando a Jesús, considerando los reproches de Cristo como tus riquezas, su vergüenza como tu gloria. Compara estas aflicciones ligeras con las promesas; cuenta, si puedes, las riquezas que se encuentran en ellas; confía en el Señor y reconoce que tu Padre celestial no tiene mayor deleite que ver a sus hijos confiar en Él con confianza cuando todas las ayudas visibles están fuera de vista y parece ser su enemigo.

Quinto, viste el adorno de un espíritu manso y tranquilo; esto es de gran valor a los ojos de Dios. Esfuérzate por ser como tu Padre, lento

para la ira, dispuesto a perdonar, olvidando las ofensas, amando a los enemigos, respondiendo al mal con amabilidad, a las palabras ofensivas con cortesías, a la negligencia con beneficios; y si alguien te hace daño, hazle bien aún más rápido: así llevarás su imagen y serás su deleite. Y debes saber que si tienes pasiones descontroladas y una lengua indisciplinada, Dios tiene un odio especial y un desagrado contra un corazón y una lengua obstinados. ¡Busca la mansedumbre! ¿Cómo puede la santa Paloma reposar en un corazón lleno de ira? Cristo es un cordero de mansedumbre; ¿cómo puede deleitarse en un espíritu inquieto y contencioso? En verdad, se mostrará contencioso con los contenciosos.

Si no perdonas a los demás, Él no te perdonará a ti. ¿Eres difícil de complacer, una esposa obstinada, un amo obstinado, un siervo terco y rebelde? Seguramente Dios no se complacerá contigo; te tratará según cómo trates a los demás. Sexto, adquiere un espíritu de renuncia personal, Dios se complace más cuando el yo está más descontento. Cuando podemos contentarnos con estar vacíos, contentarnos con ser humillados para que Dios sea honrado y, al igual que el santo Bautista, estemos dispuestos a ser eclipsados por Cristo, dispuestos a disminuir para que Él aumente, considerándonos no perdedores mientras su interés es ganador, regocijándonos de ser humillados por el avance de Cristo; esto es agradable a los ojos de Dios. ¡Cuánto se complació con la elección de Salomón, de negarse a sí mismo, dándole lo que pedía y añadiendo riquezas y honra a cambio! ¡Extraña fue la renuncia de Abraham!

¿Qué? ¿Sacrificar con su propia mano toda la esperanza de su familia, el heredero de la promesa, el hijo de sus años, un hijo único, cuando su vida estaba ligada a la vida del muchacho! ¿Algún mortal ha sido así puesto a prueba? Pero Abraham no será un perdedor; Dios le da un testimonio desde el cielo; lo bendice a él, bendice a su descendencia, bendice a todas las naciones en él. Maravillosa fue la renuncia de Moisés, pero más maravillosa fue su aceptación y recompensa. Nadie como Moisés. Dios lo prefirió de una manera mejor que Faraón. Debía hablar con Él cara a cara, como un hombre habla con su amigo; su palabra sería como una ley para Dios: si hablaba por alguien, serían perdonados, aunque parecieran estar destinados a la destrucción. Pero si hablaba en contra de aquel que se atrevía, seguramente cargarían con su iniquidad. Olvídate de ti mismo; anuncia tu propia sabiduría, tu propia valía, tu propia voluntad; controla tus pasiones, reprime tu apetito; haz esto y serás grandemente aceptado, y descubrirás que el favor de Dios te recompensará infinitamente por todas las oposiciones murmuradoras y

los descontentos de tu carne, que estarán impacientes por tener las riendas tan sueltas.

Sé resuelto y constante en los caminos de Dios. Esta fue la fama de los tres valientes. No temieron la furia de la ira de Nabucodonosor ni el fuego del horno; todo el mundo no pudo hacerlos doblar; y cuán gloriosamente los reconoció Dios y evidenció su complacencia en ellos. Mantén tu posición; resuélvete a vivir y morir en la piedad genuina; aférrate al Señor con propósito firme de corazón; que ninguna dificultad te haga cambiar tu posición; entonces serás un honor y un deleite para el Dios que te creó. Entonces, ¿quieres saber qué disposición del corazón es agradable a Dios? Bueno, esta disposición humilde, sincera, ferviente y activa; esta disposición creyente, mansa, renunciada y resuelta: esta es la disposición que es agradable a la vista de Dios". II. En cuanto a tu desempeño. Más brevemente, para que puedas agradar a Dios, debes observar atentamente estas cinco cosas:

1. Que sean hechas por el motivo correcto, que es La palabra de Dios. No debes seguir las imaginaciones de tu propio corazón; no debes hacer lo que es correcto a tus propios ojos; en todas las acciones sagradas debes tener los mandamientos de Dios para respaldarte. No puedes ofrecer a Dios aquello de lo cual no puedes decir: "tú demandas estas cosas de nuestras manos". En todas las acciones civiles debes tener la aprobación de Dios: asegúrate de que Él nunca aceptará lo que este mundo condena; bajo pena del desagrado de Dios, no te atrevas a poner tu mano en lo que el mundo prohíbe.

2. Que sean hechas con el fin correcto, que es la gloria de Dios. ¡Qué horriblemente se equivocaron los fariseos! ¡Qué miserablemente fracasó Jehú! Y ambos en actos "mandados", por no apuntar a este fin.

3. Que procedan de los principios correctos, (1.)

Fe, sin la cual es imposible agradar a Dios: la oración no será efectiva a menos que sea la oración de fe. Creemos, por lo tanto hablamos. (2.) Amor. Si "damos nuestros bienes a los pobres" y entregamos nuestros cuerpos al fuego, y no lo hacemos por amor, "no nos aprovecha de nada". Donde solo el temor esclavo del infierno, o el azote de la conciencia, o el amor a la alabanza de los hombres, lleva a las personas a los deberes; donde cualquier otro principio carnal predomina en el acto; no puede agradar a Dios. (3.) Temor. No podemos servir a Dios aceptablemente sin "reverencia y temor piadoso (no temor esclavo). El Señor se complace en aquellos que le temen", en aquellos que esperan en su misericordia. Observa la feliz combinación cuando estos dos se unen: es un verdadero temor filial. Dice David: "Entraré en tu casa en la multitud

de tu misericordia" (he aquí su fe), "y con temor adoraré hacia tu santo templo", ahí está su temor con fe: la fe sin temor sería una presunción audaz; el temor sin fe es una desesperación pecaminosa: únelos juntos y Dios estará muy complacido.

4. Que se hagan de manera correcta, preparada, no precipitada e irreflexiva, en presencia de una Majestad tan temible. Prudentemente, porque los actos lícitos pueden arruinarse y hacerse ilícitamente sin considerar la ofensa que en algunos casos puedan causar. Sí, los deberes sagrados, al igual que las acciones comunes, pueden convertirse en pecados al ser mal cronometrados y por falta de atención a las circunstancias presentes. Santamente, no hablando precipitadamente con nuestra boca delante de Dios, sino comportándonos como si estuviéramos ante su vista, sinceramente y no fingidamente, para que nuestros labios no se muevan mientras nuestra mente divaga.

5. Que sean dirigidos a través de los medios correctos, es decir, "Jesucristo, el único camino al Padre". Lleva todos tus sacrificios al sumo sacerdote; ofrécelos todos en este altar; de lo contrario, todo se perderá. No es suficiente decir al final: "Por nuestro Señor Jesucristo, Amén", sino que en cada deber debes venir con una dependencia viva de él por justicia y fortaleza, por ayuda y aceptación. Recuerda hacer todo esto en el nombre del Señor Jesús: venir apoyándote en su mano; sin esto, todo tu servicio será rechazado.

CASO III. UN CASO DE CONCIENCIA BASADO EN LAS PALABRAS DE NUESTRO SALVADOR, JUAN 8:29:

"Porque siempre hago lo que le agrada".

Pregunta. I. ¿Es capaz alguien, en esta vida, de igualar el ejemplo de Cristo en esto, de hacer siempre lo que agrada a Dios? Respuesta: Dado que no hay ninguno que haga el bien y no peque, y que Dios no puede ni quiere complacerse con el pecado, ni siquiera en su propio pueblo, sino que lo odia especialmente en ellos, no es posible que alguien en esta vida pueda igualar completamente el ejemplo de Cristo en esto; sin embargo, podemos acercarnos lo suficiente, de modo que no solo en nuestras oraciones directas a Dios, sino también en el curso general de nuestras vidas, podamos lograr agradar a Dios. Así caminaron Enoc y Noé con Dios; es decir, en su curso general, caminaron de manera que agradaron a Dios y se aprobaron ante su vista. Así también las acciones más humildes, si las hacemos para el Señor como siervos de Cristo, tienen la promesa de aceptación y recompensa.

Pregunta II. ¿Cómo podemos, en nuestra medida, ser seguidores de Cristo en esto, de hacer siempre lo que agrada a Dios? Respuesta: Para lograr esto, es necesario tener en cuenta algo con respecto a 1. Nuestra persona; 2. Nuestros principios; 3. Nuestras prácticas. Con respecto a nuestra persona: y aquí es necesario,

1. Que haya una alteración de nuestra naturaleza mediante la gracia renovadora, ya que los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Estas vides salvajes necesariamente darán uvas agrias, el fruto que producen (por más hermoso y atractivo que parezca a simple vista) es un fruto malo. Donde no hay un buen tesoro de gracia en el corazón, un hombre no puede producir cosas buenas en sus acciones. Muchos pecadores iluminados piensan que, al leer y orar, y abandonar algunos pecados evidentes y notorios, pueden aplacar a Dios y arreglarlo todo.

¡Almas engañadas! Permíteme desengañaros; estáis empezando por el lado equivocado: vuestra primera y mayor preocupación debe ser cambiar y renovar vuestros corazones y naturalezas por la fuerza de la gracia convertidora; trabajáis en vano en los arroyos, mientras la fuente de corrupción en el corazón permanece en su fuerza; no debéis pensar que es como con una casa en ruinas, donde arreglarla aquí y allá un poco lo solucionará todo de nuevo; sino que el antiguo edificio debe ser derribado por completo y la piedra fundamental debe ser colocada de nuevo en un arrepentimiento genuino de las obras muertas y una conversión completa a Dios.

Hasta que esto se haga, debéis saber que Dios no se complace en vosotros ni aceptará una ofrenda de vuestra mano, como lo hace con aquellos que son sus amigos.

2. Que se acepten vuestras personas mediante la fe en Jesucristo, porque solo en él es en quien Dios se complace. Por lo tanto, sin fe que nos vincule a él, es imposible agradar a Dios.

Para comprender mejor estos dos aspectos, debéis saber que hay dos atributos de Dios a los que debéis asemejaros, de lo contrario no podréis complacerlo.

1. La santidad de Dios. Porque él no es un Dios que se deleite en la iniquidad; no escucha a los pecadores; los insensatos no se mantendrán en su presencia; él aborrece a todos los que practican la maldad.

2. La justicia de Dios. Porque él de ninguna manera absolverá al culpable. Aunque pudiéramos tener santidad inherente en nosotros, en nuestro estado no perdonado, la justicia no podría dejar de ofenderse infinitamente mientras la culpa permanezca sin removerse, como puedes

ver en Cristo; porque aunque él era perfectamente santo, al cargar con la culpa de nuestros pecados imputados a él, la severidad de la justicia de Dios se manifestó contra él. Ahora bien, siendo el hombre naturalmente una ofensa, tanto para la santidad como para la justicia de Dios, es necesario que se produzca, en orden a su complacencia ante Dios, este cambio doble:

1. El cambio real de santificación. Llamo a esto un cambio real, porque mediante esto hay un cambio real; infundiendo nuevas cualidades y disposiciones; haciéndolo de orgulloso, humilde; de carnal, espiritual y celestial, etc.

2. El cambio relativo de justificación. Llamo a esto un cambio relativo, porque no es un cambio real en la naturaleza de una persona, sino en su condición; haciéndolo estar en una nueva relación con la ley, con respecto a la cual antes estaba culpable y condenado: pero ahora la ley declara a la misma persona libre y absuelta; y no fue por ninguna justicia infundida en él, sino por la satisfacción y el pago que otro ofreció en su lugar: debe haber satisfacción y justicia debe ser presentada, de lo contrario Dios no puede estar en paz.

No tenemos nada que pagar. ¡Oh pecadores! Vayan a Cristo por ello; escóndanse en las grietas de esa roca; corran al manantial abierto para el pecado y la impureza. No te presentes ante Dios, sino en la vestidura de la justicia de Cristo: él te envía a Jesús, como lo hizo con Job. "Ve a mi siervo Job; él orará por ustedes; a él aceptaré". Salgan de ustedes mismos; huyan a Cristo; procuren ser encontrados en él; de lo contrario, todos sus esfuerzos por lavarse a sí mismos serán en vano.

3. Con respecto a nuestros principios. Y aquí es necesario desaprender algunos principios erróneos y adoptar y mantener algunos principios santos. Algunos principios erróneos deben ser desaprendidos, como:

1. Que es suficiente si servimos a Dios el día del Señor y podemos servirnos a nosotros mismos durante el resto de la semana. Aunque Dios se haya reservado un día de cada siete completamente para su servicio inmediato (que por eso se llama en un sentido peculiar el día del Señor), debemos saber que todos los días son suyos y que no nos ha permitido una hora de tiempo sino únicamente para su servicio. De hecho, él tiene un servicio de varios tipos; pero debemos saber que el trabajo de nuestras ocupaciones ordinarias, si se hace correctamente, es servir al Señor Cristo. Dios es tan verdaderamente servido por ti en el trabajo de los días laborables como en el descanso del día de reposo, si lo haces de manera correcta y con fines santos.

Hay una generación cuya religión es solo una religión del domingo, que se ponen y se quitan junto con su ropa de los domingos, y luego piensan que Dios es servido justamente por toda la semana, aunque Dios sabe que lo poco que hacen entonces está pobremente hecho también. Nunca pienses que Dios lo aceptará de tus manos cuando vives seis días para el mundo y para ti mismo, por uno que le dedicas a él.

Esto demuestra que estás bajo el poder no mortificado del amor propio y no perteneces al Señor; pues ninguno de los suyos vive para sí mismo. Debes recordar que solo aprendes en el día del Señor cómo servir a Dios durante toda la semana, y no pensar que cuando termina el día del Señor, su obra está hecha.

2. Que si servimos a Dios por la mañana y por la noche, es suficiente, aunque nos sirvamos a nosotros mismos el resto del día. Dios debe ser servido todos los días y durante todo el día: debes servirle no solo en tus festines, sino también en tus comidas cotidianas, no solo de rodillas, sino también en tus ocupaciones. Algunos piensan que si cumplen con todos los deberes religiosos, pueden hacer lo que deseen en otros momentos; que si son intemperantes, lascivos e injustos, solo tienen que reconciliarse con Dios por la noche y todo estará bien; como la mujer extraña en los Proverbios, que después de hacer su ofrenda, estaba lista de inmediato para nuevas maldades, como si hubiera saldado la cuenta anterior y ahora pudiera lanzarse audazmente a una nueva. Esos no son hijos de Dios, sino de Belial. Otros piensan que aunque no pueden servir al diablo en ningún momento, al dar a Dios lo que le corresponde por la mañana y por la noche, pueden servirse a sí mismos el resto del tiempo. Pero en vano reclaman a Dios aquellos que viven más para sí mismos que para él. Esto será considerado un sacrilegio horrible, conformarse con dar solo una décima parte a Dios. Dios debe ser considerado y servido en todo lo que hagas, y esto es lo que intento transmitir: que no nos dividamos entre Dios y el mundo, entre su servicio y nuestros propios intereses, y así conformarnos con un servicio parcial; sino que hagamos todo en obediencia a él y así pertenezcamos por completo al Señor, para que él pueda ser glorificado en todo lo que hagamos y no perdamos nuestra recompensa.

II. Algunos principios santos deben ser recibidos y mantenidos; como, **Principio 1.** Que el complacer a Dios es nuestro único negocio y nuestra mayor dicha. En primer lugar, nuestro único negocio: ¿Qué es lo que consideramos nuestro negocio o actividad? Es aquello de lo cual depende nuestro sustento y subsistencia. El abogado considera que su negocio es la ley; y el comerciante cuenta que su negocio es el comercio, porque de ellos dependen su sustento y subsistencia. Hermanos, todo nuestro ser

depende de complacer a Dios; si lo logramos, lo tenemos todo; si fallamos en esto, arruinamos todo: complácelo y serás bendecido eternamente; si él no está complacido, estás perdido para siempre.

¡Cuán cuidadoso es el cortesano egoísta en complacer a su príncipe! ¡Cómo se humilla y halaga! Y si puede adivinar lo que gratificará y complacerá al príncipe, se considera a sí mismo feliz. ¿Y por qué? Porque toda su dependencia está en el favor de su príncipe. Mucho más dependemos del favor de Dios: ¡bienaventurado es el hombre a quien él escoge! ¡En su favor está la vida! Pero ¡ay de aquellos que tienen a Dios en su contra! Son completamente miserables: serán llamados plata desechada, porque el Señor los ha rechazado. Si el Señor le dice a un hombre, como lo hizo con Moisés: "Has hallado gracia ante mis ojos y te conozco por tu nombre", ¡dichoso es ese hombre! Pero si él dice: "No tengo complacencia en ti", puedes cubrir el rostro de ese hombre, como hicieron con el de Hamán, ¡y llevártelo! ¡Miserable será su fin si continúa así!

2. El negocio de un hombre es aquello para lo cual tiene su capital y sus talentos. Si a un hombre se le confía como mayordomo o agente, su negocio es comprar los productos que son útiles. Amados, todo nuestro tiempo, capacidades, intereses, alimento, vestimenta y todas las demás bendiciones, espirituales o temporales, son el capital con el que Dios nos ha confiado y todo es para su propio uso y servicio. Y ¿no es un caso triste y temible que Dios tenga un capital tan grande, que se encuentra en manos de todos los hijos de los hombres, y que tenga, si puedo decirlo así, tan poco beneficio de él, me refiero a tan poca gloria, que siembre tanto y coseche tan poco, esparza tanto y recoja tan poco? ¿No es triste que los hombres tengan tanto en vano? Si tienes salud y riqueza, ¿no las utilizas para Dios? Todo es en vano.

¿Tienes entendimiento y aún lo has utilizado solo para idear tus propios asuntos y planes mundanos? Tu razón y entendimiento se han vuelto vanos. ¡Oh! ¿Cómo responderás por haber tenido un capital tan grande en tus manos y haberle sacado tan poco provecho?

Hubiera sido mejor para algunos hombres si nunca hubieran tenido un pedazo de tierra o un momento de tranquilidad, si nunca hubieran tenido el entendimiento de los hombres, porque no han utilizado sus talentos para Dios y para los fines para los que les fueron entregados.

3. El negocio de un hombre es aquel para el cual sus capacidades lo llaman. Es el negocio de un hombre, si en la capacidad de juez, hacer justicia; o en la de un siervo, hacer la voluntad de su amo.

Hermanos, todas sus capacidades demuestran que es su negocio complacer a Dios; son sus amigos, son sus siervos, por lo tanto, deben complacerlo en todo; son sus hijos, y por lo tanto deben esforzarse por honrarlo; son su esposa, y por lo tanto es su negocio complacer a su esposo.

4. El negocio de un hombre es aquel del cual obtiene su sustento. Si a un hombre se le mantiene en el cargo de maestro de escuela, es su negocio enseñar; si es soldado, es su negocio luchar.

Amados, ¿no saben quién los sustenta? ¿Y creen que Dios tiene tantos siervos para que sean ociosos o para que se ocupen de sus propios planes y placeres? Dios les ha asignado a cada uno su trabajo, cada hombre tiene sus manos ocupadas: hay tanto trabajo que hacer dentro y fuera de casa; tanto hacia Dios, hacia su prójimo, hacia ustedes mismos, que no tienen tiempo para la ociosidad, y pagarán un alto precio si comen su pan y no hacen su obra.

Y, así como complacer a Dios es nuestro principal negocio, también es nuestra mayor felicidad; porque la felicidad del hombre radica en el favor de Dios. Nuestra felicidad consiste en alcanzar el fin de nuestro ser; por lo tanto, la gran pregunta entre los filósofos era: ¿Cuál era el fin y la felicidad del hombre? Ahora bien, el verdadero fin de nuestro ser es que podamos complacer a Dios; fuimos creados para su placer. Y también fuimos creados ahora con este fin, para entregarnos a Dios y, siendo edificados como una casa espiritual, ofrecerle sacrificios espirituales aceptables por medio de Cristo. Este es el fin de nuestra redención, para que no nos sirvamos a nosotros mismos, sino a Él, en santidad y justicia todos los días de nuestras vidas, y para que no vivamos más para nosotros mismos, sino para aquel que murió por nosotros.

También es el fin de nuestra justificación, que nuestras conciencias purificadas sirvan de manera aceptable al Dios viviente. En pocas palabras, es el fin de nuestra glorificación, que, al ser trasladados al cielo, agradecemos perfectamente a Dios y le sirvamos día y noche en su templo. Por lo tanto, complacer a Dios es el único fin y felicidad del hombre. Y esto será evidente, porque entonces nos promocionamos más a nosotros mismos cuando mejor complacemos a Dios: por esto, tendrás esta doble ventaja.

1. Serás el favorito de Dios. ¡Oh gloriosa promoción! Hamán se consideraba un hombre importante cuando estaba a la derecha de Asuero, pero al final fue condenado a la horca. Pero, ¿qué se hará al hombre a quien Dios se complace en honrar? ¡Bendito es ese hombre! ¡Ay de aquel

que lo toque! "Mejor le hubiera sido que le colgaran una piedra de molino al cuello y lo arrojaran al mar, que ofender a uno así". Dios cuida infinitamente a sus favoritos; se toca la niña de sus ojos cuando son lastimados.

Cualquiera que los toque no será inocente. Dios tiene una bendición para aquellos que les muestran amabilidad; él vengará a los impíos por cada palabra dura que pronuncien en su contra.

¡Oh hombre! ¿No dice tu alma, dichosos son los que están en tal situación? ¿No será tu condición bendita cuando Dios sea infinitamente tierno contigo, tome todas las amabilidades hechas hacia ti como hechas hacia sí mismo y todas las injurias hechas hacia ti como afrentas hacia sí mismo? ¡Esta es la feliz condición de sus favoritos!

Principio 2. Todo lo que hagas se contará a tu favor ante Dios. Hermanos, ¿son ustedes creyentes o no? ¿Creen en la inmortalidad del alma y en la vida por venir o no? Las acciones de la mayoría demuestran que son personas que no creen, meros incrédulos a pesar de ser cristianos profesos.

Si creen que hay un estado eterno por venir, ¿no será su mayor sabiduría prepararse para ello y acumular todo lo que puedan para heredarlo en el otro mundo? ¿No será sabio para un hombre que sabe que pronto será trasladado a otro país, cuidar de transportar todo lo que pueda para disfrutarlo a su llegada? Amados, si realmente creen que estarán para siempre en otro mundo, ¿no será la mejor manera de hacerlo, aquellos frutos de los cuales disfrutarán eternamente? ¿No sería un loco el que, teniendo solo un plazo muy corto en una propiedad, siguiera construyendo y plantando allí, cuando tiene una tierra de herencia sobre la cual construir? El daño que viene del egoísmo y la búsqueda del placer propio es infinito. Ustedes son perdedores eternos por eso.

Dios dirá que ya tienen su recompensa. Pueden tener algo en la mano, pero la recompensa eterna se pierde. Hermanos, ambiciono para ustedes que todo lo que hagan lo hagan para siempre, que todos los encuentren en el otro mundo y que allí cosechen el fruto eterno de lo que están haciendo ahora. Un constructor sabio construirá para siempre, no algo que solo dure un día o un año.

¡Oh, si tan solo fueran constructores sabios! Hagan todo por Dios y tendrán ventajas eternas. Aprendan esta lección: "dedíquense en todas las cosas a complacer a Dios, y así se estarán promoviendo y avanzando en todo lo que hagan"; acumulen siempre un tesoro en el cielo, sigan añadiendo al montón. ¡Y, oh, qué riquezas alcanzarán cuando, cada día,

cada hora y cada acción sean ganadores! Porque Dios no dejará que la más mínima cosa que se haga por Él, ni siquiera un vaso de agua fría, quede sin una recompensa eterna, ni que su labor sea en vano.

Principio 3. Cuando hayan hecho todo, si Dios no está complacido, no han hecho nada. Arraiguen en su corazón que todo es en vano si no se hace por Dios. Cuando no complacen a Dios, no se benefician a sí mismos. Cuando los hombres ofrecen con gran generosidad y libertad, si no es de una manera que sea agradable a Dios, todo es una oblación vana.

Si los hombres hacen más de lo que Dios ha requerido y se entusiasman en cosas que Dios no ha mandado, "en vano le rinden culto". Amados, todo el tiempo que han vivido para ustedes mismos, han vivido en vano, porque fue completamente ajeno a su fin. ¡Oh, es una consideración que corta el corazón de un cristiano sensible pensar en esto! Cuando la vida es corta y el tiempo tan escaso, sin embargo, se ve obligado a cortar tanto. Hombre, tantas horas eliminarás de tus días y tantos años de tu vida, como los que no has vivido para Dios sino para ti mismo, se pierden en cuanto a los propósitos de la vida y el tiempo. Si te perdonan en el arrepentimiento, no recibirás recompensa por ellos. Amados, deben considerar que no han vivido más tiempo del que han vivido para Dios. "Para mí, vivir es Cristo". Contaría que no he vivido si no viviera para Él. Es el único propósito de mi vida servirle. No sabría qué hacer con mi vida si no fuera para gastarla por Él.

Cristiano, así debes considerarlo: tanto tiempo como he vivido para Cristo, tanto he ganado; y tanto tiempo como he vivido para mí mismo, tanto he perdido. No es el hombre, sino la bestia, el que vive cuando vivimos por debajo de nuestra razón, que distingue la vida humana de la de las bestias. Ahora, cuando no vivimos para Dios, vivimos completamente por debajo de nuestra propia razón; lo cual se descubre suficientemente en que Dios es el autor y fin del hombre. ¿No dicta la razón que Dios debería tener la gloria de su propia obra y que el recipiente debería ser para el uso del alfarero? ¿Acaso alguien planta una viña o cuida un rebaño y no espera el fruto o la leche?

"Dios te ha hecho, oh hombre, para sí mismo", ¿y tienes el rostro de un hombre y no te avergüenzas de pensar que Dios te habría hecho en vano? Si tienes un ápice de ingenio, aborrecerás el pensamiento de esto, que te hizo en vano. Porque tanto como eres para ti mismo, no eres nada. Puede que vivas una vida muy ocupada, pero no actúas para Dios; durante todo este tiempo, solo estás ocupado en no hacer nada. Puedes sentarte por la noche y decir: "He estado todo el día sin hacer nada".

Encontrarás un espacio en el libro de Dios para ese día. Nada en tu cuenta, o este triste registro: "un día así pasado, y nada hecho". Dios tiene su libro de cuentas y se da cuenta de todas tus acciones, cómo te levantas y cómo sales a tus labores; cómo hablas, cómo comes, y si tienes en cuenta a Él y su gloria en todo, o si no miras más alto que a ti mismo. "Hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada".

¿No puede ser esta la triste queja de muchos hombres? He estado trabajando toda mi vida y aún no he hecho nada, porque lo que hice no fue hecho para el Señor. ¿Cómo te sentirías con tus sirvientes si, al regresar a casa por la noche, encontrases que cada uno de ellos está ocupado en sus propios negocios y placeres, y tu trabajo queda sin hacer? ¿No es triste, señores, que pasen sobre nosotros tantos días y horas, y no estemos más cerca de nuestro fin de lo que estábamos antes? Tus hijos pequeños están ocupados desde la mañana hasta la noche, y sin embargo, todo ese tiempo han estado sin hacer nada; y lo mismo ocurre contigo, cuando solo buscas tus propios intereses carnales y no sirves ni complaces a Dios en lo que emprendes.

Principio 4. Que el favor de todo el mundo no puede ayudarte en nada, si Dios no está satisfecho contigo y por ti. Si hubiera alguien que pudiera salvarte de su ira, no tendrías que preocuparte por complacerlo; y si Él no está satisfecho, todos estamos perdidos: "Tú, incluso tú, debes ser temido; ¿y quién puede resistir cuando te enojas?" Cuando los hombres tienen pensamientos insignificantes sobre la ira de Dios, y el temor y el temblor de Él no están en sus corazones, no es de extrañar si no se preocupan por complacerlo.

Debes estar convencido de que el desagrado de Dios es lo más formidable en el mundo, de lo contrario nunca podrás aprender esta gran lección. Amados, si debieras complacer a los hombres, y todo el mundo estuviera de tu lado, ¿de qué serviría esto, mientras Dios es tu enemigo? Si todos los hombres te bendijeran y hablaran bien de ti, ¿de qué serviría esto cuando Dios se levantara en juicio en tu contra y te condenara? No es la barra de un hombre, sino la de Dios ante la que debes estar; no es por los votos de los hombres que debes ser condenado o absuelto; no irá por la mayoría de los votos, sino que Dios mismo es el juez.

En su corazón está si vivirás o morirás. Si un hombre estuviera en juicio por su vida, ¿de qué le serviría que todos sus compañeros de prisión y toda la multitud a su alrededor estuvieran a su favor, cuando todo el banco y el jurado estuvieran en su contra? Si sus vidas y propiedades estuvieran en cuestión, ¿a quién acudiría para hacer un

amigo, al juez o al pueblo? Señores, estén convencidos de que si Dios está en contra de ustedes, es tan malo como si Dios y todo el mundo estuvieran en su contra; porque todo no significa nada sin Él. ¡Oh! hagan lo que hagan, estudien para entrar y mantenerse con Él.

Te digo que se acerca el momento en que el aliento de los hombres no significará nada: cuando su recomendación no te servirá de nada. Oh hombre, aunque todo el mundo te diera sus manos suscribiera tu certificado, no significaría nada ante Dios o en su corte. Muchos construyen sus esperanzas de llegar al cielo sobre la buena opinión que otros tienen de ellos: pero te digo, hombre, aunque pudieras llevar cartas de recomendación contigo cuando mueras, y todos los ministros del evangelio te dieran su "Benedicite", todo sería no más que un papel en blanco; y no te salvaría ni un ápice más pronto si te encontrara siendo un hipócrita secreto, un profesor de corazón podrido todo el tiempo.

Principio 5. Que Dios no estaría satisfecho contigo en nada, excepto si te preocupas por complacerlo bien en todo. Un día te avergonzarás, excepto si "tienes respeto por todos los mandamientos de Dios". "No tienes una buena conciencia, excepto si te preocupas en todas las cosas por vivir honestamente". Si a Naamán se le permitió excusarse en una cosa, inclinarse en la casa de Rimón, para que no despreciara a su Maestro, esto es suficiente para arruinar todo. Algunos quieren mantener la buena voluntad de Dios y la del mundo también, y así darán vuelta a ambas: servirán a Dios en casa y se conformarán al mundo en público.

Estos hombres tienen dos caras y dos lenguas: una para la buena y otra para la mala compañía en la que se meten. Algunos tenían dos primeros principios; uno el "fundamento común de todo lo bueno", que es Dios, y el otro la causa de todo mal: y adoraban a ambos; los "buenos principios por amor" y el mal por miedo. Muchos entre nosotros tienen una religión así. Pero que sepan, quienes sean, que mientras lo abarcan todo, lo pierden todo; porque Dios nunca reconocerá a los servidores de Cristo que sirven a los hombres y buscan su aprobación.

III. Con referencia a su práctica. Y aquí, si alguna vez deseas llegar a esa vida bendita de "hacer siempre aquello que agrada a Dios", debes seguir cuidadosamente estas seis reglas.

Regla 1. Mira a tu alrededor para conocer la amplitud y el alcance de tu deber. La amplitud del cristianismo es grande: "Tu mandamiento es sumamente amplio"; y muchos profesores apenas miran en una dirección; pero, mientras se ocupan intensamente en una cosa, descuidan otra. Puede ser que, mientras se ocupan con el cuidado de los deberes religiosos, olviden los deberes relativos; o que se preocupen por los

deberes personales, pero sean muy negligentes en los deberes que deben a las almas de sus familiares; o que se quejen y lloren por sus propios pecados, pero no se preocupen por los pecados de los demás. Puede ser que sean más puntuales en sus deberes más inmediatos hacia Dios, pero sean muy negligentes en sus deberes hacia los hombres; o que dediquen mucho tiempo a sus almas, pero presten poca atención a la situación de la iglesia, la miseria de las almas que perecen a su alrededor.

Posiblemente, guardan el sábado estrictamente, y oran, escuchan y temen un juramento; pero al mismo tiempo, hacen poco caso de romper sus promesas, pasan juicios apresurados y poco caritativos, gastan el tiempo en vano, son improductivos en su discurso, tacaños para usos piadosos, permiten que el pecado quede sin reprensión, y dejan salir sus pasiones ante cualquier pequeña dificultad. Muchos se preocupan por su deber hacia los que están dentro, y al mismo tiempo son muy descuidados en su deber hacia los que están fuera. Este es un caso demasiado común.

¿Dónde está el cristiano que seriamente piensa, qué puedo hacer para ganar almas? Puede ser que sigas en compañía de los piadosos, donde puedes ser edificado: pero, ¿cuándo vas a tu pobre vecino, a quien ves vivir en un estado pecaminoso, y le hablas de su peligro, y trabajas por ganarlo para Cristo? Sí, tanto se descuida y se deja de lado este gran deber, que temo que muchos cuestionen si es un deber o no; como si pudieras dejar el pecado sobre el alma de tu hermano, y aún así ser inocente.

Si fuera su buey o asno el que yace listo para perecer, no tendría duda de que es su deber ayudarlo a salir del foso; ¿y cree en serio que le debe más a estos animales que a su alma? ¿La Escritura pertenece solo a los ministros o a todos los creyentes? "El fruto del justo es árbol de vida; y el que gana almas es sabio".

Ciertamente, las vidas de demasiados cristianos hablan el mismo lenguaje que el de Caín: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" Es cierto, Dios quiere que cuides de todos, dentro de los límites de tu estación adecuada, de manera que tomes ocasiones, sí, busques ocasiones, según tu capacidad, para hacer el bien a los demás. ¿No sabes cómo acercarte a tu pobre vecino? Lleva limosnas contigo; hazle un favor; oblígalo con un comportamiento cortés y ganador; entonces esperaré ver el reino de Cristo florecer gloriosamente, cuando cada uno que profese piedad se levante y tome el borde del manto de su prójimo. Oh, ve tus negligencias en esto; no pienses que es suficiente cuidar de tu propio viñedo; que tus amigos y vecinos no tengan paz contigo, hasta

que los veas esforzándose seriamente por buscar el cielo; o, si pudieras traer a cada uno su hombre a Cristo, ¡qué cosa tan bendita sería esta! Me pierdo en este argumento; pero estoy dispuesto a hacerlo, ya que este deber es tan miserablemente descuidado. Demasiados viven como si la religión se basara solo en "orar y escuchar, confianza santa", y cosas por el estilo; olvidando que "la religión pura y sin mancha delante de Dios y Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones".

El otro debería hacerse de tal manera que este no quede sin hacer. Haces conciencia de ser justo, veraz y fiel, pero ¿no olas ganar a otros con tu amabilidad y afabilidad? como si no estuviera escrito en tu Biblia: "Sed compasivos, amorosos como hermanos, misericordiosos y humildes". No digas "no es mi naturaleza". ¿Para qué sirve la gracia sino para corregir los males de tu temperamento? ¿No es nuestra religión de auto-negación? ¿No nos ordenan las reglas de la religión ser seguidores de todo lo que es amable y de buen nombre, y hacer que la religión sea amable para el mundo?

Regla 2. Usa una previsión sabia, para que cada día caiga en su tiempo y orden, y cada trabajo tenga su lugar. No es suficiente hacer la obra de Dios, sino que debe hacerse en su orden. Aquello que en sí mismo es bueno y necesario, puede ser tan mal cronometrado que se convierta en un pecado. Es un deber decirle a nuestro hermano acerca de su pecado; pero, sacarlo a la luz en tu pasión, o responderle cuando te está amonestando cristianamente, es un pecado. Tus negocios mundanos no deben excluir la religión, ni los deberes religiosos deben hacerte descuidar tus llamados; pero cada deber debe tener su lugar. Pero, para hacer todo en el orden de Dios, sigue estas cinco directivas.

Directiva 1. Comienza en casa, en provocar el bien. ¿Por qué Dios tiene que pleitear contigo: "¿Tú que enseñas a otros, no te enseñas a ti mismo?" Sé un ejemplo de tu propia regla; de lo contrario, la acusación del hipócrita vendrá contra ti. Ellos atan cargas pesadas, pero no las tocan con uno de sus dedos. ¡Observa el orden de Dios! "Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón"; esa debe ser nuestra primera preocupación; y luego, habiendo aprendido bien nuestra lección nosotros mismos, debemos enseñarla a los demás: "Y las enseñarás diligentemente a tus hijos, y hablarás de ellas cuando", etc.

Al menos, si aún no lo has logrado, asegúrate de aprenderlo primero; y cuando te dediques al deber, intenta primero contigo mismo y habla más a tu propio corazón.² Al reprender el mal: de lo contrario, serás etiquetado como hipócrita. Primero saca la viga de tu propio ojo. No debemos pensar, como muchos lo hacen, equivocadamente, que no

debemos reprender a otro cuando somos culpables del mismo pecado; pero en tal caso debemos asegurarnos de lanzar la primera piedra contra nosotros mismos. Sé más rápido en enojarte contigo mismo y más severo con tus propios pecados que con los de los demás. Es extraño ver la gran censoriedad de los profesores hacia los demás, y cuán tiernos son con sus propias corrupciones e impacientes ante la reprensión. Lector, teme y evita este pecado.

Directiva 2. Que Dios sea el primero en ser servido. Que Dios tenga el primer lugar en tus pensamientos, el primero del día, el primero de tu fuerza. ¡Cuán gravemente está Dios disgustado con los sacerdotes profanos, porque se sirven a sí mismos primero con sacrificios antes que a él! Es el consejo santo que uno da: Mantén la puerta de tu corazón cerrada contra el mundo por la mañana, hasta que tu corazón haya estado primero en el cielo, y se haya sazonado y fortalecido desde allí contra las tentaciones que probablemente encontrarás tan pronto como bajas. De hecho, todo debe hacerse como servicio a Dios, pero de tal manera que su servicio inmediato se haga primero. Es el consejo de varios paganos, que todas las empresas deben comenzar con oración. Dice Arato: comencemos con Dios. Y los mismos mahometanos siempre comienzan sus libros, como la gente suele hacer sus testamentos, "En el nombre de Dios".

Directiva 3. Limpia primero el interior. Limpia primero lo que está dentro de la copa. Aunque están muy equivocados los que viven como si todo su estuviera dentro de las puertas, recuerda que aquí es donde yace principalmente. Es un curso más absurdo en la religión comenzar primero con el exterior. ¡Oh Jerusalén, lava tu corazón! Cuando esto se hace, la reforma comenzará rápidamente en la vida, pero no de otra manera. Muchos se preocupan de que todo lo que aparece ante los hombres sea hermoso, pero sus corazones son descuidados: estos llevan consigo las marcas del hipócrita. ¿Y qué te aprovechará, oh hombre vano, tener todo esto de los hombres, ya que Dios te conoce y te detecta, y ha designado un día en el que diseccionará tu corazón ante el mundo?

Directiva 4. Pon atención en los deberes que son más importantes. El hipócrita es muy puntual en asuntos menores, pero descuida las cosas más importantes de la ley; juicio, misericordia y fe. Él está por una religión que le costará poco; y por lo tanto, siendo las palabras muy baratas, será tan entusiasta como cualquier gran celoso en los circunstanciales de la religión, y maravillosamente censorioso de otros que no se ajustan a su mente, como hombres de amplios principios y grandes conciencias; pero, mientras tanto, es muy negligente de los deberes secretos, un gran extraño al auto-negación y caminar

humildemente con Dios. Se esfuerza maravillosamente en una ceremonia, pero puede ser que pueda tragar las ganancias de la injusticia lo suficientemente seguro.

Puede ser que desprecie la superstición y nunca le falte una piedra para lanzar a un eclesiástico profano; pero mientras tanto, camina descuidadamente en su familia, hace poca conciencia en sus tratos, o tomará sus copas tan libremente como otro, siempre y cuando no esté borracho; o si no tomará un centavo de la propiedad de su vecino, es muy despiadado con su buen nombre, y tomará cualquier informe que esté circulando. Hermanos, debéis hacer conciencia del menor pecado y del menor deber; pero es una señal temible cuando los hombres son celosos contra los pecados menores, y aún así hacen la vista gorda a los mayores, como estos.

Directiva 5. Aprovecha la primera oportunidad cuando Dios te dé un tiempo adecuado para cualquier deber. No permitas que Satanás te engañe diciéndote que hay otro o mejor momento. Puede que tengas la intención de reprender a tu hermano por su pecado; pero, ¿cuánto tiempo seguirás con esa intención? Ahora Dios te da una oportunidad. Puede ser que tu corazón reacio diga: "no ahora, sino en otro momento", y así lo pospongas hasta que él o tú mismo seas removido, y él se endurezca; al menos, eres culpable del pecado que él comete mientras tanto, porque "no has hecho tu deber" para prevenirlo.

Está en tu corazón tratar con tu amigo o vecino no convertido acerca de su estado espiritual; pero puede ser que mientras estás demorando, la muerte llegue y lo arrebatte en sus pecados, o te ve a ti, y así te despidas para siempre de cualquier oportunidad de hacerle bien al alma de tu hermano. ¿Con qué frecuencia se obstaculizan o se perturban miserablemente los deberes de la oración privada por falta de cuidado para aprovechar la primera oportunidad? Pensamos que otra hora del día puede servir igual de bien; pero entonces una cosa u otra cae inesperadamente, y nada se hace con el propósito; por lo tanto, cuidado con este engaño. Nuestro Salvador tomaría su tiempo para la oración antes del día, cuando su otro trabajo era urgente.

Regla 3. No hagas nada en las cosas sagradas "sin el mandato de Dios; nada en las cosas civiles sin la aprobación de Dios. No ofrezcas con fuego extraño. En la adoración de Dios debes asegurarte de poder responder bien a esa pregunta: "¿Quién ha requerido estas cosas de tus manos?" Aquí el mandato debe ser observado sin agregar ni disminuir, pero entendiendo esto con dos precauciones:

1. "Aunque los hombres no puedan marcar sus ceremonias inventadas con una significación moral, ni imponerlas ni usarlas, aunque con buenas intenciones de edificar al pueblo mediante la invención de medios"; como si Cristo no hubiera provisto suficientemente para la edificación de su pueblo sin sus dispositivos: y aunque nada pueda ser usado como parte de la adoración que Dios no haya mandado, (porque es suficiente para hacer que cualquier cosa sea rechazada por el Señor de la Adoración Divina si él dice: "No lo mandé, no lo hablé, ni siquiera vino a mi mente"), sin embargo, esas cosas que son meramente circunstanciales, y no necesarias en el tipo general ni destinadas como parte o medio de adoración, pueden ser determinadas por la prudencia humana, de acuerdo con las reglas generales de la palabra, que siempre deben ser observadas. Y, por falta de comprensión, muchos han condenado ignorante mente la predicación por un reloj de arena, en un lugar alto, en iglesias, por medio de doctrina y uso, etc., corriendo de un extremo a otro.

2. No debemos pensar que la ordenanza de Dios, que permanece en sustancia, puede ser abandonada debido a algunos "defectos en la administración, o en la forma de su administración". La administración de las ordenanzas de Dios no pertenece al pueblo, sino al ministro; y si falla en su deber, al administrarlas de una manera que no es, o es menos edificante, es mi dolor, pero su pecado. Hofni y Finees eran corruptos en sus vidas, y trajeron mucha corrupción y rudeza al servicio de Dios, embargo, Elcana y Ana, con otros piadosos, asistieron al culto y santuario de Dios.

Se había infiltrado mucha corrupción tanto en la doctrina, el culto y la vida de los judíos, sin embargo, nuestro Salvador (aunque siempre rechazaba la corrupción y no se unía a ella) nunca prohibió la comunión con ellos en la adoración de Dios, sino que la ordenó y la practicó, tanto él como sus padres y apóstoles. Pero ahora, en las cosas civiles, es suficiente que tengas la aprobación de la palabra, aunque no el mandato; siempre y cuando se observen las reglas generales, todo para la gloria de Dios, y no para abusar de nuestra libertad legítima para ofender a otros. Ahora, tus acciones siendo así justificables, en cuanto a su materia (sin lo cual es imposible, aunque tengas las mejores intenciones, agradar a Dios), la influencia y virtud de los fines santos en ellas será efectiva para convertir todo en deberes religiosos, como un toque de la piedra filosofal convierte el metal más bajo en oro.

Regla 4. En cada acción, deja que Dios esté en primer lugar; pero en las acciones religiosas, deja que Dios sea todo. Que ninguna de tus acciones termine en ti mismo; sino que trabajes para poder dar esta cuenta con sinceridad de cualquier cosa que emprendas, que lo haces

porque es agradable a Dios, porque es su voluntad con respecto a ti. Pon una marca en esta precaución; ten cuidado en aquellas acciones en las que el yo puede tener un papel, para que no arrase con todo. Puedes, en tus acciones comunes, tener en cuenta tu comodidad y bienestar en el mundo, pero esto no debe ser lo principal, mucho menos todo lo que diseñes en esto; porque, al no mirar más allá del yo, incurre en este doble daño: 1. Pierdes tanto de tu propia cuenta;

2. Te apoderas de la gran prerrogativa de Dios. Me temo que no somos conscientes del terrible mal en la búsqueda del yo; no es menos que deponer a Dios del trono, yernos a nosotros mismos en su lugar. Es la gran prerrogativa de Dios, y la adoración adecuada que se le debe, como Dios, que él sea el último fin de todas las operaciones de nosotros, sus criaturas, y que todos nuestros movimientos terminen en él. Ahora, cuando miramos nuestro propio beneficio, y no a Dios, y miramos más a esto que a Dios, nos arrogamos la prerrogativa divina a nosotros mismos, y nos ponemos por encima de él; lo cual no es menos que una idolatría odiosa.

Y si es un pecado tan odioso inclinarse ante una imagen, que no es más que dar el culto externo de Dios a la criatura, ¡cuánto más buscar y honrarnos a nosotros mismos antes que a Dios! Esto es dar su culto interno, que de todo es lo principal, a la criatura. ¡Oh, cuántos que pasan por buenos cristianos serán encontrados como idolatras odiosos, porque han buscado sus propios fines carnales más que a Dios y su gloria! y muchos cristianos verdaderos, aunque principalmente buscan a Dios y su gloria, sin embargo, en muchas acciones particulares contraen una gran culpa, al no mirar más allá de sí mismos en lo que hacen.

Sé que no puedes estar siempre pensando en Dios, pero quisiera que nunca olvides lo que se te ha enseñado: al comenzar cada acción solemne, recordar a Dios y hacerlo tu fin. Acuéstate en el nombre de Dios cada noche; sal en su nombre cada mañana; resolviendo emprender todo por él. Cuando entres en tus llamados, te sientes a comer, hagas un viaje o una visita, hazlo como para el Señor, con el diseño de complacerlo en ello.

Esto puedes lograrlo con cuidado y vigilancia. De nuevo, en "acciones religiosas, deja que Dios sea todo". Aquí el yo (me refiero al ego) debe ser excluido; de lo contrario, esta mosca muerta arruinará la caja del ungüento más precioso. Es cierto que el yo se colará; pero debes excluirlo cuidadosamente; de lo contrario, si este es el ingrediente predominante, todos tus deberes serán en vano. ¿Qué es más agradable a Dios que la oración? esto es incienso ante él. ¿Qué es más delicioso que la

limosna? esto es un sacrificio aceptable y agradable para él. ¡Qué testimonio tan feliz tuvo Cornelio! "Tus oraciones y tus limosnas han subido como memorial ante Dios"; sin embargo, cuando el yo es predominante en esos deberes, "oraciones, limosnas", etc. todo se pierde.

Regla 5. Cuando hayas todo, ten cuidado de negarlo todo, y no niegues la misericordia de Dios al habilitarte y ayudarte: esto debe ser observado con toda gratitud; atribuyendo nada a ti mismo, y dando toda la gloria a Dios. Toma el ejemplo del santo David: "Pero ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que ofrezcamos tan voluntariamente? De lo que es tuyo te hemos dado". Y del bendito Pablo: "No yo, sino la gracia de Dios que está en mí". Y del buen Nehemías, quien, después de haber hecho el servicio más eminente para Dios, clama al final por perdón y misericordia: "Acuérdate de mí, oh Dios, en cuanto a esto, y ten misericordia de mí según la grandeza de tu misericordia".

Regla 6. Haz todo en el nombre del Señor Jesús. Después de haber salido cuidadosamente para Dios por la mañana, y dirigido tus acciones comunes a "él como tu fin" durante todo el día, haciendo todo a su vista y con el deseo de complacerlo en ello, lleva todo a "Cristo en la noche" y preséntalo todo a Dios por él, esperando confiadamente la aceptación y recompensa de Dios por todo lo que has hecho; porque él lo ha prometido, aunque tus acciones sean muy humildes, porque se hicieron en su servicio. Si descuidas esto, lo pierdes todo al final: porque Dios no aceptará ningún sacrificio sino de las manos del sacerdote; y por lo tanto, no debes esperar ninguna aceptación con Dios, ni ninguna recompensa de él, sino solo a través de Cristo.

Debes asegurarte, por lo tanto, no solo de mencionar formalmente el nombre de Cristo, sino de construir todas tus esperanzas de éxito solo en él, y de acudir a Dios con una dependencia actual y viva en él. Así he resuelto el caso propuesto. Solo responderé una objeción, y brevemente presionaré tu deber con algunos motivos, y así concluiré. Objeción. Ustedes imponen cargas pesadas. ¿Qué! ¿debemos estar siempre en las trincheras? ¡Seguramente, esta severidad de la religión es más de lo que se necesita!

Respuesta 1. ¡Carga, hombre! es tu felicidad: si la santidad y el placer de Dios son una carga, la salud es una carga, el cielo y la felicidad son una carga. Respuesta 2. Esta no es otra carga que la que Dios mismo ha impuesto en tu conciencia. "¿Quién eres tú, oh hombre, que respondes contra Dios? ¿He puesto sobre ti una rigidez inventada e innecesaria; o he impuesto esa carga sobre ti que no tocaré con uno de mis dedos?"

"¿Digo esto como hombre, no dice esto también la ley?" ¿De quién es esta palabra, "Sé en el temor del Señor todo el día"? "Haz todo la gloria de Dios". "Esfuézate para Dios". ¿Qué he presionado sino lo que los santos han practicado? "Una cosa hago, prosigo a la meta". "Una cosa he pedido al Señor, eso buscaré". "Tu siervo que dedicado a tu temor". "Enoc anduvo con Dios trescientos años". ¿Qué es esto sino lo que las Escrituras han predicho que será? "Andarán de aquí para allá en el nombre del Señor". "Entonces estará sobre las campanillas de los caballos, y sobre cada olla en Jerusalén, santidad al Señor". No disputes contra Dios, levántate y hazlo: es una mala señal cuando el corazón se levanta contra la rigurosidad del deber: te equivocas completamente al pensar que esta vida de rigurosidad es esclavitud.

¿Quiénes tienen gozo inefable y lleno de gloria, quiénes conocen la paz que sobrepasa todo entendimiento, si no aquellos que así andan con Dios? Ahora, hermanos míos, permítanme suplicarles que sean practicantes conscientes de esta gran lección: Estudien siempre hacer aquellas cosas que son agradables a Dios.

¡Oh! si supiera cómo involucrarlos; si pudiera hacer que establecieran estas reglas ante ustedes todos los días de sus vidas para su práctica. No es suficiente que escuchen y les guste el predicador, o que aprueben la doctrina. Pero, señores, ¿qué harán? Demasiados mis oyentes son como los de Ezequiel, capítulo XXXIII, 32. ¿Qué dicen, hermanos, aprenderán conmigo? ¡Oh! si pudiera llevarlos a un conocimiento completo de la rigurosidad y el poder de la religión, y el marco santo que será el deleite de Dios y su felicidad. Hermanos, ¿qué busco? Dios sabe que es mi ambición, que pueda ayudarlos en el camino de la santidad.

No quisiera que fueran tan malos estudiantes como para estar siempre en el nivel más bajo y continuar simplemente en un curso aburrido y estéril: mi deseo para ustedes es que no arbustos, sino cedros de gran crecimiento, experiencia selecta, comunión singular, "caminando con Dios", brillando para la convicción del mundo. ¿Me permitirán prevalecer con ustedes en tan buena empresa? ¿Por qué deberían lamentarse al final y decir cómo he odiado la instrucción, y mi corazón ha despreciado la reprensión? No he obedecido la voz de mis maestros, ni he inclinado mi oído a los que me instruyeron. Para invitarlos a este camino santo, consideren:

I. Es muy posible; porque, en primer lugar, Dios es muy fácil de complacer: no es como un amo malhumorado que no puede, que no quiere, ser complacido. Si solo se dedican a estudiar y cuidar de complacerlo, y ponen todo su corazón en ello, su mente dispuesta será

aceptada; y aunque no completen la obra, Dios dirá, hiciste bien que estuviera en tu corazón. Cuando el corazón está dispuesto a complacer al Señor, y sinceramente nos esforzamos, aunque haya muchas fallas, Dios las pasará por alto. En segundo lugar, Dios les ha dicho lo que lo complacerá, y ha preparado su trabajo para ustedes. No necesitan decir, ¿con qué nos presentaremos ante el Señor? Él les ha mostrado lo que es bueno y lo que requiere de ustedes. No necesitan decir, ¿quién ascenderá al cielo para traer la mente de Dios desde el cielo? No, la palabra está cerca de ustedes. Dios les ha presentado su ley, como en una tabla: de un lado las cosas que le complacen, del otro las que no le complacen.

¡Oh! que puedan ser encontrados entre aquellos que eligen las cosas que le complacen: de lo contrario, ya que conocen la voluntad de su Maestro y no la hacen, serán considerados merecedores de muchos azotes. En tercer lugar, Dios ha dado reglas particulares para hacer todo su trabajo de la manera que lo complacerá. Si Dios solo les hubiera dicho qué hacer, y no cómo hacerlo, podrían haber estado perdidos; pero él ha prescrito la manera exacta en que todo debe hacerse, para que tengan instrucciones completas.

Él les ha mostrado cómo deben orar, escuchar y dar limosnas, cómo deben comportarse en todas las circunstancias. No solo les ha dicho cómo deben ayunar, sino también cómo deben; es decir, con vigilancia y templanza; con la mirada puesta en su gloria, como siervos de Jesucristo. No solo les ha mostrado cómo deben "descansar en el día del Señor", sino también cómo deben seguir su llamado en el descanso; es decir, con diligencia y discreción; recordando que su fin es servir al Señor Cristo.

Les ha dicho cómo deben manejar sus negocios; con equidad y caridad, haciendo a los demás lo mismo que su conciencia les dice que les gustaría que les hicieran en un caso similar: cómo deben dormir; como aquellos que saben que Él rodea su camino y su descanso; y cómo deben despertar; es decir, para estar siempre con Él. En cuarto lugar, "Dios les ha dado ayudas especiales: para este fin tienen la mente de Cristo". Y tienen "el Espíritu de Cristo". De hecho, "los que están en la carne no pueden agrandar a Dios: pero ustedes no están en la carne, sino en el Espíritu". Ustedes, los creyentes, no solo tienen la ley en sus Biblias, sino también en sus corazones.

II. Es muy provechoso. Tendrán una ventaja gloriosa al seguir este camino. En primer lugar, esta es la manera más rápida y segura de obtener seguridad, de la cual muchos de ustedes se quejan, pero de ahora en adelante no deben quejarse más; porque o seguirán este camino, y entonces la tendrán, o no lo harán, y entonces deben dejar de quejarse

hipócritamente, ya que es por su propia desobediencia voluntaria que están sin ella. Una vez que se hayan habituado a este camino, y lo encuentren como lo principal de su cuidado, y lo que sus corazones desean por encima de todas las demás cosas, "para glorificar y complacer a Dios, y aprobarse a sí mismos ante sus ojos", no pueden carecer de seguridad, a menos que sea por su propia ignorancia; porque esta es la evidencia más indudable en el mundo de que son hijos de Dios, sin importar las fallas no permitidas de las que puedan ser culpables.

En segundo lugar, por medio de esto, estarán seguros de la presencia grata y favorable de Dios siempre con ustedes. Vean el texto: "El que me envió está conmigo, porque siempre hago lo que le agrada". En tercer lugar, por estos medios estarán siempre acumulando un tesoro en el cielo. Hermanos, ¿para qué están aquí? ¿Son hombres para la eternidad o para las cosas presentes? ¿Es su objetivo la gloria, el honor y la inmortalidad? ¿Buscan riquezas en el otro mundo para su parte en el Paraíso? Si buscan verdaderas riquezas, aquí está su camino; por medio de esto, aumentarán diaria y constantemente el stock de su propia gloria. Mi vehemencia es solo para que el fruto "abunde en su cuenta"; que todo lo que hagan los encuentre en el cielo; y que Cristo les muestre "sus buenas obras otro día, como las viudas hicieron con las prendas de Dorcas".

CASO IV. ¿CUÁLES CANSANCIO Y FALTA DE VOLUNTAD EN LOS DEBERES PUEDEN ESTAR CON LA GRACIA, Y CUÁLES NO?

Para resolver esto, se deben hacer algunas distinciones y luego extraer algunas conclusiones. Distinción: este cansancio y falta de voluntad debe distinguirse, 1. Según sus grados; y así es parcial y gradual, o bien prevalente y pleno. 2. Según el sujeto de ello; y así este cansancio es de los miembros o de la mente. 3. Según su prevalencia; y así es transitorio y ocasional, o estable y habitual. 4. Según la sensación que tenemos de ello; y así es algo que permitimos o algo que nos molesta. 5. Según su causa; y así es por un desagrado fijo por la comida, o por un trastorno accidental del estómago. 6. Según sus efectos; ya que es victorioso y nos hace abandonar nuestros deberes, o bien aborrecido y repelido por la gracia, mientras el cristiano sigue en el camino del deber.

Conclusión 1. Cuando este cansancio es solo de los miembros, o al menos principalmente, pero todavía hay una voluntad de la mente, esto no es motivo para cuestionar nuestro estado. Cuando la mente supera y deshace al cuerpo, y el apetito por los deberes continúa vigoroso, aunque

haya languidez de la fuerza natural y cansancio de los órganos corporales, esto no es nuestro pecado, sino una aflicción. Pero con demasiada frecuencia, el cuerpo tiene tanta influencia sobre la mente que causa inquietud y pereza allí, y la hace negligente en su oficio; sin embargo, cuando esto procede del agotamiento de los espíritus, cansados por el trabajo y el ejercicio corporal, y del trastorno de las partes, nuestro Padre más compasivo considera nuestra estructura y recuerda que somos polvo; y nuestro misericordioso Sumo Sacerdote, que no está ajeno al sentido de nuestras debilidades, está listo formular nuestra excusa, que el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.

2. Donde nuestro cansancio y falta de voluntad en los deberes son solo graduales y parciales, no plenos y prevalentes, no es suficiente para concluir que somos sin gracia. Mientras los gemelos están juntos en el útero, y dos naciones dentro de nuestros intestinos, habrá inclinaciones contrarias; la carne nunca dirá Amén a un buen movimiento como tal, sino que estará luchando contra el espíritu, y se resistirá cuando el espíritu avance, y tirará hacia abajo cuando el espíritu se incline hacia arriba; por tanto, mientras la corrupción permanezca, siempre habrá una parte disidente y conflictos continuos, de donde no es de extrañar que surja cierto cansancio; sin embargo, el espíritu es el interés predominante, y aunque a menudo es derrotado, tiene en su mayoría el dominio del combate y lo lleva contra la carne, no sin mucha resistencia y reluctancia del oponente rebelde.

3. Cuando este cansancio es solo transitorio, durante la tentación o la defección presente (que, tan pronto como el alma probada pueda salir de ella, vuelve a antiguo temperamento y placer en los deberes sagrados), solo hay motivo de humillación. Pero cuando es el estado estable, permanente y habitual de la mente, es motivo de cuestionar nuestra condición. El salmista santo, bajo una desolación, estuvo casi persuadido de abandonar la religión; pero cuando está en sí mismo, nada es tan dulce, nada tan encantador y deseable para él como los deberes de la santidad.

Pero para aquellos que en su curso y estado ordinario no tienen la mente puesta en los deberes, sino que son llevados a ellos por la conciencia, o se involucran por la compañía o la costumbre, o algo similar, su caso es temible en la medida en que el deber es desagradable y no amado.

4. Cuando este cansancio y falta de voluntad en los deberes son dolorosos y graves, como una llaga en el ojo o una enfermedad en el corazón, el estado es bueno; pero cuando se permite naturalmente y

encuentra poca o ninguna resistencia, es una mala señal; porque esto indica que no hay nada más que carne, y no hay ningún principio contrario en tal corazón; porque si lo hubiera, el espíritu al menos haría oposición. Este fue el estado mismo de aquellos pecadores no santificados que consideraban los sábados y servicios de Dios como una carga inútil, un verdadero cansancio, una esclavitud insoportable. Un corazón piadoso, cuando está bajo tal trastorno que el servicio de Dios parece un cansancio, está incluso cansado de sí mismo: mientras esto es una carga, él es una carga para sí mismo; no puede disfrutar de sí mismo, mientras está en tal estado en el que no puede disfrutar de Dios; y si este es el caso, nuestro estado es bueno, aunque el estado de ánimo sea malo.

5. Cuando esta fatiga y falta de voluntad no provienen de una aversión arraigada hacia la comida, sino de una indisposición estomacal accidental y extraordinario, o de una decepción por la ausencia de Dios en los deberes, la condición principal es segura. Sabes que bajo un trastorno, el apetito puede rechazar y provocar náuseas a la comida que una persona ama por encima de todas las demás cuando está bien; y así sucede aquí. ¿Cuando estás en tus cabales, disfrutas más el dulzor en el servicio de Dios que en tus comidas y bebidas? ¿No hay dulzuras tan deleitosas para ti como la comunión y compañerismo con Dios, cuando puedes alcanzarlas en tus deberes? ¿Sales descontento porque no puedes encontrarte con Dios? ¿Es la razón por la cual tu semblante cae y tu corazón se desanima porque has trabajado y tendido la red, y no has capturado lo que buscabas, o porque no has recibido respuesta o ingreso de parte de Dios? Si es así, es una señal de que tu corazón está puesto en Dios, y que colocas la felicidad y el consuelo de tu vida en Dios, y así tu condición es segura; de lo contrario, cuando hay una antipatía fija hacia los deberes y una aversión habitual y contrariedad hacia ellos, la situación es muy triste.

6. Cuando nuestro cansancio y falta de voluntad son tales que nos hacen abandonar nuestros deberes, de modo que vivimos en la negligencia ordinaria de ellos, es una señal temible; pero cuando, a pesar de los desánimos presentes, seguimos realizando nuestros deberes y esperando humildemente a Dios para que elimine nuestras dificultades hasta que seamos llevados a un mejor estado de ánimo, esto es una buena señal. La iglesia misma puede ser muy abandonada; pero entonces no abandona los deberes, sino que busca a su amado, hace una investigación diligente y no descansa hasta que lo encuentra; pero el hipócrita se rinde y ya no espera más en el Señor. No es que un alma abandonada pueda, bajo la violencia de las tentaciones, omitir los deberes por un tiempo; pero su condición durante esto es muy dolorosa, inquieta y grave para él,

y rápidamente vuelve de nuevo, y nunca llega a vivir tranquilo en la omisión ordinaria de los deberes conocidos.

7. Cuando nuestra fatiga y falta de voluntad son tales que nos hacen pelear contra el servicio de Cristo y desear liberarnos de su yugo y deshacernos de su carga, esto es una mala señal; pero cuando peleamos contra nosotros mismos y justificamos y aprobamos los caminos y el servicio de Cristo, eso es bueno. Así le ocurrió a Pablo; él no discute contra la ley por ser demasiado estricta y severa, ni piensa en romper sus cadenas y tomar su libertad; más bien, él defiende la ley, la aprueba grandemente y la elogia, y condena la renuencia de su propia naturaleza. Cuando las personas están más dispuestas a librarse del peso de Cristo que de la enfermedad que lo hace pesado, y buscan alivio ensanchando sus cadenas en lugar de ajustar sus mentes a ellas, eso revela tristemente un corazón insincero.

FINIS.